

KRISTIN HARMEL

LA LISTA
DE LOS
NOMBRES
OLVIDADOS



mr

ePUB

Hope McKenna-Smith, madre divorciada de una hosca preadolescente, dirige la panadería de su familia en Cape Cod, pero empieza a preguntarse qué podría haber sido. ¿Y si no hubiera abandonado sus sueños de hacer derecho? ¿Y si no hubiera dejado su empleo para criar a su hija? ¿Y si no hubiera pillado a su marido engañándola con la típica rubia tonta? Cuando su anciana abuela, Rose, la llama para contarle un antiguo secreto, ¿tendrá Hope por fin la oportunidad de dejar de pensar en lo que habría podido ser y empezar a pensar en el «y ahora qué»?

La memoria de Rose se marchita rápidamente por culpa del Alzheimer y sabe que no le queda mucho tiempo para contarle a Rose la verdad sobre un secreto que ha guardado durante setenta años. Le da una lista de nombres y la envía a un viaje de descubrimiento que le lleva a una sinagoga y una mezquita en París, a una historia enterrada en el Holocausto y a un amor perdido hace mucho tiempo que guarda sus propios secretos.



eBooks con estilo

Kristin Harmel

La lista de los nombres olvidados

ePUB v1.0

Crubiera 08.04.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *The Sweetness of Forgetting*

Kristin Harmel, 2012.

Traducción: Alejandra Devoto

Diseño portada: Mr

Editor original: Crubiera (v1.0)

ePub base v2.1

Para la abuela y el abuelo, desde Weymouth

«Él [Dios] creó, de un solo principio, todo el linaje humano [...]»
Hechos de los apóstoles 17, 26

«La vela de una persona puede iluminar a muchas».
Tratado Shabat, Orden Moed del Talmud

«Todas las criaturas de Dios son miembros de Su familia y el preferido de Dios es quien más bien
hace a Sus criaturas».
El profeta Mahoma

Capítulo 1

Por lo que veo desde la panadería, la calle está tranquila y en silencio y, en la media hora que precede a la salida del sol, cuando los dedos estrechos del amanecer empiezan a asomar por encima del horizonte, podría llegar a creer que no hay nadie más que yo sobre la faz de la tierra. Estamos a mediados de septiembre y eso, para los pueblos situados en el norte y el sur del cabo Cod, significa que los turistas se han marchado, los habitantes de Boston han cerrado con tablas sus chalés de veraneo hasta la próxima temporada y las calles adquieren el aire solitario de un sueño inquieto.

En el exterior, las hojas han comenzado a cambiar de color y sé que, dentro de pocas semanas, reflejarán los tonos apagados del crepúsculo, aunque a casi nadie se le ocurre venir aquí a ver el follaje otoñal. Los aficionados a viajar para apreciar los cambios de color de las hojas en otoño irán a Vermont, a New Hampshire o a los Berkshires, en la parte occidental de nuestro estado, donde los robles y los arces pintarán el mundo de rojo encendido y anaranjado oscuro. Sin embargo, en la calma de la temporada baja en el cabo Cod, los barrones que se mecen en los arenales se volverán dorados a medida que se acorten los días, las aves que migran al sur desde Canadá vendrán a descansar en grandes bandadas y las marismas se desvanecerán en pinceladas de acuarela. Lo contemplaré, como siempre, desde el escaparate de la Panadería Estrella Polar.

No recuerdo ningún momento en el cual este lugar, el negocio de mi familia, no haya sido más un hogar para mí que la casita amarilla junto a la bahía en la que me crié y a la que he tenido que regresar después de mi divorcio.

«Divorcio». La palabra resuena una y otra vez en mis oídos y hace que me vuelva a sentir un fracaso, mientras trato de llevar a cabo el acto de equilibrismo que consiste en abrir la puerta del horno con un pie, sosteniendo al mismo tiempo dos bandejas de tamaño industrial de pastelillos de canela y sin perder de vista la entrada de la panadería. Se me ocurre una vez más, a la vez que introduzco los pastelillos, extraigo una bandeja de cruasanes y cierro la puerta con la cadera, que tratar de tenerlo todo solo quiere decir que siempre tienes las manos llenas. En este caso, literalmente.

Yo habría preferido seguir casada, por el bien de Annie —no quería que mi hija creciera en una casa en la que se sintiera confusa con respecto a sus padres, como me había ocurrido a mí de niña—: quería algo mejor para ella, pero en la vida las cosas nunca salen como uno quiere, ¿no es cierto?

Justo cuando estoy retirando de la bandeja del horno los cruasanes hojaldrados y mantecosos, suena la campanilla de la puerta de entrada. Echo una ojeada al temporizador del otro horno: habrá que sacar los *cupcakes* de vainilla en algo menos de sesenta segundos, de modo que no podré acudir enseguida.

—¿Hope? —llama una voz grave desde la tienda—. ¿Estás allí?

Suspiro aliviada. Menos mal que es un cliente que conozco, aunque, en realidad, conozco a casi todo el mundo que queda en el pueblo cuando se marchan los turistas.

—¡Salgo dentro de un minuto, Matt! —grito.

Me pongo las manoplas —las de color azul fuerte con *cupcakes* bordados en los extremos que Annie me compró el año pasado, cuando cumplí los treinta y cinco— y retiro del horno los pasteles de vainilla. Cuando inhalo, el olor azucarado me hace retroceder por un momento hasta mi propia infancia. Mi *mamie* —«abuela» en francés— fundó la Panadería Estrella Polar hace sesenta años, pocos años después de trasladarse al cabo Cod con mi abuelo. Crecí aquí y aprendí a cocinar en sus rodillas, mientras me explicaba pacientemente cómo se hace la masa, por qué sube el pan y cómo convertir combinaciones de ingredientes tanto tradicionales como inesperadas en creaciones que el *Boston Globe* y el *Cape Cod Times* ponen por las nubes todos los años.

Coloco los *cupcakes* en la rejilla para que se enfríen e introduzco en el horno dos bandejas de galletas de anís e hinojo. Por debajo de ellas, en la última rejilla, deslizo una hornada de cuernos de gacela: pasta de almendras aromatizada con agua de azahar, espolvoreada con canela y rodeada de masa, con forma de medias lunas.

Cierro la puerta del horno y me quito la harina de las manos. Respiro hondo, pongo en marcha el temporizador digital y salgo del obrador a la panadería, muy bien iluminada. Por agobiada que esté, aún sonrío cada vez que atravieso las puertas. El otoño pasado, aprovechando que había poco trabajo, Annie y yo pintamos la panadería del color que ella escogió: rosa claro con ribetes blancos. A veces tengo la impresión de que vivimos dentro de un *cupcake* gigante.

Matt Hines está sentado en una silla delante del mostrador y, al verme, se pone de pie de un salto y sonrío.

—¿Qué tal, Hope? —dice.

Le sonrío a mi vez. Matt fue novio mío en mis tiempos del instituto, hace media vida. Rompimos antes de marcharnos a universidades diferentes. Regresé varios años después con una licenciatura, la mitad inútil de la carrera de Derecho, un marido y una hija pequeña y Matt y yo hemos sido amigos desde entonces. Me ha invitado a salir varias veces desde que me divorcié, pero me he dado cuenta, casi con sorpresa, de que ya hemos superado esa etapa. Para mí, es como un viejo jersey preferido que ya no nos queda bien ni nos satisface. La vida nos va cambiando, aunque no reparemos en ello mientras tanto, y resulta que, cuando los años han pasado, no hay vuelta atrás. Matt, en cambio, no parece haberlo advertido.

—¿Qué tal, Matt? —Trato de usar un tono de voz neutro y amistoso—. ¿Quieres una taza de café? Como te he hecho esperar, invita la casa.

Antes de que me conteste, ya se lo estoy sirviendo, porque sé exactamente cómo le gusta: dos sobrecitos de azúcar y uno de nata en un vaso para llevar, con el que irá hasta el Bank of Cape Cod —es el vicepresidente regional— para empezar a ocuparse del papeleo antes de abrir al público. Como trabaja a tan solo dos manzanas, siguiendo por Main Street, pasa por aquí una o dos veces por semana.

Matt asiente con la cabeza y acepta con una sonrisa el café que le ofrezco.

—¿Quieres algo más? —pregunto, señalando el exhibidor. Llevo desde las cuatro aquí y, aunque aún no he acabado, ya hay suficientes pastas recién hechas. Alargo el brazo para coger una especie de pastelillo minúsculo: una estructura de pasta filo rellena con pasta de almendra con sabor a limón y pintada con agua de rosas y miel—. ¿Qué te parece una tartaleta rosada de almendras? —le pregunto, mientras se la enseño—. Sé que son tus preferidas.

Duda apenas un segundo y alarga la mano. Prueba un bocado y cierra los ojos.

—Has nacido para esto, Hope —dice con la boca llena.

Aunque sé que lo dice como un cumplido, sus palabras me afectan mucho, porque nunca tuve la intención de dedicarme a cocinar. No era el tipo de vida que pretendía y Matt lo sabe, pero mi abuela se puso enferma, mi madre murió y no me quedó otro remedio.

Paso por alto sus palabras, como si no me molestasen, mientras Matt dice:

—Oye una cosa. En realidad, he venido esta mañana para hablarte de algo. ¿Tienes un segundo para sentarte aquí conmigo?

Advierto de pronto que su sonrisa parece un poco forzada. Me sorprende no haberlo notado antes.

—Es que... —Miro hacia el obrador. Pronto tendré que retirar del horno los pastelillos de canela, pero dispongo de algunos minutos antes de que suene el reloj y, como es temprano, aún no ha venido nadie más, de modo que me encojo de hombros—. Vale, de acuerdo, pero solo un minuto.

Me sirvo una taza de café solo —la tercera que bebo esta mañana— y me siento en la silla enfrente de Matt. Me apoyo en la mesa y me preparo para que vuelva a invitarme a salir. No sé muy bien qué decirle, porque, después de concentrarme todos estos años en mi marido y mi hija, he perdido la mayoría de las amistades que tenía y, de puro egoísta, no quiero perder también a Matt.

—¿Qué pasa?

Por el silencio que precede a su respuesta, me da la impresión de que hay algún problema, aunque puede deberse a que últimamente me he acostumbrado a recibir malas noticias: el cáncer de mi madre, mi abuela con demencia, mi marido que decide que ya no quiere seguir casado conmigo. Por eso, me sorprende cuando Matt dice:

—¿Cómo está Annie?

Lo observo con detenimiento y mi corazón late aceleradamente mientras me pregunto si sabrá algo que ignoro.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Nada, solo pregunto —responde Matt enseguida—. Por cortesía, por hablar.

—Ah —exclamo, aliviada al ver que no es portador de malas noticias. No me habría sorprendido enterarme de que habían pillado a mi hija cometiendo alguna estupidez, como robar en una tienda o pintar el instituto con aerosol. Desde que su padre y yo nos hemos separado, está rara: tensa, nerviosa e irritada. Más de una vez y sintiéndome culpable, he registrado su habitación, pensando que encontraría cigarrillos o droga, pero, hasta ahora, la única manifestación de un cambio en mi Annie es su inmenso resentimiento—. Perdona —le digo—, pero siempre estoy esperando que salga mal algo más.

Aparta la mirada y me pregunta:

—¿Y si salimos esta noche a cenar tú y yo? Annie se vuelve a quedar en la casa de Rob, ¿no?

Hago un gesto de asentimiento con la cabeza. Mi ex y yo nos repartimos la custodia a partes iguales: es un arreglo que no me satisface, porque me da la impresión de que resta estabilidad a la vida de Annie.

—No lo sé, Matt —digo—. Lo que pasa es que... —Busco palabras que no hagan daño—. Creo... Me parece demasiado pronto, la verdad. Hace tan poco del divorcio y Annie lo está pasando mal. Creo que lo mejor sería que solo...

—No es más que una cena, Hope —me interrumpe Matt—. No te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Las mejillas se me ponen rojas como tomates.

—No, claro que no —fárfullo.

Echa a reír y me coge las manos.

—Relájate, Hope. —Cuando vacilo, sonrío apenas y añade—: Tienes que comer, ¿no?

—De acuerdo, vale —digo.

Justo en aquel momento se abre la puerta de la panadería y entra Annie con la mochila colgada de un hombro y gafas de sol oscuras, aunque ni siquiera ha despuntado el día. Se para en seco y nos mira fijamente un instante; de inmediato sé lo que está pensando. Alejo las manos de Matt, pero es demasiado tarde.

—Estupendo —dice. Se quita las gafas con brusquedad, se echa la melena larga y ondulada, color rubio apagado, por encima del hombro y nos clava la mirada de tal modo que sus ojos grises oscuros parecen más tempestuosos de lo habitual—. ¿Estabais a punto de, o sea, empezar a daros el lote, si no llego a venir?

—Annie —le digo, poniéndome de pie—, no es lo que parece.

—Es igual —masculla.

Se ha convertido en su expresión preferida.

—No le faltes al respeto a Matt —digo.

—Es igual —repite y esta vez pone los ojos en blanco, para darle más énfasis—. Me quedaré atrás, así podéis, o sea, seguir con lo que estuvierais haciendo.

La observo con impotencia cuando arremete contra las puertas dobles que conducen al obrador. Oigo que arroja la mochila sobre la encimera —el peso hace tintinear los boles de acero inoxidable que dejo apilados allí— y hago una mueca.

—Perdona —le digo, volviéndome hacia Matt, que mira fijamente el lugar por el que se ha marchado Annie.

—Menuda niña —dice.

Suelto una risa forzada.

—Chavales.

—Francamente, no sé cómo se lo aguantas —dice.

Le dirijo una sonrisa tensa. Yo puedo estar molesta con mi hija, pero él no.

—Está pasando por un mal momento —digo. Me pongo de pie y miro hacia el obrador—. El divorcio ha sido peliagudo para ella. Además, te acordarás de lo que era séptimo. No es precisamente un año sencillo.

Matt se pone de pie también.

—Pero dejas que te hable de una manera...

Algo en mi estómago se pone tenso.

—Adiós, Matt —le digo, con la mandíbula tan apretada que me hace daño. Sin darle tiempo a responder, me vuelvo y me dirijo al obrador, con la esperanza de que capte la indirecta y se marche.

—No puedes tratar mal a los clientes —es lo primero que le digo en cuanto atravieso las puertas dobles y entro en el obrador.

Annie está de espaldas, revolviendo algo en un bol —creo que es la masa para preparar los *cupcakes* de terciopelo rojo—, y por un momento pienso que no me quiere hacer caso, hasta que me doy cuenta de

que tiene puestos unos auriculares. El maldito iPod.

—¡Oye! —digo en voz más alta.

Sigue sin responder, de modo que me sitúo detrás de ella y le quito el auricular de la oreja izquierda. Pega un salto y se vuelve con cara de indignación, como si la hubiese abofeteado.

—¡Por Dios, mamá! ¿Qué te pasa? —protesta.

Su expresión airada me desconcierta y por un instante me quedo helada, porque aún veo a la chiquilla dulce que solía trepar a mi regazo para escuchar los cuentos de hadas de Mamie, la que acudía a mí en busca de consuelo cuando se hacía daño en la rodilla y la que me hacía alhajas de plastilina y quería que me las pusiera para ir al supermercado. Sigue allí, en alguna parte, pero ahora se esconde tras aquella capa glacial. ¿Cuándo han cambiado las cosas? Me gustaría decirle que la quiero y que ojalá no tuviéramos que discutir así, pero, por el contrario, me oigo decir con frialdad:

—¿No te tengo dicho que no te maquilles para ir a la escuela, Annie?

Entorna los ojos llenos de rímel y frunce los labios demasiado rojos en una sonrisita de suficiencia.

—Papá ha dicho que estaba bien.

Maldigo a Rob en mi fuero interno. Parecería que se hubiese propuesto hacer lo posible para desautorizar todas mis órdenes.

—Pues yo te digo que no —sostengo con firmeza—, así que vas al cuarto de baño y te lavas la cara.

—No —dice Annie.

Se lleva las manos a las caderas en un gesto de desafío y me lanza una mirada airada, sin advertir aún los chorretones que la masa roja le ha dejado en los vaqueros. Seguro que, cuando se dé cuenta, también me echará la culpa a mí.

—No es una cuestión que haya que discutir, Annie —le digo—. Si no me obedeces ahora mismo, te castigo.

Percibo la frialdad de mi voz y me recuerda a mi madre. Durante un minuto me aborrezco a mí misma, pero miro a Annie a los ojos, sin pestañear.

Ella aparta la mirada primero:

—¡Es igual! —Se arranca el delantal y lo arroja al suelo—. Ni siquiera debería trabajar aquí —grita con las manos en alto—: ¡Esto es explotación infantil!

Pongo los ojos en blanco. Ya lo hemos discutido diez mil veces: en sentido estricto, no se puede considerar un trabajo, porque no recibe un sueldo; se trata del negocio familiar y espero que ella colabore, como yo ayudaba a mi madre cuando era niña y mi madre ayudaba a mi abuela.

—No te lo voy a volver a explicar, Annie —le digo, tirante—. ¿Prefieres cortar el césped y hacer todas las tareas domésticas?

Se marcha muy enfadada y se dirige —supongo— al cuarto de baño situado del otro lado de las puertas dobles.

—¡Te odio! —me replica, mientras desaparece.

Las palabras se me clavan en el corazón como dagas, aunque recuerdo que, cuando tenía la edad de Annie, yo se las soltaba a mi madre.

—Vale —murmuro, mientras recojo el bol de masa y la cuchara de madera que ha dejado sobre la mesa de trabajo—. ¿Alguna otra novedad?

A las siete y media, cuando Annie está a punto de marcharse para recorrer a pie las cuatro manzanas hasta el instituto Sea Breeze, todos los pastelillos han salido del horno y la panadería está llena de clientes habituales. Queda todavía otra hornada de nuestro *strudel* de Rose, relleno de manzanas, almendras, pasas de uva, cáscara de naranja confitada y canela, cuyo olor reconfortante flota por toda la panadería. Kay Sullivan y Barbara Koontz, las dos viudas octogenarias que viven enfrente, miran por la ventana y conversan animadamente mientras beben sorbos de café en la mesa más próxima a la puerta. Gavin Keyes, a quien he contratado para que, a lo largo del verano, me ayude a conseguir que la casa de mi madre vuelva a ser habitable, bebe café y come un *éclair*, mientras lee un ejemplar del *Cape Cod Times*. Derek Walls, un joven viudo que vive en la playa, está aquí con sus gemelos de cuatro años, Jay y Merri, cada uno de los cuales lame el baño que cubre su *cupcake* de vainilla, aunque solo es la hora del desayuno. Y, de pie delante del mostrador, Emma Thomas, la enfermera cincuentona de la residencia que cuidaba a mi madre cuando entró en fase terminal, trata de decidir con qué pastelillo acompañará su té.

Cuando estoy a punto de envolverle a Emma una magdalena de arándanos para llevar, Annie pasa a mi lado dando zancadas, con el abrigo puesto y la mochila colgada de un solo hombro. Extiendo la mano y la cojo del brazo, antes de que pueda salir.

—Deja que te vea la cara —le digo.

—No —farfulla, mirando al suelo.

—¡Annie!

—Es igual —refunfuña.

Mira hacia arriba y veo que se ha aplicado otra capa de rímel y un poco más del espantoso pintalabios. Aparentemente, también se ha puesto una capa de colorete fucsia que no tiene nada que ver con el color sonrosado de sus mejillas.

—Quítatelo, Annie —le digo—, y deja aquí el maquillaje.

—No me lo puedes quitar —objeta—. Me lo he comprado con mi dinero.

Miro alrededor y advierto que la tienda ha quedado en silencio, salvo Jay y Merri, que siguen charlando en el rincón. Gavin me observa con preocupación y las ancianas que están junto a la puerta se me quedan mirando. De pronto, me siento cohibida. Sé que ya parezco la fracasada del pueblo por dejar que mi matrimonio con Rob se fuera al garete —todo el mundo lo considera perfecto y piensan que fui afortunada al casarme con él— y ahora resulta que también como madre dejo mucho que desear.

—Annie —le digo, apretando los dientes—, me haces caso ahora mismo y esta vez quedas castigada por desobedecerme.

—Los próximos días estaré con papá —me rebate, con una sonrisita de suficiencia—, así que no me puedes castigar. ¿Te acuerdas? Ya no vives más allí.

Trago saliva. Me niego a permitir que se entere del daño que me producen sus palabras.

—Fantástico —digo alegremente—. Quedas castigada desde el momento en que pises mi casa.

Despotrica para sus adentros, mira alrededor y parece darse cuenta de que todos la miran.

—Es igual —rezonga y se dirige al cuarto de baño.

Suspiro y me vuelvo otra vez hacia Emma.

—Perdona —le digo y advierto que me tiemblan las manos cuando vuelvo a coger la magdalena.

—No te preocupes, guapa. He criado a tres hijas —dice—. Ya se le pasará.

Paga y se marcha y entonces veo que la señora Koontz y la señora Sullivan, que vienen desde que se

inauguró la panadería, hace sesenta años, se ponen de pie y se van renqueando, cada una con su bastón. Derek y los gemelos también se preparan para irse, de modo que salgo de detrás del mostrador para recoger los platos. Ayudo a Merri a abotonarse la chaqueta, mientras Derek le sube la cremallera a Jay. Merri me da las gracias por el *cupcake* y les digo adiós con la mano cuando se van.

Un minuto después, Annie sale del cuarto de baño, afortunadamente sin nada de maquillaje. Tira sobre una de las mesas un tubo de rímel, un pintalabios y una cajita de colorete y me fulmina con la mirada.

—Aquí lo tienes. ¿Estás contenta? —pregunta.

—Contentísima —le respondo con sequedad.

Se queda allí un momento, como si quisiera decir algo. Me he armado de valor para resistir algún insulto sarcástico, de modo que me sorprende cuando se limita a decir:

—Dime, ¿quién es Leona?

—¿Leona? —Busco en mi memoria, pero no encuentro nada—. No lo sé. ¿Por qué? ¿De dónde has sacado ese nombre?

—De Mamie —dice—. Siempre me llama así y me da la impresión de que, o sea, que la pone supertriste, ¿no?

Me quedo de una pieza.

—¿Has estado yendo a ver a Mamie?

Cuando murió mi madre, hace dos años, mi abuela empeoró de golpe y tuvimos que ingresarla en un hogar para enfermos de demencia.

—Pues sí —responde Annie—. ¿Por?

—Es que... no lo sabía.

—Alguien tiene que ir —me suelta.

A juzgar por su expresión de triunfo, estoy segura de que la culpa se me nota en la cara.

—Estoy muy ocupada con la panadería, Annie —le digo.

—Sí, vale, pero yo sí que encuentro el tiempo —dice—. Tal vez, si pasaras menos tiempo con Matt Hines, podrías dedicarle más a Mamie.

—Pero si con Matt no pasa nada...

Me percató de pronto de la presencia de Gavin a escasos metros de distancia y siento que se me arbolan las mejillas. Lo último que necesito es que todo el pueblo se entere de mis asuntos o de la ausencia de ellos, según se mire.

—Es igual —dice Annie, poniendo los ojos en blanco—. La cuestión es que por lo menos Mamie me quiere. Siempre me lo dice.

Me lanza una sonrisa de suficiencia y sé que me corresponde decir: «Yo también te quiero, cielo» o «Tu papá y yo te queremos mucho» o algo por el estilo. ¿Acaso no es eso lo que se espera que diga una buena madre? Por el contrario, como soy una mala madre, lo que me sale es decirle:

—¿Ah, sí? Pues a mí me da la impresión de que le está diciendo que la quiere a una persona llamada Leona.

Annie se queda boquiabierta y me mira fijamente un minuto. Quiero acercarme a ella, darle un abrazo y pedirle perdón, decirle que lo he dicho sin querer, pero, sin darme tiempo, gira sobre sus talones y sale de la panadería dando zancadas, aunque no sin antes dejarme ver las lágrimas que le asoman por las comisuras de los ojos. No mira atrás.

Se me parte el corazón y me quedo mirando el lugar por donde se ha ido. Me desplomo en una de las sillas donde estaban sentados los gemelos y me cojo la cabeza con las manos. Lo estoy haciendo todo mal, pero lo que peor hago es relacionarme con las personas que quiero.

No me doy cuenta de que Gavin está de pie a mi lado hasta que siento su mano en mi hombro. Levanto la cabeza de golpe, sobresaltada, y descubro un agujerito en el muslo de sus vaqueros desteñidos. Por un instante me dan unas ganas extrañas de ofrecerme a zurcírsele, pero eso es ridículo: no se me da mejor usar hilo y aguja que lo de ser madre o mujer casada. Muevo la cabeza de un lado a otro y alzo la mirada, por encima de su camisa de franela azul a cuadros hasta su rostro, en el que se observa la sombra espesa de una barba oscura sobre la mandíbula firme. Su gruesa mata de cabello oscuro da la impresión de no haber sido peinada desde hace días, pero, en lugar de darle un aspecto descuidado, lo vuelve muy atractivo, de una manera que me hace sentir incómoda. Los hoyuelos que se le forman cuando me sonrío con dulzura me recuerdan lo joven que es: veintiocho —pienso— o tal vez veintinueve. De pronto me siento una anciana, aunque solo tengo siete u ocho años más que él. ¿Cómo será ser así de joven y no tener ninguna responsabilidad verdadera: ni una hija preadolescente que te odie ni un negocio que amenaza ruina al que tienes que rescatar?

—No te agobies, Hope —dice; me da una palmadita en la espalda y carraspea—. Ella te quiere. Eres una buena madre.

—Sí, claro, gracias —le digo y aparto la mirada.

Es cierto que nos hemos visto casi todos los días durante los meses que ha estado trabajando en mi casa y que, cuando yo regresaba del trabajo por las tardes, a menudo preparaba una limonada y me sentaba con él en el porche, haciendo todo lo posible para no mirar la ondulación morena de sus bíceps, pero no me conoce. No me conoce de verdad y, sin duda, no lo suficiente como para juzgarme como madre. Si me conociera bien, sabría que soy un fracaso.

Me da otra palmadita torpe y dice:

—Lo digo en serio.

Entonces se marcha él también, dejándome sola en mi inmenso *cupcake* rosa, que de pronto me resulta muy amargo.

Capítulo 2

Aquel día cierro pronto la panadería, porque tengo algunas cosas que hacer. Aunque el sol no se ha puesto todavía cuando llego, a las 18.15, el interior de la casita que pretendo convertir en mi hogar me resulta oscuro y deprimente.

Reina un silencio ensordecedor. Hasta el año pasado, cuando, poco antes de Navidad, Rob me sorprendió con el anuncio de que quería divorciarse, siempre me había gustado volver a casa. Estaba orgullosa de la vida que habíamos construido juntos en la casa victoriana sólida y blanca frente a la bahía del cabo Cod, justo al este de la playa pública. Yo misma la había pintado por dentro, había puesto azulejos nuevos en la cocina y en el vestíbulo, había instalado suelos de madera en el piso superior y en el salón y había plantado el jardín, en el que predominaban las hortensias azules y las rosas japonesas rosadas, cuya belleza destacaba en contraste con las paredes de madera blanca.

Entonces, justo cuando finalmente lo había acabado todo y me disponía a relajarme, por fin, en la casa de mis sueños, Rob me hizo sentar y me anunció, sin levantar la voz y sin mirarme a los ojos, que él también había acabado: con nuestro matrimonio y conmigo.

En el plazo de tres meses, cuando todavía no me había recuperado de la muerte de mi madre por un cáncer de mama ni de la decisión de ingresar a Mamie en un hogar para enfermos de demencia, me tuve que mudar otra vez a la casa de mi madre, ya que no la había podido vender aún. Unos meses después, agotada y desanimada, había firmado los papeles del divorcio y lo único que quería era acabar con todo aquello de una vez para siempre.

La verdad era que me sentía aturdida y comprendí, por primera vez en mi vida, algo que siempre me había intrigado: la manera en que mi madre había conseguido mantenerse siempre tan fría con respecto a los hombres de su vida. Yo nunca había conocido a mi padre: ella ni siquiera me dijo su nombre. Una sola vez, me contó con voz crispada: «Se marchó hace mucho tiempo. No supo jamás de tu existencia. Tomó una decisión». Cuando fui creciendo, ella siempre tenía novios con los que pasaba todo el tiempo, aunque, en realidad, nunca los dejaba acercarse demasiado. De ese modo, cuando acababan por dejarla, se limitaba a encogerse de hombros y a decir: «Estamos mejor sin él, Hope. Ya lo sabes».

Siempre la consideré una persona insensible, aunque he de admitir que esperaba con ansia aquellos breves períodos entre dos novios, cuando tenía a mi madre toda para mí por algunas semanas. Ojalá lo hubiese comprendido antes, para poder comentarlo con ella.

«Por fin lo comprendo, mamá. Si no los dejas entrar, si no los amas de verdad, no te pueden hacer daño cuando se marchan».

Lo malo es que, como para tantas otras cosas de mi vida, ya es demasiado tarde.

Cuando me meto en la ducha para quitarme la harina y el azúcar del pelo y de la piel, faltan pocos minutos para las siete. Sé que —probablemente— debería llamar a Annie a la casa de Rob y disculparme por la manera en que habíamos quedado antes, pero no acabo de decidirme. Además, seguro que está

haciendo algo entretenido con él y no conseguiría más que estropeárselo. Dejando aparte lo que siento con respecto a Rob, he de reconocer que la mayor parte del tiempo trata bien a Annie. Da la impresión de que se comunica con ella de una manera en la que yo hace mucho que no lo consigo. Me da mucha rabia que verlos reír juntos con complicidad a veces me haga sentir primero celos, aunque después me alegre por Annie. Es como si estuvieran formando un nuevo retrato familiar, del cual quedo excluida.

Me visto sin mucho esmero —un jersey gris de punto trenzado y unos vaqueros negros ceñidos— y me miro al espejo mientras me cepillo el cabello castaño oscuro con ondas que me llega hasta los hombros y que, por suerte, todavía no ha empezado a encanecer, aunque, si Annie se sigue comportando así, no tardará en hacerlo. Busco en mi rostro los rasgos de ella, pero, como siempre, es inútil. Curiosamente, no se parece en absoluto ni a Rob ni a mí y por eso una vez, cuando nuestra hija tenía tres años, él me preguntó: «¿Estás totalmente segura de que es hija mía, Hope?» La pregunta se me clavó en lo profundo del alma. «Desde luego», susurré entonces, con lágrimas en los ojos, y él no dijo nada más. Dejando aparte la piel, que adquiriría el mismo bronceado parejo y espléndido que la de Rob, la niña no tenía casi nada de aquel padre alto, de cabello castaño y ojos azules.

Examino mis rasgos mientras me aplico una capa de pintalabios color carne y, en las pestañas claras, un poco de rímel. Aunque los ojos de Annie son de un color gris desigual, como los de Mamie, los míos son de un verde mar poco común, con motas doradas. Cuando yo era más joven, Mamie solía decirme que su apariencia —todo menos los ojos— había saltado una generación y se había depositado en mí. Mi madre, con el cabello castaño oscuro y liso y los ojos marrones, se parecía a mi abuelo; en cambio, yo soy casi un calco de las viejas fotografías que he visto de Mamie. Sus ojos —pensaba yo— siempre parecían tristes en las fotos viejas y, ahora que los míos acarrean el peso de la vida, nos parecemos más que nunca. Mis labios, muy arqueados —«como el arpa de un ángel», solía decir Mamie—, eran idénticos a los suyos cuando era joven y en cierto modo tengo la suerte de haber heredado su cutis lechoso, aunque, en el último año, me ha aparecido una línea vertical nueva entre las cejas que me hace parecer eternamente preocupada. Claro que, a decir verdad, últimamente las preocupaciones se eternizan.

El sonido del timbre me sobresalta. Me cepillo una vez más el pelo y después, pensándolo mejor, me paso la mano para despeinarlo un poco, porque no quiero parecer demasiado arreglada: que Matt no se piense que esto nos va a llevar a alguna parte.

Al cabo de un momento, abro la puerta y, cuando Matt se agacha para darme un beso, me vuelvo apenas para que sus labios caigan sobre mi mejilla derecha. Huelo la colonia que se ha puesto en el cuello, almizcleña e intensa. Lleva pantalones color caqui recién planchados, camisa azul clara con un distintivo que no reconozco, pero con pinta de caro, y mocasines marrones brillantes.

—Me puedo cambiar —le digo.

De pronto, me siento fea y sin gracia.

Me mira de arriba abajo y se encoge de hombros.

—Te queda muy bien ese jersey —dice—. Estás bien así.

Me lleva a Fratanelli, un restaurante italiano muy exclusivo, situado a orillas del mar. Trato de no hacer caso cuando el *maître* echa un vistazo no demasiado sutil a mi indumentaria, antes de conducirnos hasta una mesa a la luz de las velas, junto a la ventana.

—Es demasiado bonito, Matt —le digo cuando el encargado se aleja.

Miro por la ventana hacia lo oscuro y percibo nuestro reflejo en el cristal. Parecemos una pareja —hacemos buena pareja— y la idea me hace apartar la mirada enseguida.

—Sé que te gusta este sitio —dice Matt—. ¿No te acuerdas? Vinimos aquí antes del baile del último curso.

Me río y meneo la cabeza de un lado a otro.

—Lo había olvidado.

En realidad, he olvidado un montón de cosas. Durante mucho tiempo me he esforzado por dejar atrás el pasado, pero ¿qué dice con respecto a mí el hecho de que, casi veinte años después, esté sentada en el mismo comedor con el mismo hombre? Aparentemente, la historia de cada persona solo puede desaparecer hasta cierto punto. Alejo ese pensamiento y miro a Matt.

—Has dicho que querías hablarme de algo.

Él baja la vista al menú.

—Pidamos primero.

Miramos los platos en silencio; Matt elige la langosta y yo, los espaguetis a la boloñesa, lo más barato del menú. Después me mostraré dispuesta a pagar mi parte de la cena y, si Matt no me lo permite, al menos no le habré costado un pastón. No quiero sentirme obligada con él. Después de pedir, Matt respira hondo y me mira. Está a punto de hablar, pero lo corto antes de que diga algo que lo avergüence.

—Matt, ya sabes que te aprecio mucho —comienzo.

—Hope... —me interrumpe, pero levanto la mano.

—Déjame acabar —le espeto y le suelto de carrerilla—: Ya sé que tenemos muchas cosas en común y toda esta historia juntos, claro, y eso es muy importante para mí, pero lo que te quiero decir es que, en mi opinión, no estoy lista para salir con nadie justo ahora ni creo que lo esté hasta que Annie se vaya a la universidad y la verdad es que, para eso, falta un rato.

—Hope...

No le hago caso, porque no quiero quedarme con nada dentro.

—Matt, no es por ti, te lo juro, pero, por ahora, si simplemente pudiéramos ser amigos, sería muchísimo mejor, me parece. No sé qué pasará más adelante, pero, ahora mismo, Annie requiere toda mi atención y...

—Hope, lo que te tengo que decir no tiene nada que ver contigo y conmigo —me interrumpe Matt—. Se trata de la panadería y de tu préstamo. ¿Me vas a dejar hablar?

Lo miro fijamente mientras el camarero nos trae una cesta de pan y un platillo con aceite de oliva. Nos sirve vino tinto a los dos —un costoso cabernet que Matt ha elegido sin consultarme— y a continuación desaparece y Matt y yo nos quedamos a solas otra vez.

—¿Qué le pasa a mi panadería? —pregunto poco a poco.

—Tengo malas noticias —dice.

Elude mi mirada, pasa un trocito de pan por el aceite de oliva y le pega un mordisco.

—Vale... —lo animo a seguir.

Me da la impresión de que toda la habitación se va quedando sin aire.

—Tu préstamo —dice, con la boca llena—. El banco quiere que lo canceles.

Se me paraliza el corazón.

—¿Cómo? —me lo quedo mirando—. ¿Desde cuándo?

Matt baja los ojos.

—Desde ayer. Te has atrasado en varios pagos, Hope, y, con la situación actual del mercado, el

banco se ha visto obligado a exigir la devolución de unos cuantos préstamos que han sufrido irregularidades en los plazos y lamento decirte que el tuyo ha sido uno de ellos.

Respiro hondo. No me lo puedo creer.

—Pero este año he cumplido todos los plazos, hasta ahora. Pues sí, tuve algunos meses complicados hace unos años, cuando la economía se fue al garete, pero aquí vivimos del turismo...

—Lo sé.

—¿Quién no tuvo problemas entonces?

—Le ocurrió a muchas personas —reconoce Matt—. Lamentablemente, tú fuiste una de ellas y, dada tu capacidad crediticia...

Cierro los ojos un instante. No quiero ni pensar en mi capacidad crediticia. Entre las cosas que no la han favorecido, precisamente, figuran mi divorcio, haber tenido que hacerme cargo del pago de la hipoteca de mi madre cuando ella murió o los malabarismos que he tenido que hacer con un gran saldo rotativo entre varias tarjetas de crédito con el único fin de reponer las existencias de la panadería.

—¿Qué puedo hacer para arreglarlo? —pregunto por fin.

—Lamento decirte que no mucho —dice Matt—. Puedes tratar de conseguir otro préstamo, desde luego, pero el mercado está difícil en este momento y te aseguro que, con otro banco, no llegarás a ninguna parte. Además, entre los antecedentes de tus pagos y el Bingham que se acaba de inaugurar en la misma calle...

—El Bingham —farfallo—. ¿Cómo no?

Ha sido mi cruz durante el último año. Es una pequeña cadena de Nueva Inglaterra que fabrica donuts; la casa central está situada en Rhode Island y se ha ido expandiendo sin parar por toda la región con la intención de hacerle la competencia al Dunkin' Donuts. Hace nueve meses, justo cuando yo empezaba a salir del apuro financiero en el que me había encontrado después de la recesión, inauguraron el decimosexto local en la zona a menos de un kilómetro de mi panadería.

Podría haber capeado el temporal de no ser por los perjuicios financieros que me produjo el divorcio, pero ahora me aferro desesperadamente y Matt lo sabe: tengo todos los préstamos en su banco.

—Oye, se me ocurre una sola posibilidad para ti —dice Matt. Bebe un sorbo largo de vino y se inclina hacia delante—. Hay algunos inversores de Nueva York con los que trabajo. Siempre están buscando empresas pequeñas para... ayudarlas a salir adelante. Se lo puedo pedir como pago de un favor.

—De acuerdo —digo lentamente. No estoy segura de que me guste la idea de que unos desconocidos inviertan en lo que siempre ha sido un negocio familiar. Tampoco me gusta pensar que Matt reclame para mí un favor que le deben, aunque también me doy cuenta de que la alternativa podría ser perder por completo la panadería—. ¿Y cómo funciona, exactamente?

—En términos generales, te compran el negocio —dice— y se hacen cargo del préstamo con el banco. Tú recibes un pago en efectivo que te alcanza para saldar algunas de las cuentas a las que tienes que hacer frente ahora y te quedas al frente para manejar la panadería y encargarte de que siga funcionando... Siempre y cuando ellos estén de acuerdo.

Me lo quedo mirando fijamente.

—¿Me estás diciendo que la única salida que tengo es venderle a unos desconocidos la totalidad de la panadería de mi familia?

Matt se encoge de hombros.

—Ya sé que no es lo ideal, pero resolvería tus dificultades financieras a corto plazo y, si hay suerte, yo podría convencerlos para que te dejaran quedarte como encargada.

—Pero es la panadería de mi familia —digo con voz queda y me doy cuenta de que me estoy repitiendo.

Matt mira hacia otro lado.

—No sé qué más decirte, Hope. Esta es prácticamente tu última oportunidad, a menos que tengas por ahí medio millón de dólares y, con lo endeudada que estás, no puedes levantarlo todo y volver a empezar en otra parte.

No me salen las palabras. Al cabo de un momento, Matt vuelve a la carga:

—Mira que son buena gente. Los conozco desde hace tiempo. Se portarán bien contigo. Por lo menos así no tendrás que liquidar el negocio.

Me siento como si Matt acabara de arrojarme una granada en el regazo, le hubiese quitado la anilla y se hubiera ofrecido a limpiar la escabechina y todo con una sonrisa.

—Tengo que pensármelo —digo, desanimada.

—Hope —dice Matt. Aparta la copa de vino, extiende las manos por encima de la mesa y cubre las mías, mucho más pequeñas, en un gesto que, ya lo sé, pretende darme a entender que estoy a salvo—. Encontraremos una solución, ¿de acuerdo? Te ayudaré.

—No necesito tu ayuda —farfullo.

Parece dolido y me siento fatal y por eso no aparto las manos. Sé que lo único que pretende es ser amable. Lo malo es que parece una limosna y no quiero caridad. Puede que me hunda o que salga a flote, pero, como mínimo, querría hacerlo por mí misma.

Antes de que ninguno de los dos pueda añadir nada más, oigo sonar mi teléfono dentro del bolso. Avergonzada, retiro las manos y me apresuro a responder. No había sido mi intención dejarlo encendido. Veo la mirada iracunda que me lanza el *maitre* desde el otro lado del salón cuando contesto.

—¿Mamá?

Es Annie y parece disgustada.

—¿Qué pasa, cielo? —le pregunto y ya me estoy poniendo de pie, dispuesta a acudir en su auxilio, dondequiera que esté.

—¿Dónde estás?

—He salido a cenar, Annie —le digo, pero no menciono a Matt, para que no piense que se trata de una cita romántica—. ¿Y tú? ¿No estás en casa de tu padre?

—Papá ha tenido que ir a ver a un cliente —masculla—, así que ha vuelto a dejarme en tu casa y lo que pasa es que se ha roto el lavavajillas, ¿no?

Cierro los ojos. Lo había llenado de detergente y lo había puesto en marcha media hora antes de que llegara Matt, suponiendo que el ciclo estaría casi acabado cuando me marché.

—¿Qué ha pasado?

—Yo no he hecho nada —dice Annie rápidamente—, pero hay, o sea, agua por todas partes, como muchos centímetros, ¿no? Parece una superinundación.

Se me cae el alma a los pies. Debe de haber reventado alguna cañería. No quiero ni pensar en lo que costará arreglarla ni lo mucho que se habrán estropeado mis viejos suelos de madera.

—De acuerdo —digo con tono sereno—, gracias por avisarme, cielo. Enseguida voy.

—Pero ¿cómo hago para cortar el agua? —pregunta—. Es que sigue saliendo, ¿no?, y se va a inundar toda la casa.

Me doy cuenta de que no tengo la menor idea de cómo se corta el agua de la cocina.

—Deja que me lo piense, ¿vale? Ahora te llamo. Ya voy.

—Es igual —dice Annie y me cuelga.

Le cuento a Matt lo que ha ocurrido y él suspira y llama al camarero para pedirle que nos pongan la comida en una caja para llevar.

—Lo lamento —le digo, mientras salimos corriendo hacia el coche cinco minutos después—. Últimamente mi vida consiste en un desastre tras otro.

Matt se limita a mover la cabeza.

—Esas cosas pasan —dice, tenso, y no vuelve a hablar hasta que estamos en el coche, yendo hacia mi casa—: No puedes aplazar esta cuestión del negocio, Hope, porque, si lo haces, vas a perder todo lo que tu familia ha logrado con tanto esfuerzo.

No respondo, en parte porque sé que tiene razón y, también, porque no me puedo ocupar de eso justo ahora. Le pregunto, en cambio, si sabe cómo interrumpir el suministro de agua a la cocina, pero me dice que no, de modo que recorremos en silencio el resto del trayecto hasta mi casa.

—¿De quién es ese todoterreno? —pregunta Matt, mientras detiene el coche delante de mi casa—. No me deja sitio para aparcar en la entrada.

—De Gavin —digo en voz baja.

Su conocido Wrangler azul grisáceo está aparcado junto a mi viejo Corolla. Se me cae la cara de vergüenza.

—¿Gavin Keyes? —pregunta Matt—. ¿El manitas? ¿Y qué hace aquí?

—Supongo que Annie lo habrá llamado —digo, apretando los dientes.

Mi hija no sabe que todavía no he acabado de pagarle a Gavin por todo el trabajo que hizo en casa durante el verano. Ni remotamente. Ella no sabe que una tarde de julio estaba con él en el porche y, después de recibir un extracto de la cuenta bancaria, me había echado a llorar —¡qué embarazoso!— y que, un mes después, cuando acabó de hacer los arreglos en casa, insistió en que le pagara, por el momento, con pasteles y café de la panadería. Annie no sabe que es la única persona del pueblo, aparte de Matt, que está al corriente del desastre que es mi vida ni que, precisamente por ese motivo, es la última persona del mundo a la que me apetece ver justo ahora.

Entro con Matt a la zaga, llevando mi comida de Fratanelli. En la cocina encuentro a Annie con una pila de toallas y a Gavin agachado, con la cabeza debajo del fregadero. Parpadeo cuando me doy cuenta de que mis ojos han ido a parar derechos al muslo de sus pantalones, para comprobar si sigue estando allí el agujero que descubrí esta mañana. Evidentemente, así es.

—Gavin —digo.

Se sobresalta, se aparta del fregadero y se pone de pie. Sus ojos se mueven rápidamente entre Matt y yo y se rasca la cabeza, mientras Matt pasa a su lado para guardar mi comida en la nevera.

—Hola —dice Gavin. Echa otra ojeada a Matt y después me vuelve a mirar a mí—. He venido enseguida, en cuanto Annie me llamó. Te he cortado el agua por ahora. Me da la impresión de que la cañería que ha reventado está en la pared de detrás del lavavajillas. Vendré a arreglártela pasado mañana, si no te importa esperar.

—No tienes que hacerlo —le digo con suavidad.

Lo miro a los ojos, con la esperanza de que entienda lo que trato de transmitirle: que aún no puedo pagarle.

Sin embargo, él se limita a sonreír y continúa, como si no me hubiese oído.

—Mañana voy a tope, pero pasado mañana puedo venir en cualquier momento —dice—. Solo tengo un trabajillo en la casa de Foley por la mañana. Además, no creo que tarde mucho en solucionar esto. Solo hay que reparar la cañería y todo quedará como antes. —Vuelve a mirar a Matt y otra vez a mí—. Oye, en el todoterreno tengo una aspiradora industrial. Voy a buscarla y os ayudo a extraer el agua. Cuando los suelos estén secos, podremos ver si se ha estropeado algo.

Echo un vistazo a Annie, que sigue allí de pie con un montón de toallas en la mano.

—Podemos limpiarlo todo nosotros mismos —le digo a Gavin—. No hace falta que te quedes, ¿vale? —añado, mirando a Annie y después a Matt.

—Supongo —dice Annie, encogiéndose de hombros.

Matt mira hacia otro lado.

—En realidad, Hope, mañana me tengo que levantar temprano, así que me voy a tener que marchar.

Gavin resopla y sale sin decir nada más. No le hago caso.

—Ah —le digo a Matt—, desde luego y gracias por la cena.

Cuando acompaño a Matt hasta la puerta, me cruzo con Gavin, que vuelve a entrar con la aspiradora industrial.

—Te he dicho que no hacía falta que lo hicieras —farfullo.

—Ya sé lo que dijiste —dice Gavin, sin detenerse a mirarme.

Al cabo de un momento, observo que el brillante Lexus de Matt se aleja del bordillo y oigo que el aspirador de Gavin se pone en marcha en la cocina. Cierro los ojos un instante, me doy la vuelta y regreso hacia el único follón de mi vida que en realidad tiene solución.

La noche siguiente, Annie ha vuelto a la casa de Rob y, mientras acabo de limpiar —después de trabajar — el resto del jaleo de la cocina, me pongo a pensar en Mamie, que siempre sabía arreglar desastres. Me doy cuenta de que hace dos semanas desde la última vez que fui a verla.

«Debería ser mejor nieta —pienso y me invade la culpa— y debería ser mejor persona».

Un ámbito más en el que, aparentemente, siempre me quedo corta.

Con un nudo en la garganta, acabo de pasar la fregona, me pongo un poco de pintalabios mirándome en el espejo del corredor y cojo las llaves. Annie tiene razón: tengo que ir a ver a mi abuela. Visitar a Mamie siempre me da ganas de llorar, porque, aunque el hogar sea alegre y agradable, es espantoso darse cuenta de que se está yendo. Es como estar de pie en la cubierta de una embarcación y observar las olas que arrastran a alguien al fondo, sabiendo que no tenemos ningún salvavidas a mano.

Quince minutos después atravieso las puertas de la institución de vida asistida de Mamie, una residencia inmensa pintada de amarillo claro y llena de cuadros de flores y animales de los bosques. En el piso superior están los enfermos de demencia y las visitas tenemos que introducir un código de acceso en un panel digital que hay en la puerta.

Recorro el pasillo hacia la habitación de Mamie, que queda al final del ala oeste. Los dormitorios de los residentes son privados, como si fueran apartamentos, aunque siempre comen en el comedor y el

personal tiene llaves maestras, para poder entrar a verlos y darles la medicación diaria. Mamie toma un antidepresivo, dos medicamentos para el corazón y una droga experimental para el *alzheimer* que no parece surtir ningún efecto. Una vez al mes me reúno con el médico del centro para que me dé un informe de su estado. En nuestro último encuentro me dijo que sus facultades mentales se habían ido deteriorando mucho a lo largo de los últimos meses.

—Lo peor del caso es —me dijo, mirándome por encima de las gafas— que tiene la lucidez suficiente para darse cuenta. Es una de las peores etapas, porque ella sabe que no tardará en perder por completo la memoria y eso, para los pacientes que se encuentran en este estado, resulta muy perturbador y penoso.

Trago saliva y toco el timbre que hay junto a su nombre: Rose McKenna. La oigo arrastrar los pies en el interior; es probable que se haya levantado del asiento reclinable con un poco de esfuerzo y que se acerque a la puerta con el bastón que usa desde que se cayó y se rompió la cadera, hace dos años.

Se abre la puerta y contengo las ansias de arrojarme en sus brazos para que me estreche entre ellos, como hacía cuando era pequeña. Hasta aquel momento, pensaba que venía a verla por ella, pero ahora me doy cuenta de que lo hago por mí. Lo necesito. Necesito ver a alguien que me quiera, aunque sea un amor imperfecto.

—Hola —dice Mamie y me sonrío. Tiene el cabello más canoso que la última vez que la vi y las arrugas del rostro más marcadas, pero, como siempre, lleva pintalabios color burdeos y los ojos pintados con kohl y rímel—. ¡Qué sorpresa, cielo!

Habla con un dejo de acento francés que no ha llegado a perder. Está en Estados Unidos desde principios de la década de 1940, pero los rastros de aquel pasado suyo tan remoto envuelven todavía sus palabras como uno de aquellos pañuelos franceses, ligeros como plumas, que casi siempre lleva en torno al cuello.

Me acerco para abrazarla. Cuando yo era más joven, ella era firme y fuerte. Ahora, cuando se encorva en el abrazo, siento los huesos de su columna y sus hombros afilados.

—Hola, Mamie —digo con suavidad y parpadeo para tratar de contener las lágrimas. Clava en mí los ojos grises y nublados.

—Tendrás que perdonarme —dice—, pero a veces estoy un poco olvidadiza. ¿Cuál eres tú, querida? Ya sé que debería recordarlo.

Trago saliva.

—Soy Hope, Mamie; tu nieta.

—Desde luego. —Me sonrío, pero hay niebla en sus ojos grises—. Lo sabía, pero a veces necesito que me lo recuerden. Pasa, por favor.

Entro tras ella en el apartamento iluminado por una luz tenue y me conduce hacia la ventana del salón.

—Estaba observando el atardecer, querida —dice—. Dentro de un momento, podremos ver el lucero vespertino.

Capítulo 3

Cupcakes de vainilla de la Estrella Polar

CUPCAKES

INGREDIENTES

- 1 taza de mantequilla sin sal a temperatura ambiente
- 1 ½ taza de azúcar granulado
- 4 huevos grandes
- 1 cucharadita de extracto de vainilla puro
- 3 tazas de harina
- 3 cucharaditas de levadura química
- ½ cucharadita de sal
- ½ taza de leche

PREPARACIÓN

1. Precalentar el horno a 180 grados. Forrar con cápsulas de papel 24 moldes para magdalenas.
2. En un bol grande, batir la mantequilla y el azúcar con la batidora eléctrica hasta obtener una mezcla ligera y esponjosa; a continuación, añadir los huevos de uno en uno. Incorporar el extracto de vainilla y mezclar bien.
3. Tamizar la harina con la levadura química y la sal y añadir a la mezcla con mantequilla, más o menos una taza por vez, alternando con la leche.
4. Rellenar los moldes para magdalenas más o menos hasta la mitad. Hornear entre 15 y 20 minutos o hasta que, al insertar en la parte superior del cupcake un cuchillo, este salga limpio. Dejar enfriar 10 minutos en la bandeja del horno y después pasar a una rejilla hasta que se enfríen por completo.
5. Esperar hasta que se hayan enfriado del todo y entonces cubrir con el baño rosa (véase la receta a continuación).

BAÑO ROSA

INGREDIENTES

- 1 taza de mantequilla sin sal, ligeramente blanda
- 4 tazas de azúcar glas
- ½ cucharadita de extracto de vainilla
- 1 cucharadita de leche
- de 1 a 3 gotas de colorante alimenticio rojo

1. Batir la mantequilla en un bol mediano con la batidora eléctrica hasta que quede ligera y esponjosa.
2. Añadir poco a poco el azúcar y batir hasta que quede bien mezclado.
3. Agregar la vainilla y la leche y seguir batiendo hasta que se mezclen bien.
4. Agregar una gota de colorante alimenticio rojo y batir bien hasta incorporar. Para conseguir un baño con un rosado más intenso, añadir una o dos gotas más; después de echar cada gota, batir hasta que quede homogéneo. Extender sobre los cupcakes, según la receta anterior.

Rose

Rose miró por la ventana, buscando, como siempre, la primera estrella que sale sobre el horizonte. Estaba segura de que aparecería —titila y brilla tanto que parece una llama eterna— en cuanto el sol poniente pintara en el cielo cintas de fuego y luz. Cuando ella era niña, al crepúsculo lo llamaban *l'heure bleue*, la hora azul, la hora en la que la tierra no estaba del todo clara ni del todo oscura. Siempre la había reconfortado aquel espacio intermedio.

El lucero vespertino que aparecía todas las noches durante el crepúsculo aterciopelado siempre había sido su preferido, aunque en realidad no era una estrella, sino el planeta Venus, el que llevaba el nombre de la diosa del amor. Ella lo había aprendido hacía tiempo, pero, en realidad, daba igual, porque aquí, en la tierra, costaba distinguir lo que era una estrella de lo que no lo era. Durante años había contado todas las estrellas que podía ver en el firmamento por la noche. Siempre buscaba algo, pero todavía no lo había encontrado. No se lo merecía —estaba segura— y eso la apenaba. Muchas cosas la apenaban en aquellos momentos, pero, algunas veces, de un día para otro, no podía recordar por qué lloraba.

Alzheimer. Sabía que tenía esa enfermedad. Lo había oído susurrar en las salas. Había observado a sus vecinos del hogar, que llegaban y se marchaban e iban perdiendo la memoria a medida que pasaban los días. Sabía que a ella le estaba ocurriendo lo mismo y eso la asustaba por motivos que nadie entendería. No se atrevía a expresarlos en voz alta. Era demasiado tarde.

Rose sabía que la joven del cabello castaño brillante, los rasgos familiares y los ojos hermosos y tristes acababa de decirle quién era, pero ella ya lo había olvidado. Un pánico conocido le subió hasta la garganta. Ojalá pudiera aferrarse a los recuerdos como si fueran cuerdas de salvamento y guardarlos antes de hundirse, pero le resultaban resbaladizos —no podía agarrarlos—, de modo que carraspeó y, con una sonrisa forzada, se aventuró a expresar su mejor conjetura:

—Josephine, cielo, busca el lucero en el horizonte —dijo.

Señaló el espacio vacío en el cual sabía que en cualquier momento aparecería el lucero vespertino. Esperaba haber acertado. Hacía mucho que no veía a Josephine. O tal vez sí. Era imposible saberlo.

La joven de ojos tristes carraspeó y dijo:

—No, Mamie; soy Hope. Josephine no está aquí.

—Ah, sí, claro, ya lo sé —se apresuró a rectificar Rose—. Me debo de haber equivocado al decirlo.

No podía permitir que nadie —ninguno de ellos— supiera que estaba perdiendo la memoria. ¡Qué vergüenza!, ¿verdad? Como si no los quisiera lo suficiente para recordarlos: le resultaba embarazoso, porque ocurría todo lo contrario. Tal vez, si disimulaba un poco más, las nubes se disiparían y sus

recuerdos regresarían de dondequiera que hubiesen ido a esconderse.

—No pasa nada, Mamie —dijo la joven, que parecía demasiado mayor para ser Hope, su única nieta, que no podía tener más de trece o catorce años. Sin embargo, Rose podía ver las arrugas de preocupación grabadas en torno a los ojos de la joven: demasiadas arrugas para una niña de esa edad. ¿Qué la preocuparía? Tal vez la madre de Hope supiera lo que no iba bien. Tal vez entonces Rose pudiera ayudarla. Quería ayudar a Hope, pero no sabía cómo.

—¿Dónde está tu madre, querida? —le preguntó Rose a Hope con amabilidad—. ¿Va a venir?

Rose tenía tantas cosas que quería decirle a Josephine, tanto de que disculparse, y temía que se le estuviera acabando el tiempo. ¿Por dónde empezaría? ¿Le pediría perdón primero por sus numerosos errores? ¿Por su frialdad? ¿Por enseñarle, sin querer, todo al revés? Rose sabía que había tenido muchas oportunidades de pedir perdón en el pasado, pero las palabras siempre se le quedaban atragantadas. Tal vez fuera hora de obligarse a decirlas, para que Josephine las oyera antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Mamie? —dijo Hope con vacilación.

Rose le sonrió con dulzura. Sabía que Hope crecería algún día y llegaría a ser una persona buena y fuerte. Josephine también era esa clase de mujer, pero su personalidad estaba envuelta en tantas capas de defensa, como consecuencia de los errores de Rose, que costaba darse cuenta.

—Dime, querida —dijo Rose, porque Hope había callado.

De pronto, Rose se imaginó lo que Hope estaba a punto de decir. Ojalá pudiera impedirselo antes de que las palabras le hicieran daño, pero era demasiado tarde. Siempre era demasiado tarde.

—Mi madre, Josephine, ha muerto —dijo Hope con suavidad—. Hace dos años, Mamie. ¿No te acuerdas?

—¿Mi hija? —preguntó Rose y la tristeza rompió sobre ella como una ola—. ¿Mi Josephine?

La verdad la cubrió como la marea y por un instante Rose se quedó sin aliento. Se sorprendió de los trucos que le jugaba la memoria, que se llevaba los recuerdos infelices, arrastrándolos al mar.

Sin embargo, algunos recuerdos —Rose lo sabía— no se podían borrar, ni siquiera cuando uno se ha pasado toda la vida fingiendo que no están allí.

—Lo lamento, Mamie —dijo Hope—. ¿Lo habías olvidado?

—No, no —se apresuró a responder—, claro que no. —Hope apartó la vista y Rose la miró fijamente. La joven le recordó por un instante a algo o a alguien, pero, antes de que pudiera atraparlo, el pensamiento se alejó, revoloteando fuera de su alcance, como una mariposa—. ¿Cómo iba a olvidar algo así? —dijo Rose con suavidad.

Estuvieron sentadas un rato en silencio, mirando por la ventana. El lucero vespertino ya había salido y Rose no tardó en poder ver las estrellas de la Osa Mayor. Una vez, su padre le dijo que aquella era la cacerola de Dios y, como él le había enseñado a hacer, siguió la línea de la estrella llamada Merak hasta la llamada Dubhe y encontró a Polaris, la Estrella Polar, que justo empezaba a abrir para ella su ojo somnoliento en el cielo infinito. Sabía el nombre de muchísimas estrellas y a las que no sabía cómo se llamaban las había bautizado ella misma con el nombre de personas que había perdido hacía mucho tiempo.

Le extrañaba que no pudiera retener los hechos más sencillos y, sin embargo, los nombres celestiales estuvieran escritos en su memoria de forma indeleble. Los había estudiado en secreto durante muchísimos años con la esperanza de que algún día le sirvieran para encontrar el camino a casa. Sin embargo, ella

seguía aquí, en la tierra —¿verdad?— y las estrellas estaban tan lejos como siempre.

—¿Mamie? —preguntó Hope, rompiendo el silencio al cabo de un rato.

Rose se volvió hacia ella y sonrió al oír aquella palabra. Recordaba con cariño a su propia *mamie*, una mujer que siempre le había parecido tan glamurosa, una mujer cuyos sellos característicos eran el pintalabios rojo, los pómulos altos y una melena oscura y elegante que había pasado de moda en la década de 1920. Entonces recordó lo que le había ocurrido a su *mamie* y la sonrisa desapareció. Parpadeó unas cuantas veces y regresó al presente:

—Dime, querida —dijo Rose.

—¿Quién es Leona?

La palabra dejó a Rose sin aliento por un instante, porque era un nombre que no pronunciaba hacía casi setenta años. ¿Por qué habría de hacerlo? No creía en resucitar a los espíritus.

—Nadie —respondió por fin.

Era mentira, desde luego, porque Leona era alguien, como todos los demás. Al volver a negarlos, sabía que estaba tensando un poco más el tapiz del engaño. Se preguntó si alguna vez llegaría a estar tan tenso como para asfixiarla.

—Pero Annie dice que la has llamado Leona —insistió Hope.

—No, se equivoca —dijo Rose enseguida—. No hay ninguna Leona.

—Pero...

—¿Cómo está Annie? —preguntó Rose para cambiar de tema.

Recordaba a Annie con toda claridad. Era la tercera generación de estadounidenses en su familia. Primero Josephine, después Hope y ahora, la pequeña Annie, la aurora después del crepúsculo de Rose. No había demasiadas cosas de las que estuviera orgullosa en su vida, pero su biznieta era una de ellas.

—Está bien —respondió Hope, pero Rose advirtió que el trazo de su boca no era del todo natural—. Últimamente pasa mucho tiempo con su padre. Han estado todo el verano yendo a los partidos de la Liga del Cabo Cod.

Rose escarbó en su memoria.

—¿Qué clase de Liga?

—La de béisbol. La Liga de verano. Como los partidos a los que solía llevarme el abuelo cuando yo era pequeña.

—¡Qué bien! Parece interesante, querida —dijo Rose—. ¿Y tú vas con ellos?

—No, Mamie —dijo Hope con suavidad—. El padre de Annie y yo nos hemos divorciado.

—Desde luego —murmuró Rose. Estudió el rostro de Hope cuando ella alzó la vista y observó en sus rasgos el mismo tipo de tristeza que encontraba cada vez que se miraba al espejo. ¿Por qué estaría tan triste?— ¿Todavía estás enamorada de él? —se atrevió a inquirir.

Hope levantó los ojos de golpe y Rose se sintió fatal al advertir que, probablemente, aquella no era la pregunta adecuada. A veces no distinguía entre lo que era correcto y lo que no.

—No —murmuró Hope finalmente y, sin mirarla, añadió—: Y creo que nunca lo quise. Es terrible decir algo así, ¿verdad? Creo que hay algo en mí que está mal.

A Rose se le hizo un nudo en la garganta. Conque el peso se había transmitido también a Hope. Ahora lo sabía. Su propio corazón cerrado tenía repercusiones que jamás hubiera imaginado. Y ella era la responsable de todo aquello, pero ¿cómo decirle a Hope que el amor existía y que era capaz de cambiarlo todo? Como no podía hacerlo, carraspeó y trató de concentrarse en el presente.

—A ti no te pasa nada malo, cielo —le dijo a su nieta.

Hope echó un vistazo a su abuela y después miró hacia otro lado.

—¿Y si me pasara? —preguntó con suavidad.

—No te tienes que culpar a ti misma —dijo Rose—. Hay cosas que no pueden ser. —Algo merodeaba otra vez en los confines de su memoria. No podía recordar el nombre del marido de Hope, aunque sabía que nunca le había caído demasiado bien. ¿Habría tratado mal a Hope? ¿O lo que pasaba era, simplemente, que siempre parecía demasiado frío, demasiado equilibrado?— Ha sido un buen padre para Annie, ¿verdad? —añadió, porque le pareció que tenía que decir algo bueno.

—Desde luego —dijo Hope, tensa—. Es un padre estupendo. Le compra todo lo que ella quiere.

—Pero eso no es amor —objetó Rose, vacilante—, sino que solo son cosas.

—Bueno, sí —dijo Hope.

De pronto, parecía agotada. El pelo le caía delante de la cara, como una lámina, ocultando su expresión. En aquel momento, Rose estaba segura de haber visto lágrimas en los ojos de su nieta, pero, cuando Hope volvió a alzar la mirada, aquellos ojos dolorosamente familiares estaban despejados.

—¿Has salido después con otros hombres? —le preguntó Rose al cabo de un momento—. Después del divorcio, quiero decir.

Pensaba en su propia situación y en que, algunas veces, había que seguir adelante, aunque hubiésemos entregado el corazón.

—Claro que no. —Hope agachó la cabeza y evitó la mirada de Rose. Después farfulló—: No quiero ser como mi madre. Annie es lo más importante para mí. Nada de tíos a diestro y siniestro.

Rose lo comprendió entonces. De repente, recordó retazos de la infancia de su nieta. Recordó que Josephine había buscado sin cesar el amor en todos los lugares equivocados, con todos los hombres equivocados, cuando lo tenía justo allí, en los ojos de Hope, todo el tiempo. Recordó las innumerables noches en las que Josephine dejaba a su hija con Rose para poder salir. Hope, que entonces era muy pequeñita, lloraba en brazos de su abuela hasta quedarse dormida. Recordaba las manchas de lágrimas en sus blusas, que la hacían sentir vacía y sola mucho después de que Hope se hubiese dormido.

—Tú no eres tu madre, cielo —dijo Rose con dulzura.

Le dolía el corazón, porque aquello —todo— era culpa suya. ¿Quién le iba a decir que las consecuencias de sus decisiones seguirían repercutiendo durante varias generaciones?

Hope carraspeó, apartó la mirada y cambió de tema.

—Conque ¿estás segura de que no conoces a ninguna Leona? —preguntó.

Rose parpadeó unas cuantas veces, mientras el nombre abría otro agujero en su corazón. Apretó los labios y movió la cabeza de un lado a otro. Tal vez, si no se hacía en voz alta, mentir no fuera tan malo.

—¡Qué extraño! —murmuró Hope—. Annie estaba segura de que la habías llamado así.

—Pues sí que es raro.

Rose deseó poder ofrecer a la joven las respuestas que anhelaba, pero no estaba preparada, porque decir la verdad sería como abrir una compuerta. Sentía el agua que crecía tras la presa y sabía que no tardaría en desbordar. Los ríos, las mareas y las crecidas seguían siendo suyos, por ahora, y los surcaba sola.

Por un instante, le dio la impresión de que Hope quería añadir algo, pero, en cambio, se puso de pie y abrazó a Rose con fuerza y le prometió regresar pronto. Se fue sin mirar atrás.

Rose la observó marchar y advirtió que aún no era oscuro del todo: Hope ni siquiera había estado durante toda la *heure bleue*, lo cual entristeció a Rose, aunque no culpó a la muchacha. Rose sabía que aquello, como tantas otras cosas, era culpa suya.

Después, cuando ya habían salido todas las estrellas, se presentó la enfermera preferida de Rose — una mujer cuya piel brillaba como el *pain au chocolat* que, tanto tiempo atrás, Rose llevaba a casa para su hermano David y su hermana Danielle— para asegurarse de que hubiera tomado todos los medicamentos de la noche.

—Hola, Rose —dijo, sonriéndole a los ojos, mientras le servía un vaso de agua y le abría el pastillero—. ¿Ha venido alguien a verte esta tarde?

Rose se puso a cavilar, tratando de recordar. Saltó una chispa, un destello en el fondo de su memoria, pero no tardó en desaparecer. Tenía la certeza de que había contemplado el crepúsculo ella sola, como todas las noches.

—No, querida —respondió Rose.

—¿Estás segura? —insistió la enfermera. Le entregó sus pastillas en un vaso de papel y vio que las tragaba y bebía un poco de agua—. Amy, la recepcionista de la planta baja, me dijo que había venido tu nieta, Hope.

Rose sonrió, porque quería mucho a Hope, que debía de tener trece o catorce años.

«¡Cómo pasa el tiempo! —pensó—. Antes de que me dé cuenta, será adulta».

—No —dijo a la enfermera—. No ha venido nadie, pero tienes que conocerla algún día. Es un encanto de niña. Tal vez venga a verme con su madre.

La enfermera le apretó ligeramente el brazo y sonrió:

—De acuerdo, Rose —dijo—. De acuerdo.

Capítulo 4

Nunca había sido mi intención regresar aquí: a la panadería, al cabo Cod ni a nada de todo esto.

No era cosa prevista que a los treinta y seis años yo tuviera una hija adolescente ni fuese la propietaria de una panadería. Cuando estaba en la universidad, soñaba con irme a vivir muy lejos, con viajar por todo el mundo y con ganarme la vida como abogada.

Entonces conocí a Rob, que estaba en último año de Derecho justo cuando yo acababa de empezar la carrera. Si me parecía que el cabo Cod ejercía una fuerte atracción sobre mí, no tenía ni punto de comparación con lo que supuso entrar en su órbita. A mediados de año me falló el control anticonceptivo y tuve que decirle que estaba embarazada: una semana después me propuso matrimonio. Según dijo, era lo que correspondía hacer.

Entre los dos habíamos decidido que me tomaría un año para tener al bebé antes de volver a la universidad. Annie nació en agosto. Rob consiguió trabajo en un bufete de Boston y sugirió que me quedara en casa con nuestra hija un poco más, ya que sus ingresos habían mejorado. Al principio, la idea parecía buena. Sin embargo, después del primer año, el abismo entre nosotros se había vuelto tan grande que yo ya no sabía cómo salvarlo. Mis días, llenos de pañales, la lactancia y *Barrio Sésamo*, apenas le despertaban interés y he de reconocer que yo estaba celosa de que él se relacionara con el mundo todos los días e hiciera todas las cosas que yo había soñado en otra época. No me arrepentía de haber tenido a Annie —jamás lo lamenté ni por un instante—, sino de no haber tenido la oportunidad de vivir la vida como esperaba.

Hace nueve años diagnosticaron por primera vez a mi madre un cáncer de mama y, después de discutir conmigo muchas noches, Rob aceptó trasladarse al cabo Cod, donde había advertido que podría abrir un bufete y ser uno de los pocos abogados especializados en daños corporales de la zona. Mamie cuidaba a Annie en la panadería durante el día, mientras yo colaboraba con Rob como asistente jurídica: no era exactamente lo que había soñado, pero se parecía bastante. Cuando Annie estaba en primero, bañaba *cupcakes* y acanalaba los bordes de masa como una profesional. Durante algunos años, todo funcionó a la perfección.

Pero entonces mi madre tuvo una metástasis, la memoria de Mamie empezó a fallar un poco y ya no quedaba nadie más que yo para salvar la panadería. Antes de darme cuenta de lo ocurrido, me había convertido en la guardiana de un sueño que no era mío y, de paso, había perdido todo lo que siempre había soñado.

Son casi las cinco de la mañana y todavía faltan dos horas para que amanezca. Cuando estaba en la primaria, Mamie me decía que cada aurora era como desenvolver un regalo divino, lo cual me desconcertaba, porque no es que ella fuera practicante. Sin embargo, por la noche, cuando mi madre y yo

íbamos a cenar a su casa, a veces la encontrábamos arrodillada junto a la ventana de atrás, rezando en voz baja mientras la luz se iba apagando.

—Prefiero mantener mi propia relación con Dios —me dijo un día, cuando le pregunté por qué rezaba en casa, en lugar de ir a la iglesia.

Esta mañana se dispersan por el obrador los olores de la harina, la levadura, la mantequilla, el chocolate y la vainilla; inhalo profundamente y su familiaridad me relaja. Desde que era pequeña, estos aromas siempre me han recordado a mi abuela, porque, incluso cuando la panadería estaba cerrada, incluso en casa, después de ducharse y cambiarse, su cabello y su piel conservaban aún el perfume de la cocina.

Estiro las masas y echo más harina en la amasadora industrial, pero tengo la cabeza puesta en otra cosa. Mientras ejecuto metódicamente los preparativos matutinos, pienso en lo que me dijo Mamie anoche. Verifico el reloj para los merengues con pepitas de chocolate del primer horno. Extiendo la masa para las tartaletas rosadas de almendras que tanto agradan a Matt Hines. Superpongo las láminas del *baklava* e introduzco la bandeja en el segundo horno. Echo en el bol de la segunda batidora el queso crema blando para la tarta de queso con limón y uvas. Envuelvo con capas de masa de cruasán los cuadrados de chocolate negro francés para los *pains au chocolat*. Trenzo las tiras largas de la *challah* integral, esparzo pasas de uva por encima y la dejo aparte, para que vuelva a subir.

«A ti no te pasa nada malo, cielo», me había dicho Mamie, pero qué sabrá ella. Casi ha perdido la memoria y está totalmente gagá. Sin embargo, a veces tiene la mirada tan despejada como siempre y estoy segura de que puede ver hasta el fondo de mi alma. Aunque nunca dudé de que ella y mi abuelo se quisieran, siempre me dio la impresión de que la relación entre ellos era más funcional que romántica. ¿Me habrá pasado lo mismo con Rob y lo habré echado a perder por creer que podía haber algo más? Tal vez haya sido tonta. La vida no es un cuento de hadas.

Suena el temporizador del primer horno, de modo que saco los merengues y los pongo a enfriar. Vuelvo a programar el horno y me dispongo a introducir los *pains au chocolat*. He empezado a hacer dos hornadas por las mañanas, porque, ahora que estamos en otoño y el aire se ha enfriado, se venden más rápido. Nuestras tartaletas y pasteles de frutas tienen más éxito en los meses de primavera y verano; en cambio, a medida que se acerca el invierno, parece que el público prefiere las pastas más dulces y más compactas.

Cuando tenía ocho años, empecé a ayudar a Mamie en la panadería, como Annie me ayuda a mí ahora. Todas las mañanas, justo antes de la salida del sol, Mamie interrumpía lo que estuviera haciendo y me conducía a la ventana que daba al este, por encima de la franja sinuosa de Main Street. Desde allí contemplábamos en silencio el horizonte hasta que rayaba el alba y después seguíamos cocinando.

—¿Qué es lo que miras siempre, Mamie? —le pregunté una mañana.

—Miro el cielo, querida —me dijo.

—Ya lo sé, pero ¿por qué?

Me había acercado a ella y me había estrechado contra su delantal rosa descolorido, el mismo que usaba desde que yo tenía memoria. Me abrazó con tanta fuerza que me asusté un poco.

—*Chérie*, miro desaparecer las estrellas —dijo al cabo de un minuto.

—¿Por qué? —volví a preguntar.

—Porque, aunque no las veas, siempre están allí. Lo que pasa es que se esconden detrás del sol.

—¿Y? —pregunté con timidez.

Deshizo el abrazo e inclinó la cabeza para mirarme a los ojos.

—Porque conviene recordar que no siempre hace falta ver algo para saber que existe, mi vida.

Lo que Mamie me dijo hace casi tres décadas sigue resonando en mi cabeza cuando la voz de Annie desde la puerta del obrador me saca bruscamente de mi atontamiento.

—¿Por qué lloras? —me pregunta.

Levanto la vista y me sorprendo al comprobar que tiene razón: las lágrimas me ruedan por las mejillas. Las aparto con el dorso de la mano, con lo cual me desparramo masa húmeda y pegajosa por toda la cara, y le dedico una sonrisa forzada.

—No estoy llorando —digo.

—No tienes por qué mentir, ¿no?

Suspiro.

—Estaba pensando en Mamie.

Annie pone los ojos en blanco y me hace una mueca.

—¡Genial! Ya era hora de que te decidieras a manifestar alguna emoción.

Arroja la mochila al rincón, donde cae con un ruido sordo.

—¿Y eso qué significa? —pregunto.

—Ya lo sabes —dice.

Se arremanga la camisa rosada y coge un delantal del gancho de la pared, justo a la izquierda de los estantes donde guardo las bandejas.

—Pues no, no lo sé —replico.

Interrumpo lo que estoy haciendo y la miro, mientras retira de la nevera de acero inoxidable una caja de huevos y cuatro barras de mantequilla y coge una jarra medidora. Se mueve por la cocina con tanta soltura como Mamie en otra época.

Annie no responde hasta que acaba de batir la mantequilla en la batidora fija y de añadir cuatro tazas de azúcar y los cuatro huevos, uno a uno.

—Tal vez, o sea, si hubieses sido capaz de sentir algo cuando estabas casada con papá, ahora no estarías divorciada —dice por fin, por encima del ruido de la batidora.

Me quedo sin respiración y la miro fijamente.

—Pero ¿qué dices? Si yo mostraba mis sentimientos...

Apaga la batidora.

—Es igual —farfulla—. Solo lo hacías para, o sea, enviarme a mi habitación o cosas así. ¿Cuándo te comportabas como si hubieras estado feliz de estar con papá?

—¡Era feliz!

—Es igual —dice—. Ni siquiera eras capaz de decirle a papá que lo querías.

Parpadeo.

—¿Te lo ha dicho él?

—¿Por qué? ¿Acaso no soy lo bastante mayor para darme cuenta de las cosas por mí misma? —pregunta.

Sin embargo, por su manera de esquivar mi mirada, me doy cuenta de que he dado en el clavo.

—Annie, no corresponde que tu padre te hable mal de mí —digo—. Hay muchas cosas acerca de nuestra relación que no comprendes.

—¿Como cuáles?

Es un desafío y me mira con frialdad.

Examino las posibilidades, pero, en definitiva, sé que no corresponde meter a nuestra hija en una pelea de adultos en la que ella no tiene que intervenir.

—Eso queda entre tu padre y yo.

Lanza una carcajada y pone los ojos en blanco.

—Pues él confía en mí lo suficiente para hablar conmigo —dice— y ¿sabes una cosa? Tú lo estropeas todo, mamá.

Antes de que pueda responder, suena la campanilla de la puerta de entrada a la panadería. Miro el reloj: todavía faltan unos minutos para las seis, nuestra hora oficial de apertura, pero Annie debió de dejar la puerta sin llave al entrar.

—Seguiremos después, jovencita —le digo con severidad.

—Es igual —masculla entre dientes.

Vuelve a concentrarse en la masa que está preparando y la observo por un instante, mientras añade un poco de harina y después algo más de leche y una pizca de vainilla.

—Eh, Hope, ¿estás allí atrás?

Es la voz de Matt desde la tienda y me marcho con brusquedad.

Oigo que Annie masculla:

—Claro, tenía que ser él.

Finjo no oírla y acudo a la tienda.

La señora Koontz y la señora Sullivan vienen a las siete, como siempre, y, por una vez, Annie corre a atenderlas. En general prefiere quedarse en el obrador, cocinando *cupcakes* y pastelillos enganchada a su iPod, sin hacerme caso hasta la hora de ir a la escuela, pero hoy está muy maja y sonriente y entra enseguida en el salón y les sirve café antes de que ellas se lo pidan.

—Aquí tienen. Ahora se los llevo a la mesa —dice, haciendo malabarismos con dos tazas de café y una jarrita de nata, mientras ellas le van a la zaga, mirándose entre sí.

—Vaya, Annie, gracias —dice la señora Sullivan cuando mi hija deposita los cafés y la nata sobre la mesa y aparta la silla para que se siente.

—¡De nada! —responde Annie con viveza.

Por un momento suena exactamente como la niña que vivía en su cuerpo antes del divorcio. La señora Koontz también murmura su agradecimiento y Annie responde alegremente:

—¡De nada! ¡De nada!

Ronda por allí mientras las dos toman los primeros sorbos de café y, para cuando la señora Sullivan prueba un bocado de su magdalena de arándanos y la señora Koontz levanta su donut con azúcar y canela, se ha puesto prácticamente a brincar sobre un pie o sobre el otro.

—Ejem, o sea, ¿puedo hacerles una pregunta? —dice Annie.

Estoy ordenando detrás del mostrador, pero hago una pausa y me esfuerzo por oír lo que quiere saber.

—Claro que puedes, guapa —dice la señora Koontz—, pero no debes usar «o sea» en medio de la frase.

—¿Eh? —pregunta Annie, perpleja.

La señora Koontz enarca una ceja, pero Annie se da cuenta y se corrige enseguida:

—Quiero decir «¿cómo dice?» —rectifica.

—La expresión «o sea» no sirve para rellenar una frase —le dice la señora Koontz a mi hija con toda seriedad.

Me escondo detrás del mostrador para que no me vean sonreír.

—Ah —dice Annie—. Quiero decir, lo sé.

Me asomo por detrás del mostrador y veo que tiene el rostro encendido. Me da pena: la señora Koontz, que hace años fue profesora mía de lengua en el instituto, es dura de pelar. Pienso en salir en defensa de Annie, pero la señora Sullivan se me adelanta.

—Vamos, Barbara, deja en paz a la chiquilla —le dice, dando a su amiga un golpecito en el brazo. Se vuelve a Annie y le dice—: No le hagas caso, guapa. Lo que pasa es que, ahora que está jubilada, echa de menos no estar en condiciones de mandonear a los niños. —Cuando la señora Koontz se dispone a protestar, la señora Sullivan le da otro golpecito y sonríe a Annie—: ¿Has dicho que querías preguntarnos algo?

Annie carraspea.

—Ejem, sí —dice—, quiero decir que sí, señora. Quería saber... —Hace una pausa y las mujeres aguardan—. Bueno, ustedes conocían a mi bisabuela, ¿no es cierto?

Las mujeres se miran entre sí y después a Annie.

—Sí, desde luego —responde la señora Sullivan por fin—. Hace años que la conocemos. ¿Cómo está?

—Bien —dice Annie de inmediato—. Bueno, no está bien del todo. Tiene algunos... problemas, pero, ejem, en general está bien. —Ha vuelto a ponerse roja—. En fin, lo que quería saber es... ejem, si ustedes saben quién es Leona.

Las mujeres vuelven a cruzar las miradas.

—¿Leona? —dice la señora Sullivan lentamente. Reflexiona unos instantes y mueve la cabeza de un lado a otro—. Me parece que no. No me suena. ¿Y a ti, Barbara?

La señora Koontz mueve la cabeza de la misma forma.

—Pues no —dice—, creo que no conocemos a ninguna Leona. ¿Por qué?

Annie baja la vista.

—Es que últimamente me llama así y quería saber, o sea, quién era. —Pone cara de horror y farfulla—. Perdón por decir «o sea».

La señora Sullivan se inclina y palmea la mano de Annie.

—Has conseguido asustar a la chiquilla, Barbara —dice.

La señora Koontz suspira y dice:

—Solo trato de enseñarle a hablar correctamente.

—Vale, de acuerdo, pero no es el momento ni el lugar —responde la señora Sullivan y le guiña un ojo a Annie—. ¿Y por qué es tan importante para ti, querida, saber quién es esta Leona?

—Mi bisabuela parece triste —responde Annie al cabo de un minuto, con voz tan baja que tengo que hacer un esfuerzo para oírla— y no sé mucho sobre ella, ¿no? Sobre mi bisabuela, quiero decir. Quisiera ayudarla, pero no sé cómo.

Entran entonces un par de clientes —un hombre canoso y una joven rubia que no conozco— y,

mientras los atiendo, me pierdo lo que hablan Annie y las dos mujeres. La rubia pregunta si tenemos algo dietético —pues no— y pide un trozo de pastel de zanahorias y su compañero, que parece varias décadas demasiado mayor para apretarle la mano y besarle la oreja, pide un *éclair*. Cuando se van y vuelvo a mirar a Annie, está sentada con las dos ancianas.

Miro el reloj y estoy a punto de recordarle que, si no se marcha en los próximos minutos, llegará tarde a la escuela, pero parece tan seria que me quedo inmóvil y me limito a contemplarla. Estoy acostumbrada a su aire despectivo y a que ponga los ojos en blanco cuando está conmigo, pero en este momento parece inocente e interesada. Me trago el nudo que tengo en la garganta.

Entro en el salón con un trapo y un aerosol para poder escuchar a escondidas, fingiendo que limpio. Advierto que las mujeres le están contando a Annie la historia de cómo Mamie vino a vivir al cabo Cod.

—Todas las muchachas del pueblo estaban enamoradas de Ted, tu bisabuelo —le está diciendo la señora Koontz.

—¡Anda! —La señora Sullivan se abanica con el periódico—. Durante el último año de instituto, me pasaba todo el día escribiendo su nombre y el mío en una libreta.

—Él era mayor que nosotras —dice la señora Koontz.

—Cuatro años —confirma la señora Sullivan—. Estaba en la universidad... Harvard, vamos... pero volvía a casa cada pocas semanas, de visita. Tenía coche, uno bueno, y eso llamaba mucho la atención por aquí en aquella época. Y las chicas se derretían por él.

—Era tan amable —ratifica la señora Koontz— y, como tantos otros, se enroló en el ejército un día después de Pearl Harbor.

Las dos hacen una pausa al mismo tiempo y se miran las manos. Sé que están pensando en otros jóvenes que ellas han perdido hace mucho. Annie cambia de postura en el asiento y pregunta:

—¿Y qué pasó después? Conoció a mi bisabuela en la guerra, ¿verdad?

—En España, me parece —dice la señora Koontz y mira a la señora Sullivan para que se lo confirme—. Lo hirieron en un lugar del norte de Francia o en Bélgica, creo. Nunca supe toda la historia; por aquí todos lo dimos por desaparecido en combate durante meses. Yo estaba segura de que había muerto, pero consiguió huir a España y tu bisabuela también estaba allí.

Annie asiente con la cabeza, muy seria, como si supiese la historia de memoria, aunque mi abuelo murió doce años antes de que ella naciera.

—Es francesa, claro, tu bisabuela Rose, pero, por lo que sé, sus padres murieron cuando era joven y ella se quiso ir de Francia, porque el país estaba en guerra, ¿verdad?

La señora Sullivan, que ha tomado el hilo de la narración, mira a la señora Koontz, que asiente con la cabeza.

—Nunca supimos muy bien cómo se conocieron, pero, sí, creo que Rose vivía en España. Me parece que fue, ¿cuándo sería, en 1944?, cuando nos enteramos de que él había vuelto a Estados Unidos y se había casado con una francesa.

—A finales de 1943 —corrige la señora Sullivan—. Lo recuerdo perfectamente, porque fue cuando cumplí veinte años.

—Ah, sí, claro. Te pusiste a llorar frente a tu pastel de cumpleaños. —La señora Koontz le guiña un ojo a Annie—. Estaba enamorada de tu bisabuelo como una adolescente, pero tu bisabuela se lo quitó.

La señora Sullivan hace una mueca.

—Era dos años más joven que nosotras y tenía aquel acento francés tan exótico. A los chicos los

vuelven locos los acentos, ¿sabes?

Annie asiente con la cabeza, toda seria, como si lo supiera por instinto. Disimulo una sonrisa, mientras finjo que me concentro en limpiar una mancha particularmente rebelde. Nunca oí contar a mi abuela cómo había conocido a mi abuelo —en realidad, casi nunca habla del pasado—, de modo que me interesa enterarme de lo que saben aquellas mujeres.

—Ted consiguió un trabajo en Nueva York, en un instituto, cuando se doctoró —dice la señora Koontz—, y después él y tu bisabuela volvieron al cabo Cod. Entonces él empezó a trabajar en la Sea Oats.

Mi abuelo, que se había doctorado en educación, fue el primer director de la Sea Oats School, una escuela privada de prestigio que queda en el pueblo de al lado. Antes incluía parvulario, primaria y secundaria, pero ahora solo es un instituto. Allí irá Annie cuando le toque, porque, gracias a él, tendrá una beca.

—Y, ejem, cuando Mamie y mi bisabuelo vinieron a vivir aquí —pregunta Annie—, ¿estaba también mi abuela?

—Sí, cuando se mudaron, tu abuela Josephine debía de tener... ¿Cuántos años? ¿Cinco? ¿Seis? —dice la señora Sullivan—. Volvieron al cabo Cod en 1950. Lo recuerdo perfectamente, porque es el año en que me casé.

La señora Koontz asiente con la cabeza.

—Sí, Josephine empezó primero cuando se mudaron aquí, si no me equivoco.

—¿Y Mamie puso la panadería entonces? —pregunta Annie.

—Creo que fue algunos años después —dice la señora Koontz—, pero lo más probable es que tu madre lo sepa. —Entonces me llama—: Hope, guapa, ¿dónde estás?

Finjo que no he estado escuchando toda la conversación.

—Aquí estoy. ¿Qué pasa? —pregunto, levantando la mirada.

—Annie pregunta cuándo fundó tu abuela la panadería.

—En 1952 —digo. Miro a Annie, que me observa fijamente—. Me parece que sus padres tenían una en Francia.

No sé nada más sobre el pasado de Mamie. Ella nunca hablaba sobre su vida antes de conocer a mi abuelo.

Annie no me hace caso y vuelve a dirigirse a las dos mujeres.

—Pero ¿ustedes no conocen a nadie que se llame Leona? —pregunta.

—No —dice la señora Sullivan—. Tal vez fuera amiga de tu bisabuela de cuando vivía en Francia.

—En realidad, aquí nunca tuvo ninguna amiga —dice la señora Koontz. Me lanza una mirada culpable y enseguida rectifica—: Es muy simpática, desde luego; lo que pasa es que siempre ha sido muy reservada.

Asiento con la cabeza, aunque no estoy segura de que haya que achacárselo exclusivamente a Mamie. Ella es discreta y reservada, sin duda, pero me da la impresión de que la señora Koontz, la señora Sullivan y las demás mujeres del pueblo no la deben de haber recibido con los brazos abiertos, precisamente. Siento pena por ella.

Vuelvo a mirar el reloj.

—Annie, tendrías que marcharte. Vas a llegar tarde a la escuela.

Entorna los ojos y desaparece la visión efímera de la vieja Annie: ha vuelto a odiarme.

—No eres mi jefa —farfulla.

—En realidad, jovencita —dice la señora Koontz, mirándome—, sí que lo es: es tu madre y, por consiguiente, tu jefa hasta que cumplas los dieciocho, como mínimo.

—Es igual —dice Annie entre dientes.

Se levanta de la mesa y entra en el obrador pisando fuerte. Sale poco después con su mochila.

—Gracias —dice a la señora Koontz y a la señora Sullivan, mientras se dirige hacia la puerta—.

Quiero decir, gracias por hablarme de mi bisabuela.

Ni siquiera me mira cuando sale por la puerta dando zancadas hacia Main Street.

Gavin pasa cuando estoy a punto de cerrar para devolverme el juego de llaves que le había dado dos días antes. Lleva puestos los mismos vaqueros con el agujero en el muslo, que da la impresión de haberse agrandado un poquito desde la última vez que lo vi.

—La cañería está arreglada —me dice mientras le sirvo lo que queda del café de la tarde— y el lavavajillas funciona como nuevo.

—No sé cómo agradecértelo.

Gavin sonrío.

—Lo sabes perfectamente. Ya conoces mis debilidades: el Star Pie, el *strudel* de canela, el café hecho hace horas...

Mira su taza de café y enarca una ceja, pero bebe un sorbo, de todos modos.

Echo a reír, aunque me siento incómoda.

—Ya sé que debería pagarte con algo más que con los productos de la panadería. Perdona, Gavin.

Levanta la vista.

—No hay nada que perdonar —dice—. ¡Cómo se nota que subestimas mi adicción a tu repostería!

Lo miro y se ríe.

—Te lo digo en serio, Hope: es excelente. Eres una maestra.

Suspiro mientras meto las últimas tartaletas rosadas de almendras que quedan en un recipiente plano de plástico con tapa que guardaré hasta mañana en el congelador.

—Pero resulta que no basta con ser una maestra —mascullo.

Aquella mañana, Matt me ha traído un montón de papeles que todavía no me he puesto a leer siquiera, aunque sé que tengo que hacerlo. No me apetece lo más mínimo.

—Eres injusta contigo misma —dice Gavin. Sin darme tiempo a responder, añade—: Conque Matt Hines viene mucho por aquí.

Bebe otro sorbo de café.

Alzo la vista de las pastas que estoy guardando.

—Solo es por el negocio —le digo, aunque no estoy segura de por qué me da la impresión de que tengo que justificarme.

—Ajá —es lo único que responde Gavin.

—Salíamos juntos cuando estábamos en el instituto —añado.

Gavin creció en North Shore, al norte de Boston —una tarde que nos quedamos charlando en el porche me contó que había ido al instituto en Peabody—, de modo que supongo que no sabe nada de mi

pasado con Matt; por eso, me sorprende cuando dice:

—Lo sé, pero eso fue hace mucho tiempo.

Asiento con la cabeza.

—Hace mucho tiempo —repito.

—¿Cómo lo lleva Annie? —Gavin vuelve a cambiar de tema—. Me refiero al asunto entre tú y tu ex y todo eso.

Alzo la mirada. Nadie me lo ha preguntado últimamente y me sorprende al comprobar lo mucho que se lo agradezco.

—Está bien —le digo. Hago una pausa y me corrijo—: En realidad, no sé por qué te he dicho eso. No está bien. De un tiempo a esta parte parece muy enfadada y no sé qué hacer al respecto. Ya sé que allí dentro, en algún lugar, está la Annie auténtica, pero, justo ahora, lo único que pretende es hacerme sufrir.

No sé por qué le estoy haciendo confidencias, pero Gavin asiente con la cabeza lentamente y sin el menor asomo de crítica en su rostro, por lo cual le estoy agradecida. Me pongo a limpiar el mostrador con un trapo húmedo.

—Es difícil a esa edad —dice—. Yo era unos años mayor que ella cuando mis padres se divorciaron. Lo que pasa es que está confundida. Ya se le pasará.

—¿Te parece? —le pregunto con un hilo de voz.

—Estoy seguro —dice Gavin. Se pone de pie, se acerca al mostrador y apoya una mano sobre la mía. Dejo de limpiar y alzo los ojos para mirarlo—. Es buena chica, Hope. Lo he visto este verano, con todo el tiempo que he pasado en vuestra casa.

Siento que los ojos se me llenan de lágrimas y me avergüenzo. Parpadeo para hacerlas desaparecer.

—Gracias —le digo y retiro la mano.

—Si alguna vez hay algo que yo pueda hacer... —dice Gavin.

En lugar de acabar la frase, me mira con tal intensidad que aparto la mirada, con el rostro ardiendo.

—Muy amable de tu parte al ofrecerte, Gavin —le digo—, pero seguro que tienes cosas más entretenidas para hacer que preocuparte por la vieja que regenta la panadería.

Gavin enarca una ceja.

—No veo a ninguna vieja por aquí.

—Eres muy amable —murmuro—, pero eres joven, soltero... —Hago una pausa—. Oye, eres soltero, ¿verdad?

—Que yo sepa...

Paso por alto la inesperada sensación de alivio que me invade.

—Vale, pues, yo tengo treinta y seis, a punto de cumplir los setenta y cinco; estoy divorciada; mi situación financiera es un desastre, y tengo una hija que me odia. —Hago una pausa y miro hacia abajo—. Tendrás mejores cosas que hacer que preocuparte por mí. ¿No deberías salir a hacer algo...? No sé, lo que hagan las personas jóvenes y solteras.

—¿Lo que hagan las personas jóvenes y solteras? —repite—. ¿A qué te refieres, exactamente?

—Y yo qué sé —digo. Me siento estúpida. Hace siglos que no me siento joven—. ¿Salir de marcha? —me atrevo a decir, con voz queda.

Echa a reír a carcajadas.

—Claro, como que me he venido a vivir al cabo Cod porque aquí hay una vida nocturna

desenfrenada. De hecho, precisamente vengo de una *rave*.

Sonrío, pero sin demasiado entusiasmo.

—Ya sé que me estoy comportando como una tonta —digo—, pero no te preocupes por mí. Tengo muchas cosas entre manos, pero hasta ahora siempre me las he arreglado. Ya lo solucionaré.

—Dejar que alguien te ayude de vez en cuando no te hará daño, ¿sabes? —dice Gavin con dulzura.

Lo miro con dureza y abro la boca para responder, pero se me adelanta.

—Como te dije el otro día, eres una buena madre —prosigue Gavin— y ya va siendo hora de que dejes de dudar de ti misma.

Miro hacia abajo.

—Me da la impresión de que siempre lo echo todo a perder. —Siento que se me encienden las mejillas y mascullo—: No sé por qué te estoy diciendo todo esto.

Oigo que Gavin respira hondo y, un momento después, ha dado la vuelta al mostrador y me estrecha entre sus brazos. El corazón me late con fuerza cuando le devuelvo el abrazo. Trato de no reparar en la firmeza de su pecho cuando me acerca a él y, por el contrario, me concentro en el placer de recibir un abrazo. Ya no queda nadie para consolarme de esta manera y hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que lo echaba en falta.

—No lo echas todo a perder, Hope —murmura Gavin contra mi pelo—. Tienes que darte un respiro. Eres la persona más exigente que conozco. —Hace una pausa y añade—: Ya sé que la vida no ha sido fácil para ti últimamente, pero nunca se sabe lo que ocurrirá mañana o pasado. Un día, una semana o un mes pueden cambiarlo todo.

Levanto la mirada de golpe y doy un paso atrás.

—Mi madre solía decir lo mismo y con las mismas palabras.

—¿En serio? —pregunta Gavin.

—Pues sí.

—Nunca hablas de ella —dice.

—Lo sé —murmuro.

La verdad es que me hace mucho daño pensar en ella. Me pasé toda la infancia esperando que, si me comportaba un poquito mejor o le daba las gracias algo más efusivamente o hacía más tareas domésticas, me querría un poco más. En cambio, parecía que, a medida que iban pasando los años, se alejaba cada vez más.

Cuando le diagnosticaron cáncer de mama y volví a casa para ayudarla, se repitió lo mismo: yo esperaba que, mientras se estaba muriendo, viera lo mucho que la quería, pero siguió manteniéndome lejos. Cuando, en su lecho de muerte, me dijo que me quería, las palabras no me sonaron sinceras. Quiero creer que ella las sentía así, aunque yo sabía que, probablemente, en sus últimos momentos estuviese confusa y delirase y me confundiera con alguno de sus innumerables novios.

—Siempre he estado más apegada a mi abuela que a mi madre —le digo.

Gavin me apoya una mano en el hombro.

—Lamento que la hayas perdido, Hope.

No sé si se refiere a mi madre o a Mamie, porque, en muchos sentidos, las he perdido a las dos.

—Gracias —murmuro.

Cuando se marcha unos minutos después con una caja de *strudel*, me lo quedo mirando y el corazón me late con fuerza en el pecho. No sé por qué parece tenerme confianza, cuando ni yo misma confío ya en

mí. Sin embargo, no me puedo poner a pensar en eso ahora; tengo que ocuparme de un asunto más apremiante: que el banco me quiere embargar. Me froto las sienes, enchufo el hervidor eléctrico y me siento en una de las mesas de la cafetería a leer los papeles que me ha traído Matt.

Capítulo 5

-Tengo que hablar contigo.

Una semana y media después, estoy en el umbral de la casa de Rob —mi antigua casa— con los brazos cruzados sobre el pecho. Miro a mi ex marido y lo único que veo es dolor y traición, como si la persona de la que me enamoré hubiese desaparecido por completo.

—Podrías haber llamado, Hope —dice.

No me invita a pasar. Se queda en la entrada, como un centinela en la puerta de una vida que ha quedado atrás.

—Lo he hecho —digo con firmeza—. Dos veces a tu casa y dos veces a tu oficina, pero no me has respondido.

Se encoge de hombros.

—He estado ocupado. Te iba a llamar en algún momento. —Apoya el peso del lado izquierdo y por un momento me da la sensación de que parece triste. Después desaparece toda la emoción de su rostro y dice—: ¿Qué es lo que necesitas?

Respiro hondo. Nunca me ha gustado discutir con Rob. En una ocasión me dijo que se alegraba de haber sido él quien llegó a ser abogado, mientras yo me dedicaba a criar al bebé.

«No sabes pelear —me dijo—. Si quieres lograr algo en un juicio, tienes que ser muy agresiva».

—Tenemos que hablar de Annie —le digo.

—¿Qué le pasa? —pregunta.

—Bien, en primer lugar, tenemos que ponernos de acuerdo sobre las normas básicas. A los doce años, no debería ir maquillada a la escuela: es una niña.

—¡Vamos, Hope! ¿De eso se trata? —Echa a reír y me ofendería si no supiera que aquello forma parte de la estrategia que utiliza habitualmente contra los abogados y los testigos de la parte contraria—. Es casi una adolescente, ¡por el amor de Dios! No puedes seguir tratándola siempre como una niña pequeña.

—Ni lo pretendo —le digo. Respiro hondo y me esfuerzo por conservar la calma—. Solo trato de establecer algunos límites y, cuando los establezco y tú me desautorizas, ella no aprende nada y acaba odiándome.

Rob sonrío y si, durante nuestro matrimonio, no hubiese pasado innumerables noches viéndolo practicar aquella estratégica sonrisita insolente delante del espejo, tal vez habría sentido que me trataba con condescendencia.

—Conque de eso se trata —dice.

Como era de esperar, ahora pone en práctica la segunda táctica de argumentación de Rob Smith: fingir que sabe a la perfección lo que piensa el otro... y que ya se le ha anticipado.

—No, Rob. —Me pellizco la nariz y cierro los ojos un instante. «Cálmate, Hope; no te dejes

atrapar»—. Se trata de que nuestra hija crezca para llegar a ser una buena persona.

—Una buena persona que no te desprecie —me corrige—. Tal vez, si le dejaras un poco más de espacio para ser ella misma... como hago yo.

Lo miro, furiosa.

—No es eso —le digo—. Lo que pasa es que tú te las das de padre comprensivo, mientras que a mí me toca mantener la disciplina y eso no es justo.

Se encoge de hombros.

—Porque tú lo digas.

—Además —continúo, como si no lo hubiese oído—, no corresponde que le hables mal de mí a Annie.

—¿Qué le he dicho? —pregunta, alzando las manos para simular que se rinde.

—Bien, en primer lugar, aparentemente le has dicho que nunca fui capaz de decirte que te quería.

Siento que se me cierra la garganta y respiro hondo.

Rob se queda mirándome.

—No puedo creer que estés hablando en serio.

—Ha sido una estupidez decirle algo así. Yo te decía que te quería.

—Pues sí, Hope. ¿Cuándo? ¿Una vez al año?

Aparto la mirada, porque no quiero repetir esta conversación.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso eres una adolescente insegura? —farfullo—. ¿O pretendías que te regalara uno de esos collares que son medio corazón partido para cada uno?

No le causa gracia.

—No quiero que nuestra hija me eche a mí la culpa de nuestro divorcio.

—Porque el divorcio no ha tenido nada que ver con la aventura que tuviste con la dependienta del Macy's de Hyannis, ¿verdad?

Rob se encoge de hombros.

—Si me hubiese sentido emocionalmente satisfecho en casa...

—Ah, de modo que cuando empezaste a acostarte con una chavala de veintidós años lo que buscabas era satisfacción emocional —digo y respiro hondo—. Te diré una cosa. Nunca me ha parecido adecuado hablarle a Annie de tu aventura. Eso queda entre tú y yo. Ella no tiene que saber que me engañabas, porque no me parece que tenga que ver a su padre desde esa perspectiva.

—¿Qué te hace pensar que no lo sabe? —pregunta.

Por un momento, el aturdimiento me hace guardar silencio.

—¿Me estás diciendo que lo sabe?

—Lo que te digo es que trato de ser sincero con ella, Hope. Soy su padre. De eso se trata.

Me detengo un minuto a procesar lo que me está diciendo. Yo pensaba que la estaba protegiendo —a ella y a su relación con su padre— manteniéndola al margen de todo aquello.

—¿Qué le has contado? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Me ha preguntado por el divorcio y he respondido a sus preguntas.

—Echándome la culpa a mí.

—Le he explicado que no todo es tan sencillo como parece en la superficie.

—¿Y eso qué significa? ¿Que yo hice que me engañaras?

Vuelve a encogerse de hombros.

—Eso lo dices tú, no yo.

Cierro los puños.

—Esto es algo entre tú y yo, Rob —digo y me tiembla la voz—. No metas a Annie en esto.

—Hope —dice—, solo trato de hacer lo mejor para Annie. Me preocupa mucho que acabe como tú y tu madre.

Sus palabras me hacen daño físico.

—Rob... —empiezo, pero no sale nada más.

Al final se encoge de hombros y dice:

—Hemos tenido esta conversación miles de veces. Tú sabes lo que siento y yo sé lo que sientes. Por eso nos hemos divorciado, ¿recuerdas?

No respondo. Lo que quiero decir es que el motivo por el cual nos hemos divorciado es que se aburría, se volvió inseguro y emocionalmente insatisfecho y a una chavala estúpida de veintidós años y con unas piernas larguísimas se le ocurrió ponerse a coquetear con él.

Sin embargo, reconozco que hay una pizca de verdad en sus palabras. Cuanto más sentía que se alejaba de mí, más me encerraba en mí misma, en lugar de aferrarme a él. Me trago la culpa.

—Que no se maquille —digo con firmeza—, al menos para ir a la escuela. Es que no corresponde, como tampoco corresponde compartir con ella los detalles de nuestro divorcio. Es demasiado para una niña de doce años.

Rob abre la boca para responder, pero levanto la mano para contenerlo.

—Ya no tengo nada más que decir, Rob. —Y esta vez hablo en serio. Nos miramos en silencio un minuto y me pregunto si estará pensando, como yo, en cómo es posible que ya no nos conozcamos más, como si hubiese pasado un siglo desde que le prometí que estaríamos juntos para siempre—. Esto no tiene nada que ver contigo y conmigo —concluyo—, sino con Annie.

Me marcho sin darle tiempo a responder.

Cuando voy conduciendo hacia casa, suena mi teléfono móvil. Miro la identidad de la persona que llama y veo que es el móvil de Annie. Se supone que solo lo usa para casos excepcionales, aunque estoy casi segura de que Rob le permite enviar mensajes de texto y llamar a sus amigos sin restricciones. Después de todo, es lo que hacen los padres condescendientes. Se me tensa el estómago.

—¿Por qué no estás en el trabajo? —pregunta Annie cuando respondo—. Te he llamado allí primero.

—He tenido que ir... —busco una explicación que no involucre a su padre— a hacer unos recados.

—¿A las cuatro de la tarde de un jueves?

Lo cierto es que la panadería había estado muy tranquila todo el día y que no había entrado ni un cliente después de la una, lo cual me dio tiempo de sobra para pensar en Rob, en Annie y en todo el daño que se producía mientras yo me mantenía al margen sin hacer nada, cocinando para olvidar. Como sabía que Annie pensaba ir a ver a Mamie después de la escuela, supuse que Rob estaría solo.

—No había mucho trabajo —me limito a decirle.

—Vale, de acuerdo —dice y me doy cuenta de que llama porque quiere algo. Me preparo para algún pedido absurdo: dinero, entradas para un concierto, tal vez los nuevos tacones de diez centímetros que la

vi observando anoche en mi ejemplar de *InStyle*. En cambio, pregunta casi con timidez—: ¿Es que puedes, o sea, venir a ver a Mamie?

—¿Pasa algo? —pregunto de inmediato.

—Pues sí —dice y baja la voz—. En realidad, es muy extraño, pero Mamie se está comportando con normalidad.

—¿Con normalidad?

—Pues sí —susurra—, como antes de que muriera la abuela, como si no hubiese perdido la memoria.

Me da un salto el corazón y recuerdo lo que me dijo la enfermera la última vez que estuve allí, cuando salía: «Habrá ocasiones en las que estará totalmente lúcida y lo recordará todo con tanta claridad como usted o como yo. Tendrá que aprovechar esos días, porque no hay ninguna garantía de que se vayan a repetir».

—¿Estás segura? —pregunto.

—Por completo —dice Annie.

No percibo en su voz nada del sarcasmo ni de la rabia que encuentro últimamente y de pronto se me ocurre que tal vez parte del problema de su actitud tenga que ver con el daño que le hace que su bisabuela no la reconozca. Tomo nota de que he de conversar en serio con ella acerca de la enfermedad de Alzheimer. En realidad, eso quiere decir que tendré que asumirla yo también.

—Me ha estado preguntando, o sea, sobre mí y sobre la escuela y esas cosas —prosigue Annie—. Es extraño, porque sabe perfectamente quién soy, la edad que tengo y todo lo demás.

—De acuerdo —digo y ya estoy mirando por el espejo retrovisor para asegurarme de poder cambiar de sentido—. Voy hacia allá.

—Dice que quiere que le traigas de la panadería un Star Pie pequeñito —añade Annie.

Este pastel siempre ha sido el preferido de Mamie —el relleno consiste en una mezcla de semillas de adormidera, almendras, uvas, higos, ciruelas y azúcar con canela y lleva por encima una retícula de masa con mantequilla en forma de estrella— y es nuestro producto más característico.

—De acuerdo —le digo—. Llegaré lo antes posible.

Por primera vez en bastante tiempo siento un atisbo de esperanza. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos a mi abuela.

Lo primero que me dice Mamie cuando me abre la puerta, al cabo de quince minutos, es:

—Me gustaría ir a la playa.

Por un momento se me cae el alma a los pies. Estamos a finales de septiembre y el aire es bastante fresco: se le debe de haber vuelto a nublar la memoria, porque no tiene sentido que mi abuela, a los ochenta y seis años, de pronto quiera ir a tomar el sol.

Entonces me sonrío, me atrae hacia ella con un abrazo y me dice:

—Perdona. ¿Qué modales son estos? Me alegro de verte, Hope, cielo.

—¿Sabes quién soy? —pregunto con vacilación.

—Pues claro que sí —dice con cara de ofendida—. No pensarás que estoy vieja y senil, ¿verdad?

—Ejem... —me quedo paralizada un momento—, claro que no, Mamie.

Sonríe.

—No te preocupes, que no soy tonta. Sé que a veces me olvido de las cosas. —Hace una pausa—.

¿Me has traído el Star Pie? —pregunta al ver la bolsa blanca de la panadería que llevo en la mano. Asiento con la cabeza y se la entrego—. Gracias, cielo.

—De nada —digo lentamente.

Ladea la cabeza.

—Hoy todo parece claro, Hope. Annie y yo acabamos de tener una conversación estupenda.

Miro a Annie, que, sentada al borde del sofá de Mamie con cara de nerviosa, asiente con la cabeza.

—¿Y ahora quieres ir a la playa? —pregunto a Mamie con vacilación—. Es que, ejem, hace un poco de frío para bañarse.

—No pienso darme un baño, desde luego —dice—. Quiero ver la puesta de sol.

Miro el reloj.

—El sol no se pone hasta dentro de casi dos horas.

—Entonces tendremos tiempo suficiente para llegar —dice.

Al cabo de treinta minutos, después de que Annie y yo hayamos abrigado a Mamie con una chaqueta, las tres nos dirigimos a la playa de Paines Creek, que, cuando estaba en el instituto, era mi lugar preferido para ver hundirse el sol detrás del horizonte. Es una playa tranquila, al oeste de Brewster, y, si se camina con cuidado sobre las rocas que sobresalen donde el riachuelo desemboca en la bahía del cabo Cod, hay una vista espectacular del cielo hacia el oeste.

En el camino nos detenemos —por sugerencia de Annie— a comprar bocadillos de langosta y patatas fritas en Joe's Dockside, un restaurante pequeñito que lleva en el cabo más tiempo que la panadería de nuestra familia. En verano hay gente que recorre kilómetros y hace cuarenta y cinco minutos de cola para comprar los bocadillos de langosta para llevar, pero, a las cinco de la tarde de un jueves y en temporada baja, somos —por suerte— las únicas clientas. Annie y yo no podemos dar crédito a nuestros oídos cuando Mamie, que pide un sándwich de queso fundido —nunca le ha gustado la langosta—, nos narra con gran lujo de detalles la primera vez que ella y mi abuelo trajeron aquí a mi madre, que entonces era pequeña, y Josephine preguntó por qué las tontas de las langostas iban hasta allí, sabiendo que podían acabar en un bocadillo.

Llegamos a la playa justo cuando los bordes del cielo comienzan a encenderse. Al oeste, el sol está bajo sobre el horizonte, encima de la bahía, y las nubes tenues prometen un hermoso atardecer. Cogidas del brazo, las tres caminamos lentamente por la playa: Annie a la izquierda de Mamie y yo a su derecha, con una silla plegable bajo el brazo.

—¿Estás bien, Mamie? —le pregunta Annie con dulzura, cuando estamos por la mitad de la playa—. Podemos parar y descansar un rato, si quieres.

Mi corazón pega un brinco cuando observo a mi hija: mira a Mamie con tanto cariño y preocupación que de pronto me doy cuenta de que, sea lo que fuere lo que le esté ocurriendo, en realidad solo es una etapa pasajera. Esta es la Annie que conozco y adoro. Quiere decir que no lo he echado todo a perder. Quiere decir que, bajo la superficie, mi hija sigue siendo la misma buena persona de siempre, aunque por ahora me aborrezca.

—Estoy bien, cielo —responde Mamie—. Quiero llegar hasta las rocas antes de que se ponga el sol.

—¿Por qué? —pregunta Annie con suavidad, tras una pausa.

Mamie guarda silencio tanto tiempo que empiezo a pensar que no ha oído la pregunta de Annie; pero, finalmente, responde:

—Quiero recordar este día, esta puesta de sol, esta oportunidad de estar con vosotras, pequeñas. Sé que no me quedan muchos días como este.

Annie me mira con preocupación.

—Seguro que sí, Mamie —dice.

Mi abuela me aprieta el brazo y le sonrío con dulzura. Sé lo que quiere decir y me parte el corazón saber que ella es consciente.

Se vuelve hacia Annie.

—Gracias por tu fe —le dice—, pero a veces Dios tiene otros planes.

Da la impresión de que sus palabras afectan a Annie, porque aparta la mirada y la clava a lo lejos. Veo que finalmente empieza a darse cuenta de la verdad y me causa mucha pena.

Por fin llegamos a las rocas y abro la silla que he cogido del maletero del coche. Ayudo a Annie a sentar en ella a Mamie.

—Sentaos a mi lado, muchachas —dice y Annie y yo nos instalamos enseguida sobre las rocas, una a cada lado.

Miramos en silencio hacia el horizonte, mientras el sol se funde con la bahía, pintando el cielo de naranja, después rosado, púrpura e índigo, a medida que va desapareciendo.

—Ahí está —dice Mamie con suavidad y señala justo por encima del horizonte, donde una estrella titila a través del crepúsculo, cada vez más tenue—: el lucero vespertino.

De pronto recuerdo los cuentos de hadas que solía contarme, sobre un príncipe y una princesa en un país lejano, en los que el príncipe tenía que luchar contra unos caballeros malos y prometía a la princesa que iría a buscarla algún día, porque su amor no moriría jamás, y me sorprendo cuando Annie murmura:

—«Mientras haya estrellas en el cielo, te querré», como decía siempre el príncipe de tus cuentos.

Cuando Mamie la mira, tiene lágrimas en los ojos.

—Así es —corrobora.

Mete la mano en el bolsillo del abrigo y extrae el Star Pie que me pidió que le trajera de la panadería. Está todo espachurrado y el entramado de masa con forma de estrella de la parte superior se desmigaja. Annie y yo nos miramos.

—¿Te has traído el pastelillo? —le pregunto.

Me desmorono. Pensaba que estaba totalmente lúcida.

—Sí, cielo —responde con toda claridad. Baja la mirada al pastel por un instante, mientras la luz se sigue apagando en el cielo. Estoy a punto de proponer que empecemos a regresar antes de que se haga demasiado oscuro, cuando añade—: ¿Sabes una cosa? Fue mi madre la que me enseñó a hacer estos pasteles.

—No lo sabía —le digo.

Asiente con la cabeza.

—Mis padres tenían una panadería muy cerca del Sena, el río que atraviesa París. Yo trabajaba allí de pequeña, como haces tú ahora, Annie, y como hacías tú cuando eras una niña, Hope.

—Nunca nos habías hablado de tus padres —le digo.

—Son muchas las cosas que nunca os he contado —dice—. Pensaba que os estaba protegiendo, que me estaba protegiendo a mí, pero, ahora que estoy perdiendo mis recuerdos, me da miedo que, si no os las cuento, estas cosas desaparezcan para siempre y el daño que he hecho no se pueda revertir. Es hora

de que sepáis la verdad.

—Pero ¿qué dices, Mamie? —pregunta Annie.

Noto la preocupación en su voz. Me mira y sé que está pensando lo mismo que yo: que a Mamie se le debe de estar yendo la cabeza otra vez.

Antes de que yo pueda decir nada, Mamie empieza a cortar trocitos del Star Pie y los arroja al mar. Susurra algo entre dientes, pero habla tan bajo que apenas la oigo por encima del ruido que hace la marea al chocar contra las rocas que tenemos debajo.

—Ejem, ¿qué haces, Mamie? —le pregunto con toda la dulzura posible, procurando que mi voz no deje traslucir mi preocupación.

—Chsss, criatura —dice y sigue arrojando trocitos al agua.

—Mamie, ¿qué es lo que dices? —pregunta Annie—. No es francés, ¿verdad?

—No, cielo —responde Mamie con calma. Annie y yo cambiamos miradas de desconcierto. Entonces Mamie arroja al agua el último trocito de pastel, nos coge las manos y dice—: «¿Qué Dios hay como tú? ¡Tú arrojarás al fondo del mar todos nuestros pecados!»

—Pero ¿qué dices, Mamie? —insiste Annie—. ¿Es algo de la Biblia?

Mamie sonrío.

—Es una oración —responde.

Se queda mirando fijamente el lucero vespertino por un momento, mientras Annie y yo la observamos en silencio. Finalmente, dice:

—Hope, necesito que hagas algo por mí.

Capítulo 6

EL STRUDEL DE ROSE

INGREDIENTES

- 3 manzanas verdes (Granny Smith), peladas, sin el corazón y cortadas en rodajas finas
- 1 manzana verde (Granny Smith), pelada, sin el corazón y rallada
- 1 taza de pasas de uva
- ½ taza de cáscara de naranja confitada picada (véase la receta a continuación)
- 1 taza de azúcar moreno
- 2 cucharaditas de canela
- ½ taza de almendras fileteadas
- 1 lámina de hojaldre congelado, descongelada
- 1 huevo batido
- azúcar con canela para espolvorear (3 partes de azúcar mezcladas con 1 parte de canela)

PREPARACIÓN

1. En un bol grande, mezclar las manzanas, las pasas, la cáscara de naranja confitada, el azúcar moreno y la canela. Dejar reposar treinta minutos.
2. Precalentar el horno a 200 grados.
3. Esparcir una capa fina de almendras fileteadas sobre una fuente e introducirla en el horno entre siete y nueve minutos, hasta que se tuesten ligeramente. Retirar y reservar cinco minutos, hasta que se hayan enfriado y se puedan tocar. Incorporar a la mezcla de manzanas.
4. Con una cuchara, echar la mezcla de manzanas en un escurridor forrado con una gasa y presionar con otro trozo de gasa para eliminar el exceso de humedad. Dejarla en el escurridor y extender el hojaldre sobre una fuente de horno untada con mantequilla. Estirla suavemente para agrandar la superficie de la masa, procurando no romperla.
5. Extender la mezcla de las manzanas en el medio del hojaldre, en sentido longitudinal, y doblar la pasta alrededor de la mezcla; para sellar bien los bordes, hay que humedecerse los dedos con un poco de agua y apretar bien.
6. Pintar con el huevo batido, hacer cinco o seis cortes estrechos por encima y espolvorear con azúcar con canela en abundancia.
7. Hornear 35 o 40 minutos, hasta que se dore.

CÁSCARA DE NARANJA CONFITADA

INGREDIENTES

4 naranjas

14 tazas de agua, por separado

2 tazas de azúcar granulado

PREPARACIÓN

1. Pelar las cuatro naranjas con cuidado, para retirar las cáscaras enteras o en dos trozos, si es posible.
2. Cortar las cáscaras en tiras finas.
3. Poner a hervir seis tazas de agua y echar las cáscaras en el agua hirviendo. Mantener el hervor 3 minutos, escurrir y enjuagar. Repetir otra vez todo el proceso. (De este modo se elimina parte del amargor de la cáscara de la naranja.)
4. Mezclar las dos tazas de agua que quedan con dos tazas de azúcar y llevar a hervor. Añadir las cáscaras, bajar el fuego y tapar. Hervir 45 minutos a fuego lento.
5. Con una espumadera, retirar las cáscaras del agua azucarada y ponerlas a secar en una rejilla. Esperar por lo menos dos horas antes de usarlas en la receta anterior. Mojar lo que quede en chocolate amargo y disfrutarlo como tentempié.

Rose

Aquella mañana, al despertar, Rose se dio cuenta: estaba igual que en los viejos tiempos, cuando sentía las cosas en la médula de los huesos, antes de que ocurrieran. Aquella época quedaba en un pasado lejano, pero últimamente, a medida que el *alzheimer* le había ido robando más de lo intermedio, daba la impresión de que la línea del tiempo de su vida se había convertido en un acordeón que se plegaba sobre sí mismo, acercando cada vez más el pasado al presente, concentrando y contrayendo los años transcurridos.

Sin embargo, aquel día Rose lo recordaba todo: su familia, sus amigos, la vida que había tenido. Por un momento, había cerrado los ojos y había deseado regresar al olvido anterior. Algunos días, el *alzheimer* la aterrorizaba, pero otras veces era un consuelo. No estaba preparada para aquella ventana despejada al pasado. Abrió los ojos y miró el calendario que tenía en la mesilla junto a su cama. Todas las noches, antes de cerrar los ojos, tachaba el día que acababa de vivir. Estaba perdiendo todo lo demás, pero saber el día de la semana era algo que aún podía controlar y, según la equis roja que había en el calendario, hoy, veintinueve de septiembre, era un día especial. Rose supo de inmediato que el hecho de recuperar la lucidez precisamente aquel día era una señal de lo alto.

Por eso se había pasado la mañana escribiéndolo todo, lo mejor que había podido, en una carta dirigida a su nieta. Algún día, Hope la leería y comprendería, pero todavía no. Aún faltaban algunas piezas. Cuando Rose cerró el sobre, poco antes de la hora de comer, se sintió vacía y triste, como si acabara de sellar una parte de su vida. Suponía que, en cierto modo, así era.

Prestando mucha atención, escribió la dirección de Thom Evans, el abogado que había preparado su testamento, y pidió por favor a una de las enfermeras que pusiera un sello a la carta y la despachara. A continuación tomó asiento y escribió una lista, trazando cada nombre con cuidado y con toda claridad en

grandes letras de imprenta, aunque le temblaban las manos.

Más tarde, durante el trayecto en coche a la playa con Hope y Annie, se palpó tres veces el bolsillo de la falda para comprobar si la lista seguía allí. Aquello lo era todo para ella y así Hope también sabría la verdad. No podía oponerse a la marea por más tiempo y, en realidad, ya no estaba segura de querer hacerlo. Le resultaba agotador ser ella sola el dique que contenía la fuerza de la crecida.

Entonces, erguida sobre el montón de rocas, con su nieta a un lado y su biznieta al otro, en la *heure bleue* cada vez más tenue, elevó la mirada al cielo e inspiró y espiró al mismo ritmo que el océano, mientras sostenía el Star Pie en las manos. Arrojó el primer trozo al agua y recitó las palabras en voz tan baja que ni ella misma las oyó por encima del embate rítmico de las olas.

—Perdón por marcharme —le susurró al viento—. Perdón por las decisiones que he tomado. —Un trocito de la tapa de masa cayó sobre una ola que rompía—. Perdón por las personas a las que he hecho daño.

El viento se llevaba sus palabras.

A medida que arrojaba al mar un trocito de pastel tras otro, observaba a Hope y a Annie, que la miraban fijamente, desconcertadas. Sintió una punzada de culpa por asustarlas, pero no tardarían en comprenderlo. Ya tocaba.

Volvió a mirar al cielo y habló con Dios en voz baja, usando palabras que no pronunciaba desde hacía sesenta años. No esperaba perdón —estaba segura de no merecerlo—, pero quería que Dios supiera de su arrepentimiento.

Nadie sabía la verdad, salvo Dios y, desde luego, Ted, que había muerto veinticinco años atrás. Había sido un buen hombre, una persona amable, un padre para su Josephine y un abuelo para su Hope. Les había manifestado amor y por eso ella le estaría eternamente agradecida, porque ella no había sabido hacerlo. Aún se preguntaba si él la habría querido tanto si hubiese sabido toda la verdad. Él se la había imaginado —estaba segura—, pero, si se la hubiese dicho en voz alta, le habría partido el corazón.

Rose inhaló profundamente y miró a los ojos a Hope, sabiendo que le había fallado. La madre de Hope, Josephine, había sufrido como consecuencia de los errores de Rose y Hope también. Incluso entonces Rose lo veía en los ojos de su nieta y en la manera en que vivía su vida. Después miró a Annie, la que le traía de golpe todos los recuerdos. Esperaba que su futuro fuera mejor.

—Necesito que hagas algo por mí —dijo Rose finalmente, volviéndose a su nieta.

—¿Qué necesitas? —preguntó Hope con dulzura—. Haré lo que quieras.

Hope no sabía a lo que se estaba comprometiendo, pero Rose no tenía otra alternativa.

—Que vayas a París —dijo Rose con calma.

Hope abrió mucho los ojos.

—¿A París?

—A París —repitió Rose con voz firme y, antes de que Hope pudiera preguntar nada, prosiguió—: Tengo que saber qué ha sido de mi familia. —Rose se metió la mano en el bolsillo y sacó la lista, que quemaba como si estuviera en llamas, junto con un cheque por mil dólares que había rellenado con mucho cuidado. Alcanzaría para un billete de avión a Francia. Le ardía la palma cuando Hope los cogió—. Tengo que saberlo —repitió Rose con suavidad.

Las olas rompieron contra el dique de sus recuerdos y ella se preparó para la inundación.

—¿Tu... familia? —preguntó Hope, vacilante.

Rose asintió con la cabeza y Hope desplegó el trocito de papel y leyó rápidamente los siete nombres.

«Siete nombres —pensó Rose. Miró hacia lo alto, donde empezaban a despuntar las estrellas de la Osa Mayor—. Siete estrellas en el firmamento».

—Debo saber lo que ocurrió —le dijo a su nieta— y, por eso, ahora tú también.

—¿Qué pasa? —interrumpió Annie.

Parecía asustada y a Rose le hubiese gustado consolarla, pero sabía que lo suyo no era consolar, como tampoco lo era decir la verdad. Nunca lo había sido. Además, Annie tenía doce años. Ya tenía edad para saber. Era solo dos años más joven que Rose cuando empezó la guerra.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó Hope, mirando otra vez la lista.

—Son mi familia —dijo Rose—. Tu familia.

Cerró los ojos por un instante y rastreó los nombres en su corazón, que, increíblemente, no había dejado de latir en todos aquellos años.

Albert Picard, 1897-

Cecile Picard, 1901-

Hélène Picard, 1924-

Claude Picard, 1929-

Alain Picard, 1931-

David Picard, 1934-

Danielle Picard, 1937-

Cuando Rose abrió los ojos, Hope y Annie la estaban mirando fijamente. Respiró hondo.

—Tu abuelo fue a París en 1949 —comenzó.

Hablaba con voz forzada, porque le costaba decir las palabras en voz alta, incluso después de tantos años. Rose volvió a cerrar los ojos y recordó la cara de Ted el día que regresó a casa. No había podido mirarla a los ojos. Había hablado poco a poco para darle noticias sobre las personas que ella había amado más que a nadie en el mundo.

—Todos han muerto —continuó Rose al cabo de un momento. Volvió a abrir los ojos y miró a Hope—. Era lo único que yo necesitaba saber en aquel momento. Le pedí a tu abuelo que no me dijera nada más. Mi corazón no podía soportarlo.

Solo cuando él le dio la noticia, ella accedió finalmente a regresar con él al pueblo del cabo Cod en el que él había nacido y se había criado. Hasta entonces, había querido quedarse en Nueva York, por si acaso. Era el lugar donde siempre había creído que la encontrarían, el punto de encuentro que habían fijado hacía tantos años. Sin embargo, ya no quedaba nadie para buscarla. Estaba perdida para siempre.

—¿Todas estas personas? —preguntó Annie, rompiendo el silencio y haciendo regresar a Rose al presente—. ¿Están todas, o sea, muertas? ¿Qué pasó?

Rose hizo una pausa.

—El mundo se vino abajo —dijo por fin.

Era lo único que podía decir y era la verdad. El mundo se había derrumbado sobre sí mismo, retorciéndose y plegándose en algo que ella ya no podía reconocer.

—No lo comprendo —murmuró Annie.

Parecía asustada.

Rose respiró hondo y dijo:

—Hay secretos que, si los revelas, destruyen una vida, pero sé que, cuando mi memoria muera, morirán también los seres queridos que he conservado en mi corazón todos estos años.

Rose miró a Hope. Sabía que, algún día, su nieta se lo explicaría a Annie lo mejor que pudiera, aunque primero tendría que comprenderlo ella misma y para eso tenía que ir al lugar donde había comenzado todo.

—Por favor, Hope, no tardes mucho en ir a París —la instó Rose—. No sé de cuánto tiempo dispongo.

Y se acabó. El precio había sido demasiado alto. Había dicho más que en los sesenta y dos años transcurridos desde el día en que Ted regresó con la noticia. Volvió a alzar la mirada a las estrellas y encontró la que había bautizado *Papa*, la que había bautizado *Maman* y las que había llamado Hélène, Claude, Alain, David y Danielle. Todavía faltaba una estrella. A él no podía encontrarlo, por mucho que buscara, y sabía —siempre lo había sabido— que era culpa suya que no estuviera allí. Una parte de ella quería que Hope averiguara acerca de él en su viaje a París. Sabía que aquel descubrimiento cambiaría la vida de Hope.

Hope y Annie le hacían preguntas, pero Rose ya no las oía. Cerró los ojos y se puso a rezar.

Había empezado a subir la marea.

Capítulo 7

—¿Tienes alguna idea de lo que estaba diciendo? —me pregunta Annie en cuanto regresamos al coche, después de acompañar a Mamie.

Manotea con torpeza el cinturón de seguridad y trata de abrochárselo. Solo cuando advierto que le tiemblan las manos me doy cuenta de que a mí me pasa lo mismo.

—Vamos, o sea, ¿quiénes son estas personas? —Finalmente Annie consigue abrocharse el cinturón y me mira. La confusión le surca la frente lisa, junto con las pecas rudimentarias que se van debilitando a medida que nos alejamos del sol del verano—. El apellido de soltera de Mamie no era Picard, sino Durand, ¿no?

—Ya lo sé —murmuro.

Cuando Annie estaba en quinto, uno de los proyectos de su clase consistió en hacer un árbol genealógico rudimentario. Había tratado de usar una página web para encontrar las raíces de Mamie, pero había tantos inmigrantes de apellido Durand a principios de la década de 1940 que acabó en un callejón sin salida. Por ese motivo había estado enfurruñada una semana, disgustada conmigo, porque no se me hubiese ocurrido investigar el pasado de Mamie antes de que empezara a perder la memoria.

—Puede que se equivocara de nombre —sugiere Annie finalmente—, que escribiera Picard, pero quisiera decir Durand.

—Tal vez —digo lentamente, aunque sé que ninguna de las dos se lo acaba de creer.

Mamie estaba más lúcida de lo que la habíamos visto en años y sabía muy bien lo que decía.

No hablamos durante el resto del trayecto en coche, pero, curiosamente, el silencio no resulta incómodo: Annie no va en el asiento del acompañante echándome algo en cara cada vez que respira, sino pensando en Mamie.

La luz ha desaparecido casi por completo del cielo a aquellas alturas e imagino a Mamie frente a su ventana, escudriñando las estrellas, mientras el crepúsculo acaba por ceder el paso a la oscuridad de la noche. Aquí, en el cabo Cod, sobre todo cuando los turistas veraniegos han apagado las luces de sus porches hasta el verano siguiente, las noches son muy tenebrosas. Se iluminan las calles más importantes, pero, cuando giro por Lower Road y después por Prince Edward Lane, el suave resplandor de Main Street se pierde a nuestras espaldas y, frente a nosotras, los últimos vestigios de la *heure bleue* de Mamie desaparecen en el agujero negro que —ya lo sé— es la parte occidental de la bahía de cabo Cod.

Cuando giro por última vez para entrar en Bradford Road, me da la impresión de que estamos en un pueblo fantasma. Siete de las diez casas que hay en nuestra calle son residencias de veraneo y, ahora que ha acabado la temporada, están vacías. Aparco en la entrada para coches —la misma entrada en la que, de niña, pasaba las noches de verano cazando luciérnagas y los días de invierno ayudando a mi madre a quitar la nieve a paladas para que pudiera salir con su viejo coche familiar— y apago el motor. Todavía estamos en el coche, pero ahora, a una manzana de la playa, huelo la sal en el aire: eso quiere decir que

está subiendo la marea. De pronto, me muero de ganas de ir corriendo a la playa con una linterna y meter los pies en la espuma de las olas, pero me contengo, porque tengo que preparar a Annie para que vaya a pasar la noche a casa de su padre.

Ella parece tan poco dispuesta como yo a apearse del coche.

—¿Por qué Mamie tenía tantas ganas de irse de Francia? —pregunta por fin.

—La guerra debió de ser terrible para ella —respondo—. Como dijeron la señora Sullivan y la señora Koontz, me parece que sus padres habían muerto. Mamie tendría solo diecisiete años cuando se marchó de París. Creo que entonces conoció a tu bisabuelo y se enamoraron.

—De modo que ella, o sea, lo dejó todo atrás, ¿no? —pregunta Annie—. ¿Cómo pudo hacerlo sin entristecerse?

Muevo la cabeza a un lado y a otro.

—No lo sé, cielo.

Annie entorna los ojos.

—¿Y nunca se te ocurrió preguntárselo?

Me mira y advierto que la ira, que había estado hibernando por un tiempo, está allí otra vez.

—Claro que sí —digo—. Cuando tenía tu edad, le preguntaba por su pasado todo el tiempo. Quería que me llevara a Francia y me enseñara todo lo que hacía cuando era niña. La imaginaba subiendo y bajando en los ascensores de la torre Eiffel todo el día con un caniche, comiendo una *baguette* y con una boina en la cabeza.

—¡Qué de estereotipos, mamá! —dice Annie, poniendo los ojos en blanco, aunque estoy casi segura de que, cuando se baja del coche, el atisbo de una sonrisa le tironea la comisura de los labios.

Bajo también y atravieso tras ella la hierba que hay al frente de la casa. Al marcharme, había olvidado dejar encendida la luz del porche y da la impresión de que la oscuridad se la tragase entera. Me apresuro a llegar hasta la puerta y giro la llave en la cerradura.

Annie se queda en el vestíbulo un rato largo, tan solo mirándome. Estoy segura de que está a punto de decir algo, pero, cuando abre la boca, no sale ningún sonido. De golpe se da la vuelta y se dirige a grandes zancadas a su dormitorio, situado en la parte posterior de la casita.

—¡Estaré lista en cinco minutos! —grita por encima del hombro.

Como los «cinco minutos» de Annie suelen ser veinte, me sorprende verla en la cocina poco después. Me encuentra de pie delante de la puerta abierta de la nevera, como esperando a que aparezca la cena por arte de magia. Para ser una persona que trabaja todo el día en relación con la comida, soy un desastre para mantener surtido mi propio frigorífico.

—En el congelador hay una ración de Comida Sana —dice Annie a mis espaldas.

Me vuelvo con una sonrisa.

—Supongo que ya va siendo hora de ir al supermercado.

—¿Te parece? —dice Annie—. No reconocería la nevera si estuviera llena. Pensaría que me había equivocado de casa.

—Ja, ja, muy graciosa —digo con una sonrisa burlona.

Cierro la puerta de la nevera y abro el congelador, que contiene dos cubiteras, media bolsa de barras de mantequilla de cacahuete bañadas en chocolate de Reese, una bolsa de guisantes congelados y —

Annie tenía razón— una ración de Comida Sana.

—De todos modos, ya hemos cenado —añade Annie—, ¿no te acuerdas? Los bocadillos de langosta. Cierro la puerta del congelador y asiento con la cabeza.

—Ya lo sé —digo.

Miro a Annie, que se ha quedado de pie junto a la mesa de la cocina, con el talego apoyado en la silla que tiene a su lado.

Pone los ojos en blanco.

—¡Mira que eres rara! Cuando voy a casa de papá, ¿te quedas aquí y te dedicas a comer porquerías?

Carraspeo y le miento:

—No.

Cuando estaba estresada, Mamie se ponía a cocinar. La reacción de mi madre solía ser enfurecerse por nimiedades y, por lo general, enviarme a mi habitación, después de decirme lo pésima hija que era. Aparentemente, mi actitud frente al estrés consiste en ponerme morada.

—Vamos a ver, cielo —le digo—. ¿Lo tienes todo?

Atravieso la cocina hacia ella con una lentitud absurda, como si así pudiese prolongar el rato que está conmigo. La acerco a mí y la abrazo, lo cual parece sorprenderla tanto como a mí, aunque responde con otro abrazo que hace desaparecer, de momento, el dolor en mi corazón.

—Te quiero, mocosa —le susurro en el pelo.

—Yo también te quiero, mamá —dice Annie al cabo de un minuto, con la voz apagada contra mi pecho—. Ahora, más vale que me sueltes, porque, si no, me vas a asfixiar, ¿no?

La dejo ir, avergonzada.

—No sé qué hacer con Mamie —le digo, mientras ella coge el talego y se lo cuelga al hombro—. Tal vez esté diciendo tonterías.

Annie se queda congelada.

—Pero ¿qué dices?

Me encojo de hombros.

—Ha perdido la memoria, Annie. Es espantoso, pero el *alzheimer* es así.

—Pues hoy no la había perdido —dice y veo que la parte interna de sus cejas empieza a apuntar hacia abajo, mientras frunce el ceño.

Su voz de pronto se ha vuelto gélida.

—No, pero se ha puesto a hablar de estas personas que jamás hemos oído mencionar... Has de reconocer que no tiene sentido.

—Mamá —dice Annie rotundamente, mientras me taladra con los ojos—, vas a ir a París, ¿verdad?

Echo a reír.

—Claro y después iré de compras a Milán y a esquiar a los Alpes suizos. Y tal vez me dé una vuelta en góndola por Venecia.

Annie entorna los ojos.

—¡Tienes que ir a París!

Me doy cuenta de que lo dice en serio.

—Cariño —le digo con suavidad—, es que no es posible. ¿Quién se va a hacer cargo de la panadería, si yo no estoy?

—Cierra por unos días o, si no, ya vendré yo a echar una mano después de clase.

—Eso no puede salir bien, cielo.

Pienso en lo cerca que estoy de perderlo todo.

—Pero ¡mamá!

—Annie, ¿cómo sabemos que Mamie recordará siquiera esta conversación más adelante?

—Pues ¡por eso tienes que ir! —dice Annie—. ¿No has visto lo importante que era para ella? ¡Quiere que averigües lo que ha sido de esas personas! ¡No puedes defraudarla!

Suspiro. Pensaba que Annie lo comprendería mejor, que se daría cuenta de que su bisabuela a menudo dice cosas sin sentido.

—Annie... —empiezo.

Pero me interrumpe.

—¿Y si es su última oportunidad? ¿Y si es nuestra última oportunidad de ayudarla?

Me encojo de hombros. No sé qué decir. No puedo explicarle que estamos al borde del abismo.

Cuando me quedo en silencio un momento, Annie parece tomar una decisión.

—Te detesto —dice entre dientes.

Gira sobre sus talones y, con el talego a la espalda, sale, ofendida, de la cocina. Al cabo de unos segundos, oigo la puerta de entrada que se cierra de un portazo. Respiro hondo, salgo yo también y me dispongo a llevarla a la casa de su padre en silencio.

A la mañana siguiente, después de una noche casi sin dormir, estoy sola en la panadería, metiendo en el horno una bandeja de galletas de azúcar gigantes, cuando oigo un repiqueteo en el cristal de la puerta principal. Dejo las manoplas sobre el mostrador, programo el temporizador del horno, me limpio las manos en el delantal y miro el reloj: son las 5.35. Todavía faltan veinticinco minutos para abrir.

Cuando atravieso el obrador en dirección a la tienda, a través de la puerta de vaivén con listones veo a Matt que se hace sombra con las manos sobre los ojos mientras apoya la cara contra el cristal para atisbar el interior. Al verme, retrocede enseguida y después me saluda tranquilamente con la mano, como si no acabase de dejar la marca de su nariz en mi escaparate.

—No está abierto aún, Matt —le digo, después de girar las tres llaves en sus cerraduras y de abrir la puerta con un crujido—. Puedes pasar y esperar dentro, si quieres, pero todavía no he puesto a hacer el café y...

—No, no, no he venido por el café —dice Matt. Hace una pausa y añade—: Aunque, si haces un poco, tomaré una taza.

—Hummm... —digo y vuelvo a mirar el reloj—. Vale, de acuerdo.

No debería llevarme más de dos minutos moler los granos, echarlos en la cafetera y apretar el botón para ponerla en marcha. Me apresuro a hacerlo y reviso mentalmente todas las demás cosas que tengo que hacer antes de abrir, mientras Matt me sigue hacia dentro y cierra la puerta tras él.

—Hope, he venido a preguntarte qué vas a hacer —dice Matt, mientras la cafetera borbotea y escupe las primeras gotas en la jarra.

Me pregunto por un instante cómo sabrá lo que me ha dicho Mamie, pero entonces me doy cuenta de que está hablando de la panadería y del hecho de que, aparentemente, el banco está dispuesto a tomar medidas para quitármela. Me sumo en la desesperación.

—No lo sé, Matt —digo con frialdad y sin volverme. Simulo que estoy ocupada preparando el café—. Aún no he tenido oportunidad de analizar la situación.

En otras palabras, me encuentro en una fase de negación, que es lo que suelo hacer cuando las cosas van mal: simplemente hundo la cabeza en la arena y espero a que pase la tormenta. A veces sale bien, aunque casi siempre lo único que consigo es llenarme los ojos de arena.

—Hope... —empieza Matt.

Suspiro y muevo la cabeza de un lado a otro.

—Oye, Matt, si has venido a tratar de convencerme para que venda la panadería a los inversores de los que me has hablado, ya te he dicho que todavía no sé lo que voy a hacer y no estoy preparada para...

Me interrumpe.

—Es que se te está acabando el tiempo —dice con firmeza—. Tenemos que hablar.

Finalmente, me vuelvo. Está de pie junto al mostrador, inclinado hacia delante.

—De acuerdo —digo.

Siento tensión en el pecho.

Hace una pausa y se quita de la solapa una manchita inexistente. Carraspea. Ya flota en el aire el aroma del café y, como me está poniendo nerviosa, me doy la vuelta y me entretengo en servirle una taza antes de que la cafetera acabe. Le echo nata y azúcar y él acepta, con una inclinación de cabeza, la taza que le entrego.

—Quiero tratar de convencer a los inversores para que te acepten como socia —me suelta por fin—, si es que finalmente aceptan invertir en la panadería, algo que todavía no sabemos. Tienen que venir, ver cómo funciona y repasar las cifras, pero estoy mejorando tu oferta.

—¿Como socia? —pregunto y decido no mencionar el daño que me causa que me presenten como un regalo la posibilidad de participar en el negocio de mi propia familia—. Pero ¿eso no quiere decir que tendría que poner dinero para pagarle al banco una parte de la compra?

—Sí y no —dice.

—Es que no lo tengo, Matt.

—Ya lo sé.

Me lo quedo mirando y espero a que continúe.

Carraspea.

—¿Y si te lo prestara yo?

Me quedo boquiabierta.

—¿Cómo dices?

—En realidad, sería más bien una transacción comercial, Hope —se apresura a aclarar—. Quiero decir, que yo dispongo del crédito. Entonces, podríamos entrar en esto, por ejemplo, al setenta y cinco y el veinticinco por ciento. El setenta y cinco por ciento de la propiedad para ti y el veinticinco para mí y tú me vas pagando lo que puedas todos los meses. Así una parte de la panadería quedaría en tu familia...

—No puedo —le digo, sin darme siquiera oportunidad de pensármelo. Los hilos invisibles acabarían por estrangularme y, aunque detesto la idea de que unos extraños sean dueños de la mayor parte de la panadería, me resulta aún peor pensar que Matt participe también—. Es una oferta estupenda, Matt, pero es que no puedo...

—Solo te pido que te lo pienses, Hope —me dice rápidamente—. Para mí no es ningún problema:

dispongo del dinero y llevo tiempo buscando en qué invertirlo y, como esto es una institución en el pueblo... Sé que acabarás saliendo adelante y...

No acaba la frase y me mira esperanzado.

—Te lo agradezco mucho, Matt —le digo con suavidad—, pero sé lo que tratas de hacer.

—¿A qué te refieres? —pregunta.

—Es una obra de caridad —le digo y suspiro—. Me tienes lástima. Te lo agradezco, Matt, de verdad, pero es que... no necesito tu compasión.

—Pero... —empieza a decir, pero vuelvo a interrumpirlo.

—Oye, es que me voy a hundir o voy a salir a flote yo sola, ¿sabes? —Hago una pausa, trago saliva y trato de convencerme de que estoy haciendo lo que tengo que hacer—. Puede que me hunda y puede que me quede sin nada. También puede ser que, al fin y al cabo, a los inversores no les interese el negocio, pero, en tal caso, tal vez sea porque así debe ser.

Pone cara larga y tamborilea con los dedos sobre el mostrador unas cuantas veces.

—¿Sabes una cosa, Hope? Eres distinta —dice por fin.

—¿Distinta?

—Distinta a la de antes. Cuando estábamos en el instituto, no habrías dejado que nada te deprimiera. Siempre te recuperabas. Esa era una de las cosas que más me gustaban de ti.

No digo nada. Se me ha hecho un nudo en la garganta.

—Ahora, en cambio, estás dispuesta a rendirte —añade al cabo de un momento, sin mirarme a los ojos—. Yo es que... Pensé que tendrías otra actitud. Es como si dejaras que la vida hiciera contigo lo que quisiera.

Aprieto los labios. Ya sé que no debería importarme lo que piense Matt, pero, de todos modos, sus palabras me hacen daño, sobre todo porque sé que no pretende ser cruel. Tiene razón: soy distinta que antes.

Se me queda mirando un rato largo y asiente con la cabeza:

—Creo que tu madre se llevaría un chasco.

Las palabras hacen daño, porque esa es la intención, pero, al mismo tiempo, me van bien, porque está totalmente equivocado. A mi madre —a diferencia de mi abuela— jamás le importó la panadería: para ella era una carga y, probablemente, le habría gustado verla fracasar antes de irse, porque entonces habría podido lavarse las manos.

—Tal vez, Matt —digo.

Extrae el billeteo, saca dos billetes de dólar y los deja sobre el mostrador.

Suspiro.

—No seas tonto. Invita la casa.

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—No necesito tu caridad —dice. Esboza una sonrisa y añade—: Que tengas un buen día, Hope.

Coge su café y sale rápidamente por la puerta de entrada dando zancadas. Observo que la oscuridad se traga su silueta y me estremezco.

Aquella mañana, Annie va y viene y, otra vez, casi no me habla, salvo para preguntarme, tensa, si ya he averiguado la manera de reservar un vuelo a París. A las once no hay nadie en la panadería y me quedo

contemplando por los escaparates del frente el cambio de color de las hojas de Main Street. Corre una brisa y, de vez en cuando, pasan flotando unas hojas de roble de un rojo encendido o unas hojas de arce color naranja oscuro que me recuerdan el vuelo grácil de las aves.

A las once y media, como no hay clientes ni nada pendiente de hacer hasta que salga la hornada de Star Pies, enciendo el viejo ordenador portátil que guardo detrás de la caja registradora y, «aprovechando» la conexión inalámbrica de la tienda de regalos de Jessica Gregory, contigua a la mía, escribo lentamente «www.google.com». Cuando he entrado a la página, hago una pausa. ¿Qué estoy buscando? Me muerdo los labios un momento y escribo el nombre que encabeza la lista de Mamie: Albert Picard.

Al cabo de un segundo aparecen los resultados de la búsqueda. En Francia hay un aeropuerto llamado *Albert-Picardie*, pero no creo que tenga nada que ver con la lista de Mamie. De todos modos, leo el artículo de la Wikipedia, pero es evidente que se trata de otra cosa: es el aeropuerto regional correspondiente a una comunidad llamada *Albert*, situada en la región de la Picardía, al norte del país. Una vía muerta.

Retrocedo y examino los demás resultados de la búsqueda. Hay un Frank Albert Picard, pero es un abogado estadounidense que nació y se crio en Michigan y falleció a principios de la década de 1960. No puede ser la persona que ella busca, porque no tiene ninguna relación con París. Aparecen unos cuantos Albert Picard más cuando añado la palabra «París» a la cadena de búsqueda, pero no hay nada que parezca coincidir con la época en la que Mamie vivió en Francia.

Me muerdo el labio inferior, borro el contenido de la casilla de búsqueda y escribo «páginas blancas, París»; después de unos cuantos clics entro en una página titulada «*pages blanches*», que me pide un *nom* y un *prénom*. Gracias a los escasos conocimientos de francés adquiridos en el instituto, sé que se trata del apellido y el nombre, de modo que escribo «Picard» y «Albert» y, en el espacio en blanco que pregunta *Où?*, escribo «París».

Aparece una sola entrada y el corazón me da un brinco. ¿Será realmente tan fácil? Apunto el número y después borro «Albert» y escribo el segundo nombre que figura en la lista de Mamie: «Cecile». Hay ocho coincidencias en París, incluidas cuatro personas que constan como C. Picard. Apunto también esos números y repito la búsqueda con el resto de los nombres: Hélène, Claude, Alain, David y Danielle.

Acabo con una lista de treinta y cinco números. Busco otra vez en Google cómo se hace para llamar a Francia desde Estados Unidos y tomo nota también de las indicaciones: cuando averiguo lo que tengo que hacer para llamar desde el exterior al primer Picard, voy a buscar el teléfono.

Pienso un poco antes de marcar. No tengo ni idea de lo que cuestan las llamadas internacionales, porque nunca he tenido que hacer ninguna, pero estoy segura de que costarán casi un riñón. Recuerdo el cheque de mil dólares que me ha dado Mamie y decido hacer las llamadas de larga distancia con eso y depositar el resto del dinero de nuevo en su cuenta. De todos modos, será mucho más barato que comprar un billete a París.

Miro hacia la puerta. Siguen sin aparecer clientes. Fuera, la calle está desierta. Se avecina una tormenta: el cielo se ha cubierto y se está levantando viento. Vuelvo a mirar el horno. Según el reloj, faltan treinta y seis minutos. El olor a canela flota por la panadería y lo aspiro con fruición.

Marco el primer número. Se oyen unos cuantos clics cuando se establece la llamada y a continuación un par de toques que casi parecen timbrazos. Responde una voz de mujer:

—*Allo?*

Entonces caigo en la cuenta de que mis conocimientos de francés son muy rudimentarios.

—Ejem, hola —digo nerviosamente en inglés—, estoy buscando a los familiares de alguien llamado Albert Picard.

Se produce un silencio del otro lado.

Busco desesperadamente en mi memoria las palabras en francés:

—Ejem, *je chercher Albert Picard* —pruebo.

Sé que no es correcto del todo, pero espero hacerme entender.

—Aquí no hay ningún Albert Picard.

La mujer habla inglés con claridad, aunque con marcado acento francés.

Me desmorono.

—Oh, lo siento. Pensaba que...

—Aquí no hay ningún Albert Picard, porque es un cabrón y un inútil —continúa la mujer con calma—, que no puede evitar ponerle las manos encima a todas las demás mujeres. Y se acabó.

—Oh, perdón...

No digo más, porque no sé qué más decir.

—Usted no será una de esas mujeres, ¿verdad? —pregunta de pronto, con una voz cargada de sospecha.

—No, no —me apresuro a decir—. Estoy buscando a alguien que mi abuela conoció hace mucho o que tal vez fuera familiar suyo. Ella se marchó de París a principios de la década de 1940.

La mujer echa a reír.

—Este Albert solo tiene treinta y dos años y su padre se llama Jean-Marc. No es el Albert Picard que usted busca.

—Perdone —digo y bajo la mirada hacia la lista—. ¿Conoce usted a una tal Cecile Picard? ¿O a Hélène Picard? ¿O a Claude Picard? ¿O...? —hago una pausa—, ¿o a Rose Durand? ¿O a Rose McKenna?

—No.

—De acuerdo —digo, desilusionada—. Gracias por el tiempo que me ha dedicado y espero, ejem, que resuelva usted la situación con Albert.

La mujer bufá.

—Y yo espero que lo atropelle un taxi.

Se corta la comunicación y me quedo, sorprendida, con el teléfono en la mano. Muevo la cabeza de un lado a otro, espero el tono de marcar y pruebo con el número siguiente.

Capítulo 8

Cuando entra Annie, poco antes de las cuatro, los Star Pies ya se han enfriado, he puesto en el horno las magdalenas de arándanos para mañana y he marcado los treinta y cinco números de mi lista. Me respondieron en veintidós, pero nadie conocía a las personas de la lista de Mamie. Dos me sugirieron que llamara a las sinagogas, que podrían tener registros de sus fieles de aquella época.

—Gracias —había dicho, atónita, en los dos casos—, pero es que mi abuela es católica.

Casi sin mirarme, Annie arroja la mochila detrás del mostrador y entra en el obrador pisando fuerte. Suspiro. ¡Qué bien! Vamos a tener una de esas tardes.

—¡Ya he lavado todos los boles y las bandejas! —le grito, mientras empiezo a retirar las galletas del exhibidor, dispuesta a cerrar dentro de unos minutos—. Como hoy no ha habido mucho movimiento, me ha sobrado tiempo.

—Entonces, ¿has aprovechado para reservar el vuelo a París? —pregunta Annie y aparece en la puerta de la cocina con las manos en las caderas—. Ya que has tenido tiempo de sobra...

—No, pero... —empiezo, pero Annie levanta la mano y me interrumpe.

—¿No? Está bien. No quiero saber nada más.

Evidentemente, le ha copiado la frase a su padre, para tratar de parecer un adulto en pequeño. Lo que me faltaba.

—Annie, no me estás escuchando —le digo—. He llamado a todos...

—Mira, mamá, si tú no vas a ayudar a Mamie, no sé de qué tenemos que hablar —dice con brusquedad.

Respiro hondo. Hace varios meses que voy como pisando huevos a su alrededor, porque me preocupa su reacción ante el asunto del divorcio, pero ya me he cansado de ser la mala de la película, sobre todo cuando no lo soy.

—Annie —le digo con firmeza—, estoy haciendo todo lo que puedo para mantenernos a flote. Entiendo que tú quieras ayudar a Mamie y yo también, pero tiene *alzheimer*, Annie. Lo que pide no es lógico, así que, si me prestaras atención...

—Es igual, mamá —me vuelve a interrumpir—, si es que a ti no te importa nadie.

Regresa al obrador a zancadas y me dispongo a seguirla, con los puños apretados, para tratar de contener mi cólera.

—Jovencita, ¡no te vayas así cuando estamos discutiendo!

En aquel preciso instante suena la campanilla de la puerta y, cuando me doy la vuelta, veo a Gavin. Lleva unos vaqueros desteñidos y una camisa roja de franela. Me mira a los ojos y se pasa la mano por el cabello castaño, rizado y rebelde. Sin querer, reparo en que necesita un corte de pelo.

—Ejem, ¿interrumpo? —pregunta y mira el reloj—. ¿Está abierto todavía?

Esbozo una sonrisa forzada.

—Claro que sí, Gavin —le digo—. Pasa, ¿qué puedo hacer por ti?

Se acerca al mostrador, vacilante.

—¿Estás segura? —pregunta—. Mira que puedo volver mañana, si...

—No —lo interrumpo—. Perdona. Annie y yo estábamos teniendo una... conversación.

Gavin se detiene, me sonrío y dice en voz baja:

—Mi madre y yo solíamos tener montones de conversaciones cuando yo tenía la edad de Annie. Estoy seguro de que mi madre las disfrutaba mucho.

Me río, a pesar de todo. En aquel momento, Annie vuelve a salir del obrador.

—Aquí tiene una taza de café —le anuncia antes de que yo pueda decir nada y, echándome una mirada desafiante, añade—: Invita la casa.

Ella no sabe que no le cobro nada desde que acabó las obras en nuestra casita.

—Vaya, gracias, Annie. Muy generoso de tu parte —dice Gavin y coge el café que ella le ofrece. Lo observo mientras cierra los ojos e inhala el aroma—. ¡Guau! ¡Esto huele genial!

Enarco una ceja, porque sospecho que sabe tan bien como yo que el café no está recién hecho, sino que lleva como dos horas en la cafetera.

—Dígame una cosa, señor Keyes —empieza Annie—. ¿Verdad que usted, o sea, ayuda a la gente?

Gavin pone cara de sorpresa. Carraspea y asiente con la cabeza.

—Pues sí, Annie, supongo que sí. —Calla y me mira—. Me puedes llamar Gavin, si quieres. Ejem, ¿quieres decir si ayudo a la gente porque hago reparaciones y obras en las casas?

—Es igual —dice ella, restándole importancia—. Ayuda a la gente porque es lo que hay que hacer, ¿verdad? —Gavin me echa otra mirada. Yo me encojo de hombros y Annie continúa—: La cuestión es que, si algo se perdiera y una persona estuviera muy preocupada por eso, probablemente querría ayudarla a recuperarlo, ¿no?

Gavin asiente con la cabeza.

—Claro, Annie —dice poco a poco—. A nadie le gusta perder sus cosas.

Me echa otra mirada.

—Entonces, o sea, si una persona le pidiera que la ayudara a encontrar a unos familiares que ha perdido, usted la ayudaría, ¿verdad?

—Annie... —le digo, a modo de advertencia, pero no me está prestando atención.

—¿O usted, o sea, no hace ningún caso cuando le piden ayuda? —continúa.

Me dirige una mirada significativa.

Gavin vuelve a carraspear y me mira. Observo que se da cuenta de que lo está metiendo en nuestra pelea, sin que él quiera y sin que tenga la menor idea de lo que discutimos.

—Vamos a ver, Annie —dice lentamente y vuelve la mirada hacia ella—. Supongo que trataría de ayudar a esa persona, pero en realidad todo depende de la situación.

Annie se vuelve hacia mí con una mirada triunfal en el rostro.

—¿Lo ves, mamá? ¡Al señor Keyes le importa, aunque a ti te dé igual!

Gira sobre los talones y desaparece otra vez en el obrador. Cierro los ojos y escucho el ruido de un bol de metal al golpear contra la encimera. Los vuelvo a abrir y veo que Gavin me observa con preocupación. Nuestras miradas se cruzan por un momento y después los dos nos volvemos hacia Annie, que ha vuelto a entrar desde la parte de atrás.

—Mamá, ya que está todo lavado —dice sin mirarme—, me voy a pie a casa de papá. ¿Vale?

—Que te lo pases bien —le digo sin entusiasmo.

Ella pone los ojos en blanco, coge su mochila y sale dando zancadas y sin mirar atrás.

Cuando vuelvo a alzar la vista y mi mirada se cruza otra vez con la de Gavin, su cara de preocupación me hace sentir incómoda. No necesito que él —ni nadie más— se preocupe por mí.

—Perdona —farfullo. Muevo la cabeza de un lado a otro y trato de parecer ocupada—. ¿Qué te puedo ofrecer, Gavin? Acabo de sacar del horno unas magdalenas.

—Hope —dice al cabo de un rato—, ¿estás bien?

—Estoy bien.

—No lo parece —dice.

Parpadeo y sigo sin mirarlo a la cara.

—¿No?

Lo niega con la cabeza.

—No pasa nada porque estés disgustada, ¿sabes? —dice.

Debí de lanzarle sin querer una mirada severa, porque de pronto se le encienden las mejillas y añade:

—Perdona. No era mi intención...

Levanto una mano.

—Lo sé —le digo—, lo sé. Oye, que te lo agradezco.

Guardamos silencio un momento, hasta que Gavin dice:

—¿Y a qué se refería? ¿Puedo ayudaros en algo?

Le sonrío.

—Gracias por ofrecerte —le digo—, pero no es nada. —No parece creerme, de modo que le aclaro—: Es una larga historia.

Se encoge de hombros.

—Tengo tiempo —dice.

Miro el reloj.

—Pero ibas a alguna parte, ¿no es cierto? —pregunto—. Has venido a buscar algo dulce.

—No tengo prisa —dice—, pero sí que me llevaré una docena de galletas: las de arándanos y chocolate blanco, si no te importa.

Asiento con la cabeza y dispongo con cuidado las galletas Cape Codder que quedan en el exhibidor en una caja de color turquesa que lleva escrito «Panadería Estrella Polar, cabo Cod» con letras blancas con volutas. La cierro con un lazo blanco y se la paso por encima del mostrador.

—¿Y? —me anima Gavin mientras coge la caja que le entrego.

—¿De verdad quieres oírlo? —pregunto.

—Si me lo quieres contar... —dice.

Asiento con la cabeza y de pronto me doy cuenta de que me muero de ganas de compartir lo que pasa con otro adulto.

—Pues bien, mi abuela tiene *alzheimer* —empiezo.

Durante los cinco minutos siguientes, mientras retiro del exhibidor pastelillos, cruasanes, *baklavas*, tartaletas y cuernos de gacela y los voy guardando en recipientes herméticos para meter en el congelador o en las cajas que llevo al refugio para mujeres de la iglesia, le cuento a Gavin lo que dijo Mamie

anoche. Presta atención, pero se queda boquiabierto cuando le comento que Mamie arrojaba al mar trozos pequeños de un Star Pie.

Muevo la cabeza de un lado a otro y digo:

—Ya sé que parece una locura, ¿no?

Ahora es él el que mueve la cabeza, con una expresión extraña en la cara.

—Pues, en realidad, no. Ayer era el primer día del Rosh Hashaná.

—De acuerdo —digo lentamente—, pero ¿eso qué tiene que ver?

—El Rosh Hashaná es el Año Nuevo judío —explica Gavin— y, según la tradición, tenemos que ir a un curso de agua, por ejemplo el mar, para una pequeña ceremonia llamada *tashlich*.

—¿Eres judío? —pregunto.

Sonríe.

—Por parte de madre —dice—. En realidad, me educaron como medio judío y medio católico.

—Vaya —me limito a mirarlo—, no lo sabía.

Se encoge de hombros.

—Vale, la cuestión es que *tashlich* básicamente quiere decir «expulsar».

De pronto me doy cuenta de que la palabra me suena.

—Creo que mi abuela dijo algo parecido anoche.

Asiente con la cabeza.

—La ceremonia consiste en arrojar migas al agua, como símbolo de la expulsión de nuestros pecados. Por lo general se hace con migas de pan, pero supongo que también valen las de pastel. —Calla y después añade—: ¿Te parece que tu abuela podía estar haciendo algo así?

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—No puede ser —digo—. Mi abuela es católica.

Cuando las palabras han salido de mi boca, recuerdo de pronto que dos de las personas de París con las que había hablado hoy me sugirieron que llamara a las sinagogas.

Gavin enarca una ceja.

—¿Estás segura? Tal vez no haya sido siempre católica.

—Pero eso es absurdo. Si ella fuese judía, me lo habrían dicho.

—No necesariamente —dice—. Mi abuela por parte de madre, mi nana, sobrevivió al Holocausto. Estuvo en Bergen-Belsen. Perdió a sus padres y a uno de sus hermanos. Por ella empecé a trabajar como voluntario con los supervivientes cuando tenía unos quince años. Algunos de ellos dicen que, durante un tiempo, abandonaron sus raíces. Les costaba aferrarse a quienes habían sido cuando les quitaron todo, sobre todo a los niños que fueron recogidos por familias cristianas. Sin embargo, con el tiempo, todos ellos regresaron al judaísmo. Fue como volver a casa, en cierto modo.

Me lo quedo mirando fijamente.

—¿Me estás diciendo que tu abuela fue una superviviente del Holocausto? —repito, mientras trato de reconstruir una faceta totalmente nueva de Gavin—. ¿Y que tú has trabajado con los supervivientes?

—Y lo sigo haciendo. Una vez por semana voy como voluntario al hogar de ancianos de Chelsea.

—Pero si eso queda a dos horas en coche —digo.

Se encoge de hombros.

—Es donde vivió mi abuela hasta que murió. Ese lugar significa mucho para mí.

—¡Guau! —Es lo único que se me ocurre—. ¿Y en qué consiste tu trabajo como voluntario?

—Doy clases de arte —dice con sencillez—: pintura, escultura, dibujo, cosas por el estilo. Y también les llevo galletas.

—¿Allí es donde vas con las cajas de galletas que te llevas de aquí?

Asiente con la cabeza y me lo quedo mirando fijamente. Me doy cuenta de que Gavin Keyes tiene más facetas de lo que yo creía. Me pregunto qué más me estaré perdiendo.

—¿Y te dedicas al... arte? —pregunto por fin.

Mira hacia otro lado y no responde.

—Mira, comprendo que esto de tu abuela sea, probablemente, muy difícil de asimilar y puede que esté viendo visiones, pero ¿sabes?, algunas personas que huyeron antes de que las enviaran a campos de concentración lograron salir a hurtadillas de Europa con documentación falsa que los identificaba como cristianos —dice—. ¿Podría ser que tu abuela hubiese venido con una identidad ficticia?

De inmediato muevo la cabeza de un lado a otro.

—No, es imposible. Nos lo habría dicho.

Sin embargo, caigo en la cuenta de que eso explicaría por qué todas las personas de su lista se apellidaban Picard, cuando yo siempre había creído que su apellido de soltera era Durand.

Gavin se rasca la cabeza.

—Annie tiene razón, Hope. Tienes que averiguar lo que le ocurrió a tu abuela.

Seguimos hablando una hora más y Gavin me explica con paciencia todo lo que no entiendo. Si Mamie realmente procede de una familia judía de París, le pregunto, ¿por qué no puedo llamar, simplemente, a las sinagogas de París? ¿Acaso no hay organizaciones sobre el Holocausto que te ayudan a averiguar el paradero de los supervivientes? Estoy segura de haber oído hablar de lugares así, aunque hasta ahora nunca había tenido motivos para interesarme por ellos.

Gavin me explica que vale la pena probar con las organizaciones sobre el Holocausto en primer lugar, aunque le parece poco probable que encuentre en ellas todas mis respuestas. Como máximo, por más que pueda encontrar los nombres en alguna lista, solo obtendré una fecha y un lugar de nacimiento, tal vez una fecha de deportación y, si tengo suerte, el nombre del campo al que los llevaron.

—Pero así no averiguarás toda la historia —añade— y me parece que tu abuela merece saber lo que ocurrió de verdad con sus seres queridos.

—Suponiendo que sea quien tú dices que es —tercio—. A mí me parece una locura.

Gavin asiente con la cabeza.

—Y con razón, pero tienes que averiguarlo.

No estoy convencida y aparto la mirada mientras me explica que, posiblemente, las sinagogas tengan mejores registros y me puedan indicar otros supervivientes que recuerden a la familia Picard. Además, dice, aunque el Holocausto ocurrió hace setenta años, en algunos registros no están dispuestos a brindar información por teléfono. Aunque a lo largo de los años se han hecho numerosos esfuerzos para dar a conocer lo sucedido, para muchas de las personas que estaban vivas durante la guerra mencionar nombres era como entregar vidas.

—Además —concluye Gavin—, es evidente que tu abuela quiere que vayas a París. Tiene que haber una razón.

—Pero ¿y si no la hay? —pregunto con un hilo de voz—. Está enferma, Gavin: ha perdido la memoria.

Gavin mueve la cabeza de un lado a otro.

—Mi abuelo también tenía *alzheimer* —dice—. Es espantoso, ya lo sé, pero me acuerdo de sus momentos de lucidez, sobre todo con respecto al pasado y, por lo que dices, da la impresión de que tu abuela estaba perfectamente lúcida cuando te dio esos nombres.

—Lo sé —reconozco finalmente—, lo sé.

Cuando cierro con llave y nos marchamos, la luz natural está menguando mucho y el azul del cielo ha empezado a oscurecerse. Me estremezco y me cierro un poco más la chaqueta tejana.

—¿Estás bien? —pregunta Gavin y se detiene antes de volverse hacia la izquierda.

Veo su todoterreno aparcado una manzana más abajo, por Main Street.

Asiento con la cabeza.

—Sí. Y gracias. Por todo.

—Es mucho para asimilar —dice y, más por mí que por él, en el último momento añade—: Suponiendo que sea cierto, claro.

Vuelvo a asentir. Me siento atontada, como si lo que me ha explicado esta tarde me hubiese sobrecargado al máximo. Sencillamente, me cuesta aceptar que mi abuela tenga un pasado del cual jamás haya hablado, aunque debo reconocer que todo lo que él ha dicho tiene sentido. Se me pone la carne de gallina.

—Bien —dice Gavin y me doy cuenta de que me he quedado de pie en la calle con la mirada perdida.

Sacudo la cabeza, hago una sonrisa forzada y extendiendo la mano.

—Oye, muchas gracias de nuevo. De verdad.

Gavin parece sorprenderse al ver mi mano, pero me la estrecha al cabo de un momento y dice:

—De nada.

Tiene la mano encallecida y cálida y tardo un poco más de lo conveniente en soltarla.

—Espero que te gusten las galletas —le digo y señalo con la cabeza la caja que lleva en la mano izquierda.

Sonríe.

—No son para mí —dice.

De pronto, me siento incómoda.

—Vale, cuídate —digo.

—Cuídate —repite.

Mientras lo veo alejarse, se apodera de mí una sensación de pérdida que no sé de dónde me viene.

Capítulo 9

Me paso toda la noche dando vueltas en la cama y, cuando finalmente consigo dormirme, tengo pesadillas en las que veo que reúnen a un montón de gente en la calle, delante de mi panadería, y después se la llevan hacia vagones de tren. En mi sueño, voy corriendo entre la multitud, tratando de encontrar a Mamie, pero ella no está. Me despierto bañada en sudor frío a las dos y media de la mañana y, aunque no suelo ir a trabajar hasta las 3.45, me levanto de la cama de todos modos, me visto y salgo al aire frío y vigorizante. Sé que no volveré a pegar ojo.

La marea debe de estar baja, porque, cuando voy hasta mi coche, me llega el olor a sal sucia desde la bahía, situada a dos manzanas de distancia. En medio del silencio de la madrugada, oigo el murmullo apenas perceptible de las olas que llegan hasta la orilla. Antes de sentarme en el asiento del conductor, me quedo allí de pie un momento, inspirando y espirando. Siempre me ha encantado el olor del agua salada: me recuerda a mi infancia, cuando mi abuelo venía de visita después de pasar el día pescando, con el olor del mar en la piel, y me arrojaba al aire.

—¿Quién es mi niña preferida de todo el mundo? —me preguntaba, mientras me hacía volar por toda la habitación, como si fuera Supergirl.

—¡Yooooooooo! —le respondía entre risitas, encantada todas las veces como si fuera la primera.

Incluso a aquella edad, yo ya me había dado cuenta de que mi madre podía ser fría y temperamental y mi abuela, tremendamente reservada, pero mi abuelo me cubría de besos, me leía cuentos a la hora de ir a la cama, me enseñaba a pescar y a jugar al béisbol y me llamaba su «mejor amiga».

Cuando pongo en marcha el motor, me doy cuenta de que lo echo muchísimo de menos. Él habría sabido qué hacer con respecto a Mamie. De pronto me pregunto si él sabría los secretos que ella guardaba. Si así fue, nunca lo dijo. Yo siempre había pensado que eran un matrimonio bien avenido, pero ¿puede durar una relación cuando hay mentiras en torno a sus raíces?

Entro en la panadería unos minutos pasadas las tres. Automáticamente, saco del congelador las magdalenas, las galletas y los *cupcakes* de ayer, que, en cuanto se descongelen, irán a parar a los exhibidores. Después me siento, dispuesta a dedicar una hora a navegar por internet, antes de ponerme a cocinar.

Me conecto a mi correo electrónico y me sorprendo al encontrar un mensaje de Gavin, enviado a la dirección de pedidos en línea de la panadería poco después de medianoche. Lo abro con un clic:

Hola, Hope:

Se me ha ocurrido enviarte los enlaces de las organizaciones de las que te he hablado: www.yadvashem.org y www.jewishgen.org. Son los mejores lugares para comenzar tu búsqueda. Después tal vez quieras probar con el Mémorial de la Shoah, el monumento en conmemoración

del Holocausto, en París. Tienen buenos registros de las víctimas francesas del Holocausto, me parece. Dime si te puedo ayudar en algo.

Buena suerte,
Gavin

Tras respirar hondo un momento, para prepararme, hago clic en el primer enlace, que me conduce a una base de datos con nombres de víctimas del Holocausto. Debajo de la casilla de búsqueda se explica que allí figura información sobre la mitad de los seis millones de judíos asesinados durante la Segunda Guerra Mundial. De pronto se me revuelve el estómago. No es la primera vez que veo aquella cifra, pero ahora la siento más cercana. ¡Seis millones! ¡Por Dios! Me tengo que recordar que, probablemente, Gavin esté equivocado con respecto a Mamie, de todos modos. Tiene que estar equivocado.

El texto de la página principal explica también que todavía quedan millones de víctimas sin identificar y me pregunto cómo puede ser, después de siete décadas. ¿Cómo es posible que tanta gente se haya perdido para siempre?

Respiro hondo, escribo «Picard» y «París» y hago clic en «Buscar».

Obtengo dieciocho resultados y me late el corazón mientras estudio la lista. Ninguno de los nombres de pila coincide con los que me ha dado Mamie y no sé si sentir alivio o desilusión. Sin embargo, hay una Annie en la lista —de pronto siento náuseas— y, cuando hago clic en su nombre, me doy cuenta de que me tiembla la mano. Leo el breve texto: nació en diciembre de 1934, vivió en París y en Marsella y murió el 20 de julio de 1943 en Auschwitz. Hago el cálculo rápidamente: no llegó a cumplir nueve años.

Pienso en mi Annie. Cuando cumplió nueve años, Rob y yo la llevamos a Boston, a ella y a tres amigas suyas, a tomar el té en el Park Plaza. Se vistieron como princesas y se reían como tontas de los pequeños sándwiches de té, hechos con pan sin corteza. La fotografía que le tomé —Annie con su vestido rosa claro y el cabello largo y suelto soplando la vela que pusimos encima de un *cupcake* de color rosa— sigue siendo una de mis preferidas.

En cambio, a la pequeña Annie Picard parisina nunca le hicieron una fiesta para festejar su noveno cumpleaños. No llegó a la adolescencia, no se enfrentó a su madre por culpa del maquillaje, no se preocupó por sus deberes de la escuela, no se enamoró ni vivió lo suficiente para descubrir qué querría ser de mayor.

De pronto advierto que estoy llorando. No sé muy bien cuándo he empezado. Enseguida cierro la página con un clic, me seco los ojos y me alejo. Solo al cabo de quince minutos de dar vueltas por el obrador dejo de derramar lágrimas.

Dedico otros treinta minutos a hacer clics en la primera página que me envió Gavin y casi todo lo que encuentro me horroriza. Recuerdo que en la escuela leímos *El diario de Ana Frank* y que estudiamos el Holocausto en las clases de historia, pero leer al respecto siendo adulta me ha producido una impresión totalmente diferente.

Me bailan delante de los ojos unas cifras y unos hechos pasmosos. En 1939, cuando estalló la guerra, vivían en París doscientos mil judíos, de los cuales fallecieron cincuenta mil. Los nazis comenzaron a arrestar judíos parisinos en mayo de 1941, cuando reunieron a tres mil setecientos hombres y los

enviaron a campos de internamiento. En junio de 1942, todos los judíos que vivían en París estaban obligados a llevar una estrella de David amarilla con la palabra «*juif*», que es como se dice «judío» en francés. Un mes después, el 16 de julio de 1942, hubo una redada inmensa de doce mil judíos, en su mayoría de origen extranjero: los llevaron a un estadio llamado «el Vélodrome d'hiver» y después los deportaron a Auschwitz. En 1943, los nazis entraban en orfanatos, residencias de ancianos y hospitales y arrestaban a los más indefensos. Se me revuelve el estómago de solo pensarlo.

Escribo «Picard» en la segunda base de datos que me envió Gavin. Encuentro tres supervivientes de apellido Picard en la lista de un periódico de Múnich y tres más —entre los que figura otra Annie Picard— en una lista de supervivientes de Italia. Constan tres Picard en el registro de fallecidos del campo de concentración de Mauthausen, en Austria, y once más en el de Dachau, en Alemania. Hay treinta y siete Picard en una lista de 7346 deportadas francesas que murieron. Vuelvo a encontrar en esta lista a la Annie Picard de ocho años y me saltan las lágrimas. Se me ha nublado tanto la vista que casi no me doy cuenta cuando aparecen en la pantalla otros dos nombres conocidos: Cecile Picard, el segundo nombre de la lista de Mamie, y Danielle Picard, el último.

Me late el corazón cuando leo los detalles correspondientes al primer nombre:

Cecile Picard, nacida como Cecile Pachcinski el 30 de mayo de 1901 en Cracovia, Polonia. Procedente de París, Francia. Deportada a Auschwitz en 1942. Murió en el otoño de 1942.

Trago saliva varias veces. Cecile Picard habría tenido cuarenta y un años cuando murió, solo cinco años más que los que tengo ahora. Sé que Mamie nació en 1925, de modo que tendría diecisiete en 1942. ¿Podría ser que Cecile fuera su madre? ¿Mi bisabuela? Si así fuera, ¿cómo es posible que jamás hubiéramos hablado antes de esto?

Parpadeo unas cuantas veces y, cuando leo la información sobre Danielle, se me encoge el corazón.

Danielle Picard, nacida el 4 de abril de 1937. Procedente de París, Francia. Deportada a Auschwitz. Murió en 1942.

Solo tenía cinco años.

Cierro los ojos y trato de volver a respirar con calma. Al cabo de un momento, busco en Google la tercera organización que mencionó Gavin: el Mémorial de la Shoah. Hago clic en el enlace y escribo en la casilla de búsqueda el primer nombre de la lista de Mamie: Albert Picard. Me quedo paralizada cuando lo encuentro.

Monsieur Albert PICARD, né le 26/03/1897. Déporté à Auschwitz par le convoi n° 58 au départ de Drancy le 31/07/1942. De profession médecin.

Me apresuro a copiar y pegar la entrada en un traductor en línea y consulto el resultado. Albert Picard, nacido el 26 de marzo de 1897 y deportado a Auschwitz en el convoy número 58, que partió de Drancy el 31 de julio de 1942. Era médico.

Pasmada, introduzco los demás nombres. No dice lo que les ocurrió, sino solo la fecha en que fueron

deportados. Todos habían sido llevados a Auschwitz en los convoyes 57 o 58, a finales de julio de 1942.

Encuentro todos los nombres, salvo el de Alain, que, según la lista de Mamie, habría tenido once años cuando, aparentemente, se llevaron a toda su familia. Me quedo desconcertada delante de la pantalla.

Miro el reloj. Aquí son las cinco y media de la mañana. En Francia están adelantados seis horas, de modo que, probablemente, alguien habrá en las oficinas del museo. Respiro hondo, trato de no pensar en la factura del teléfono y marco el número que aparece en la pantalla.

El teléfono suena seis veces y salta un contestador en francés. Corto y vuelvo a marcar, pero otra vez responde un contestador. Vuelvo a mirar el reloj: ya debería estar abierto. Marco por tercera vez y, al cabo de unas cuantas llamadas, responde una mujer en francés.

—Hola —digo y exhalo aliviada—, llamo de Estados Unidos y lo lamento, pero casi no hablo francés.

La mujer me responde enseguida en un inglés con mucho acento.

—Está cerrado —dice—. Es sábado. Los sábados está cerrado, por el sabbat. Yo he venido a acabar un trabajo de investigación.

—¡Ay! —digo, acongojada—, perdón. No me había dado cuenta. —Hago una pausa y pregunto con un hilo de voz—: ¿Me puede responder a una pregunta rápida?

—Nuestras normas no lo permiten —dice con firmeza.

—Por favor —le digo con voz queda—. Estoy tratando de localizar a alguien. Por favor.

Guarda silencio por un momento, pero al final suspira.

—De acuerdo. Rápido.

Le explico a toda prisa que estoy buscando a unas personas que tal vez sean familiares de mi abuela y que he encontrado algunos nombres, pero me falta uno. Vuelve a suspirar y me dice que el museo dispone de algunos de los mejores registros de Europa, porque la policía francesa —la que llevaba a cabo las deportaciones— las apuntaba meticulosamente.

—En el resto de Europa —dice— han desaparecido la mitad de los registros, pero en Francia sabemos los nombres de casi todas las personas que fueron deportadas de nuestro país.

—Pero ¿cómo puedo averiguar lo que les ocurrió después de la deportación? —pregunto.

—Lamentablemente, muchas veces no se puede —dice—, pero en algunos casos sí. Aquí disponemos de los documentos escritos, el censo y otras cosas. Algunas de las tarjetas de deportación contienen notas que indican lo que les ocurrió a esas personas.

—¿Y para encontrar a Alain? Es el nombre que no figura en su base de datos.

—Eso es más difícil —dice—. Si no fue deportado, es probable que no conste, pero usted puede venir a buscarlo en nuestros registros. Hay una bibliotecaria que la ayudará. Tal vez lo encuentre.

—¿Que vaya a París? —pregunto.

—*Oui* —dice—, es la única forma.

—Gracias —murmuro—, *merci beaucoup*.

—*De rien* —responde—. ¿Tal vez la veamos pronto?

Vacilo solo por un momento.

—Tal vez nos veamos pronto.

Los resultados de la búsqueda y la conversación con la mujer del museo me han dejado tan impresionada

que empiezo tarde a poner los Star Pies en el horno y a preparar las tartaletas rosadas de almendras. Esto no me suele pasar, porque atenerme estrictamente a los horarios de la mañana es lo que impide que me vuelva loca la mayoría de los días. Por eso, cuando suena el reloj de la cocina que me avisa que son las seis de la mañana y es hora de abrir la panadería, me encuentro en un estado de desorganización muy poco frecuente en mí.

Corro a la puerta y me sorprendo al ver a Gavin esperando pacientemente de pie en el exterior. Cuando me ve a través del cristal, me sonrío y me saluda con la mano. Giro la llave en la cerradura.

—¿Por qué no has llamado? —le pregunto mientras abro la puerta—. Te habría hecho pasar.

Me sigue al interior y se me queda mirando mientras doy la vuelta al cartel para que se lea «abierto».

—Acabo de llegar —dice—. Además, abres a las seis y no me ha parecido bien molestarte antes de esa hora.

Le hago señas para que me siga.

—Tengo unos pasteles en el horno. Lo siento, pero voy un poco retrasada esta mañana. ¿Quieres café?

—Pues sí —dice.

Se detiene delante del mostrador, pero le vuelvo a hacer señas para que me siga al obrador.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunta y se arremanga, como si ya estuviera dispuesto a lanzarse al ataque.

Muevo la cabeza de un lado a otro y le sonrío.

—No hace falta —le digo—, a menos que puedas volver atrás el tiempo para que no vaya retrasada.

Muelo una taza de granos de café y, cuando me doy la vuelta, me sorprende ver a Gavin llenando la cafetera de agua y poniéndole el filtro, como si estuviera en su casa.

—Gracias —le digo.

—¿Una mañana complicada? —pregunta.

—Más que complicada, extraña. Recibí tu e-mail. Gracias.

—¿Te ha sido útil?

Asiento con la cabeza.

—He estado un buen rato mirando las páginas.

—¿Y?

—He encontrado todos los nombres que figuran en la lista de mi abuela, salvo uno. —Echo el café molido en el filtro y Gavin pone en marcha la cafetera. Guardamos silencio un rato, mientras el aparato empieza a borbotear y escupir—. No he encontrado a Alain, pero todos los demás fueron deportados en 1942. La más pequeña tenía cinco años. La madre no era mucho mayor de lo que soy yo ahora. —Respiro hondo y siento que me tiembla el pecho—. Todavía me cuesta creer que sean familiares de mi abuela.

—¿Cómo es eso?

De pronto, me da vergüenza y aparto la mirada.

—No lo sé. Lo cambiaría todo.

—¿Qué es lo que cambiaría?

—Quién es mi abuela —digo.

—En realidad, no.

—Cambia quién soy yo —añado con voz queda.

—¿Ah, sí?

—Me convierte en judía al 50 por ciento o al 25 por ciento, supongo.

—Pues no —dice Gavin—. Solo querría decir que has tenido en ti esa parte de su pasado todo el tiempo. Querría decir que siempre has sido judía al 25 por ciento. No cambiaría nada de lo que eres en verdad.

De pronto me da la impresión de estar hablando con un terapeuta y no me gusta nada.

—No te preocupes —le digo. La jarra de la cafetera solo se ha llenado hasta la mitad, pero la cojo con brusquedad y le sirvo una taza, para cambiar de tema—. Has venido más temprano de lo habitual esta mañana.

En cuanto salen las palabras de mi boca me doy cuenta de que podría dar la impresión de que le voy siguiendo la pista y me ruborizo, pero Gavin no parece advertirlo.

—No podía dormir y quería saber cómo iba tu búsqueda.

Asiento con la cabeza y lo asimilo mientras me sirvo una taza de café.

—¿Vas a ir a París? —pregunta.

—Es que no puedo, Gavin.

Suena el reloj del horno y noto que me observa cuando me pongo las manoplas y retiro dos bandejas de Star Pies. Bajo diez grados la temperatura para adecuarla a los cruasanes que ya he estirado y formado y me dirijo a la tienda para ver si ha entrado alguien sin que me hubiese dado cuenta. No hay nadie. Gavin espera a que haya introducido los cruasanes en el horno antes de volver a hablar.

—¿Por qué no puedes ir? —pregunta.

Me muerdo el labio.

—No me puedo permitir el lujo de cerrar la panadería.

Gavin lo capta y yo lo miro con disimulo para saber si me está juzgando. Veo que no.

—Vale —dice lentamente.

Advierto que no ha preguntado el motivo y me alegro. No quiero tener que dar explicaciones a nadie de mi situación.

—¿No hay nadie que se pueda hacer cargo por unos días en tu lugar? —pregunta al cabo de un momento.

Lanzo una carcajada y me doy cuenta de que suena amarga.

—¿Quién? Annie ni siquiera tiene, en teoría, edad suficiente para trabajar aquí y no tengo dinero para contratar a nadie.

Gavin parece pensativo.

—Seguro que tienes amigos que se pueden hacer cargo.

—Pues no —digo—, no tengo.

«Otro de mis numerosos fracasos», añado para mis adentros.

Nos interrumpe la campanilla de la puerta de entrada y salgo a atender al primer cliente del día. Es Marcie Golgoski, la bibliotecaria del pueblo desde que yo era niña. Mientras le sirvo una taza de café para llevar y le envuelvo —como siempre— una magdalena de arándanos, espero que Gavin no se mueva de la cocina. Sé lo que ella pensaría si supiera que está en el obrador conmigo y no quiero que nadie del pueblo empiece a hacer suposiciones acerca de mi vida privada. Este pueblo me gusta mucho, pero hay tanto chismorreó que parece un instituto.

El reloj del horno suena justo cuando le estoy cobrando a Marcie y me apresuro a regresar al obrador en cuanto se marcha, por temor a que los cruasanes se doren demasiado. Me sorprende al ver a Gavin apoyando la bandeja con cuidado en una rejilla para que se enfríe.

—Gracias —le digo.

Me responde con una inclinación de cabeza y se quita los agarradores.

—Me tengo que ir —dice—, pero te equivocas.

—¿Sobre qué? —pregunto, porque, si he de ser sincera conmigo misma, estoy segura de estar equivocada sobre montones de cosas.

—Sobre lo de no tener amigos —dice—. Me tienes a mí.

Como no sé qué decir, no digo nada.

De pronto se me desboca el corazón y siento que se me encienden las mejillas.

—Ya sé que para ti solo soy el tío que repara las cañerías y cosas así —añade al cabo de un momento.

Se me acalora el rostro.

—Soy un desastre —digo por fin—. ¿Por qué querrías ser amigo mío?

—Por el mismo motivo por el cual todos queremos ser amigos de otra persona —dice Gavin—: porque me gustas.

Me lo quedo mirando mientras desaparece por la puerta de entrada.

Milagrosamente, Annie se muestra simpática cuando llega por la tarde y parece estar de tan buen humor que no saco a relucir mi búsqueda en internet ni las ideas contradictorias que tengo sobre París, porque no puedo soportar que tengamos otra discusión. Esta noche le toca ir a la casa de su padre y, mientras lavamos los platos en la cocina, las dos juntas, después de cerrar, interrumpe nuestro silencio cordial con una pregunta:

—Vamos a ver, ¿estás, o sea, saliendo con Matt Hines o no?

Muevo la cabeza enérgicamente de un lado a otro.

—Claro que no.

Annie me mira con escepticismo.

—No me da la impresión de que él lo sepa.

—¿Por qué lo dices?

—Por la forma como te mira y te habla. Como muy posesivo. Como si fueras su novia.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya se dará cuenta de que no lo soy.

—¿Y cómo es que, o sea, nunca sales con nadie? —pregunta Annie, después de una pausa.

Por la manera en que observa fijamente el fregadero, en lugar de mirarme a la cara, me da la sensación de que se siente incómoda con la conversación y me pregunto por qué la sacará.

—No hace tanto que tu padre y yo nos hemos divorciado —respondo al cabo de un momento.

Annie me dirige una mirada extraña.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿Acaso quieres volver con papá?

—¡No! —digo al instante, porque no se trata de eso en absoluto—. No, lo que pasa es que no esperaba volver a estar soltera. Además, ahora tú eres mi prioridad, Annie. —Hago una pausa y le

pregunto—: ¿Por qué?

—Por nada —responde Annie rápidamente. Guarda silencio por un momento y la conozco lo suficiente para saber que, si no insisto, acabará por soltar lo que tiene en la cabeza o como mínimo una versión aproximada—. Solo que es un poco raro.

—¿Qué es lo raro?

—Que no tengas novio ni nada parecido.

—A mí no me parece raro, Annie —le digo—. No todo el mundo tiene que estar en pareja.

No quiero que Annie crezca como una de esas jóvenes que, si no tienen una relación, se sienten incompletas. Hasta entonces no se me había ocurrido que pudieran estar rondándole la cabeza ese tipo de pensamientos.

—Papá está en pareja —farfulla.

Otra vez se queda mirando fijamente el fregadero y al principio no sé qué es lo que me hace más daño: si caer en la cuenta de que Rob me ha dejado atrás tan rápido o el hecho de que eso, sin duda, preocupe a Annie. En cualquier caso, me siento como si me hubieran pegado un puñetazo en el estómago.

—¿En serio? —pregunto, tratando de no alterar la voz—. ¿Y a ti qué te parece?

—Bien.

No digo nada y espero que continúe.

Vuelve a romper el silencio.

—Ella está ahí todo el tiempo, ¿no? Su novia o lo que sea.

—Nunca la habías mencionado.

Annie se encoge de hombros.

—Pensé que te haría sentir mal.

Parpadeo unas cuantas veces.

—No tienes que preocuparte por eso, Annie. Me puedes decir lo que quieras.

Asiente con la cabeza y me doy cuenta de que me mira de reojo. Finjo que estoy totalmente absorta en lavar los platos.

—¿Y cómo se llama? —pregunto con indiferencia.

—Sunshine —farfulla.

—¿Sunshine? —dejo lo que estoy haciendo y la miro fijamente—. ¿Tu padre sale con una mujer llamada Sunshine?

Annie sonrío por primera vez.

—Es un nombre bastante absurdo —reconoce.

Resoplo y sigo lavando una bandeja para el horno.

—¿Te cae bien? —pregunto con cautela, después de una pausa.

Annie se encoge de hombros. Cierra el grifo, coge un paño de cocina y se pone a secar un bol grande de acero inoxidable.

—Supongo —dice.

—¿Te trata bien? —vuelvo a probar, porque me da la impresión de que me falta saber algo.

—Supongo —repite—. De todos modos, me alegro de que tú no salgas con nadie, mamá.

Asiento y trato de añadir un toque de humor.

—Bueno, en realidad no puedo decir que los hombres disponibles estén echando la puerta abajo.

Annie pone cara de no entender, como si no se diera cuenta de que me estoy tomando el pelo a mí misma.

—De todos modos —dice—, es mejor cuando estamos en familia, sin extraños.

Resisto la tentación de reconocerlo, porque sería egoísta, pero, como se supone que tengo que hacer lo correcto y lo correcto es ayudarla a comprender que, con el tiempo, su padre y yo tendremos que seguir adelante, le digo:

—Podemos seguir siendo una familia, Annie. Que tu padre tenga una novia no cambia lo que siento por ti.

Annie me mira entornando los ojos.

—Es igual.

—Cielo, tanto tu padre como yo te queremos muchísimo —le digo— y eso no va a cambiar nunca.

—Es igual —repite y deja el bol en el escurrerplatos—. ¿Me puedo ir ya? Tengo un montón de tarea.

Asiento lentamente y la observo mientras se quita el delantal y lo cuelga con cuidado en el gancho que hay cerca de la nevera grande.

—¿Estás bien, cariño? —me atrevo a preguntar.

Asiente con la cabeza. Coge la mochila y atraviesa la habitación para darme un beso rápido e inesperado en la mejilla.

—Te quiero, mamá —dice.

—Yo también te quiero, mi vida. ¿Estás segura de que estás bien?

—Que sí, mamá.

Ha recuperado el tono irritado y pone los ojos en blanco.

Se marcha antes de que pueda decir nada más.

Por la noche, después de cerrar la panadería, voy a visitar a Mamie. Durante el trayecto me da vueltas en las tripas una mezcla de inquietud, tristeza y aprensión que no alcanzo a comprender del todo. En el transcurso de un año me he convertido en la propietaria divorciada de una panadería que amenaza ruina y cuya hija la detesta y ahora resulta que hasta podría ser judía. Me da la impresión de que ya no sé quién soy.

Cuando entro, encuentro a mi abuela sentada junto a la ventana, mirando hacia el este.

—¡Hola, cielo! —dice, volviéndose—. No te oí llamar.

—Hola, Mamie.

Cruzo la habitación, le doy un beso en la mejilla y me siento a su lado.

—¿Sabes quién soy? —pregunto, vacilante, porque esta conversación dependerá de su grado de lucidez.

Parpadea.

—Desde luego, cielo. Eres mi nieta, Hope.

Suspiro aliviada.

—Exacto.

—Es una pregunta absurda —comenta.

Suspiro.

—Tienes razón. Una pregunta absurda.

—¿Y cómo estás, cielo? —inquire.

—Estoy bien, gracias —digo y espero, tratando de encontrar la manera de sacar a relucir lo que necesito saber—. He estado pensando en lo que me dijiste la otra noche y tengo algunas preguntas.

—¿La otra noche? —pregunta Mamie.

Inclina la cabeza a un lado y se me queda mirando.

—Acerca de tu familia —digo con suavidad.

Los ojos le titilan y los dedos retorcidos se ponen en movimiento y soban las borlas de los extremos de su pañuelo.

—La otra noche, en la playa —prosigo.

Me mira fijamente.

—¿Cómo vamos a ir a la playa? Si estamos en otoño...

Respiro hondo.

—Nos pediste a Annie y a mí que te llevásemos y nos contaste algunas cosas.

Mamie parece más confundida.

—¿Annie?

—Mi hija —le recuerdo—, tu biznieta.

—¡Ya sé quién es Annie! —me espeta y aparta la mirada.

—Tengo que preguntarte una cosa, Mamie —digo al cabo de un momento—. Es muy importante.

Se pone a mirar por la ventana otra vez y al principio me parece que no me ha oído, pero finalmente dice:

—Sí.

—Mamie —digo poco a poco, vocalizando cada sílaba para no correr el riesgo de que me malinterprete—, tengo que saber si eres judía.

Vuelve la cabeza hacia mí con tanta rapidez que me echo atrás en el asiento, sobresaltada. Me perfora con la mirada y sacude la cabeza de un lado a otro.

—¿Quién te ha dicho eso? —me interpela, con voz aguda y crispada.

Yo misma me sorprendo al notar que me desanimo un poco. Aunque me cuesta creer lo que ha dicho Gavin, me doy cuenta de que había empezado a aceptar la posibilidad.

—Pues nadie... —digo—. Se me ocurrió que...

—Si fuera judía, tendría que llevar la estrella —continúa mi abuela, enfadada—. Lo exige la ley. Y no ves que lleve la estrella amarilla, ¿verdad? No hagas acusaciones que no puedes demostrar. Me voy a Estados Unidos a visitar a mi tío.

La miro fijamente. Se ha sonrojado y le relampaguean los ojos.

—Mamie, soy yo —digo con suavidad—: Hope.

Pero no parece oírme.

—No me acoses o te denuncie —dice—. Que esté sola no te da derecho a aprovecharte de mí.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—No, Mamie, yo jamás...

Me interrumpe.

—Ahora, si me perdonas...

Me quedo boquiabierta cuando se pone de pie con una agilidad sorprendente y se dirige rápidamente

a su dormitorio. Da un portazo.

Me levanto, dispuesta a seguirla, pero me quedo inmóvil. No sé qué decir ni qué hacer. Me siento fatal por haberle dado un disgusto y me desconcierta que haya reaccionado con tanta violencia.

Al cabo de un momento, voy tras ella y llamo con suavidad a su puerta. Oigo que se levanta de la cama —los muelles de su viejo colchón crujen en señal de protesta—, abre la puerta y me sonrío.

—Hola, cielo —me dice—. No te había oído entrar. Perdóname. Solo me estaba pintando los labios.

Efectivamente, se acaba de poner otra capa de color burdeos. Me la quedo mirando un momento.

—¿Estás bien? —pregunto con vacilación.

—Desde luego que sí, cielo —dice con entusiasmo.

Respiro hondo. Aparentemente, no recuerda nada de su estallido de hace un rato. Entonces la cojo de las manos. Necesito una respuesta.

—Mamie, mírame —le digo—. Soy tu nieta, Hope. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. No seas tonta.

Le sujeto las manos con firmeza.

—Escucha, Mamie, no te voy a hacer daño. Te quiero mucho, pero necesito saber si tu familia es judía.

Le vuelven a relampaguear los ojos, pero ahora insisto para asegurarme de que no aparte la mirada.

—Mamie, soy yo —le digo y siento que sus manos se aferran a las mías—. No pretendo hacerte daño. Necesito que me respondas.

Me clava la mirada por un momento y después se aleja de mí. La sigo cuando regresa a grandes zancadas a la ventana del salón. Empiezo a pensar que se ha olvidado de mi pregunta y, cuando por fin habla, lo hace en voz tan baja que es casi un susurro:

—Dios está en todas partes, cielo. No puedes delimitarlo a una sola religión. ¿Acaso no lo sabes?

Le pongo una mano en la espalda y me anima que no se resista. Contempla el cielo de color perla a medida que el azul va penetrando en el suelo a lo largo del horizonte.

—No importa lo que pensemos de Dios —continúa con el mismo tono suave y uniforme—, porque todos vivimos bajo el mismo cielo.

Vacilo.

—Los nombres que me has dado, Mamie —digo en voz baja—, los Picard, ¿son familiares tuyos? ¿Se los llevaron durante la Segunda Guerra Mundial?

No responde y sigue mirando por la ventana. Al cabo de un momento, pruebo fortuna otra vez.

—Mamie, ¿era judía tu familia? ¿Eres judía?

—Claro que sí —dice y me quedo tan sorprendida de que me responda enseguida que doy un paso atrás.

—¿De verdad? —pregunto.

Asiente con la cabeza. Finalmente, se vuelve y me mira.

—Pues sí, soy judía —dice—, pero también soy católica —hace una pausa y añade— y musulmana.

Se me cae el alma a los pies. Por un momento pensé que sabía lo que decía.

—Mamie, ¿qué quieres decir? —le pregunto, tratando de que no me tiemble la voz—. Tú no eres musulmana.

—¿Acaso no es todo lo mismo? Son los seres humanos los que crean las diferencias. Eso no significa que Dios no sea siempre el mismo. —Se vuelve a mirar por la ventana otra vez y, al cabo de un momento,

murmura—: El lucero...

Sigo su mirada hasta el primer agujerito de luz que brilla al atardecer. Observo yo también por un momento, tratando de ver lo mismo que ella y tratando de comprender por qué todas las noches se sienta frente a la ventana a buscar algo que, aparentemente, nunca encuentra.

Al cabo de un buen rato, se vuelve hacia mí y me sonrío.

—Mi hija Josephine vendrá a verme un día de estos —me dice—. Tienes que conocerla. Te caería bien.

Muevo la cabeza de un lado a otro y miro al suelo. Decido no decirle que mi madre ha muerto hace tiempo.

—Seguro que sí.

—Creo que iré a descansar —dice y me mira sin el menor asomo de reconocimiento—. Gracias por venir. Me ha gustado que vinieras a visitarme. Te acompaño a la puerta.

—Mamie... —lo intento.

—No, no —dice—. Mi *mamie* no vive aquí, sino en París, cerca de la torre, pero le diré que le has dejado recuerdos.

Abro la boca para responder, pero no me sale ninguna palabra. Mamie me conduce hacia la puerta.

Ya he cruzado el umbral y la puerta está a punto de cerrarse tras de mí, cuando de pronto Mamie la vuelve a abrir apenas una rendija y se me queda mirando fijamente un buen rato.

—Tienes que ir a París, Hope —dice, muy seria—. Tienes que ir. Ya estoy muy cansada y casi me ha llegado la hora de dormir.

Entonces cierra la puerta y me quedo contemplando una gama anodina de pinturas de color azul claro.

Permanezco allí estupefacta tanto rato que ni siquiera me doy cuenta cuando se me acerca la enfermera, Karen.

—¿Señorita McKenna-Smith? —me dice.

Me vuelvo y la miro sin verla.

—¿Se encuentra usted bien? —pregunta.

Asiento lentamente.

—Creo que voy a ir a París.

—¡Ah! Pues... qué bien —dice Karen con vacilación. Evidentemente, piensa que he perdido la razón y no es para menos—. Ejem, ¿y cuándo?

—Lo antes posible —le digo y sonrío—. Tengo que ir.

—De acuerdo —dice, aún perpleja.

—Me voy a París —repito para mí misma.

Capítulo 10

GALLETAS CAPE CODDER

INGREDIENTES

- 1 barra de mantequilla blanda (alrededor de 100 gramos)
- 2 tazas bien compactas de azúcar moreno
- 2 huevos grandes
- ½ cucharadita de extracto de vainilla
- 2 cucharadas de nata para montar
- 3 tazas de harina
- 2 cucharaditas de bicarbonato
- ½ cucharadita de sal
- 1 taza de arándanos secos
- 1 taza de pepitas de chocolate blanco

PREPARACIÓN

1. Precalentar el horno a 190 grados.
2. En un bol grande, batir la mantequilla y el azúcar moreno con la batidora eléctrica. Incorporar los huevos, la esencia de vainilla y la nata.
3. Tamizar juntas la harina, el bicarbonato y la sal y añadir a la mezcla hecha con la mantequilla, más o menos una taza a la vez. Batir lo justo para que quede todo bien mezclado.
4. Añadir los arándanos y las pepitas de chocolate. Revolver para distribuir bien.
5. Echar cucharaditas colmadas en una bandeja de horno para galletas untada con mantequilla, dejando suficiente espacio para que aumenten de tamaño. Hornear de 10 a 13 minutos. Dejar enfriar 5 minutos en la bandeja y después pasar a una rejilla.

Con estas cantidades se obtienen alrededor de cincuenta galletas.

Rose

Aquella noche, la puesta de sol fue más luminosa de lo habitual y, mientras contemplaba el horizonte, Rose pensó que la intensa luminosidad del cielo era uno de los trucos más maravillosos de Dios. Recordó con sorprendente claridad cuando se sentaba junto a la ventana del apartamento de su familia, en la Rue du Général Camou, y observaba el sol que se ponía por el oeste, sobre el Campo de Marte. Siempre le había parecido que la vista durante el crepúsculo era la combinación más hermosa de la magia divina y la humana: un precioso espectáculo de luz en torno a una torre de acero radiante y

misteriosa. Solía imaginarse como una princesa en un castillo y que aquel espectáculo se organizaba solo para ella. Estaba segura de tener la mejor ventana de toda la ciudad y tal vez la mejor vista del mundo entero.

Sin embargo, aquello era cuando todavía estaba muy orgullosa de su país y de ser parisina. La torre Eiffel le parecía el símbolo de todo lo que aportaba grandeza a su querida ciudad.

Más adelante llegaría a odiar lo que representaba. Es increíble la rapidez con la que el cariño y el orgullo se pueden transformar en algo sórdido e inexorable.

Rose observó el cielo del cabo Cod, que emitía un fulgor naranja, después se apagó hasta el rosado y por último al azul brillante que la hacía sentir en su casa y tan lejos del lugar en el que había iniciado su viaje. Aunque la puesta de sol en sí tenía un aspecto diferente allí del que tenía en París —suponía que por una cuestión atmosférica—, el ocaso cerúleo intenso era el mismo que tantos años atrás. La confortaba saber que, mientras que todo lo demás que había en el mundo podía cambiar, el final del espectáculo de luz divino seguiría siendo el mismo para siempre.

Rose tenía la sensación —estando allí sentada junto a la ventana— de que estaba ocurriendo algo importante, pero le costaba situarla: le daba la impresión de que alguien le había dicho algo de vital importancia, pero ¿quién? ¿Y cuándo? No recordaba haber recibido ninguna visita.

El sonido del timbre interrumpió las volutas de sus pensamientos y, tras echar de mala gana una última mirada a la estrella polar, situada por encima de la elevación del horizonte, se dirigió con lentitud hacia la puerta. Se preguntó cuándo había empezado a fallarle aquel cuerpo: recordaba cuando se movía sobre sus pies ligera como el aire y llena de gracia como la brisa. Le parecía que había sido ayer. En aquel momento, en cambio, sentía el cuerpo como un saco de huesos que tenía que llevar a rastras dondequiera que fuese.

En la puerta se encontró mirando fijamente a aquella enfermera amable cuyo nombre le resultaba imposible de recordar, aunque tenía un rostro que inspiraba confianza, según Rose.

—Hola, Rose —la saludó la enfermera, con una voz suave que le recordó que allí le tenían lástima. Ella no quería su compasión. No la merecía—. ¿Baja a cenar? Las tres señoras que comparten la mesa con usted la echan de menos en el comedor.

Rose sabía que no era cierto. Ella no podía recordar, ni por todo el oro del mundo, los nombres o ni siquiera los rostros de las tres mujeres con las que comía tres veces al día.

—No, me quedaré aquí —le dijo Rose a la enfermera—. Gracias.

—¿Y si le traigo una bandeja a su habitación? —preguntó la enfermera—. Esta noche hay pan de carne.

—Me encantaría —respondió Rose.

La enfermera vaciló.

—¿Así que hoy ha venido a verla su nieta?

Rose se esforzó por recordar.

—Ah, sí, sí —dijo rápidamente, porque la enfermera parecía segura y, desde luego, ella no quería que nadie supiera que estaba perdiendo la memoria.

La enfermera pareció animarse con la respuesta y por un momento Rose se sintió algo culpable por engañarla.

—Qué bien —dijo la enfermera—. Parece que últimamente viene más a menudo. Fantástico.

—Sí, claro —dijo Rose, mientras se preguntaba cuándo habría estado allí su nieta.

Suponía que la enfermera no tendría motivos para mentirle y de pronto sintió una punzada de tristeza por no poder recordar las visitas. Le habría gustado mucho recordar la visita de Hope.

La enfermera le palmeó la espalda y prosiguió con la misma voz suave:

—Parece que planea hacer un viaje emocionante —dijo la enfermera.

—¿Un viaje? —preguntó Mamie.

—Ah, sí, ¿no se lo ha dicho? —continuó la enfermera, animada—. Va a ir a París.

De pronto, Rose lo recordó todo: que Hope había ido a verla y lo confundida que había quedado Annie cuando, a principios de la semana, Rose había entregado a su madre la lista de nombres. El rostro de Hope estaba lleno de preocupación aquella misma tarde. Cerró los ojos por un momento y las revelaciones la envolvieron, hasta que oyó a lo lejos la voz de la enfermera, que la hacía regresar.

—¿Rose? ¿Señora McKenna? ¿Se encuentra bien?

Rose se obligó a abrir los ojos y fingió una sonrisa. A lo largo de los años se había vuelto experta en simular felicidad. Era —pensó— un talento espantoso.

—Perdón —dijo Rose—. Me había puesto a pensar en mi nieta y en su viaje.

La enfermera pareció aliviada. Rose sabía que, si le contaba la verdad —que de repente se le había ido la cabeza a 1942—, asustaría a aquella mujer cuyos ojos tiernos indicaban que jamás había tenido que soportar una de esas pérdidas que nos destrozan el alma para siempre. Rose era capaz de reconocer aquella clase de pérdida en los demás, porque la veía en sus propios ojos cada vez que se miraba al espejo.

Cuando la enfermera se marchó a prepararle una bandeja con la cena, Rose cerró la puerta tras ella y se acercó poco a poco a la ventana. Miró fijamente el cielo, salpicado de las primeras estrellas del ocaso, pero el firmamento ya no parecía igual que antes. Más allá de la oscuridad del horizonte, al otro lado del océano inmenso y en algún lugar hacia el este, estaba París, la ciudad donde todo había comenzado, la ciudad en la que todo acabaría. Rose no regresaría jamás, pero, para que el pasado se completara, era necesario que Hope viajara.

Se acercaba el fin y Rose lo sabía: lo sentía en sus huesos, como lo había sentido en aquel verano de 1942, antes de que vinieran ellos. Cuando, a finales de aquel año, llegó a la costa estadounidense y pasó lentamente junto a la estatua de la Libertad, se prometió dejar atrás el pasado para siempre, pero el *alzheimer* que le picoteaba el cerebro y le desordenaba la cronología se lo había devuelto violentamente, sin que nadie lo hubiese invitado.

Cuando Rose abría los ojos por las mañanas, le costaba aferrarse al presente. Algunos días se despertaba en 1936 o en 1940 u otra vez en 1942. Las cosas se le presentaban con tanta claridad como si acabaran de ocurrir y, por pocos minutos, se quedaba clavada en el tiempo, con la vida delante de los ojos, en lugar de detrás, y ella imaginaba que las guardaba en el precioso joyero que su propia *mamie* le había regalado el día que cumplió trece años, lo cerraba con llave y arrojaba esta a las infinitas profundidades del Sena.

El presente, en cambio, se había vuelto borroso e irregular y daba la impresión de que el precioso joyero, que había permanecido cerrado durante casi setenta años, contenía los únicos momentos de claridad que Rose podía encontrar en esta vida. A veces se preguntaba si, en realidad, su olvido deliberado había hecho que los recuerdos se mantuvieran completamente intactos, del mismo modo que, cuando guardamos un documento en un recipiente hermético y al abrigo de la luz durante muchos años,

podemos evitar que se desintegre.

Rose se sorprendió al comprobar que aquellos momentos que había ocultado durante tantos años entonces le servían de consuelo. Introducirse en el pasado era como ver a cámara lenta una película de la vida que —lo sabía— no tardaría en abandonar y, por los blancos en sus recuerdos, había días en los que podía regodearse en el pasado sin sentir de inmediato el golpe aplastante de su inevitable final.

Le fascinaba ver a su madre, a su padre y a sus hermanos en aquellos breves viajes al pasado. Le encantaba sentir la mano de su *mamie* en torno a la suya, oír la risa cristalina de su hermanita cuando era bebé y aspirar el olor dulce a levadura de la panadería de sus padres. Entonces vivía para aquellos días en los que podía retroceder en el tiempo y ver a los seres de los que había prometido no volver a hablar, porque era allí donde permanecía su corazón: lo había dejado atrás, en aquellas costas lejanas, hacía mucho tiempo.

Entonces, cuando su propio crepúsculo se cernía sobre ella, se dio cuenta de que se había equivocado al tratar de olvidar —aquello era la clave de su ser—, pero era demasiado tarde. Todo había quedado atrás en aquel pasado hermoso y terrible y allí se quedaría para siempre.

Capítulo 11

Esta noche, mientras conduzco hacia casa en silencio, la cabeza me da vueltas.

«Me voy a París».

En el semáforo de Main Street saco el teléfono móvil y, sin poder contenerme, marco el número de Gavin.

En cuanto suena una vez, me doy cuenta de que es una tontería y corto la llamada. ¿Qué le importa a Gavin que me vaya a París? Ha sido muy amable, pero que mis planes le interesen es mucho suponer.

El semáforo se pone verde y, cuando pongo el pie en el acelerador, suena mi teléfono y me sobresalta. Miro quién llama y se me acaloran las mejillas cuando veo «Gavin Keyes».

—Ejem, ¿hola? —respondo con vacilación.

—¿Hope?

Su voz es profunda y cálida y me molesto conmigo misma por la tranquilidad que me produce al instante.

—Ejem, sí, hola —digo.

—¿Me acabas de llamar?

—No tiene importancia —noto que las mejillas se me ponen aún más rojas—. Ni siquiera sé para qué te llamaba —farfallo.

Guarda silencio un momento.

—¿Has ido a ver a tu abuela?

—¿Cómo lo has sabido?

—No lo sabía. —Hace una pausa y añade—: ¿Vas a ir a París?

—Creo que sí —respondo con un hilo de voz.

—Qué bien —dice de inmediato, como si esperara que le dijera eso—. Oye, que si necesitas a alguien que te ayude a mantener abierta la panadería mientras no estás...

Lo interrumpo.

—Gavin, es muy amable por tu parte, pero eso no puede salir bien.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, porque tú nunca te has hecho cargo de una panadería, ¿verdad?

—Aprendo rápido.

Sonrío.

—Además, tú ya tienes un trabajo.

—No tengo problema en aparcarlo por unos días y, si hubiera alguna emergencia, me puedo ocupar cuando cierre la panadería.

No estoy acostumbrada a que nadie muestre interés, a que nadie me ayude. Me hace sentir incómoda y no sé muy bien cómo responder.

—Gracias —digo por fin—, pero nunca te pediría que hicieras una cosa así.

—Hope, ¿estás bien? —pregunta Gavin.

—Estoy bien —le digo, pero estoy segura de que miento.

Una semana después, mientras me pregunto si no estaré loca por hacer una cosa así, embarco en un vuelo de Aer Lingus de Boston a París, vía Dublín, el más barato que he podido encontrar con tan poca antelación.

A Annie le hizo tanta ilusión que me hubiese decidido a ir que ni siquiera me mortificó por tener que pasar más días en la casa de su padre. Me dijo que quería acompañarme a París, desde luego, pero pareció comprender cuando le dije que no me alcanzaba el dinero para dos billetes.

—Además, Mamie solo te pidió a ti que fueras —había farfullado Annie, mirando hacia abajo.

—Porque te necesita aquí con ella —le había respondido yo.

Había decidido viajar un sábado por la noche, para no tener que cerrar la panadería más de tres días en total, porque no abrimos los lunes. De todos modos, me da la impresión de que me voy por mucho tiempo, sobre todo con la tormenta financiera que se avecina. No sé si los inversores vendrán a ver la panadería ni cuándo, porque no he vuelto a hablar con Matt desde que rechacé su ofrecimiento de prestarme dinero. Sé que está ofendido, pero ahora no puedo hacer nada al respecto. Tal vez esté cometiendo un grave error, pero no puedo negarme a emprender este viaje.

Tenemos que entregar dos pedidos durante mi ausencia —son dos encargos que me hacen todas las semanas dos hoteles de la playa— y he aceptado a regañadientes el ofrecimiento de Gavin de llevar a Annie en coche a entregar las magdalenas que ya he horneado y congelado. Ella tendrá que descongelarlas antes de ir a la escuela el lunes por la mañana y, después de clase, Gavin la llevará a entregar el pedido y después la dejará en casa de Rob.

Once horas después de despegar de Boston y de enlazar con el vuelo de Dublín, veo por la ventanilla que atravesamos la capa de nubes que cubre el cielo de París y aterrizamos en la ciudad. No distingo ninguno de los lugares característicos —supongo que no tardaré en verlos desde tierra—, pero alcanzo a ver la cinta azul zafiro del Sena que serpentea por la zona, además de las franjas de hierba verde y de árboles de tonos encendidos que se alternan en la campiña, más allá de la zona urbana.

«Aquí vivió Mamie en algún momento», pienso, mientras nos preparamos para aterrizar.

¡Qué extraño debió de ser dejar atrás todo esto para no regresar jamás!

En tierra, recorro tan campante los corredores tubulares de vidrio del aeropuerto internacional Charles de Gaulle, paso por inmigración y espero en la cola de taxis que —adviento con sorpresa— en Francia suelen ser coches de lujo. Cuando me llega el turno, subo a un Mercedes y entrego al conductor la dirección del hotel que he reservado en Travelocity, porque no estoy segura de poder pronunciarlo bien.

Tardamos treinta minutos en atravesar una serie de suburbios industriales para llegar a las afueras de París. Pasamos por un inmenso complejo deportivo y de pronto recuerdo lo que había leído en internet sobre la gran redada de 1942, cuando llevaron a miles de judíos a un estadio deportivo, antes de deportarlos a los campos de concentración. No creo que se trate del mismo estadio —este parece demasiado moderno—, pero la imagen sombría me acompaña mientras el taxista serpentea con pericia entre el tráfico, hace un escalofriante giro a la izquierda por una calle llamada Rue de la Verrerie y se

detiene con un chirrido de los frenos delante de un edificio blanco con grandes letras de imprenta negras que lo identifican como el Hôtel de Mille Étoiles. Alzo la mirada a los balcones de hierro forjado que rodean las puertas ventanas del segundo piso y sonrío. En cierto modo, París es tal cual me lo había imaginado. Además, me da la sensación de que, al menos en este barrio, no ha cambiado demasiado en el último siglo. Me pregunto si Mamie habrá pasado alguna vez por este mismo edificio y se habrá maravillado al ver los mismos balcones y habrá deseado poder ver a través de las cortinas delgadas que caen sobre las puertas ventanas. Me resulta extraño imaginármela aquí cuando era una niña no mucho mayor que Annie.

Me registro en el hotel, me doy una ducha rápida y me pongo unos vaqueros, unas botas sin tacones y un jersey. Siguiendo las indicaciones que me ha dado el conserje, recorro a pie las pocas manzanas hasta la Rue Geoffroy-l'Asnier, donde sé que está situado el Mémorial de la Shoah.

Advierto que París en octubre es frío y hermoso. Como nunca había estado aquí, no tengo punto de comparación, pero las calles parecen silenciosas y tranquilas. Me fascina la manera en que lo antiguo se combina con lo nuevo: en algunas esquinas se mezclan los adoquines con el cemento y en otras hay tiendas que venden productos electrónicos o alta costura dentro de edificios que parecen centenarios. He vivido en Massachusetts la mayor parte de mi vida, de modo que estoy acostumbrada a que la historia se entrecruce naturalmente con la vida moderna, pero aquí la sensación es diferente, tal vez porque la historia es mucho más antigua o, quizá, porque está mucho más presente.

Mientras voy caminando, huelo a horno de pan y a las hojas cambiantes de otoño y un ligero aroma a leña y respiro hondo, porque no estoy acostumbrada a esta mezcla de olores. Las pequeñas entradas en forma de arco, las bicicletas apoyadas en paredes de piedra y los jardines vallados y casi escondidos me recuerdan que estoy en un lugar extraño, pero París tiene algo que me resulta muy familiar. Me pregunto por primera vez si la sensación de un lugar se transmitirá a través de la sangre. Rechazo la idea, pero, aunque las calles son desconocidas y sinuosas, no me cuesta llegar hasta el museo del Holocausto.

Después de pasar por un detector de metales situado en el exterior del edificio sólido y sombrío, atravieso un patio gris descubierto, paso junto a un monumento con los nombres de los campos de concentración debajo de una estrella de David y entro en el museo por las puertas que tengo delante. La recepcionista —por suerte, habla inglés— sugiere que consulte primero los ordenadores que tiene enfrente, que son la primera escala para todos los que buscan a sus familiares. En ellos encuentro, como era de esperar, la misma información que en internet: los nombres que figuran en la lista de mi abuela, salvo Alain.

Vuelvo al mostrador y le cuento a la recepcionista que busco a una persona cuyo nombre no figura en los registros, además de información sobre lo que ocurrió realmente a las personas cuyos nombres he encontrado. Asiente con la cabeza y me hace ir al ascensor que hay al final del vestíbulo.

—Suba a la cuarta planta —dice—. Allí encontrará una sala de lectura. Pida ayuda en recepción.

Asiento con la cabeza, le doy las gracias y subo, siguiendo sus indicaciones.

La sala de lectura alberga ordenadores y mesas largas en el nivel inferior e hileras de libros y ficheros en el segundo nivel, bajo un techo alto que deja entrar la luz. Me acerco al mostrador y la recepcionista me saluda en francés y cambia al inglés en cuanto le pregunto:

—¿Me puede ayudar a encontrar a unas personas, por favor?

—Desde luego, señora —dice—. ¿En qué puedo servirle?

Le doy los nombres de la lista de Mamie, junto con el año de nacimiento de cada uno, y le explico que no puedo encontrar a Alain. Asiente con la cabeza y desaparece. Regresa al cabo de unos minutos con varias páginas de registros sueltos.

—Esto es todo lo que tenemos sobre estas personas —dice—. Como usted ha dicho, no podemos localizar a Alain en ninguna lista de deportados.

—¿Y eso qué puede querer decir? —pregunto.

—Podría ser por muchos motivos. Aunque nuestros registros son muy completos, de vez en cuando hay personas que no se han inscrito correctamente, sobre todo en el caso de niños. Se perdieron en el caos.

Me entrega los documentos y me siento a leerlos con atención. Durante los minutos siguientes, trato de entender las anotaciones: algunas manuscritas, otras escritas a máquina, todas en francés. En cuanto llego al tercero de los documentos que me ha dado —una hoja del censo—, se me agrandan los ojos.

Con letra inclinada, en una página con un sello que reza *recensement*, hay una lista de los miembros de la familia Picard de París en 1936 y entre los niños figura una hija, Rose, nacida en 1925.

A pesar de lo mucho que me interesa averiguar lo que ocurrió con los nombres que figuraban en la lista de Mamie y aunque ya había empezado a considerarlos miembros de su familia, hasta que no veo el nombre de pila de mi abuela y el año de su nacimiento garabateados con tinta indeleble no acabo de creérmelo.

El corazón me late con fuerza mientras miro fijamente la página.

Leo los escasos detalles. Aparentemente, como se desprende de la información que encontré en internet, el hombre que podría ser el padre de Mamie, Albert, era médico. Su *femme*, su esposa, Cecile, figura como *sans profession*. Debió de quedarse en casa con los hijos. Aparece el nombre de todos los niños —*frils y filles*—, incluida Rose, salvo Danielle, la más pequeña, que no nació hasta 1937, un año después del censo. En la lista también figura Alain, tan real como los demás.

Reviso toda la documentación y eso me lleva bastante tiempo, en parte porque constantemente se me llenan los ojos de lágrimas y en parte porque tengo que recurrir todo el tiempo al diccionario inglés-francés que he traído. Al final, no estoy más cerca que antes de averiguar lo que le ocurrió a Alain ni de saber lo que sucedió después de que deportaran a la familia. Ninguno de los ejemplares de los documentos de deportación contiene notas con información adicional. Lo último que consta para cada uno de los miembros de la familia —a excepción de Rose y de Alain, de los que no se dice nada— es que fueron todos deportados en trenes con destino a Auschwitz.

Vuelvo a llevar los documentos al mostrador, donde la mujer que me había ayudado antes levanta la vista y me sonrío.

—¿Ha tenido suerte?

Asiento con la cabeza y siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

—Creo que es la familia de mi abuela —digo con voz queda—, pero no sé qué fue de ellos después de su deportación.

Mueve la cabeza y asiente, muy seria.

—De las setenta y seis mil personas que se llevaron de Francia, solo sobrevivieron dos mil. Lo más probable es que fallecieran. Lo lamento mucho, *madame*.

Asiento y no me doy cuenta de que estoy temblando hasta que respiro hondo.

—¿Y ha encontrado el nombre que buscaba? —pregunta al cabo de un momento.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—Solo en la hoja del censo. No hay ninguna constancia de que Alain Picard fuese arrestado ni deportado.

Se muerde el labio por un instante.

—*Alors*, hay otra persona que tal vez pueda ayudarla. Es una de nuestras investigadoras y habla un poco de inglés. Déjeme ver si está.

Hace unas cuantas llamadas breves en francés y me dice que Carole, de la biblioteca de investigación, me atenderá en treinta minutos. Me sugiere que espere en el mismo museo y me invita a echar un vistazo a la exposición permanente.

Bajo las escaleras hasta la sala de exposiciones, que está casi vacía, y de inmediato me llama la atención la cantidad de fotografías y documentos que llenan la sala larga y estrecha. En medio de la habitación se puede ver en una gran pantalla una película en francés y, mientras oigo una voz masculina que habla —supongo— del Holocausto, me acerco a la primera pared de la izquierda y me animo al ver que todas las leyendas están en inglés, además de en francés. Al final de la sala, una imagen estremecedora de unas vías de tren a ninguna parte que se proyecta sobre una gran pared blanca me recuerda el sueño que tuve justo después de que Mamie me diera la lista.

Paso media hora absorta en mis pensamientos, mientras voy leyendo un testimonio tras otro sobre el comienzo de la guerra, la pérdida de los derechos de los judíos en Francia y en toda Europa y las primeras deportaciones fuera del país.

Todo esto no solo sucedió en vida de mi abuela, sino, muy posiblemente, a las personas que ella más quería en todo el mundo. Cierro los ojos y me doy cuenta de que me cuesta respirar. El corazón todavía me late en el pecho al doble de velocidad cuando oigo una voz de mujer delante de mí.

—¿*Madame McKenna-Smith*?

Abro los ojos de golpe. La mujer que tengo delante es más o menos de mi edad, lleva el cabello castaño recogido en un moño y tiene los ojos azules enmarcados por líneas de expresión. Lleva unos vaqueros oscuros y una blusa blanca.

—Sí, soy yo —digo y añado rápidamente—: Perdón, quiero decir, *oui, madame*.

Sonríe.

—No se preocupe. Hablo un poco de inglés. Soy Carole Didot. ¿Quiere acompañarme?

Asiento con la cabeza y la sigo a lo largo del resto de la exposición; después pasamos rápidamente junto a otra serie de vídeos y más paredes llenas de documentos e información. Me conduce por una sala llena de fotografías de niños, que llegan hasta donde alcanza la vista. Me detengo y me agacho para leer una de las leyendas que está a la altura de los ojos.

«Rachel Fournier, 1937-1942». En la fotografía, una niña morena, con el cabello recogido en dos coletas sujetas con lazos y una gran pelota de goma en la mano, sonríe mirando de frente a la cámara.

—Estos son los niños franceses que han perdido la vida —dice Carole con voz queda.

—Dios mío —murmuro.

Esta sala me impresiona aún más que las fotografías escalofriantes de la muerte que había visto en la otra. Mientras contemplo las fotos, aturdida, no puedo por menos de pensar en mi propia hija. Si el destino nos hubiese colocado en otro país, en otro momento, ella habría podido ser una de aquellas

niñitas de la pared.

—Casi once mil niños franceses murieron en la Shoah —me había dicho Carole, interpretando mi expresión—. Esta sala siempre me hace pensar en todo lo que podría haber sido, pero nunca fue.

Con sus palabras resonándome en los oídos, la sigo hasta un ascensor, donde aprieta el botón del cuarto piso. Mientras subimos en silencio, pienso en la familia de Mamie y en todo lo que se ha perdido.

Carole me conduce a una oficina moderna con dos sillas delante de un escritorio sobre el cual se amontonan libros y papeles. Por la ventana se ve la torre de una iglesia que sobresale por encima de una serie de apartamentos y en la pared hay unos dibujos infantiles que rezan *maman*. Me indica con un gesto una de las sillas y toma asiento detrás de su ordenador. Mientras mueve el ratón y presiona unas cuantas veces el teclado, me pregunta:

—¿Qué la ha traído hasta París?

Le hago un resumen de la historia de Mamie y le digo que, al parecer, los nombres que me ha dado corresponden a familiares desaparecidos en el Holocausto. Le explico que los he encontrado a todos menos a Alain, del cual, aparentemente, no hay ningún registro. También le cuento que no entiendo lo que le ocurrió a mi abuela, porque tampoco consta ninguna Rose Picard en los documentos de deportación.

—Pero su abuela... Dice usted que huyó de París antes de que la arrestaran, ¿no? —pregunta Carole.

Asiento con la cabeza.

—Sí; bueno, al menos eso creo. Ella nunca ha dicho nada y ahora tiene *alzheimer*.

Carole mueve la cabeza de un lado a otro.

—Así que el pasado... casi no existe para ella.

Vuelvo a asentir.

—Solo quiero saber lo que ocurrió. Ella me pidió que averiguara lo que sucedió con su familia. Si regreso sin una respuesta sobre Alain, temo que se le parta el corazón.

—Lamento no poder proporcionarle más ayuda, pero, si él no consta en los registros, no consta en los registros.

Me dejo llevar por el desaliento.

—¿Y ya está? —pregunto con un hilo de voz—. ¿Es posible que jamás averigüe lo que ha sido de él?

Carole vacila.

—Cabe aún una posibilidad más —dice.

—¿Sí?

—Hay un hombre... —anticipa, pero se le pierde la voz y no acaba de decir lo que piensa. Por el contrario, pasa las hojas de un viejo fichero rotativo, hace una pausa y coge el auricular para marcar un número de teléfono. Al cabo de un momento dice algo rápidamente en francés, me mira, añade algo más y cuelga—. *Voilà* —dice, anota algo en una hoja de papel y me la tiende—. Tome.

La cojo y veo un nombre, una dirección y una serie de cuatro dígitos y la letra a.

—Es Olivier Berr —dice y sonrío levemente—. Es una leyenda.

Le dirijo una mirada inquisitiva.

—Tiene noventa y tres años —prosigue—, es un superviviente de la Shoah y ha dedicado la vida a confeccionar una lista de todos los judíos de París que han desaparecido y de todos los que han regresado.

La observo con incredulidad.

—¿Son las listas de él diferentes de las que tienen ustedes?

—*Oui* —responde—. Proceden de las propias personas, las que estuvieron en los campos, las que acudieron a las sinagogas después de la guerra, las que todavía andan por ahí con las cicatrices de la pérdida. Nuestros registros son oficiales, mientras que los suyos son verbales y a veces resultan más reveladores.

—Olivier Berr —repito en voz baja.

—Dice que puede ir ahora. Este número es el código de acceso para la puerta de entrada. Dice que pase.

Asiento y el corazón me late con fuerza.

—¿Cómo voy hasta allí?

Me indica la manera de ir andando y me dice que tal vez llegue antes a pie que en taxi.

—Además, podrá ver el Louvre y cruzar el Sena por el Pont des Arts —dice—. Aproveche para ver un poco de París mientras cumple su misión.

Sonrío y de pronto me doy cuenta de que ni siquiera me he molestado en buscar la torre Eiffel aún.

—Gracias —le digo.

Me pongo de pie y no sé si sentirme desilusionada porque no tengan aquí ningún registro o confiada en que el tal Olivier Berr pueda serme de ayuda.

—*Bonne chance* —me dice Carole con una sonrisa y alarga la mano para estrechar la mía. Mirándome a los ojos, añade—: Buena suerte.

Siguiendo las indicaciones para ir a pie que me ha dado Carole Didot, llego por unas calles secundarias hasta la atestada Rue de Rivoli. Dejo a la izquierda la fachada gótica del Hôtel de Ville y paso delante de una serie de tiendas —H&M, Zara, Celio, Etam— que podríamos encontrar en la calle Newbury de Boston. Varias banderas francesas susurran en la brisa y sus franjas nítidas de color rojo, blanco y azul me saludan al pasar. Con la llegada del otoño, los pocos árboles desperdigados por ahí se han puesto de un rojo intenso y han empezado a dejar caer las hojas sobre las aceras, donde las pisotean los transeúntes que pasan sin cesar.

Como me ha indicado Carole, giro a la izquierda en cuanto empiezo a tener a mi izquierda el enorme museo del Louvre y salgo a una plaza amplia, rodeada por los cuatro costados por las paredes del propio museo. Por un momento, me paro en seco, sin respiración. No sé mucho sobre la historia de Francia, pero recuerdo haber leído que el Louvre había sido un palacio y, al mirar alrededor, casi me imagino a un monarca del siglo XVII atravesando la plaza a grandes zancadas, seguido por su séquito.

Salgo por el otro lado y veo el puente peatonal que me ha mencionado Carole. Ha dicho que las barandillas del puente están llenas de candados que dejan allí los enamorados para indicar que sellan la relación. La idea resulta romántica, pero sé que, con o sin candados, las relaciones son temporales, aunque creamos en ellas con todo el corazón.

Miro hacia la derecha al cruzar el puente y sonrío al ver la punta de la torre Eiffel que asoma sobre los techos a lo lejos, del otro lado del río. La he visto miles de veces en fotografías, pero verla en persona por primera vez me recuerda que estoy aquí de verdad, a miles de kilómetros de mi casa y con un océano de por medio. En aquel momento echo muchísimo de menos a Annie.

Cuando llego a la mitad del puente de madera, me asalta de pronto una sensación de *déjà vu*, como si

ya hubiera estado antes allí. Tardo un poco en darme cuenta del motivo y, cuando lo consigo, me paro tan en seco que la mujer que viene detrás de mí me lleva por delante. Farfulla algo en francés, me lanza una mirada fulminante y da una vuelta exagerada para alejarse de mí. No le hago caso y doy una vuelta en redondo despacio y con los ojos bien abiertos. A la derecha, al otro lado del Sena rutilante, la punta de la torre Eiffel abre un tajo, a lo lejos, en lo azul del cielo. A mis espaldas se alza el museo del Louvre, grandioso e inmenso, a orillas del río. A mi izquierda veo una isla que se comunica con dos puentes. Me pongo a contar los arcos: siete en el puente de la izquierda y cinco en el de la derecha. Al frente, el edificio que Carole ha denominado el Institut de France se parece mucho a otro palacio, como si este y el Louvre hubiesen sido en otro tiempo dos mitades del mismo territorio real.

El corazón me late con fuerza y me resuena en los oídos la voz de Mamie contándome el cuento de hadas que repetía tan a menudo que, cuando yo tenía la edad de Annie, me lo sabía de memoria.

«Todos los días, el príncipe cruzaba el puente de madera del amor para ver a su princesa. Tenía a sus espaldas el enorme palacio y, por delante, el castillo abovedado que quedaba a la entrada del reino de la princesa. Tenía que atravesar un gran foso para llegar hasta su único amor verdadero y, a su izquierda, había dos puentes que conducían al corazón de la ciudad: uno con siete arcos y otro con cinco. A su derecha, una espada gigantesca cortaba el cielo y le advertía del riesgo al que se exponía. De todos modos, él acudía todos los días y afrontaba el peligro porque amaba a la princesa. Decía que todas las amenazas del mundo no bastarían para alejarlo de ella. Todos los días, la princesa se sentaba delante de su ventana y esperaba oír sus pasos, porque sabía que él nunca la defraudaría. Él la amaba y, si le había prometido que iría a buscarla, cumpliría su promesa».

Siempre había pensado que los relatos de Mamie no eran más que cuentos de hadas que ella había oído de niña, pero por primera vez me pregunto si los habrá inventado y ambientado en su querido París. Muevo la cabeza de un lado a otro y reanudo la marcha, a pesar de que me tiemblan las rodillas. Imagino a mi abuela cuando era adolescente, atravesando este mismo puente, contemplando los mismos edificios, con la misma corriente de agua bajo los pies e imaginando que un príncipe vendría a buscarla algún día. ¿Habrá pisado hace como setenta años el mismo lugar en el que me encuentro ahora? ¿Se habrá detenido en el puente a ver salir las estrellas por el este, por encima de la isla en medio del Sena, como espera verlas aparecer ahora desde su ventana todas las noches? ¿Le habrá dado pena dejarlo atrás para siempre?

Reanudo la marcha y pienso en el que era mi preferido de los cuentos que me contaba, aquel en el cual el príncipe le dice a la princesa que, mientras haya estrellas en el cielo, la seguirá amando.

«Algún día —le dijo el príncipe a la princesa— te llevaré al otro lado de un mar inmenso para que veas a una reina cuya antorcha ilumina al mundo y mantiene libres y a salvo a todos sus súbditos».

Cuando era niña, me repetía aquellas palabras e imaginaba que algún día yo también encontraría a un príncipe que me rescataría de la frialdad de mi madre. Imaginaba que montaba con él en su caballo blanco —evidentemente, en mis fantasías el príncipe tenía un caballo blanco— y me marchaba para siempre a aquel reino de cuento de hadas cuya reina mantenía a salvo a todo el mundo.

Ahora que tengo treinta y seis años, ya sé que no hay ningún príncipe apuesto y valiente que me espere para salvarme ni ninguna reina mágica que me proteja. Al final, solo podemos depender de nosotros mismos. ¿Qué edad tendría Mamie cuando aprendió estas mismas verdades?

De pronto, aunque tengo la sensación de que el pasado de mi abuela me acuna, me siento más sola que nunca.

La Rue Visconti es estrecha y oscura, más callejón que calle. Las aceras son franjas delgadas a cada lado y una bicicleta solitaria apoyada contra una puerta negra me hace pensar en una tarjeta postal anticuada. Paso junto a varias tiendas y llego casi hasta el final, donde por fin encuentro el número 24: una inmensa puerta negra de dos hojas, debajo de un arco. Introduzco el código que me ha dado Carole —48A51— en el teclado numérico que hay a la derecha y, cuando la puerta emite un zumbido, la empujo hacia dentro. Cuando subo desde la fresca oscuridad del patio con arcadas hasta el segundo piso del edificio, la puerta ya está abierta. Doy unos suaves golpecitos en el marco, de todos modos, y del fondo del apartamento llega una voz grave y ronca:

—*Entrez-vous! Entrez-vous, madame!*

Entro, cierro la puerta con suavidad y avanzo por un corredor estrecho, lleno de estanterías rebosantes de volúmenes viejos encuadernados en piel. Llego a una habitación iluminada por el sol, donde encuentro, de pie junto a la ventana, a un hombre canoso y encorvado que mira hacia abajo, a la calle. Se vuelve cuando entro y me sorprende al ver lo arrugada que tiene la cara, como si hubiese vivido centenares de años de historia, en lugar de los apenas noventa y tres que me había dicho Carole Didot. Me acerco para estrecharle la mano y me mira con extrañeza. Lo primero que me dice es:

—Ah, estadounidense.

Entonces sonrío y me llama la atención el brillo de sus ojos verdes: son los ojos de un joven y parecen fuera de lugar entre sus facciones hundidas.

—*Madame* Didot no me dijo que era usted estadounidense. En París nos saludamos con *deux bisous*, dos besos en la mejilla, querida.

Para demostrármelo, se agacha apenas para darme un beso leve en cada mejilla. Siento que me ruborizo.

—Perdón —farfallo.

—No hay nada que perdonar —dice—. Me encantan las costumbres de los estadounidenses. —Me indica una mesita con dos sillas de madera situadas cerca de la ventana y me dice—: Pase y siéntese.

Espera a que me siente y me ofrece una taza de té y, cuando la rechazo, se sienta conmigo.

—Me llamo Olivier Berr.

—Yo soy Hope McKenna-Smith. Le agradezco que me reciba aquí, aunque haya venido casi sin avisar —le digo poco a poco.

Trato de tener en cuenta su edad y también el hecho de que el inglés no sea su lengua materna.

—No hay problema —dice—. Siempre es un placer recibir la visita de una joven guapa. —Sonrío y me palmea la mano—. Tengo entendido que busca información.

Asiento con la cabeza y respiro hondo.

—Pues sí, señor. Mi abuela es parisina. Me he enterado hace poco de que tal vez su familia muriera en el Holocausto. Creo que eran judíos.

Me mira por un momento.

—¿Y no se ha enterado hasta hace poco?

Avergonzada, trato de explicárselo.

—Es que ella nunca hablaba de esto.

—Y usted fue educada en otra religión.

No es una pregunta, sino una afirmación.

Asiento con la cabeza.

—Soy católica.

Mueve la cabeza lentamente.

—No es tan insólito dejar atrás el pasado de esta manera. *Mais*, en su corazón, me imagino, es posible que su abuela se siga considerando *juive*.

Le cuento brevemente lo que ocurrió en Rosh Hashaná con la corteza del Star Pie.

Sonríe.

—El *judaisme* no es solo una religión, sino un estado del corazón y del alma. Me figuro que tal vez todas las religiones son así para aquellos que creen de verdad en ellas. —Hace una pausa—. Usted ha venido aquí en busca de respuestas.

—Sí, señor.

—Sobre lo que le ocurrió a su familia.

—Sí, señor. Ella nunca los había mencionado hasta ahora.

Una vez más, asiente, comprensivo.

—¿Lleva consigo los nombres?

—Sí —digo. Saco una copia de la lista de Mamie y se la entrego. Mientras sus ojos claros escudriñan la hoja, añado con rapidez—: Pero su hermano Alain no consta en ninguno de los registros del Holocausto.

Alza la vista y sonríe.

—Ah, sí, pero mis registros son diferentes.

Se pone de pie —le tiemblan un poco las piernas— y me hace señas con un dedo torcido. Se dirige poco a poco, arrastrando un pie delante del otro, hacia el corredor atestado de libros.

—Yo tenía veinte años cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial y veintidós cuando empezaron a llevarnos lejos, desde las mismas calles de Francia. Sacaron del país a más de setenta y seis mil *juifs*, la mayoría de los cuales no regresaron jamás.

Muevo la cabeza a un lado y a otro. De pronto, me he quedado muda.

—Estuve en Auschwitz —prosigue.

Interrumpe súbitamente la lenta marcha por el pasillo y hace una pausa, como si su memoria lo retuviera. Al cabo de un rato reanuda la marcha—. Más de sesenta mil personas fueron enviadas allí desde Francia. ¿Lo sabía? —Se interrumpe otra vez por un momento y tose—. Cuando regresé, después de *la libération*, no quedaba nadie. Ninguno de mis amigos ni de mis vecinos.

—¿Y su familia? —pregunto.

—Todos han muerto —dice, impassible—: esposa, hijo, madre, padre, hermanas, hermano, tías y tíos, primos, abuelos. Todo el mundo. Cuando regresé a París, a mi casa, no había nadie esperándome. Nadie.

—Cuánto lo lamento —murmuro.

Empieza a afectarme la enormidad de la situación. Nunca había conocido a ningún superviviente de un campo de concentración y, mientras se repiten en mi cabeza las imágenes del Mémorial de la Shoah, parpadeo unas cuantas veces, como entumecida. Las atrocidades que muestran las fotografías le han ocurrido de verdad a este hombre amable que tengo frente a mí. Siento que se me llenan los ojos de

lágrimas. Parpadeo para hacerlas desaparecer antes de que se dé cuenta.

Hace un gesto con la mano para descartar mis palabras.

—Es el pasado. No se lamente usted, *mademoiselle*. El mundo en el que vive usted hoy es muy distinto, afortunadamente. —Camina un poco más y observa con gravedad su pared de libros. Apoya un dedo nudoso en el lomo de un libro y después en otro—. El único lugar conocido al que podía ir cuando regresé era la sinagoga a la que iba cuando era niño, pero había sido destruida. Solo quedaba la estructura, nada más.

Me quedo clavada mientras lo observo revisar los libros. Extrae uno, lee algo en su interior y lo devuelve a la estantería.

»Cuando me di cuenta de que mis seres queridos no volverían más, me puse a pensar en la gran tragedia no solo de su muerte, sino también en la pérdida de su legado —prosigue—, porque, cuando se llevan a una familia entera y todos fallecen, ¿quién contará su historia?

—Nadie —murmuro.

—*Précisément*. Y, cuando eso ocurre, es como si sus vidas se hubiesen perdido dos veces. Fue entonces cuando comencé a crear mis propios registros.

Alarga la mano y coge otro libro y entonces sus ojos se iluminan y sonrío. Pasa unas cuantas páginas y se detiene en una. Guarda silencio un momento, mientras lee.

—¿Sus propios registros? —pregunto.

Asiente con la cabeza y me enseña la página en la que se ha detenido. Veo unos garabatos en letra cursiva que llenan páginas con renglones pulcros y bordes amarillentos.

—Mis listas de los desaparecidos —sonrío y añade—: y de los encontrados y de las historias que los acompañan.

Retrocedo un paso y observo con reverencia sus estanterías.

—¿Todos estos libros son sus listas?

—Sí.

—¿Y las ha compilado usted mismo?

Miro alrededor con incredulidad.

—Ocuparon mi tiempo durante aquellos primeros años —dice—. Así fue como dejé de vivir en la tristeza. Empecé a visitar sinagogas todos los días para consultar sus registros y hablar con todas las personas que encontraba.

—Pero ¿cómo reunió tanta información?

—A cada persona que encontraba le preguntaba los nombres de todos sus conocidos que hubiesen desaparecido y de todos sus conocidos que hubiesen sobrevivido. Familiares, amigos, vecinos: lo que fuera. Ninguna información era pequeña o *insignifiant*. Cada uno representaba una vida perdida o una vida salvada. A lo largo de los años, he escrito y reescrito sus memorias, las he organizado en volúmenes, he seguido las pistas que me daban y he buscado a los que han sobrevivido.

—Dios mío —murmuro.

—Cada una de las personas que ha sobrevivido después de estar en un campo —prosigue— tiene muchas historias que contar. Esas personas suelen ser la clave para saber quiénes han desaparecido y cómo. Para otros, la única clave que tenemos es que no han regresado jamás, pero aquí están sus nombres y todos los pormenores que conocemos.

—Pero ¿por qué no están estas listas en el Mémorial de la Shoah? —pregunto.

—No es el tipo de registro que llevan ellos —dice—. Allí se conservan los registros oficiales, los que hacen los gobiernos. Estos no son oficiales y, por ahora, quiero conservar mis listas conmigo, porque siempre encuentro nombres nuevos y es importante continuar el trabajo de toda mi vida. Cuando muera, estos libros irán al Mémorial. Tengo la esperanza de que también ellos los mantengan vivos y que, al hacerlo, mantengan vivas para siempre a las personas que pueblan estas páginas.

—Esto es increíble, *monsieur* Berr —le digo.

Asiente con la cabeza y sonrío apenas.

—No es tan increíble. Lo increíble sería vivir en un mundo en el que no hubiera necesidad de confeccionar listas de los difuntos. —Sin darme tiempo a responder, pone un dedo en la página del libro abierto y dice con tranquilidad—: Los he encontrado.

Lo miro confundida.

»A su familia —me aclara.

Abro mucho los ojos.

—Espere, ¿ha encontrado sus nombres? ¿Tan rápido?

Ríe entre dientes.

—He vivido dentro de estas listas muchos años, *madame*. Me las sé al dedillo.

Cierra los ojos un momento y después se concentra en la página que tiene delante.

—La familia Picard —dice—. *Dix, rue du Général Camou, septième arrondissement*.

—¿Y eso qué significa?

—Era la dirección de su abuela —dice—. El número 10 de la calle Général Camou. He procurado incluir las direcciones siempre que he podido. —Sonríe un poco y añade—: Su abuela debió de vivir en un lugar bonito, a la sombra de la torre Eiffel.

Trago saliva.

—¿Y qué más dice?

Sigue leyendo un poco antes de hablar.

—Los padres eran Albert y Cecile. Albert era médico. Los hijos eran Hélène, Rose, Claude, Alain, David y Danielle.

—Rose es mi abuela —susurro.

Alza la mirada del libro y sonrío.

—Entonces tendré que cambiar mi lista.

—¿Por qué?

—Porque en ella figura como dada por muerta el 15 de julio de 1942 en París. —Mira algo en la página, entornando los ojos—. Aquella noche salió y no regresó nunca más, según mis anotaciones. Al día siguiente se llevaron a toda su familia.

No me salen las palabras y me lo quedo mirando fijamente.

»El 16 de julio de 1942 —prosigue y su voz se ha suavizado—: el primer día de la redada del Vel' d'Hiv.

Tengo la garganta seca. Es el arresto masivo de trece mil parisinos sobre el cual he leído algo en internet.

»Yo también estuve ahí —añade en voz baja—. Ese día se llevaron a mi familia.

Lo miro fijamente.

—Lo lamento.

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—Fue el final de la vida que conocía antes —dice en voz baja— y el comienzo de la que vivo ahora.

Se produce un silencio.

—¿Y qué pasó? —pregunto por fin.

Mira a lo lejos.

—Vinieron a buscarnos antes del amanecer. No me lo esperaba. No sabía que podía ocurrir algo así.

Cuando miro atrás, me doy cuenta de que debí haberlo pensado. Todos deberíamos haberlo imaginado.

Sin embargo, en la vida a veces es más fácil creer que todo va a salir bien. No queríamos ver la verdad.

—Pero ¿cómo podía haberlo imaginado? —pregunto.

Mueve apenas la cabeza.

—Es fácil mirar atrás y preguntárselo, pero tiene usted razón: habría sido imposible saber lo que se nos venía encima. A nosotros, mi mujer y mi hijo de apenas tres años, nos llevaron, como a muchos otros, al Vélodrome d'Hiver en el *quinzième*, cerca de la torre Eiffel y muy cerca del Sena. Allí había puede que siete mil o puede que ocho mil personas. Era difícil contarlos a todos. Un mar de gente. No había comida. Casi no había agua. Estábamos todos apiñados, como sardinas en lata. Algunas personas se suicidaban. Vi a una madre que asfixió a su bebé y pensé que estaba loca, pero, al final del tercer día, comprendí que lo había hecho por compasión. Después, cuando se puso a gemir, vi que un guardia la mató de un tiro. Recuerdo con nitidez que pensé: «Qué afortunada».

Su voz es monótona, pero los ojos se le empañan a medida que continúa.

—Estuvimos allí cinco días, antes de que nos trasladaran. El cuarto día se me murió en los brazos mi hijo, mi Nicolas. Y antes de que nos llevaran a Drancy y después a Auschwitz me separaron de mi mujer, aunque yo podía ver en sus ojos que ya se había ido. La pérdida de Nicolas le había quitado las ganas de vivir. Después me dijeron que no pasó la selección inicial en Auschwitz y que no lloró ni siquiera una vez cuando se la llevaron.

—Cuánto lo siento —murmuro, pero él le quita importancia con un ademán.

—Hace mucho tiempo —dice.

Veo que vuelve a concentrarse en su libro y estudia la página que ha dicho que contenía los registros que yo buscaba.

—*Alors* —dice y parpadea unas cuantas veces—, su familia: los Picard de la Rue du Général Camou. Los dos más pequeños, David y Danielle, murieron en Auschwitz. Al llegar. David tenía ocho años y Danielle, cinco.

—Dios mío —musito—. Eran criaturas.

Monsieur Berr asiente con la cabeza.

—La mayoría de los más jóvenes no regresaron. Los llevaron enseguida a la cámara de gas, porque los alemanes los consideraban inútiles. —Traga saliva y sigue leyendo—: Hélène, de dieciocho años, y Claude, de dieciséis, murieron en Auschwitz en 1942, lo mismo que la madre, Cecile. El padre, Albert, murió en Auschwitz a finales de 1943. —Hace una pausa y añade en voz baja—: Aquí dice que trabajó en el crematorio hasta que, en invierno, cayó enfermo. Debió de ser terrible para él, porque sabía lo que le esperaba.

Las lágrimas asoman a mis ojos y esta vez es demasiado tarde para apartarlas con un parpadeo.

Monsieur Berr guarda silencio mientras los ríos me corren por las mejillas. Sus palabras tardan un rato en adentrarse en mi alma.

—¿Murieron todos allí? —susurro—. ¿En Auschwitz?

Me mira a los ojos y asiente lentamente con la cabeza, con cara de tristeza.

—¿Y Alain? ¿Cómo murió él?

Por primera vez, *monsieur* Berr se muestra sorprendido.

—¿Morir? Pero si fue él quien me facilitó esta información.

Me lo quedo mirando fijamente.

—No comprendo.

Vuelve a mirar la hoja entornando los ojos.

—Pues sí, esta entrevista está fechada el 6 de junio del 2005. Lo recuerdo. Un hombre muy agradable. Ojos bondadosos. Siempre se sabe cómo es una persona por sus ojos. Estaba jugando al ajedrez con otro superviviente, un hombre que yo conocía. Así fue como llegué hasta él.

—Un momento —le digo. El corazón me late con fuerza mientras trato de comprender lo que me dice—: ¿Me está diciendo que Alain Picard, el hermano de mi abuela, aún está vivo y que ha hablado con él?

Monsieur Berr parece preocupado.

—*Bien sûr*, estaba vivo en el 2005. No he vuelto a saber de él desde entonces. Nunca fue deportado, aunque padeció durante la guerra, como todo el mundo. Me dijo que se escondió y que, durante casi tres años, apenas tuvo qué comer. Un hombre, su antiguo profesor de piano, le proporcionaba un lugar donde dormir las noches de invierno más frías, pero le daba miedo poner en peligro a su propia familia, de modo que Alain dormía en las calles y a veces las monjas le daban algo de comer. Debe de tener ochenta años, si es que sigue vivo. Claro que yo tengo noventa y tres, querida, y, por ahora, no pienso rendirme.

Sonríe, pero me he quedado demasiado anonadada para responder.

—El hermano de mi abuela —murmuro—. ¿Y sabe usted dónde está?

Monsieur Berr coge un bloc.

—¿Tiene un bolígrafo? —pregunta.

Asiento con la cabeza y busco en mi bolso. Anota algo en un trozo de papel, lo arranca y me lo entrega.

—Esta es la dirección que me dio en el 2005. Queda en el Marais, el barrio judío, cerca de la Place des Vosges. Allí lo encontré jugando al ajedrez.

—Mi hotel queda por allí —le digo.

Miro la dirección que me ha dado: 27, Rue du Foin, 2 B. Siento un escalofrío que me baja por la espalda.

—Pues bien —dice *monsieur* Berr—, vaya ahora mismo. El pasado no espera a nadie.

Capítulo 12

Atónita y sin dar crédito, me despido de *monsieur* Berr y bajo corriendo las escaleras. Mis pies me conducen otra vez hacia el Sena, donde me subo a un taxi en la calle principal y entrego al conductor el trocito de papel que me acaba de dar *monsieur* Berr. El taxista refunfuña y se aleja del bordillo. Va cambiando de un carril a otro, cruza por un puente sobre el Sena y vuelve a girar hacia el este, donde continúa paralelo al río, mientras veo las torres gemelas de Notre-Dame cada vez más cerca por la ventanilla derecha. Finalmente tuerce a la izquierda y, después de una serie de giros y de vueltas, se detiene con un chirrido de los frenos delante de un edificio de piedra gris con un par de puertas inmensas de madera oscura. Le pago y, mientras se aleja, me acerco al portero automático.

Allí, en blanco y negro, está el nombre «Picard, A». Respiro hondo y aprieto el timbre situado junto al apellido, ya familiar. Solo entonces me doy cuenta de que me tiemblan las manos.

El corazón me late como loco mientras espero. No contestan. Aprieto otra vez el timbre, pero siguen sin responder. Me desespero. ¿Y si es demasiado tarde? ¿Y si ha muerto? Me digo que también es posible que simplemente haya salido: es media tarde de un día precioso de otoño. Puede que haya ido a dar un paseo o a comprar. Me quedo en el exterior del edificio unos minutos, con la esperanza de que entre o salga alguien a quien poder preguntarle por él, pero la calle está en silencio y no pasa nadie.

Miro el reloj. Tal vez esté en la Place des Vosges jugando al ajedrez, como dijo *monsieur* Berr. Saco el plano, busco la sección correspondiente y veo que el parque queda a menos de una manzana de donde estoy. Me vuelvo y echo a andar en esa dirección.

En el camino me detengo en una cabina telefónica y, después de pasar unos minutos tratando de conseguir un operador que hable inglés, uso mi tarjeta Visa para llamar al teléfono móvil de Annie. Me doy cuenta de que probablemente esté durmiendo y no responda, pero de pronto me muero por contarle lo que he averiguado. Responde el contestador automático y, aunque me lo esperaba, me desilusiono igual. No sé si contarle algo de Alain, pero, en cambio, le digo: «Justo estaba pensando en ti, cielo, y quería saludarte. París es precioso. Creo que he averiguado algo, pero trato de no hacerme muchas ilusiones. Te llamo después. Te quiero».

Al cabo de cinco minutos entro en la Place des Vosges por el central de los tres arcos de piedra que hay debajo de un edificio. Toda la plaza está rodeada por construcciones uniformes de ladrillo y piedra, con techos grises, puertas ventanas y balcones estrechos. Casi veinte árboles altos con hojas de color verde irlandés rodean una estatua ecuestre situada en medio del parque rectangular, mientras que cuatro fuentes con dos niveles se yerguen en las cuatro esquinas ajardinadas, enmarcadas por senderos de tierra.

Miro alrededor para ver si alguien coincide con la descripción general de Alain, pero, de momento, el hombre más viejo que he visto —uno que pasea a un perrillo negro— no puede tener mucho más de sesenta años. Recorro rápidamente el parque a lo largo, mirando a la cara a todas las personas con las que me cruzo, pero aquí no hay nadie que pueda ser Alain. Suspiro acongojada y salgo por donde entré.

Empiezo a caer en la cuenta de que podría no encontrarlo, ni aquí ni en ninguna otra parte. Aparto la sensación de amarga decepción: todavía no me puedo dar por vencida.

Deambulo hacia el este para hacer tiempo antes de regresar a la dirección que me ha dado *monsieur* Berr. Giro unas cuantas esquinas, paso junto a edificios de apartamentos y tiendas, hasta llegar a una calle estrecha llena de gente que entra y sale rápidamente de tiendas de diseño. «Rue des Rosiers», leo en un letrero. Recorro la calle y contemplo una combinación desconcertante de carnicerías, librerías y sinagogas de aspecto antiguo que alternan con tiendas de ropa modernas.

Me detengo delante de una fachada estrecha marcada con la estrella de David y la palabra *synagogue*, que, aparentemente, se dice igual en francés que en inglés. El corazón me late con fuerza y extiendo una mano temblorosa para tocar la pared exterior. Me pregunto cuánto tiempo llevará aquí y si mi abuela habrá venido en algún momento.

Mientras estoy de pie absorta en mis pensamientos, un aroma familiar me devuelve al presente. El aire huele apenas a los Star Pies mantecosos, con olor a canela y rellenos de higos y ciruelas, que horneo todos los días en mi propia panadería.

Me vuelvo con lentitud y me encuentro delante de una fachada de color rojo intenso con grandes escaparates rebosantes de panes y pasteles. Una panadería. Parpadeo unas cuantas veces y, como atraída por un imán invisible, cruzo la calle flotando y atravieso el umbral.

El interior de la tienda está atestado de gente. A la derecha hay un exhibidor refrigerado con carnes y ensaladas preparadas; a la izquierda, un despliegue aparentemente infinito de *bagels*, tartas de queso, pasteles, tartaletas y pastelillos, cada uno con un cartelito con el nombre en francés y el precio en euros.

Me quedo paralizada mientras mis ojos recorren la selección familiar. Veo la tarta de queso con limón y uvas que es una de las especialidades de la Estrella Polar. Hay un *strudel* de aspecto delicado que se parece mucho al que siempre vendemos en mi panadería; me acerco un paso más y advierto que es prácticamente idéntico: contiene manzanas, almendras, pasas de uva, cáscara de naranja confitada y canela, como el que hago yo. Hasta hay un pan de centeno hecho con masa fermentada como aquel con el que hace dos años gané la máxima distinción en la votación para elegir los mejores panes del año organizada por el *Cape Cod Times*.

Además, en el escaparate tienen trozos de algo que llaman «Ronde des Pavés». Estoy acostumbrada a verlo hecho como un pastelillo individual en forma de estrella, con una tapa de masa de estructura de red, pero, cuando me agacho para mirarlo de cerca, el relleno resulta inconfundible: semillas de adormidera, almendras, uvas, higos, ciruelas y azúcar con canela. Es igual que los Star Pies que tanto le gustan a Mamie.

—*Que puis-je pour vous?*

Suena una voz aguda en francés a mis espaldas y me vuelvo poco a poco, como envuelta en una niebla.

—Ejem, no hablo francés —tartamudeo—. Perdón.

El corazón me sigue latiendo a mil por hora.

La mujer, que aparenta tener mi edad, sonrío.

—No importa —dice, cambiando sin esfuerzo al inglés, con acento—. Aquí vienen muchos turistas. ¿Qué le pongo?

Indico con mano temblorosa uno de los trozos de Ronde des Pavés. Me lo empieza a envolver, pero hago un gesto para detenerla. Me doy cuenta de que me tiembla la mano cuando le toco el brazo. Alza la

mirada, sorprendida.

—¿De dónde vienen estas recetas? —le pregunto.

Frunce el ceño y me mira con suspicacia.

—Son antiguas recetas de mi familia, *madame* —dice—, y no las damos a conocer.

—No, no, si no es eso lo que pretendo —digo rápidamente—; lo que pasa es que tengo una panadería en Estados Unidos, en Massachusetts, y preparo las mismas cosas. Todas estas recetas que yo pensaba que venían de la familia de mi abuela...

Desaparece la desconfianza de su expresión y sonrío.

—Ah, su abuela, ¿es polaca?

—No, es de aquí: parisina.

La mujer inclina la cabeza a un lado.

—Pero los padres de ella serán polacos, ¿no? —Se muerde el labio—. Esta panadería... la abrieron mis bisabuelos, poco después de la guerra. En 1947. Venían de Polonia. Estas recetas tienen mucha influencia del este de Europa.

Asiento con la cabeza lentamente.

—Todo lo que cocinamos ha evolucionado según la *tradition ashkénaze* del pasado de mi familia. En la actualidad nos ceñimos a esas tradiciones. Su abuela, ¿es *juive*? Ejem, ¿judía?

Asiento poco a poco.

—Sí, creo que sí, pero ¿qué es la *tradition ash*...? Eso que ha dicho.

—Es el, ¿cómo se dice?, *le judaïsme traditionnel* europeo —me explica—. Se originó en Alemania, pero, hace siglos, estos *juifs* se trasladaron a otros países del este de Europa. Antes de la guerra, la mayoría de las *communautés juives*, ummm, las comunidades judías de Europa eran *ashkénaze*, como mis bisabuelos. Antes de que Hitler las destruyera.

Asiento lentamente y vuelvo a echar una mirada a los pasteles.

—Mi abuela siempre decía que su familia tenía una panadería aquí, en París —digo en voz baja—. Antes de la guerra. —Al mirar, me doy cuenta de que faltan varios de los pasteles preferidos de Mamie—. ¿Tienen pasteles de pistacho? —pregunto.

Mueve la cabeza de un lado a otro y me mira sin comprender, así que le describo los cuernos de gacela de Mamie y sus tartaletas rosadas de almendras. Vuelve a mover la cabeza de un lado a otro.

—No conozco esos dulces —me dice y, mirando alrededor, de pronto parece caer en la cuenta de lo atestada que está la tienda—. Perdone, pero me tengo que ir. A menos que quiera usted alguna pasta.

Asiento con la cabeza y señalo uno de los *Ronde des Pavés*, que —ya lo sé— tendrán el mismo sabor que nuestros *Star Pies*.

—Quiero uno de esos, por favor —le digo.

Asiente con la cabeza, lo envuelve en papel parafinado y lo mete dentro de una bolsita blanca de panadería.

—Es un regalo —dice y me lo entrega con una sonrisa—. Tal vez me dé usted un pastel, si algún día voy a Massachusetts.

Le devuelvo la sonrisa.

—Muchas gracias y gracias también por toda su ayuda.

Asiente y se da la vuelta. Cuando me estoy acercando a la puerta, oigo que me llama:

—*Madame?*

Me vuelvo.

—Esas otras cosas dulces que ha mencionado —dice— creo que no corresponden a la *tradition ashkénaze* del este de Europa.

Me saluda con la mano y desaparece entre la multitud de clientes que aguardan. Frunzo el ceño y me la quedo mirando, confundida.

Me como la Ronde des Pavés mientras regreso hasta la dirección que me ha dado *monsieur* Berr. No es exactamente igual a nuestro Star Pie, pero se le parece bastante. El que yo hago lleva más canela —a Mamie siempre le ha gustado mucho la canela— y la corteza del nuestro es un poco más compacta y más mantecosa. Las pasas de uva de la Ronde son doradas, mientras que yo uso las pasas oscuras tradicionales. Sin embargo, es evidente que las dos recetas tienen el mismo origen.

Cuando llego otra vez delante de la puerta de Alain, me he acabado el pastel, pero continúo con mis elucubraciones. Respiro hondo y cierro los ojos por un momento, haciéndome fuerte para resistir al desaliento que sé que me invadirá si no me contesta. Abro los ojos y llamo al timbre.

Al principio me responde el silencio. Vuelvo a llamar y, cuando estoy a punto de marcharme, me llegan del otro lado un crujido y una voz masculina apagada.

—¡Hola! —grito prácticamente dentro del portero automático y de golpe me late con fuerza el corazón—. Estoy tratando de localizar a Alain Picard.

Hay una pausa y después más crujidos y una voz masculina apagada.

—Perdón, no comprendo —digo—. Estoy... tratando de encontrar a Alain Picard.

El altavoz vuelve a crujir, la voz dice algo y entonces oigo con alivio el zumbido de la puerta al abrirse.

La empujo y entro rápidamente a un patio hermoso y diminuto, con enredaderas que trepan por los viejos muros de piedra enmarcados por rosas rojas y narcisos amarillos. Lo atravieso enseguida y me interno en el edificio. Está en el apartamento 2B, según ha dicho *monsieur* Berr. Subo un tramo de las escaleras de la esquina y por un momento me quedo sorprendida al ver que los dos apartamentos que tengo delante son el 1A y el 1B. Entonces recuerdo que, en Francia, la planta baja no cuenta como piso y subo otro tramo de escaleras.

El corazón me late con fuerza cuando llamo a la puerta del 2B. En cuanto se abre y me encuentro cara a cara con un anciano de abundante cabellera blanca y ligeramente encorvado, estoy segura. Tiene los ojos de Mamie, esos ojos gris pizarra levemente almendrados que mi madre heredó de ella. He encontrado a mi tío abuelo. Ya no me cabe duda de que Mamie pertenece a esta familia misteriosa y desaparecida, los Picard, y, por consiguiente, yo también. Respiro hondo y, cuando recupero el habla, logro preguntar:

—¿Alain Picard?

—*Oui* —dice él.

Me mira fijamente, mueve la cabeza de un lado a otro y dice algo en francés, muy rápido.

—Yo... Perdón —digo—, pero solo hablo inglés. Lo siento.

—Perdóneme, *mademoiselle* —dice, cambiando al inglés sin esfuerzo—. Es que se parece usted a alguien que conocía. Es como ver a un fantasma.

El corazón me palpita con fuerza.

—¿Le recuerdo a su hermana? —pregunto—. ¿A Rose?

Empalidece.

—Pero ¿cómo sabía usted...?

No acaba la pregunta.

—Creo que soy su sobrina nieta —le digo—. Soy la nieta de Rose, Hope.

—No —dice con una voz que es casi un susurro—. No, no, no puede ser. Mi hermana murió hace setenta años.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—Pues no —digo—, aún está viva.

—*Non, ce n'est pas possible* —murmura—. No puede ser.

—Ella siempre creyó que usted había muerto —le digo en voz baja.

Me mira fijamente.

—¿Está viva? —susurra al cabo de un buen rato—. ¿Está usted segura?

Asiento con la cabeza, porque las palabras se me atascan en el nudo que se me ha hecho de pronto en la garganta.

—Pero ¿cómo... cómo es que está usted aquí? ¿Cómo me ha encontrado?

—Ella me pidió que viniera a París a averiguar lo que había sido de su familia —le digo—, pero su nombre no constaba en ningún registro.

Le explico rápidamente que los empleados del Mémorial me enviaron a ver a Olivier Berr.

—Lo recuerdo —dice en voz baja—. También habló con Jacob. Hace mucho tiempo, al acabar la guerra.

—¿Jacob? —pregunto.

Abre mucho los ojos.

—¿No sabe quién es Jacob?

Lo niego con la cabeza.

—¿Es otro hermano suyo?

Me pregunto por qué Mamie no habrá puesto su nombre en la lista.

Alain mueve la cabeza de un lado a otro lentamente.

—No —dice—, pero era la persona más importante del mundo para Rose.

Alain entra en el apartamento, que es pequeño y está repleto de libros, y yo voy tras él. Hay docenas de tazas de té con sus platillos a juego en las estanterías y encima de las vitrinas e incluso hay unos cuantos enmarcados sobre las paredes.

—Mi esposa los coleccionaba —explica Alain al ver que los miro y señalando con la cabeza un estante lleno de tazas y platillos, mientras va arrastrando los pies por el corredor hacia un salón—. A mí nunca me han gustado, pero, cuando murió, no pude tirarlos.

—Lo lamento —le digo—. ¿Cuándo fue que ella...?

—Hace mucho tiempo —responde, mirando hacia abajo. Entramos en el salón y me indica con la mano uno de los dos sillones de respaldo alto tapizados en terciopelo rojo. Me siento en uno y él se deja

caer, temblequeando, en el otro—. Mi Anne fue una de las pocas supervivientes de Auschwitz. Solíamos decir que había sido afortunada, aunque, por lo que le hicieron, nunca pudo tener hijos. Murió de pena a los cuarenta años.

—Mi más sincero pésame —murmuro.

—Gracias —dice. Se inclina hacia delante con avidez y me mira fijamente con unos ojos que me resultan dolorosamente familiares—. Ahora, por favor, hábleme de Rose. Perdóneme, pero esto me ha conmovido.

Rápidamente le cuento lo que sé: que mi abuela llegó a Estados Unidos a principios de la década de 1940, después de casarse con mi abuelo, y que tuvieron una sola hija: mi madre. Le hablo de la panadería que Mamie abrió en el cabo Cod y que hace apenas una hora yo había encontrado por casualidad la panadería judía askenazí de la Rue des Rosiers y había caído en la cuenta de lo familiares que me resultaban muchos de sus dulces.

—Siempre supe que Rose llevaba lo de cocinar en la sangre —dice Alain con suavidad—. Nuestra madre... Ella era de *la Pologne*. Sus padres la trajeron a París cuando era muy pequeña. Ellos tenían una panadería y, antes de casarse con nuestro padre, ella trabajaba allí todos los días. Incluso después de tener hijos, seguía ayudando en la panadería los fines de semana y por la tarde, cuando había mucho trabajo. A Rose le gustaba mucho acompañarla. Cocinar es una herencia de familia.

Muevo la cabeza con incredulidad.

«No me puedo creer —pienso— que toda la vida haya estado rodeada por la historia familiar de Mamie sin saberlo. Cada vez que he horneado un *strudel* o un Star Pie, estaba manteniendo una tradición que llevaba generaciones en nuestra familia».

—Pero ¿cómo pudo huir de París? —pregunta Alain, inclinándose aún más hacia delante, hasta el punto de que empiezo a temer que se caiga del sillón—. Siempre pensamos que había muerto poco antes de la redada, aunque no sabíamos cómo.

Su respuesta me sume en la desesperación.

—No lo sé —digo—. Esperaba que usted lo supiera.

Ahora me mira confundido.

—Pero ¿no ha dicho que aún está viva? ¿No le puede preguntar?

Bajo la cabeza.

—Tiene la enfermedad de Alzheimer —digo—. No sé cómo se dice en francés.

Alzo la mirada y Alain asiente con la cabeza, mientras el semblante se le cubre de tristeza.

—Es la misma palabra. O sea, que no recuerda —susurra.

—Nunca había hablado del pasado hasta ahora —digo—. En realidad, ni siquiera supe que era judía hasta hace unos días.

Se queda perplejo.

—Claro que es judía.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—Durante toda mi vida ha sido católica.

Parece desconcertado.

—Pero...

Se interrumpe allí, como si no supiese qué más preguntarme.

—Yo tampoco lo entiendo —digo—. No supe hasta hace unos días que nuestra familia era judía. Ni

siquiera sabía que su apellido de soltera fuese Picard. Siempre había dicho que era Durand. Incluso mi hija hizo un proyecto de árbol genealógico y en toda la documentación que hemos encontrado figura Durand. No existe ninguna constancia de que se llame Picard.

Alain se me queda mirando un buen rato y después suspira.

—Es probable que huyera con la identidad de Rose Durand. Para salir de Francia en aquella época, habrá tenido que conseguir documentos de identidad nuevos, probablemente en la Francia no ocupada, y, para obtener los nuevos papeles, habrá tenido que hacerse pasar por otra persona. Debió de contar con ayuda de la *résistance* y supongo que le dieron documentación falsa.

—¿Papeles falsos en los que figuraba como cristiana? ¿Que dijeran que se llamaba Rose Durand, en lugar de Rose Picard?

—Desde luego, durante la guerra era mucho más fácil huir como católica que como judía. —Alain asiente con la cabeza lentamente—. Si creyó que todos habíamos desaparecido, tal vez quiso olvidar. Tal vez se perdió a sí misma en su nueva identidad, porque era la única manera de mantener su *santé d'esprit*. La cordura.

—Pero ¿por qué habrá pensado que ustedes habían muerto?

—Después de la liberación, todo era muy confuso —dice Alain—. Los que quedamos acudimos al Hôtel Lutetia, en el Boulevard Raspail. Allí íbamos todos los supervivientes. Algunos para curarse, para recibir asistencia médica. Para los demás, era el lugar donde encontrarnos los unos a los otros, donde buscar a los familiares que habíamos perdido.

—¿Fue usted allí? —le pregunto.

Asiente con la cabeza.

—A mí nunca me deportaron —dice en voz baja—. Después de la guerra, fui al Hôtel Lutetia a buscar a mi familia. Me moría por creer que habían sobrevivido. Llegábamos y escribíamos los nombres de los miembros de la familia en un tablero. «Busco a Cecile Picard, mi madre. 44 años. Fue arrestada el 16 de julio de 1942. La llevaron al Vel' d'Hiv». La gente se acercaba a uno y le decía: «Conocí a tu madre en Auschwitz. Murió al tercer mes, de neumonía» o «Trabajé con tu padre en el crematorio de Auschwitz. Enfermó y lo enviaron a la cámara de gas poco antes de la liberación del campo».

Lo miro fijamente.

—Averiguó que todos habían muerto.

—Todos —susurra Alain—. Abuelos, primos, tíos y tías. Rose también figuraba como muerta. Dos personas me juraron que habían visto que le disparaban en la calle durante la redada. Me marché sin dejar mi nombre, porque no quedaba nadie que pudiera buscarme. Eso es lo que creí. Por eso no figuro en los registros. Lo único que quería era desaparecer.

—¿Y cómo logró huir sin que lo capturaran?

—Tenía once años cuando vinieron a buscarnos. Mis padres no creían en los rumores que circulaban. Rose sí, pero no logró convencerlos. Pensaban que estaba loca y que era una imbécil por aceptar las predicciones de Jacob, a quien consideraban un joven rebelde que no sabía nada.

Otra vez aparecía aquel nombre.

—No me ha dicho quién es Jacob.

Alain me escudriña el rostro por un instante.

—Jacob lo era todo —dice con sencillez—. Jacob fue el que me dijo que, si venía la policía, saliera

corriendo. Jacob fue el que me dijo que tratara de convencer a mi familia. Jacob fue quien me salvó, porque, cuando la policía vino a buscarnos para llevarnos, me subí a la ventana de atrás, salté al suelo desde un tercer piso y eché a correr.

Baja la vista y se queda un buen rato contemplándose las manos, nudosas y llenas de marcas. Al final, respira hondo y continúa.

—Dejé morir a mi familia, porque estaba asustado. —Alza los ojos para mirarme y veo que están llenos de lágrimas—. No me esforcé lo suficiente para convencerlos. No me llevé conmigo a Danielle y a David, los más pequeños. Estaba asustado, muy asustado, y por eso han desaparecido todos.

Una lágrima le surca la mejilla. Sin darme tiempo a pensármelo siquiera, cruza la sala para abrazarlo. Se pone tenso por un momento, pero después siento que me rodea con los brazos. Le tiembla todo el cuerpo.

—Tenía usted once años —murmuro—. No es culpa suya.

Me aparto y él suspira.

—No importa de quién sea la culpa. El caso es que toda mi familia fue asesinada y yo sigo aquí, setenta años después. He vivido toda la vida con ese peso en el corazón.

Me vuelvo a echar atrás en el asiento y siento mis propios ojos anegados en lágrimas.

—¿Y cómo lo sabía el tal Jacob? ¿Cómo lo sabía para decirle que saliera corriendo?

—Pertenece a un movimiento clandestino contra los nazis —dice Alain—. Creyó en los rumores sobre los campos de la muerte y creyó que nos estaban exterminando de forma sistemática. Estaba en minoría, pero Rose le creyó y, como Jacob era mi héroe, yo también le creí. Debió de salvarla él.

—Pero ¿cómo? —pregunto con voz queda.

Alain se me queda mirando un buen rato.

—No lo sé, pero ella era el amor de su vida y él habría hecho cualquier cosa para protegerla. Cualquier cosa.

Parpadeo.

—¿Y ella le correspondía?

Asiente con la cabeza.

—Con una fuerza que nunca pensé que pudiera tener —dice y se queda un buen rato con la mirada perdida—. Por eso, durante todos estos años, siempre estuve convencido de que ella había muerto, porque, si hubiese estado viva, seguro que habría vuelto a buscarlo.

—Ella debió de pensar que él también había muerto —murmuro—. ¿Figuraba su nombre en el Hôtel Lutetia?

Alain parece perplejo.

—Claro que sí —dice—. Él esperaba contra toda esperanza que ella se hubiese salvado, que hubiese sobrevivido, a pesar de los rumores que nos habían llegado. El nombre de él siempre figuró allí, para que, si ella regresaba, lo pudiese localizar.

—Pero mi abuelo volvió en 1949 para averiguar lo que había sido de la familia de mi abuela. Eso me dijo ella.

—Pero yo no figuraba en ningún registro —dice Alain—. Seguramente fue por eso que no me encontró. Jacob, en cambio, hizo de todo para que lo incluyeran, por si Rose hubiese sobrevivido, de alguna manera.

Trago saliva y me pregunto qué querrá decir esto. ¿No le habría dado Mamie a mi abuelo el nombre

de Jacob? ¿O habría encontrado mi abuelo el nombre de Jacob en la lista de supervivientes, pero le dijo que no, porque se daba cuenta de lo mucho que ella —aparentemente— lo amaba y quiso proteger la vida que ya había comenzado con ella? Me estremezco sin querer.

—¿Y escapó este Jacob como usted y mi abuela? —pregunto a Alain—. ¿Antes de la redada?

Alain mueve la cabeza de un lado a otro y respira hondo.

—Jacob estuvo en Auschwitz —dice con sencillez—. Sobrevivió porque estaba segurísimo de que Rose se encontraba a salvo en alguna parte y había jurado encontrarla. La última vez que nos vimos me dijo que no podía creer que ella estuviera muerta, porque lo habría sentido en el corazón. Fue la esperanza de reunirse con ella la que lo mantuvo vivo en aquel infierno.

Capítulo 13

TARTA DE QUESO CON LIMÓN Y UVAS

INGREDIENTES

- 1 ½ taza de harina de galletas integrales
- 1 taza de azúcar granulado, en dos partes
- 1 cucharadita de canela
- 6 cucharadas de mantequilla sin sal, fundida
- 2 tarrinas de 250 gramos de queso crema
- ¼ de taza de zumo de uva blanca
- el zumo y la ralladura de un limón
- 2 huevos

PREPARACIÓN

1. Precalentar el horno a 190 grados. Mezclar la harina de galletas, la mitad del azúcar, la canela y la mantequilla fundida hasta que quede homogéneo. Extender de forma pareja y compacta en una fuente para tartas de 20 centímetros de diámetro.
2. Hornear 6 minutos. Retirar del horno y dejar enfriar.
3. Bajar la temperatura del horno a 150 grados.
4. En un bol mediano, batir el queso crema con la batidora eléctrica hasta que quede homogéneo. Incorporar poco a poco la otra media taza de azúcar. Añadir gradualmente el zumo de uva, el zumo y la ralladura de limón y los huevos y batir hasta que quede cremoso y sin grumos.
5. Colocar la tapa de masa enfriada en una bandeja de horno para galletas. Echar encima la mezcla de queso crema.
6. Hornear 40 minutos o hasta que el centro de la corteza quede sólido.

Rose

Annie había pasado a verla aquel día. Rose estaba segura, aunque no acababa de comprender lo que la niña le había dicho.

—Mamá está en París —había anunciado Annie y los ojos grises le brillaban de entusiasmo—. ¡Y me ha dejado un mensaje! Ha dicho que tal vez, o sea, haya encontrado algo.

—Qué bien, querida —había respondido Rose, aunque no sabía bien quién era la madre de Annie. ¿Sería algún familiar suyo o, tal vez, una de las clientas de la panadería? Como no podía decirle a la niña que no recordaba a su madre, le preguntó—: ¿Y ha encontrado algo bonito en alguna *boutique*? ¿Un

pañuelo, tal vez, o un par de zapatos?

Después de todo, París era famoso por las compras.

Annie había echado a reír con una risa vivaracha que recordó a Rose el sonido de los pájaros que solían cantar junto a su ventana de la Rue du Général Camou, hace tantos años.

—¡No, Mamie! —había exclamado—. ¡Fue al Museo del Holocausto! Ya sabes... ¡Para averiguar lo que les ocurrió a esas personas de las que nos hablaste!

—Ah —había murmurado Rose, que de pronto se quedó sin aire.

Annie se había marchado poco después y Rose quedó a solas con los pensamientos que se cernían sobre ella. Las palabras de la niña habían desencadenado un remolino de recuerdos que amenazaban con elevar a Rose del suelo y llevársela lejos, al pasado, sobre el cual ella pensaba cada vez más en aquella época. La mayor parte de los días, los recuerdos llovían sin que nadie los invitara, pero aquella vez fue la mención de París y el Holocausto, la Shoah, lo que la hizo retroceder dando vueltas hasta aquel día espantoso de 1949, cuando su querido Ted regresó a casa y confirmó lo que ella temía.

Ella amaba a su esposo y, porque lo amaba, le había hablado de Jacob, porque sabía que tenía que ser sincera con las personas que amaba y ella lo había sido... hasta cierto punto. Le había contado a Ted que había un hombre en París al que ella había amado mucho. En realidad, casi no había hecho falta decírselo: ella sabía que ya era evidente.

Sin embargo, cuando él le preguntó si amaba a aquel hombre más que a él, ella no había podido mirarlo a los ojos, de modo que él lo sabía. Siempre lo había sabido.

A ella le habría gustado que sus sentimientos hubiesen sido diferentes. Ted era un hombre maravilloso. Fue un padre extraordinario para Josephine. Era digno de confianza y fiel. Le había dado una vida que ella jamás habría podido soñar hacía tantos años en la tierra que la vio nacer.

Pero no era Jacob y aquel era su único defecto.

Los primeros años después de la guerra, ella no había querido saber nada, al menos no de forma oficial. Al principio, cuando se casó con Ted y vivían en Nueva York, en un piso no muy lejos de la estatua de la Libertad, llegaban fragmentos de noticias a través de otros inmigrantes procedentes de Francia. Se llamaban a sí mismos «supervivientes». Rose pensaba que, en realidad, parecían fantasmas, muertos en vida. Pálidos, agotados y ojerosos, flotaban por las habitaciones como si estuvieran fuera de lugar.

«Conocí a tu madre —le dijo una de las “fantasmas”—. La vi morir en Auschwitz».

«Vi a la pequeña y encantadora Danielle en Drancy —le dijo otra—. No sé si consiguió llegar hasta el transporte».

Recibió la noticia que le partió el corazón de un «fantasma» llamado *monsieur* Pinusiewicz, al que había conocido en su vida anterior: era el dueño de la carnicería que quedaba en la misma calle que la panadería de sus abuelos.

«El chico aquel con el que salías... ¿Jacob?»

Rose se lo había quedado mirando. No había querido que continuara, porque le veía la verdad escrita en los ojos y no podía soportar oírse la decir. Emitió un sonido sordo, que él interpretó como una señal para continuar.

«Estuvo en Auschwitz. Lo vi allí. Y lo vi el día que se lo llevaron a la cámara de gas».

Y aquello fue todo. Después, tanto el «fantasma» de *monsieur* Pinusiewicz como el último atisbo de esperanza de poder recuperar, en cierto modo, su pasado desaparecieron.

Cuando se marchó de Nueva York, ya sabía que todos habían desaparecido. Se lo habían contado los «fantasmas». Uno había visto enfermar a su padre cuando trabajaba en el crematorio de Auschwitz. Otra había sostenido la mano de su madre cuando murió. Otra trabajaba al lado de Hélène y un día, al regresar del campo —Hélène se había sentido mal y no se había podido levantar de la cama—, la encontró en el suelo: los guardias la habían matado a golpes y tenía el hermoso cabello castaño todo ensangrentado. El destino de los demás estaba menos claro y Rose no hizo preguntas. La cuestión era que todos habían muerto. Todos.

Por eso, cuando Ted le prometió una vida alejada de aquellos «fantasmas» ojerosos, lejos de Nueva York y en un lugar fantástico llamado el cabo Cod, donde —le dijo— las olas rompían en playas de arena y había campos de arándanos, ella aceptó, porque lo quería y porque tenía que acabar de convertirse en otra persona. Necesitaba centrarse en crear una familia, porque la que tenía antes se había esfumado para siempre.

Sin embargo, en 1949, siete años después de marcharse de París, había sentido la necesidad de cerciorarse. Sabía que no podría enterrar a Rose Picard sin la certeza que solo le proporcionarían los registros oficiales. ¿Y si alguno de los «fantasmas» se hubiese equivocado? ¿Y si la pequeña Danielle hubiese sobrevivido y estuviese en algún orfanato, convencida de que no había nadie en el mundo que la quisiera? ¿Y si Hélène no hubiese muerto en el suelo, sino que hubiese escapado y estuviera esperándola y preguntándose dónde estaría? ¿Y si la «fantasma» que afirmaba haber sostenido la mano de su madre hubiese confundido la identidad de la mujer que había visto morir?

Sin embargo, Rose no podía ir. Ya había sido casi un milagro que hubiese podido entrar en Estados Unidos con documentación falsa. Era probable que el personal de inmigración solo hubiese hecho la vista gorda porque estaba casada con Ted, que era un héroe de guerra. Ella ya había hecho sus arreglos y se había establecido en Estados Unidos; además, tenía una hija pequeña que la necesitaba. No confiaba en Francia y no confiaba en poder volver a salir. Además, temía que su corazón no soportara regresar, de todos modos.

Por eso, le pidió a Ted que fuera él y, porque la amaba y porque era un buen hombre, él accedió.

Partió un lunes luminoso de verano y ella se quedó esperando. Los segundos tardaban minutos en pasar y los minutos parecían horas. El tiempo se estiraba como los caramelos masticables que Ted, la pequeña Josephine y ella habían probado el verano anterior en Atlantic City.

Cuando por fin regresó a casa, aquel viernes a última hora, la hizo sentar al calor todavía húmedo de la noche en el cabo Cod y se lo contó todo.

Había ido a la sinagoga en la que Rose había crecido. Ella se apenó mucho cuando él le dijo que la habían destruido durante la guerra, aunque la habían reconstruido y había quedado como nueva. Él no comprendía —ella lo advirtió entonces— que, cuando algo se reconstruye, nunca queda igual. Lo que se ha destruido no se recupera jamás.

—Todos han muerto, Rose —le dijo con dulzura, mirándola a los ojos y cogiéndole las manos con fuerza, como si temiera que ella se alejara flotando, como un globo de helio, hacia el cielo—. Tu madre, tu padre, tus hermanos y hermanas. Todos. Lo siento mucho.

—Ah —fue todo lo que ella pudo decir.

—Hablé con el rabino que había allí —dijo Ted con suavidad— y me enseñó dónde encontrar los registros. Lo siento mucho.

Ella no dijo nada.

—¿Quieres saber lo que les ocurrió, Rose? —preguntó Ted.

—No.

Movió la cabeza de un lado a otro y miró hacia otro lado. No podía oírlo. Temía que eso le partiese el corazón en mil pedazos. ¿Moriría allí mismo, delante de su esposo y con su hijita en el piso superior, cuando se le partiera?

—Es culpa mía —susurró.

—¡No, Rose! —exclamó Ted—. No puedes sentirte así. Nada de esto es culpa tuya.

La estrechó entre sus brazos, pero el cuerpo de ella estaba rígido, reacio.

Ella movió con lentitud la cabeza de un lado a otro contra el pecho de él.

—Lo sabía —susurró—. Yo sabía que vendrían a buscarnos y no me esforcé lo suficiente para salvarlos.

Sabía que tendría que vivir con aquello para siempre, pero no sabía cómo. Por eso ya no podía seguir siendo ella misma y por eso se había consolado con Rose Durand y, después, con Rose McKenna. Era imposible ser Rose Picard. Rose Picard había muerto en Europa con su familia hacía mucho tiempo.

—No es culpa tuya —volvió a decir Ted—. Tienes que dejar de echarle la culpa.

Ella asintió con la cabeza, porque sabía que era lo que se esperaba de ella. Se apartó de él.

—¿Y Jacob Levy? —preguntó con voz inexpresiva, alzando la vista por fin para mirar a Ted a los ojos.

Entonces fue él quien apartó la mirada.

—Mi querida Rose —le dijo—, tu amigo Jacob murió en Auschwitz, justo antes de la liberación del campo.

Rose parpadeó unas cuantas veces. Se sentía como si alguien le hubiese metido la cabeza debajo del agua. De pronto, no podía ver ni respirar. Boqueaba.

—¿Estás seguro? —preguntó al cabo de un buen rato, cuando los pulmones se le volvieron a llenar de aire.

—Lo lamento —dijo Ted.

Y aquello fue todo. Aquel día, el mundo se volvió muy frío para Rose. Asintió y apartó la mirada de su esposo. No lloró. No podía llorar. Ya había muerto por dentro y para llorar tenía que estar viva. ¿Y cómo podría vivir sin Jacob?

Jacob siempre le había dicho que el amor los salvaría y ella le había creído, pero él se había equivocado. Ella se había salvado, pero ¿de qué servía ella sin él? ¿Qué sentido tenía su vida?

En aquel momento se asomó Josephine; llevaba puesto el camisón rosado largo de algodón que Rose le había hecho y una muñeca en la mano.

—¿Qué pasa, mami? —preguntó Josephine desde la puerta, pestañeando frente a sus padres, con cara de dormida.

—No pasa nada, mi vida —dijo Rose.

Se puso de pie y cruzó la habitación para arrodillarse junto a su hija. Miró a la niña y pensó que aquella era su familia entonces, que el pasado había quedado atrás y que por ella tenía la obligación de seguir adelante.

Sin embargo, no sintió nada.

Después de volver a arropar a Josephine en la cama y de cantarle una nana que su propia madre le cantaba hacía tantos años, se acostó junto a Ted en la oscuridad, hasta que se dio cuenta de que el pecho de él subía y bajaba en sueños y sintió que caía en brazos de Morfeo.

Entonces se levantó despacio, sin hacer ruido, y se dirigió al salón. Subió la escalera estrecha que conducía al pequeño mirador situado en lo alto de la casa y salió a la noche serena.

Una luna llena pendía, pesada, sobre la bahía del cabo Cod que Rose vislumbraba por encima de los tejados. Su luz pálida se reflejaba en el agua y, mirando hacia abajo, casi parecía como si el mar estuviese iluminado desde el interior. Sin embargo, Rose no miraba hacia abajo. Aquella noche escudriñaba el firmamento en busca de las estrellas que había bautizado. *Mama. Papa. Hélène. Claude. Alain. David. Danielle.*

—Perdón —susurró al cielo—. Estoy tan arrepentida.

No hubo respuesta. Oía, no muy lejos, las olas que lamían la orilla, pero el cielo guardaba silencio.

Estuvo oteando el cielo y murmurando disculpas hasta que empezó a romper el día sobre el horizonte, por el este, pero ella seguía sin poder encontrarlo. ¿Sería aquel su destino? ¿Se le habría perdido para siempre?

—Jacob, ¿dónde estás? —imploró al cielo.

No obtuvo respuesta.

Capítulo 14

Cae la noche y el aire de París se detiene. Primero, el color del cielo se vuelve más intenso y pasa del azul lavanda claro y brumoso de las últimas horas de la tarde al cerúleo fuerte del anochecer, surcado de naranja y dorado en el horizonte. A medida que las estrellas empiezan a agujerear el manto del crepúsculo, las nubes tenues se aferran a la claridad que va desapareciendo y adquieren tonalidades rojo rubí y rosadas. Por fin, cuando el azul zafiro se apaga en la noche, se encienden las luces de París, titilantes e infinitas como las estrellas. Me detengo en el Pont des Arts con Alain y me maravillo al ver que la torre Eiffel empieza a brillar con un millón de lucecitas blancas sobre el cielo aterciopelado.

—Nunca he visto nada tan hermoso —murmuro.

Alain me había propuesto dar un paseo, porque, después de hablar tanto del pasado, necesitaba un descanso. Estoy impaciente por conocer la historia de Jacob, pero no quiero presionarlo. Tengo que repetirme una y otra vez que Alain tiene ochenta años y que ha de ser doloroso para él recuperar estos recuerdos sepultados durante tanto tiempo.

Nos apoyamos en la barandilla del puente, mirando hacia el oeste, y, cuando cierra la mano con suavidad alrededor de la mía, siento que le tiembla.

—Lo mismo decía tu abuela —dice con dulzura—. Solía traerme aquí cuando era niño, antes de la ocupación, y me explicaba que la puesta de sol sobre el Sena era un espectáculo divino, montado exclusivamente para nosotros.

Las lágrimas asoman a mis ojos y muevo la cabeza para deshacerme de ellas, porque emborronan aquella vista perfecta.

—Siempre que me siento solo —dice Alain—, vengo aquí. Durante años he soñado que Rose estaba con Dios y que iluminaba el cielo para mí y nunca, en todo este tiempo, se me ocurrió pensar que pudiera estar viva.

—Tenemos que volver a tratar de hablar con ella —digo.

Habíamos llamado a su número de teléfono antes de salir a pasear, pero no habíamos obtenido respuesta. Probablemente se estaba echando una cabezada, algo que parecía hacer más a menudo últimamente.

—Tenemos que decirle que te he encontrado, aunque puede ser que no lo comprenda o no lo recuerde.

—Desde luego —dice Alain—. Y después iré contigo, cuando regreses al cabo Cod.

Me vuelvo y lo miro fijamente.

—¿De verdad? ¿Vendrás conmigo?

Sonríe.

—He pasado setenta años sin una familia —dice— y no quiero perder ni un instante más. Tengo que ver a Rose.

Sonrío en la oscuridad.

Cuando los últimos rayos del sol han penetrado en el horizonte y ya han salido todas las estrellas, Alain me coge del brazo y emprendemos el lento regreso por donde hemos venido, hacia el grandioso Louvre, radiante bajo la luz apagada y reflejado en el río, a nuestros pies.

—Ahora te voy a hablar de Jacob —dice Alain con suavidad cuando empezamos a cruzar el patio del Louvre en dirección a la Rue de Rivoli.

Lo miro y asiento con la cabeza. Me doy cuenta de que contengo la respiración.

Alain respira hondo y empieza a hablar, con voz lenta y vacilante.

—Yo estaba con Rose cuando lo conoció. Era a finales de 1940 y, aunque París ya había caído en poder de los alemanes, la vida seguía transcurriendo con relativa normalidad, como para hacernos pensar que no pasaría nada. La situación empezaba a empeorar, pero jamás habríamos imaginado lo que nos esperaba.

Giramos a la derecha en la Rue de Rivoli, que sigue atestada de gente, aunque las tiendas ya han cerrado. Las parejas pasean en la oscuridad, cogidas de la mano y hablándose en voz baja, y por un momento imagino a Mamie y a aquel Jacob recorriendo la misma calle hace setenta años. Me estremezco.

»Fue amor a primera vista, algo que no he visto nunca más, ni antes ni después —prosigue Alain—, y, si no lo hubiese visto por mí mismo, no habría creído ni que existía, pero, desde el primer momento, fue como si cada uno hubiese encontrado la otra mitad de su alma.

Aunque suene cursi, Alain lo dice con un tono tan circunspecto que tengo que creerle.

»Jacob estuvo siempre con nosotros, desde el primer momento —continúa Alain—. Mi padre no lo quería, porque pertenecía a una clase inferior. Mi padre era médico, mientras que el suyo era obrero en una fábrica, pero Jacob era amable, educado e inteligente, así que mis padres lo toleraban. Siempre dedicaba tiempo a enseñarme cosas y a jugar con David y Danielle.

Alain hace una pausa e imagino que piensa en sus hermanos pequeños, desaparecidos hace tanto tiempo. Seguimos andando un rato en silencio y me pregunto cómo será perder por completo la inocencia a tan tierna edad y no poder recuperarla nunca más. Pasamos delante del Hôtel de Ville, el grandioso ayuntamiento de París, bañado en una luz clara. Alain me coge la mano al cruzar la calle y no me la suelta cuando seguimos caminando hacia el norte y entramos en el Marais. Me doy cuenta de que no quiero que lo haga. Yo también echo de menos una familia, ahora que mi madre ha muerto y mi abuela ha perdido casi por completo la memoria.

—Cuando se empezaron a imponer las leyes antisemitas y la situación fue empeorando para nosotros, Jacob empezó a manifestar más su oposición a los nazis y mis padres se preocuparon —prosigue Alain—. Es que mi padre quería creer que, por nuestra buena posición económica, seríamos inmunes. Quería creer que se estaba sacando todo de quicio, que en realidad los nazis no pretendían hacernos daño. Jacob, por el contrario, tenía una idea precisa de lo que estaba ocurriendo. Pertenecía a un movimiento clandestino y estaba convencido de que los nazis pretendían borrarlos de la faz de la tierra. Tenía razón, evidentemente.

»Ahora, cuando miro atrás, me pregunto por qué mis padres no verían la situación con más claridad —dice Alain—. Creo que no querían creer que nuestro país pudiera darnos la espalda. Preferían creer lo mejor y, cuando Jacob decía la verdad, se negaban a escucharla. Mi padre estaba indignado y lo acusó de traer a casa mentiras y propaganda.

»Rose y yo fuimos los únicos que le creímos —la voz de Alain se apaga: es casi un susurro— y eso fue lo que nos salvó a los dos.

Andamos en silencio un poco más. Nuestras pisadas resuenan en las paredes de piedra que nos rodean.

—¿Y dónde está Jacob ahora? —pregunto por fin.

Alain se para en seco y me mira. Mueve la cabeza de un lado a otro.

—No lo sé —dice—. No sé si estará vivo aún.

Me hundo en el desaliento.

—La última vez que hablamos fue en 1952, cuando Jacob se marchó a Estados Unidos —dice Alain.

Me lo quedo mirando fijamente.

—¿Se trasladó a Estados Unidos?

Alain asiente con la cabeza.

—Sí. No sé a qué lugar de Estados Unidos. Claro que estoy hablando de hace casi sesenta años. Ahora tendría ochenta y siete años y es muy posible que ya no esté vivo. Recuerda que pasó dos años en Auschwitz, Hope, y eso pasa factura.

Creo que no vuelvo a abrir la boca hasta que regresamos al edificio de Alain. No logro hacerme a la idea de que mi abuela y quien es —aparentemente— el amor de su vida hayan vivido en el mismo país durante sesenta años sin saber jamás que el otro había sobrevivido. Sin embargo, si Jacob la hubiese encontrado durante la guerra, mi madre tal vez no hubiese nacido y, desde luego, yo tampoco. Por consiguiente, ¿es que todo había salido como tenía que ser? ¿Acaso sería mi mera existencia una bofetada al amor verdadero?

—Tengo que tratar de encontrarlo —digo cuando Alain marca su código en el teclado numérico que hay a la derecha. Abre la puerta y me hace pasar.

—Sí —se limita a aceptar.

Subo tras él a su apartamento. Me siento como atontada.

—¿Volvemos a llamar a Rose? —pregunta, después de cerrar la puerta con llave.

Asiento con la cabeza otra vez.

—Pero recuerda que tiene días buenos y días malos —le advierto— y es posible que no sepa quién eres. Ya no es la misma.

Sonríe.

—Todos cambiamos —dice—. Lo sé.

Miro mi reloj. Son casi las diez, de modo que serán casi las cuatro en el cabo Cod. Es bastante tarde y es probable que Mamie esté perdiendo lucidez, porque los que padecen demencia suelen discurrir con menos claridad a medida que pasan las horas.

—¿Estás seguro de que no te importa que use tu teléfono? —le pregunto—. Es caro.

Alain ríe.

—Aunque costara un millón de euros, seguiría diciendo que sí.

Sonríe, levanto el auricular y marco 001 y a continuación el número de Mamie. Cuando el teléfono ha sonado seis veces, cuelgo.

—¡Qué extraño! —digo.

Vuelvo a mirar el reloj. Mamie no participa en las actividades sociales del hogar —dice que el bingo

es un juego infantil—, de modo que no hay motivo para que no esté en su habitación.

—Puede que haya marcado mal.

Vuelvo a intentarlo y esta vez dejo que el teléfono suene ocho veces antes de colgar. Alain me mira con el ceño fruncido y, aunque tengo una sensación desagradable en la boca del estómago, le dirijo una sonrisa forzada.

—No responde, pero puede que mi hija la haya llevado a dar un paseo o algo así.

Alain asiente con la cabeza, pero parece preocupado.

—¿Te importa si la llamo a ella? —pregunto—. A mi hija.

—Claro que no —dice Alain—. Adelante.

Marco 001 y a continuación el número del teléfono móvil de Annie. Responde antes de que acabe de sonar.

—¿Mamá? —pregunta y, por el tono de su voz, me doy cuenta de que algo pasa.

—¿Qué pasa, cielo? —pregunto.

—Es Mamie —dice y le tiembla la voz—. Ha tenido... ha tenido un derrame cerebral.

Se me paraliza el corazón y miro a Alain anonadada. Sé que él lo ve todo reflejado en mi rostro.

—¿Está...? —pregunto.

No acabo la frase.

—Está ingresada —dice Annie—, pero no pinta bien.

—Dios mío.

Miro a Alain, que parece aterrado.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta.

Cubro el auricular con la mano y le digo:

—Mi abuela ha sufrido un derrame cerebral y está en el hospital.

Alain se lleva una mano a la boca y yo vuelvo a concentrarme en mi hija.

—¿Estás bien, mi vida? —pregunto—. ¿Con quién estás?

—Con el señor Keyes —farfulla.

—¿Con Gavin? —pregunto, confundida—. Pero ¿dónde está tu padre?

—Trabajando —dice—. He... he tratado de comunicarme con él, pero su asistente ha dicho que está en medio de un caso importante y que me llamará cuando el tribunal levante la sesión.

Cierro los ojos y trato de respirar.

—Lamento muchísimo no estar allí contigo, cielo. Volveré en cuanto pueda, te lo prometo.

—Te he llamado al hotel —dice Annie con un hilo de voz—. ¿Dónde estabas?

Alzo la mirada hacia Alain, que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Tengo muchas cosas que contarte, Annie —le digo—. Te lo diré en cuanto llegue a casa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dice con voz queda.

—¿Me dejas hablar un minuto con Gavin?

No responde, pero escucho un crujido cuando le pasa el teléfono.

—¿Hola? —dice él un minuto después y solo cuando oigo su voz y expulso el aire me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración.

—Gavin, ¿qué ha pasado? —le pregunto sin rodeos.

Lo primero que debería hacer —lo sé— es agradecerle que hubiese acudido una vez más en mi

ayuda, pero no puedo pensar más que en Mamie y en cómo lo está llevando Annie.

—Hope, tu abuela ha sufrido un derrame cerebral, pero la han estabilizado —dice con seriedad, aunque con una suavidad que me tranquiliza—. No ha recuperado el conocimiento, pero está en observación. Es demasiado pronto para evaluar hasta qué punto ha quedado afectada.

—¿Cómo...? ¿Qué...?

No acabo las frases, porque en realidad no sé qué es lo que trato de preguntarle. Miro otra vez a Alain, sin saber qué hacer. Se ha hundido en un sillón frente a mí y me observa con ojos llorosos y la mano nudosa todavía sobre la boca.

—¿Cómo te has enterado? —pregunto por fin.

—Me llamó Annie —explica Gavin enseguida—. Estaba en casa de su padre. Supongo que en la institución de vida asistida de tu abuela todavía tenían el teléfono de tu antigua casa como teléfono de contacto para emergencias, de modo que una enfermera llamó allí y Annie respondió. Como no conseguía a nadie que la llevara al hospital, me llamó a mí.

—Perdón —farfallo—. Quiero decir, gracias.

—Hope, no seas tonta —dice Gavin—. Fue un placer poder ayudar a Annie. Me alegro de que me haya llamado. Yo estaba en la misma calle, acabando una reparación en la casa de Joan Namvar, de modo que pude ir a buscarla enseguida.

Cierro los ojos.

—Gracias, Gavin. Ni siquiera sé cómo darte las gracias.

—No hay de qué —dice, restándole importancia.

—¿Está bien ella? —pregunto—. Annie, quiero decir.

—Está bien —dice—. Afectada, pero bien. No te preocupes. Me quedaré con ella hasta que tu ex salga de trabajar.

—Gracias —susurro—. Te compensaré, Gavin.

—No te preocupes —repite.

Respiro hondo.

—Regresaré en el primer vuelo que tenga plazas.

No se me da bien lo de aceptar favores de los demás y sé que por este me sentiré culpable por bastante tiempo.

—¿Y tú estás bien, Hope? —pregunta Gavin.

Parpadeo unas cuantas veces. A mí nunca me preguntan esas cosas.

—Sí —digo, aunque sea mentira—. ¿Me pasas a Annie otra vez?

—Claro —dice Gavin—. Aguarda un momento. Hasta pronto.

Otra vez el crujido y Annie coge el teléfono.

—¿Mamá? —pregunta.

—Oye, lamento lo de tu padre —le digo—. Ahora mismo lo llamo y le digo que...

—Estoy bien, mamá —interrumpe Annie—. El señor Keyes está conmigo.

Suspiro y me pellizco el puente de la nariz.

—Estaré de vuelta lo más pronto que pueda, cielo —digo.

—Lo sé —dice Annie.

—Te quiero, mi vida.

Después de una pausa, Annie repite:

—Lo sé —y a continuación añade—: Yo también te quiero.

Solo entonces me echo a llorar.

Mientras me esfuerzo por controlarme, Alain llama por teléfono a todas las compañías aéreas. Doy vueltas por su apartamento, sintiéndome como un animal enjaulado. Por milésima vez, imagino a Annie llorando en la sala de espera sin nadie que la consuele, aparte de Gavin Keyes. Aunque él se ha portado de maravilla con nosotras estos últimos meses, ella no lo conoce tan bien y debe de estar muy asustada por Mamie. Su padre debería estar allí, acompañándola, en lugar de Gavin. En cuanto Alain acabe con el teléfono, pienso llamar a Rob para cantarle las cuarenta.

—Te he cambiado el billete —me dice Alain cuando finalmente cuelga— y he comprado otro para mí. El primer vuelo directo que he podido conseguir ha sido el de las 13.25, que llega a Boston poco después de las tres. Había vuelos que salían antes de París, pero, con las escalas, habríamos llegado a Boston más tarde.

Parpadeo y asiento, aunque me da la impresión de que falta una eternidad para las 13.25 de mañana.

—Gracias —le digo—. ¿Qué te debo?

Sé que ahora no es momento para pensar en cuestiones monetarias, pero estoy segura de que el coste superará con creces el cheque de mil dólares que me ha dado Mamie y no sé cómo lo voy a pagar.

Alain me mira desconcertado.

—No seas insensata —dice—. No es momento para hablar de esas cosas. Tenemos que llegar a Boston lo antes posible para ver a Rose.

Asiento con la cabeza. Ya insistiré más tarde. Ahora no tengo suficiente energía.

—Gracias —digo con suavidad.

Pregunto a Alain si puedo volver a usar su teléfono y me observa con atención mientras hablo primero con la asistente de Rob y después, cuando la convengo de que me pase la llamada, con él. Hablo con voz tensa.

—¡Por Dios, Hope! Iré lo antes posible —dice Rob—. Estoy en medio de una audiencia importante. Y la vida de Annie no corre peligro ni nada por el estilo.

—Tu hija está en el hospital, sola y asustada —le digo, apretando los dientes—. ¿Es que eso no te importa?

—Ya te he dicho que iré lo antes que pueda —repite.

—Pues sí, ya te he escuchado la primera vez —replico— y entonces me pareció igual de egoísta.

Cuando cuelgo el teléfono, me doy cuenta de que estoy temblando. Alain cruza la habitación y me abraza. Vacilo por un momento y lo abrazo a mi vez.

—¿No estás casada con el padre de Annie? —pregunta Alain al cabo de un momento y me doy cuenta de que, con todo lo que hemos hablado de Mamie, casi no le he contado nada de mí misma.

—No —le digo—, ya no.

—Lo lamento —dice Alain.

Me encojo de hombros.

—No lo laments —digo—. Es mejor así.

Trato de que mi voz suene más alegre y despreocupada de lo que siento, pero, por el rostro de Alain,

advierto que él ve más allá de mi aparente indiferencia. Agradezco que no me pregunte nada más.

—Te puedes quedar aquí esta noche, si quieres —dice Alain—, aunque creo que has dejado cosas en el hotel que has de recoger.

—Pues sí, tengo que hacer la maleta —digo, atontada— y pagar.

—Esta noche no dormiré —dice Alain—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza, así que, mañana por la mañana, regresa a la hora que quieras, aunque sea temprano, y desayunaremos juntos antes de ir al aeropuerto.

Asiento con la cabeza.

—Gracias —murmuro.

—Gracias a ti —dice Alain. Me aprieta la mano y me da un beso en cada mejilla—. Me has devuelto a mi familia.

Yo tampoco puedo dormir aquella noche, por más que lo intente. Me avergüenza estar tendida bajo las mantas mientras mi hija está sola y asustada a miles de kilómetros. Trato de llamar a Annie dos veces más, pero no contesta: salta directamente el contestador y me pregunto si se habrá quedado sin batería. A eso de las cuatro de la mañana de París, consigo contactar a Gavin en su móvil y me dice que él se marchó del hospital cuando llegó Rob, a eso de las 19. Que él sepa, el estado de Mamie no ha variado desde entonces.

—Trata de descansar un poco, Hope —dice Gavin con suavidad—. Vas a volver a casa lo antes posible y ahora no sirve de nada que te quedes despierta.

Le doy las gracias entre dientes y cuelgo. Lo siguiente que recuerdo es estar mirando fijamente un reloj que indica las 5.45 de la mañana. No recuerdo haberme quedado dormida.

Llego a casa de Alain a las siete, después de ducharme, embutir el resto de mis cosas en el talego, pagar el hotel y coger un taxi en la calle.

Alain me recibe en la puerta, ya vestido para emprender nuestro viaje: pantalones de *sport*, camisa y una corbata azul marino. Me besa en las dos mejillas y me abraza.

—Veo que tú tampoco has dormido demasiado —dice.

—Casi nada.

—Pasa —dice y se hace a un lado—. Están aquí mi amigo Simon, que conoció a nuestra familia antes de la guerra, y mi amigo Henri, que es otro superviviente. Quieren conocerte.

Con el alma en vilo, sigo a Alain hacia el interior de su apartamento. En el salón, dos hombres beben tacitas de *espresso* junto a la ventana, mientras la luz que entra a raudales ilumina sus cabelleras blancas como la nieve. Los dos se ponen de pie y me sonrían cuando entro y observo que parecen mayores que Alain y están bastante más encorvados.

El que tengo más cerca habla primero. Sus ojos verdes están llorosos.

—Alain tiene razón. Eres igualita a Rose —susurra.

—Simon —dice Alain, que entra en el salón después que yo—, te presento a mi sobrina Hope McKenna-Smith. Hope, este es mi amigo Simon Ramo, que conocía a tu abuela.

—Eres igualita a ella —repite.

Avanza unos pasos hacia el centro de la habitación. Cuando se agacha para darme un beso en cada

mejilla, observo dos cosas: que está temblando y que lleva un número tatuado en la parte interna del antebrazo izquierdo.

Se da cuenta de que me quedo mirándolo.

—Auschwitz—se limita a decir.

Asiento con la cabeza y miro enseguida hacia otro lado, avergonzada.

—Yo también—dice el otro hombre.

Levanta el brazo izquierdo y veo un tatuaje similar: la letra *be* seguida de cinco dígitos. Se adelanta para besarme en las dos mejillas y retrocede sonriendo.

—Nunca conocí a tu abuela—dice—, pero debió de ser muy guapa, porque tú eres hermosa, jovencita.

Sonrío apenas.

—Gracias.

—Soy Henri Levy.

Me da un vuelco el corazón y miro a Alain.

—¿Levy?

—Es un apellido muy común—explica Alain rápidamente—. No tiene nada que ver con Jacob.

—Ah—digo y me siento extrañamente abatida.

—¿Nos sentamos?—Henri señala las sillas—. Tu tío olvida que tengo noventa y dos años. Como él está, ¿cómo se dice en inglés?, hecho un chaval...

Suelto una carcajada y Alain sonrío.

—Pues sí, un chaval—dice Alain—. Seguro que eso es lo que ve la joven Hope cuando me mira.

—No prestes atención a estos ancianos, Hope—me dice Simon, mientras regresa tambaleándose a su silla—. La juventud se lleva dentro y hoy por dentro me siento de treinta y cinco.

Sonrío y, al cabo de un momento, Alain me ofrece una taza de *espresso* que acepto agradecida. Los cuatro nos sentamos en el salón y Simon se inclina hacia delante.

—Ya sé que ya lo he dicho—empieza—, pero me haces retroceder en el tiempo. Tu abuela era... es... una mujer maravillosa.

—Siempre ha estado enamorado de ella—agrega Alain con una sonrisa burlona—, pero él tenía once años, como yo, y ella le hacía de canguro.

Simon mueve la cabeza de un lado a otro y dirige a Alain una mirada fulminante.

—Ella también estaba enamorada de mí—dice—. Lo que pasa es que todavía no se había dado cuenta.

Alain ríe.

—Te olvidas de Jacob Levy.

Simon pone los ojos en blanco.

—Mi gran rival por el afecto de Rose.

Alain me mira y dice:

—Jacob solo era el rival de Simon en la imaginación de Simon. Para el resto del mundo, Jacob era el príncipe azul y Simon, un sapo en miniatura con unas piernas como palillos.

—¡Oye!—protesta Simon—, que mis piernas se han desarrollado muy bien, gracias.

Se señala las piernas y me guiña el ojo.

Vuelvo a reír.

—Vamos a ver —dice Henri al cabo de un momento—, tal vez Hope nos pueda contar algo sobre ella. Y eso no significa que no nos interesen las piernas de Simon.

Los tres me miran expectantes y carraspeo, nerviosa de pronto al convertirme en el centro de atención.

—Ejem, ¿y qué quieren saber?

—Alain dice que tienes una hija —comenta Henri.

Asiento con la cabeza.

—Pues sí. Se llama Annie y tiene doce años.

Simon me sonrío.

—¿Y qué más, Hope? —pregunta—. ¿A qué te dedicas?

—Tengo una panadería. —Miro fijamente a Alain—. Mi abuela la abrió en 1952. Son todas recetas de su familia, de aquí, de París.

Alain mueve la cabeza de un lado a otro y se vuelve hacia sus amigos.

—Es increíble, ¿no es cierto?, que haya mantenido viva la tradición de nuestra familia todos estos años...

—Más increíble sería que nos hubiese traído algo de bollería esta mañana —dice Henri—, ya que tú, Alain, no te has molestado en convidarnos a nada.

Alain alza la mano, simulando que acepta la derrota, y Simon inclina la cabeza a un lado.

—Tal vez Hope nos pueda hablar de algunos de sus bollos —dice—, para que podamos imaginar que los comemos.

Echo a reír y me pongo a describirles algunos de mis preferidos. Les hablo de los *strudel* que preparamos y de las tartas de queso. Les cuento de los Star Pies de Mamie, que son prácticamente iguales a los trozos de pastel que había encontrado el día anterior en la panadería askenazí. Ellos sonrían y asienten con la cabeza, entusiasmados, hasta que empiezo a mencionar otras de nuestras especialidades: los cuernos de gacela aromatizados con agua de azahar, las sabrosas galletas de anís e hinojo y los bizcochos de pistacho y miel.

Henri y Alain me miran fijamente, desconcertados; Simon, en cambio, da la impresión de que acaba de ver un fantasma, porque se le ha demudado el rostro.

Suelto una risita nerviosa y pregunto:

—¿Qué pasa?

—Esas pastas no corresponden a la tradición judía, que yo sepa —dice Henri—. Tu abuela no puede haberlas recibido de su familia.

Observo las miradas que intercambian Henri y Simon.

—¿Y qué? —insisto.

Simon es el primero en hablar.

—Hope —dice con suavidad y de su voz ha desaparecido todo rastro de chanza—, creo que eso es repostería musulmana, del norte de África.

Yo también los miro fijamente.

—¿Repostería musulmana? —Muevo la cabeza de un lado a otro—. ¿Cómo puede ser?

Henri y Simon vuelven a intercambiar miradas. Da la impresión de que Alain comprende entonces lo que quieren decir. Pregunta algo en francés y, cuando Simon responde, Alain murmura:

—No puede ser verdad. ¿O sí?

—¿De qué están hablando? —pregunto, inclinándome hacia delante.

Me están poniendo nerviosa. Sin hacerme caso, intercambian rápidamente unas cuantas palabras más en francés. Alain consulta el reloj, asiente con la cabeza y se pone de pie. Los otros dos también.

—Ven, Hope —dice Alain—. Tenemos algo que hacer.

—¿Cómo? —pregunto, totalmente perpleja—. ¿Acaso tenemos tiempo?

Alain vuelve a mirar su reloj y yo también miro el mío. Son casi las ocho.

—Encontraremos el tiempo —dice—. Esto es importante. Vamos y trae tus cosas.

Cojo mi talego y los sigo y nos marchamos en silencio del apartamento.

—¿Adónde vamos? —pregunto cuando llegamos a la Rue de Turenne y Henri levanta un brazo para llamar un taxi.

—A la Grande Mosquée de París —dice Simon—. La Gran Mezquita.

Me lo quedo mirando fijamente.

—¿Cómo? ¿Vamos a una mezquita?

Alain extiende la mano y me roza la mejilla.

—Confía en nosotros, Hope —dice. Le brillan los ojos y me sonrío—. Te lo explicaremos por el camino.

Capítulo 15

-No sabíamos si hacer caso de los rumores —empieza Alain, cuando, después de apretujarnos en un taxi, nos dirigimos volando hacia el sur, en dirección al río.

En el exterior, las calles van reviviendo y llenándose de gente a medida que el sol comienza a calentar la tierra y a bañar los edificios en su luz amarillo limón.

—¿Qué rumores? —pregunto—. ¿De qué hablan?

Alain y Simon intercambian miradas. Henri es el primero en hablar:

—Ha habido rumores de que los musulmanes de París salvaron a muchos judíos durante la guerra —dice, circunspecto.

Lo miro fijamente y después observo a Alain y a Simon, que asienten con la cabeza.

—Un momento. ¿Me está diciendo que los musulmanes salvaron a gente judía?

—Nunca lo oímos decir durante la guerra —dice Simon y echa un vistazo a Alain—. Bueno, casi nunca.

Alain asiente con la cabeza.

—Una vez, Jacob dijo algo que me hizo pensar... —Su voz se vuelve imperceptible y mueve la cabeza de un lado a otro—. Pero nunca llegué a creérmelo.

—En una época —dice Henri—, nos considerábamos hermanos, en cierto modo, los judíos y los musulmanes. A los musulmanes no los persiguieron como a nosotros durante la guerra, aunque siempre los hicieron sentir intrusos, igual que a los judíos. Supongo que algunos musulmanes se habrán tomado la persecución de los judíos como algo personal. ¿Cómo saber si el país no se volvería después contra ellos?

—Y por eso, según los rumores, nos ayudaron —dice Simon—, pero nunca supe si era verdad.

—¿Qué quiere decir? —le pregunto.

—Siempre se ha dicho que dieron alojamiento y cobijo a muchos niños cuyos padres habían sido deportados y también a algunos adultos —dice Alain— y que hasta llegaron a enviarlos clandestinamente a la zona libre y en algunos casos los ayudaron a conseguir documentación falsa.

—¿Me estás diciendo que hubo musulmanes que sacaron a los judíos de París de forma clandestina? —pregunto.

Muevo la cabeza de un lado a otro, porque me cuesta creerlo.

—En aquella época, al frente de la Gran Mezquita de París estaba el musulmán más poderoso de Europa —dice Henri y echa una mirada a Alain—: Si Kaddour Beng... *Comment s'est-il appelé?*

—Benghabrit —dice Alain.

Henri asiente con la cabeza:

—Sí, eso es: Si Kaddour Benghabrit. Al gobierno francés le daba miedo meterse con él y es posible que él usara su poder y su influencia para salvar muchas vidas.

Muevo la cabeza de un lado a otro y contemplo el París que pasa por la ventanilla. La silueta de las torres de Notre-Dame se recorta contra el cielo a lo lejos, a la derecha, cuando cruzamos un puente a toda velocidad y llegamos a la orilla izquierda. Me llega el tañido distante de unas campanas que dan la hora.

—¿Quieren decir que tal vez fuera así como mi abuela logró huir de París? ¿Que tal vez la ayudaran a escapar los musulmanes de la Gran Mezquita?

—Eso explicaría dónde aprendió a confeccionar pastelería musulmana —dice Alain.

—Y daría respuesta a muchos interrogantes —añade Henri—. No creo que haya ningún registro. Nadie habla de eso. Los secretos de aquel pasado han muerto con el pasado. En la actualidad, hay bastante tensión entre los grupos religiosos. Es imposible saber si es cierto.

—¿Y qué más da si lo es o no? —susurro.

Y entonces recuerdo, de golpe, lo que me había dicho Mamie justo antes de mi viaje a París, cuando la presionaba para que me respondiera si era o no judía: «Pues sí, soy judía, pero también soy católica y musulmana». Siento un escalofrío y abro mucho los ojos.

El taxi se detiene junto al bordillo, delante de una construcción blanca con tejas de color verde oscuro, arcos ornamentados y cúpulas brillantes. Un minarete con ribetes verdes se eleva por encima del edificio y, si bien no cabe duda de que, en los detalles, es marroquí, se parece mucho a una de las torres de Notre-Dame por las que acabamos de pasar. Otra cosa que Mamie ha dicho me resuena en la cabeza: «Son los seres humanos los que crean las diferencias —me había dicho la semana anterior—. Eso no significa que Dios no sea siempre el mismo».

Henri le paga al taxista y nos apeamos. Doy una mano tanto a Henri como a Simon cuando estiran las piernas y suben a la acera.

—En otra época, solía hacerlo yo —dice Henri, sonriendo.

Me guiña un ojo y los cuatro nos dirigimos hacia una entrada en forma de arco situada en la esquina del edificio.

—Si aquí nadie quiere hablar de lo ocurrido —le digo a Alain al oído cuando entramos a un pequeño patio—, ¿a qué hemos venido?

Pasa su brazo por el mío y sonrío:

—A echar un vistazo a la repostería —dice.

Motean el patio las franjas del sol que se filtra a través de los árboles y arroja sombras sobre las baldosas blancas del suelo. Hay mesitas hechas con azulejos azules y blancos distribuidas en el medio del patio y a lo largo de las paredes y todas están rodeadas de sillas de madera con asientos y respaldos tejidos de color azul brillante. Unas plantas de un verde intenso con flores amarillas trepan por las paredes y los gorriones saltan de mesa en mesa. Es apacible, tranquilo y está tan vacío que —estoy segura— aún no ha abierto.

Un árabe de mediana edad vestido todo de negro se acerca y dice algo en francés. Alain le responde y me señala y, durante un minuto, los cuatro hablan rápidamente en un francés que no comprendo. En un principio, el hombre hace gestos negativos con la cabeza, pero al final se encoge de hombros y nos hace señas de que lo sigamos por una escalerilla que conduce al edificio principal.

Al otro lado de la entrada hay un hombre más joven, de cabello oscuro y piel aceitunada, que está llenando de dulces un exhibidor, y se me paraliza el corazón cuando miro dentro, porque contiene muchos

pasteles y casi la mitad de ellos son exactamente iguales a los que horneo en mi propia panadería. Están los delicados cuernos de gacela, espolvoreados con azúcar glas blanco como la nieve; los pastelillos de color verde claro, envueltos en masa blanca y con trocitos de pistacho por encima; las rodajas de *baklava* bañadas de miel, y las pastas de almendra coronadas con una sola cereza. Hay rollos de pasta filo bañados en azúcar; porciones gruesas de tarta de almendras con azúcar y recubierta de almendras, y hasta las rosquillas de canela y miel que han sido las preferidas de Annie desde que era niña.

El corazón me late con fuerza cuando alzo la mirada y miro a Alain.

—¿Son las mismas? —pregunta.

Asiento lentamente.

—Son las mismas —confirmo.

Sonríe y, con los ojos llorosos de pronto, se vuelve hacia el hombre mayor, que nos mira con el ceño fruncido. Intercambian unas cuantas frases en francés y después Alain se vuelve hacia mí y me dice:

—Hope, ¿le puedes hablar a este hombre acerca de tus dulces? Le he dicho lo que pensamos que tal vez le haya sucedido a Rose.

Sonrío al hombre, que parece escéptico.

—Lo que ustedes confeccionan aquí —le digo— es igual a lo que mi abuela me enseñó a hacer a mí. Son los mismos productos que vendemos en nuestra panadería, en el cabo Cod.

El hombre mueve la cabeza de un lado a otro.

—Pero eso no significa nada. Esta repostería es muy común y hay muchos judíos procedentes del norte de África. Los pasteles no son solo musulmanes, ¿sabe? Su abuela podría haber aprendido a hacerlos en cualquier parte. Es probable que se los enseñara otro judío.

Me desaliento. Es absurdo que toda nuestra hipótesis sobre el pasado dependa de una colección de pastelillos.

—Desde luego —murmuro—. Perdone.

Asiento despacio y me doy la vuelta.

Alain me pone una mano en el brazo y me pregunta:

—¿Estás bien, Hope?

Vuelvo a asentir, aunque no es cierto. No encuentro las palabras, porque siento que estoy a punto de echarme a llorar y no acabo de entender el motivo. No sé por qué es tan importante para mí poder explicar lo que le ocurrió a Mamie, pero así es. Ahora estoy segura de que me ha hecho venir para que me entere de su pasado, aunque tal vez nunca lleguemos a saber cómo logró sobrevivir durante la guerra.

—Vámonos —logro decir por fin.

El hombre de negro nos saluda con una rápida inclinación de cabeza y se aleja, mientras Henri y Simon emprenden el regreso por donde hemos venido. Alain y yo nos disponemos a regresar, cuando, de pronto, percibo un olor familiar y me detengo en seco. Me doy la vuelta poco a poco y miro al joven que, detrás del mostrador de la pastelería, está introduciendo en el exhibidor una bandeja rectangular de pasteles espolvoreados con azúcar. Regreso al mostrador.

—Perdone —digo—, pero ¿tienen, por casualidad, esto... —me esfuerzo por recordar el nombre del dulce que vi en la pastelería del Marais—, Ronde des Pavés?

El joven me mira.

—¿Ronde des Pavés? —repite—. Yo no hablar bien el inglés. *Mais, non*. No sé qué es, Ronde des Pavés.

—Esto...

Busco con la mirada a Alain, que se coloca a mi lado, delante del mostrador.

—¿Puedes decirle que la Ronde des Pavés es un pastel hecho de semillas de adormidera, almendras, uvas, higos, ciruelas y azúcar con canela? ¿Le puedes preguntar si le resulta familiar?

Sé que podría estar perdiendo el juicio, pero juraría que me llega en el aire el olor de los Star Pies. Antes de traducirlo, Alain me mira con extrañeza.

—Era una receta de mi madre —me dice.

Asiento con la cabeza.

—Es la especialidad de nuestra panadería —le digo— y el dulce preferido de mi abuela.

Alain me mira y parpadea unas cuantas veces, se vuelve hacia el joven y se lo traduce rápidamente. Observo que el joven asiente y le responde. Alain se vuelve hacia mí.

—Dice que sí. Dice que aquí, sin embargo, hacen pastelillos individuales y que la masa tiene forma de estrella.

Me quedo boquiabierta.

—Así es como me enseñó a hacerlos Mamie —digo con voz queda—. Los llama Star Pies.

Alain se rasca la cabeza. A mi lado, Simon y Henri guardan silencio. Todos miramos fijamente al joven, mientras Alain le cuenta lo de los Star Pies en francés. El joven abre mucho los ojos, me mira rápidamente y después otra vez a Alain. Dice algo muy deprisa en francés y entonces Alain se vuelve hacia mí y me traduce:

—Dice que hay un hombre que vive en el sexto distrito, no muy lejos de aquí. Su familia tiene una panadería musulmana. La receta vino por él. Tal vez nos pueda explicar su origen.

Asiento con la cabeza y miro al joven.

—Gracias —le digo—, *merci beaucoup*.

—*De rien*. —El joven me saluda con una inclinación de cabeza y sonrío—. *Bonne chance*.

Me late con fuerza el corazón mientras sigo a Alain y a sus dos amigos a través del patio y hacia la calle.

—¿Te parece que los pasteles tendrán algo que ver con mi abuela? —le pregunto.

—No hay forma de saberlo —dice Alain, pero, por el brillo de sus ojos y la manera en que acelera el paso, deduzco que es optimista y eso me llena de ánimo a mí también.

Hacemos señas a un taxi y viajamos en silencio durante quince minutos, hasta que el taxista se detiene delante de la dirección que nos ha dado el joven. Es una panadería pequeña que parece típicamente francesa, salvo por el cartel, escrito en árabe y en francés. Dentro huele mucho a levadura y las paredes están llenas de *baguettes* dispuestas en filas verticales. El exhibidor que hay delante es un despliegue interminable de pastas salpicadas de fruta y azúcar cristalizado. Reconozco de inmediato los grandes Star Pies con la tapa de masa característica en forma de retícula que llevo años haciendo y se me vuelve a acelerar el corazón. Seguro que aquello es una señal de que vamos bien encaminados.

A la joven que hay detrás del mostrador le preguntamos si podemos hablar con el propietario y al cabo de un momento aparece un hombre alto y de mediana edad, de piel color caramelo y cabello negro azabache, con canas en las sienes. Lleva un delantal de panadero completamente blanco sobre unos pantalones color caqui perfectamente planchados y una camisa azul clara.

—Ah, sí, Sahib me ha llamado desde la mezquita y me ha dicho que vendrían —dijo, después de

saludarnos—. Soy Hassan Romyo y me alegro de que hayan venido, pero me temo que no voy a poder ayudarles.

Sus palabras me sumen en la desesperación.

—¿Sabe de dónde procede la receta de los pasteles con la masa en forma de retícula estrellada? —pregunto con un hilo de voz, mientras señalo los que hay en el exhibidor.

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—Hace veinte años que soy el dueño de esta panadería —me dice— y la receta ha estado aquí desde que tengo memoria. Mi madre los hacía antes que yo, pero murió hace tiempo. Siempre pensé que era una receta de familia.

—Es una receta judía —tercia Alain y *monsieur* Romyo lo mira, arqueando las cejas—. Procede de la madre de mi abuela, en Polonia, hace muchos años.

—¿Judía? —pregunta *monsieur* Romyo—. ¿Y polaca? ¿Está usted seguro?

Alain asiente con la cabeza.

—Es exactamente la misma receta que mis abuelos preparaban en su panadería antes de la Segunda Guerra Mundial. Creemos que tal vez mi hermana haya enseñado a su familia a preparar este pastel durante la guerra.

Monsieur Romyo se queda mirando a Alain un buen rato y después asiente.

—*Alors*. Mis padres han muerto, pero eran jóvenes durante la guerra. Tan solo niños. No lo recordarían, pero el que lo puede saber es el tío de mi madre.

—¿Está aquí? —pregunto.

Monsieur Romyo echa a reír.

—No, *madame*. Es muy viejo. Tiene setenta y nueve años.

—Tener setenta y nueve años no es ser viejo —farfulla Henri a mis espaldas, pero *monsieur* Romyo no parece prestarle atención.

—Ahora mismo lo llamo por teléfono —dice—. Lo malo es que está casi sordo, ¿comprenden?, y cuesta mucho hablar con él.

—Inténtelo, por favor —le digo, con voz queda.

Asiente con la cabeza.

—He de reconocer que también ha despertado mi curiosidad.

Pasa al otro lado del mostrador, coge un teléfono móvil y revisa la lista de contactos. Selecciona uno y se lleva el aparato a la oreja.

Cuando lo escucho decir «*Hallo? Oncle Nabi?*», me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración. Exhalo poco a poco.

Presto atención, aunque sin comprender, mientras habla en voz alta por el teléfono en francés, repitiéndose varias veces. Finalmente, tapa el micrófono con la mano y se dirige a mí:

—Esta tartaleta de estrellas —dice—, según mi tío Nabi, su familia la aprendió de una joven.

Alain y yo intercambiamos miradas.

—¿Cuándo? —lo apremio.

Monsieur Romyo dice algo más por el teléfono y lo repite en voz más alta. Vuelve a poner la mano sobre el micrófono.

—En *l'année mille neuf cents quarante-deux* —dice—. Mil novecientos cuarenta y dos.

Me quedo sin respiración.

—¿Será posible...? —pregunto a Alain y se me pierde la voz.

Me vuelvo hacia *monsieur* Romyo:

—¿Recuerda su tío algo más acerca de esta mujer?

Lo observo mientras repite mi pregunta, en francés, por el teléfono. Un instante después, alza la mirada otra vez y dice:

—Rose. *Elle s'est appelée* Rose.

—¿Qué dice? —pregunto a Alain, frenética.

Alain se vuelve hacia mí sonriendo.

—Dice que la mujer se llamaba Rose.

—Esa es mi abuela —murmuro, mirando a *monsieur* Romyo.

Asiente y dice algo más por el teléfono y escucha un momento. Después cuelga y se rasca la cabeza.

—Todo esto es muy extraño —dice. Mira a Alain y después otra vez a mí—. Después de tantos años, no tenía ni idea...

No acaba la frase y carraspea.

—Mi tío, Nabi Haddam, quisiera que fueran ustedes a verlo ahora mismo. *D'accord?*

—*Merci. D'accord* —acepta Alain de inmediato y me mira—. De acuerdo —traduce—. Vamos ahora mismo.

Cinco minutos después, Simon, Henri, Alain y yo nos dirigimos en taxi hacia el sur, a una dirección en la Rue des Lyonnais que, según *monsieur* Romyo, queda muy cerca. Miro otra vez mi reloj. Son las 8.25. No sé si llegaremos a tiempo para el vuelo, pero, en este preciso momento, me da la impresión de que esto es algo que tenemos que hacer.

Estoy temblando cuando paramos delante del edificio de apartamentos donde vive Nabi Haddam, que ya nos espera en la puerta. Por lo que nos ha dicho el señor Romyo, sé que tiene solo un año menos que Alain, pero parece de otra generación. La cabellera es negro azabache y no tiene el rostro tan surcado de arrugas como mi tío. Lleva un traje gris y tiene las manos juntas. Cuando nos apeamos del taxi, me mira fijamente.

—Eres su nieta —dice, vacilante, antes de que tengamos ocasión de presentarnos—. Eres la nieta de Rose.

Respiro hondo.

—Sí.

Sonríe y se me acerca a grandes zancadas. Me besa en las dos mejillas.

—Eres su vivo retrato —dice y, cuando se aparta, veo lágrimas en sus ojos.

Alain se presenta como el hermano de Rose y Henri y Simon lo saludan también. Digo a *monsieur* Haddam que me llamo Hope.

—Un nombre muy adecuado —murmura—, porque *hope* quiere decir «esperanza» y tu abuela sobrevivió gracias a la esperanza. —Parpadea unas cuantas veces y sonríe—. Pasen, por favor.

Hace señas hacia la puerta del edificio, introduce un código y nos conduce por un corredor oscuro. Una puerta situada a la izquierda está entreabierta y la abre del todo para nosotros.

—Mi casa —dice y hace un gesto para abarcarla—. Sean ustedes bienvenidos.

Cuando nos hemos sentado en una habitación en penumbras cubierta de libros y de fotografías de los —supongo— miembros de la familia de *monsieur* Haddam, Alain se inclina hacia delante.

—¿Y cómo conoció usted a mi hermana? ¿A Rose?

—¿Cómo dice? —dice él. Parpadea unas cuantas veces y añade—: Lo siento, estoy casi *sourd*, sordo. Perdone.

Alain repite la pregunta en voz alta y esta vez el señor Haddam asiente.

Sonríe y se apoya en el respaldo de la silla. Se queda mirando a Alain un buen rato antes de responder.

—¿Es usted su hermano pequeño? ¿Tenía once años en 1942?

—*Oui* —dice Alain.

—Hablabas de usted a menudo —dice, simplemente.

—¿Ah, sí? —pregunta Alain en voz baja.

Monsieur Haddam asiente.

—Creo que es uno de los motivos por los cuales era tan amable conmigo. Yo solo tenía diez años entonces, ¿sabe?, y a menudo me decía que le recordaba a usted.

Alain mira hacia abajo y sé que está haciendo esfuerzos para no llorar delante de los demás hombres.

—Ella pensaba que todos ustedes habían desaparecido —dice *monsieur* Haddam al cabo de un momento—. Creo que su corazón estaba muy triste por eso. A menudo lloraba hasta dormirse y decía sus nombres, mientras lloraba.

Cuando Alain vuelve a levantar la vista, una sola lágrima le surca la mejilla derecha. Se la seca.

—Yo también pensaba que ella había desaparecido —dice—. Todos estos años.

Monsieur Haddam se vuelve hacia mí.

—Si tú eres su nieta —dice—, ella sobrevivió, ¿no?

—Sobrevivió —digo en voz baja.

—¿Sigue viva aún?

Hago una pausa.

—Sí.

Estoy a punto de decirle que ha tenido un derrame cerebral, pero me contengo. No estoy segura de si lo hago porque no estoy dispuesta a aceptarlo o porque no quiero arruinarle al señor Haddam su final feliz. Por fin, le pregunto:

—¿Cómo...? ¿Qué ocurrió?

El señor Haddam sonríe.

—¿Quiere alguno de ustedes una taza de té? —pregunta.

Todos lo negamos con la cabeza. Los hombres están tan ansiosos como yo por conocer la historia.

—Pues bien —dice el señor Haddam—, se lo diré. —Respira hondo—. Ella vino con nosotros en julio de 1942, la noche que empezaron aquellas espantosas redadas.

—El Vel' d'Hiv —digo.

El señor Haddam asiente.

—Sí. Antes de eso, creo que mucha gente no quería ver lo que ocurría. Incluso después, muchas personas siguieron sin verlo, en cambio, Rose... Ella lo vio venir y acudió a nosotros en busca de refugio.

»Mi familia la acogió. Ella dijo a los encargados de la mezquita que la familia de su madre eran panaderos, de modo que nos preguntaron si podíamos brindarle refugio por un tiempo. En aquella época, en el mundo importaba más compartir una profesión que tener distintas religiones.

»Yo admiraba a Rose de tal forma que mi padre al principio se preocupó, porque ella era diferente y no se suponía que yo estimara tanto a una joven de un mundo diferente, pero ella era amable y gentil y me enseñó muchas cosas. Con el tiempo, creo que mis padres se dieron cuenta de que ella no era tan diferente de nosotros, después de todo.

Hace una breve pausa y agacha la cabeza. Al final, suspira y prosigue:

—Vivió con nosotros como musulmana durante dos meses. Todas las mañanas y todas las noches, decía nuestras oraciones con nosotros, con lo cual mis padres estaban contentos, aunque también seguía rezándole a su Dios. Yo la escuchaba todas las noches, hasta muy tarde, implorándole que protegiera a sus seres queridos. Me da la impresión de que, en usted, Dios respondió a sus plegarias.

Sonríe a Alain, que se cubre la cara con las manos y aparta la mirada.

—Le enseñamos muchas cosas sobre el islamismo y sobre repostería —prosigue el señor Haddam— y ella, a su vez, también nos enseñó muchas cosas. Trabajaba en nuestra panadería. Mi madre y ella pasaban muchas horas en la cocina, hablando juntas en voz baja. No sé de qué hablaban. Mi madre decía que eran cosas de mujeres. Rose nos enseñó la *tarte des étoiles*, la torta estrellada que los ha traído hoy aquí. Era su preferida y también la mía, porque Rose me contó la historia.

—¿Qué historia? —pregunto.

El señor Haddam parece sorprendido.

—La historia de por qué hacía la torta estrellada.

Alain y yo nos miramos.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Cuál es la historia?

—¿No la saben? —pregunta el señor Haddam. Cuando Alain y yo lo negamos con un gesto, continúa—: Porque la hacía pensar en la promesa que le hizo el amor de su vida de que la amaría mientras hubiese estrellas en el firmamento.

Miro a Alain.

—Jacob —susurro y él asiente.

Me doy cuenta de que todos los años que llevo haciendo Star Pies he estado rindiendo homenaje a un hombre de cuya existencia no tenía ni la más remota idea. Del fondo de la garganta me sale un ruidito, cuando sofoco un sollozo procedente de quién sabe dónde.

—Había muchas noches en las que no era seguro estar fuera o el cielo estaba cubierto o el aire estaba lleno de humo —prosigue el señor Haddam—. Como esas noches no podía ver las estrellas, Rose decía que necesitaba algún consuelo, de modo que empezó a ponerlas en sus tartas. Años después, cuando yo era joven, mi madre me hacía los mismos pasteles y me recordaba que el amor verdadero es lo más importante. Aquel concepto no era habitual en aquella época en la que muchos matrimonios se concertaban, pero ella tenía razón, de modo que esperé y me casé con el amor de mi vida. Por eso, por el resto de mi vida, he seguido haciendo las *tartes des étoiles* en honor a Rose y he enseñado a mis hijos y a mis primos y a la generación siguiente a hacer lo mismo, a recordar que hay que esperar al amor, como hizo Rose, como hice yo.

»Entonces, ¿se reunió Rose con el hombre que amaba? —pregunta el señor Haddam al cabo de un

momento—. ¿Después de la guerra?

Alain y yo nos miramos.

—No —digo y siento el peso de la pérdida contra mi pecho.

El señor Haddam mira hacia abajo y mueve la cabeza de un lado a otro con tristeza.

A mi lado, Henri carraspea. Me había quedado tan embelesada con el relato del señor Haddam que casi me había olvidado de que él y Simon seguían allí.

—¿Y cómo consiguió Rose salir de París? —pregunta.

El señor Haddam mueve la cabeza.

—Es imposible saberlo a ciencia cierta. Parte del motivo por el cual la mezquita consiguió salvar a tantas personas era que todo estaba envuelto en un velo de misterio. El Corán nos enseña a ayudar al que lo necesita, pero de forma discreta, porque Dios conocerá nuestros actos. Por este motivo y por el peligro que suponía, nadie hablaba de estas cosas, ni siquiera entonces y mucho menos a un niño de diez años. Sin embargo, por lo que he sabido después, creo que muchos de los judíos que protegíamos salían por las catacumbas hasta el Sena. Es posible que la subieran de contrabando a una barcaza que la llevara río abajo hasta Dijon o que la hicieran cruzar la línea de demarcación con documentación falsa.

—Pero ¿eso no era caro? —pregunta Henri—. ¿Consiguir documentación falsa? ¿Cruzar la línea? —Se vuelve hacia mí y añade—: Mi familia no pudo salir, por lo que costaba.

—Sí —responde el señor Haddam—, pero la mezquita ayudaba con la documentación. Eso sí que lo sé. Y su amado, ¿Jacob? Él le dio dinero. Ella se lo cosió dentro del forro de un vestido. Mi madre la ayudó.

»Después de llegar a la zona no ocupada, le habrá costado menos salir del país —prosigue el señor Haddam—. Aquí, en París, vivía como musulmana con documentación falsa, pero en Dijon, o dondequiera que fuese, es probable que rellenase un impreso del censo para la *gendarmérie*. Siendo francesa, seguro que, pagando un pequeño soborno, habrá obtenido papeles que dijeran que era católica y, desde allí, habrá llegado a España.

—En España conoció a mi abuelo —digo.

—¿Tu abuelo no es Jacob? —pregunta el señor Haddam con el ceño fruncido—. Me parece imposible que se haya enamorado tan pronto de otro hombre.

—No —digo con suavidad—, mi abuelo se llamaba Ted.

Agacha la cabeza.

—Entonces se casó con otro... —Hace una pausa—. Siempre supuse que Rose había muerto —dice—, como tantos otros en aquella época. Siempre pensé que, si hubiese estado viva, después de la guerra se habría puesto en contacto con nosotros, pero puede que solo quisiera olvidar esta vida.

Pienso en lo que me había dicho Gavin: que algunos supervivientes del Holocausto, cuando creían que lo habían perdido todo, querían volver a empezar de cero.

—Pero ¿cómo es que no se tiene constancia de todo esto? —pregunto al cabo de un momento—. Lo que hizo su familia y lo que hicieron las demás personas de la Gran Mezquita fue tan valiente y tan heroico...

El señor Haddam sonríe.

—En aquella época no podíamos poner nada por escrito —dice—. Sabíamos que nuestro destino quedaba ligado al de las personas que salvábamos. Si los nazis o la policía francesa hubiesen allanado la mezquita y hubiesen encontrado siquiera una prueba, por insignificante que fuera, habría sido el fin de

todos nosotros. Por eso, ayudábamos con discreción —concluye—. Es de lo que más orgulloso estoy en toda mi vida.

—Gracias —susurra Alain— por lo que hizo, por salvar a mi hermana.

El señor Haddam mueve la cabeza de un lado a otro.

—No hace falta que me agradezca nada. Era nuestra obligación. Nuestra religión nos enseña que quien salva una vida salva al mundo entero.

Alain produce un sonido extraño, como si se ahogase.

—En el Talmud está escrito que, si alguien salva una vida, es como si hubiese salvado al mundo —dice en voz baja.

Él y el señor Haddam se miran el uno al otro durante un momento y sonríen.

—Entonces no somos tan diferentes —dice el señor Haddam. Mira a Henri y a Simon y otra vez a Alain—. Nunca he comprendido la guerra entre nuestras religiones ni la guerra contra el cristianismo. Si hay algo que aprendí durante el tiempo que la joven Rose pasó con nosotros es que todos hablamos con el mismo Dios. No es la religión lo que divide a la humanidad, sino la bondad y la maldad que hay aquí en la tierra.

Las palabras calan hondo y nos miramos en silencio los unos a los otros.

—Su hermana —continúa el señor Haddam, volviéndose a Alain— sufría todos los días por haber dejado a su familia. Siempre pensó que no había hecho lo suficiente para salvarlos, pero usted comprende, desde luego, que hizo lo que tenía que hacer: tenía que salvar a su bebé.

En el silencio que se produce a continuación se hubiese podido oír el ruido de una mosca.

—¿Su bebé? —pregunta Alain al fin, con la voz una octava más aguda de lo habitual.

De pronto se me queda la boca seca.

—Sí, claro —dice el señor Haddam y parpadea—. Por eso vino aquí: porque estaba encinta. ¿No lo sabían?

Alain me mira fijamente.

—¿Lo sabías tú?

—Claro que no —digo—. Es... No es posible. Mi madre no nació hasta 1944 —me vuelvo hacia el señor Haddam— y no tenía ningún hermano. No puede ser que mi abuela estuviera embarazada en 1942.

Hace una pausa y se pone de pie.

—Discúlpenme un momento —dice y desaparece en su dormitorio, mientras Alain y yo nos seguimos mirando fijamente.

—¿Cómo es posible que estuviese embarazada? —pregunta Alain.

—Bueno, si Jacob y ella estaban enamorados... —dice Henri y deja la frase sin acabar.

Alain mueve la cabeza de un lado a otro.

—No, no, de ninguna manera. Ella era muy religiosa —dice— y jamás habría hecho algo así. —Me mira y añade—: Las cosas eran distintas en aquella época. Nadie tenía relaciones antes de casarse y mucho menos Rose.

—Es posible que el señor Haddam no lo recuerde bien —digo.

Regresa de su dormitorio con una fotografía en la mano y me la entrega. Enseguida reconozco a mi abuela: se parece mucho a mí cuando tenía dieciséis o diecisiete años y lleva la cabeza envuelta en un pañuelo. Rodea con un brazo a un niño sonriente de cabello oscuro y, con el otro, a una mujer de mediana

edad.

—Somos mi madre y yo —dice el señor Haddam en voz baja— con tu abuela el día que se marchó. Fue la última vez que la vi.

Asiento con la cabeza, pero no soy capaz de hablar, porque no puedo apartar la mirada del vientre protuberante de la fotografía: no cabe duda de que mi abuela está embarazada. Mira a la cámara con los ojos bien abiertos, que transmiten una tristeza extraordinaria, incluso en un blanco y negro granuloso. Alain se sienta a mi lado en el sofá y contempla también la fotografía.

—Sabía que, si la llevaban a uno de los campos, la matarían en cuanto supieran que estaba embarazada —dice el señor Haddam con suavidad al cabo de un momento—. Sabía que tenía que protegerse a sí misma para proteger al bebé. Ese fue el único motivo por el cual dejó que Jacob la separase de su familia.

—Dios mío —murmura Alain.

—Pero ¿qué ocurrió con el bebé? —pregunto.

El señor Haddam me mira con el ceño fruncido.

—¿Estás segura de que el bebé no era tu madre?

Asiento con la cabeza.

—Mi madre nació un año y medio después y era hija de mi abuelo Ted, no de Jacob. —Me vuelvo hacia Alain y añado en voz baja, porque el mero hecho de pronunciar aquellas palabras me horroriza—: El bebé debió de haber muerto.

Alain agacha la cabeza.

—Hay tantas cosas que no sabemos... ¿Y si no despierta? —murmura.

Sus palabras me devuelven volando desde un pasado que no podemos comprender a un presente que no podemos controlar. Sin embargo, lo que sí podemos controlar es llegar al aeropuerto a tiempo. Miro el reloj, me pongo de pie y digo:

—Perdone usted, señor Haddam, pero tenemos que marcharnos. No sé cómo darle las gracias.

Sonríe.

—Jovencita, no hace falta —responde—. Saber que Rose siguió viva y que llevó una vida dichosa basta como agradecimiento por un millón de años.

Me pregunto entonces si la vida de mi abuela habrá sido dichosa. ¿Habría superado alguna vez la tristeza que debió de sentir cuando creyó que había perdido a Jacob y a su familia para siempre?

—Por favor —dice el señor Haddam—, dile a tu abuela que pienso en ella a menudo y que le agradezco que me ayudara a creer en encontrar el amor. Me cambió la vida y jamás la olvidaré.

—Muchas gracias, señor Haddam —murmuro—. Se lo diré.

Me da un beso en cada mejilla y, mientras sigo a Alain, Henri y Simon, que se dirigen a la calle a coger un taxi para ir al aeropuerto, me pregunto si será por eso que Mamie me ha hecho venir. Me pregunto si, en el fondo de su corazón, ella quería que me enterara de la historia de su primer amor y de aquel hijo que perdió y por el cual renunció a todo. Tal vez de todo esto tenga yo que aprender algo acerca del amor.

O puede que sea demasiado tarde para mí. Alain y yo guardamos silencio en el trayecto al aeropuerto, cada uno absorto en su propio mundo.

Capítulo 16

GALLETAS DE ANÍS E HINOJO

INGREDIENTES

- 2 tazas de azúcar
- 4 huevos
- 2 cucharaditas de extracto de anís
- 3 tazas de harina y un poco más para estirar la masa
- 3 cucharaditas de levadura química
- 1 cucharadita de sal
- 1 cucharadita de semillas de anís
- 2 tazas de azúcar glas
- 1 cucharada de semillas de hinojo

PREPARACIÓN

1. Precalentar el horno a 180 grados.
2. En un bol mediano, mezclar con la batidora eléctrica el azúcar, los huevos y el extracto de anís hasta que quede bien mezclado.
3. Tamizar las 3 tazas de harina, la levadura química y la sal e incorporar a la mezcla de los huevos, más o menos una taza por vez, batiendo bien después de añadir cada una.
4. Añadir las semillas de anís y comprobar que la mezcla quede homogénea.
5. Aparte, en un bol poco profundo, mezclar el azúcar glas con las semillas de hinojo.
6. Con las manos ligeramente enharinadas, coger cucharadas de masa y darles forma de bola. Pasar cada bola por la mezcla de azúcar glas, comprobar que quede bien cubierta y colocar en bandejas de horno para galletas untadas con mantequilla.
7. Hornear 12 minutos. Dejar enfriar 5 minutos en las fuentes de horno y pasar a una rejilla.

Rose

Algo iba muy mal y Rose se daba cuenta. Se había pasado la tarde sentada delante de su televisor, mirando las reposiciones diurnas de unos programas que —lo sabía— ya había visto, aunque no le importaba, porque, de todos modos, no recordaba las tramas. Se había sentido muy cansada y, al regresar a su habitación, advirtió que ya no sentía el cuerpo. Entonces todo se volvió negro.

El mundo seguía siendo oscuro como la noche cuando fueron a buscarla los del hogar. Los oyó decir «inconsciente», «derrame cerebral» y «precario» y habría querido decirles que se encontraba bien, pero

descubrió que ya no podía usar la lengua ni abrir los ojos y así se dio cuenta de que le fallaba el cuerpo, como le estaba fallando la cabeza. Tal vez hubiese llegado la hora.

De modo que se relajó y se dejó arrastrar aún más hacia el pasado. Sonaban a lo lejos las sirenas de las ambulancias, los médicos gritaban y daban órdenes desde lejos y, al lado de su cama, una niña le hablaba con voz queda, pero ella dejó de aferrarse al presente y se dejó llevar, como los restos que flotan en las olas, hasta un tiempo justo antes de que el mundo se desmoronara. Había voces allí también, en la oscuridad, igual que ahora. Y, a medida que desaparecía el presente, empezó a ver con claridad el pasado y Rose se encontró en el estudio de su padre, en el apartamento de la Rue du Général Camou. Otra vez tenía diecisiete años y le daba la impresión de que tenía una bola de cristal y nadie le creía.

—Por favor —le suplicaba a su padre, con la voz ronca después de innumerables horas de tratar de convencerlo en vano—. ¡Si nos quedamos, moriremos, *papa!* ¡Vienen a por nosotros!

Había nazis por todas partes. Las calles estaban llenas de soldados alemanes y la policía francesa los seguía dócilmente. Los judíos ya no podían salir sin la estrella de David amarilla cosida sobre el pecho izquierdo que los identificaba como diferentes.

—¡Qué tontería! —dijo su padre, un hombre orgulloso que creía en su país y en la bondad del ser humano—. Los únicos que huyen son los delincuentes y los cobardes.

—No, *papa* —susurró Rose—, no solo los delincuentes y los cobardes, sino las personas que quieren salvarse, que no quieren seguir a ciegas con la esperanza de que todo saldrá bien.

Su padre cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz. A su lado, la madre de Rose le acarició el brazo para reconfortarlo y miró a su hija:

—Estás disgustando a tu padre, Rose.

—¡Pero, *maman!* —exclamó Rose.

—Somos franceses —dijo su padre lacónicamente y abrió los ojos—. A los franceses no los deportan.

—Sí que los deportan —musitó Rose—. Además, *maman* no es francesa. Para ellos, sigue siendo polaca. Según ellos, tanto ella como nosotros somos extranjeros.

—No digas tonterías, criatura —replicó su padre.

—Esta redada va a ser distinta —dijo Rose. Le daba la impresión de que ya lo había dicho miles de veces, pero su padre no le prestaba atención, porque no le daba la gana—. Esta vez vienen a por todos nosotros. Jacob dice...

—¡Rose! —la interrumpió su padre, golpeando la mesa con el puño. A su lado, la madre de Rose se sobresaltó y movió la cabeza con tristeza—. ¡Ese chico tiene una imaginación desenfrenada!

—¡No son imaginaciones tuyas, *papa!* —Rose nunca había hecho frente a sus padres, pero tenía que conseguir que le creyeran. Era una cuestión de vida o muerte. ¿Cómo podían ser tan ciegos?— Eres nuestro padre, *papa*, ¡y tienes que protegernos!

—¡Basta! —bramó su padre—. ¡No vas a decirme tú cómo ocuparme de mi familia! ¡El chico ese, Jacob, no me va a decir cómo ocuparme de mi familia! Yo os protejo a vosotros, mis hijos, y a vuestra madre, según las normas. ¡No me vas a decir tú lo que debe hacer un padre! ¿Qué sabes tú de esas cosas?

Rose contuvo las lágrimas que asomaban a sus ojos. Sin querer, se apoyó la mano derecha en el vientre, pero la apartó enseguida, cuando advirtió que su madre la observaba con curiosidad y fruncía el ceño. No podría ocultárselo mucho más tiempo y entonces se enterarían. ¿Se lo perdonarían? ¿La comprenderían? Rose suponía que no.

Deseaba poder contarles la verdad, pero aquel no era el momento. Solo serviría para complicar las cosas. Antes de hacer nada, tenía que salvarlos.

—Rose —dijo su padre al cabo de un momento. Se puso de pie y se acercó a donde ella estaba sentada. Se arrodilló a su lado, como solía hacer cuando ella era pequeña. En aquel momento, ella recordó la paciencia con la que le había enseñado a atarse los cordones de los zapatos, la manera en que la había consolado la primera vez que ella se desolló las rodillas y que, cuando era pequeñita, le pellizcaba las mejillas y la llamaba *ma filfille en sucre*, mi niñita de azúcar—. Haremos lo que nos digan. Si cumplimos las normas, todo irá bien.

Lo miró a los ojos y en aquel momento se dio cuenta de que jamás lo convencería; se echó a llorar, porque ya lo había perdido: ya los había perdido a todos.

Aquella noche, cuando Jacob fue a buscarla, ella no estaba lista. ¿Cómo podría estar lista alguna vez? Le miró los ojos verdes con chispas doradas, que siempre le habían recordado a un océano mágico, y pensó que le gustaría perderse en ellos para siempre. Sus propios ojos se llenaron de lágrimas calientes, ardientes, y se dio cuenta de que tal vez no volviera a navegar nunca más aquellos mares.

—Tenemos que irnos, Rose —susurró él, apremiante.

La estrechó entre sus brazos y trató de absorber los sollozos de ella con su cuerpo.

—Pero ¿cómo los voy a dejar, Jacob? —susurró en su pecho.

—Es necesario, amor mío —dijo él—. Tienes que salvar a nuestro bebé.

Ella alzó la mirada. Sabía que él tenía razón. Los ojos de él también estaban llenos de lágrimas.

—¿Tratarás de protegerlos? —le preguntó.

—Con todo mi ser —prometió Jacob—, pero primero tengo que protegerte a ti.

Antes de marcharse, ella se coló en la habitación que compartían Alain y Claude. Claude dormía profundamente, pero Alain estaba despierto.

—Te vas, ¿verdad, Rose? —susurró Alain cuando ella se le acercó.

Ella se sentó en el borde de su cama.

—Sí, cariño mío —susurró—. ¿Quieres venir con nosotros?

—Tengo que quedarme con mamá y papá —dijo Alain al cabo de un momento—. Tal vez tengan razón.

—No la tienen —dijo Rose.

Alain asintió con la cabeza.

—Lo sé —susurró. Esperó un momento y después la abrazó—. Te quiero, Rose.

—Yo también te quiero, jovencito —respondió y lo apretó con fuerza contra ella.

Sabía que Alain no comprendía el motivo de su partida. Sabía que, para él, ella estaba escogiendo a Jacob antes que a su familia, pero no podía hablarle del bebé que crecía en sus entrañas. Solo tenía once años: era demasiado joven para comprender. Esperaba que algún día él se diera cuenta de que ella sentía como si le estuvieran partiendo en dos el corazón.

Treinta minutos después, Jacob la conducía por un callejón donde su amigo Jean Michel, que pertenecía al movimiento de la resistencia, los esperaba delante de una entrada oscura.

Jean Michel saludó a Rose con un beso en cada mejilla.

—Eres muy valiente, Rose —se limitó a decir.

—No soy valiente. Tengo miedo —respondió ella.

No quería que nadie la considerara valerosa. Pensar que lo era por dejar atrás a su familia le parecía absurdo. En aquel momento se sentía el peor ser humano de la tierra.

—¿Nos dejas solos un momento? —preguntó Jacob a Jean Michel.

Jean Michel asintió con la cabeza.

—Pero daos prisa, por favor. No tenemos mucho tiempo.

Atravesó la puerta y dejó a Rose y a Jacob solos en la penumbra.

—Estás haciendo lo correcto —susurró Jacob.

—Ya no estoy tan segura —dijo Rose, suspirando—. ¿Será cierto lo de la redada?

Jacob asintió con la cabeza.

—No me cabe la menor duda, Rose. Comenzará dentro de unas horas.

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué nos ha sucedido a nosotros? —preguntó—. ¿Y a nuestro país?

—El mundo se ha vuelto loco —murmuró Jacob.

Ella volvió a suspirar.

—¿Volverás a buscarme?

—Volveré a buscarte —dijo Jacob de inmediato—. Tú eres mi vida, Rose. Tú y nuestro bebé. Ya lo sabes.

—Ya lo sé —susurró ella.

—Te encontraré, Rose —dijo Jacob—. Cuando acaben todos estos horrores y estés a salvo, vendré a buscarte. Te doy mi palabra. No descansaré hasta estar otra vez a tu lado.

—Yo tampoco —murmuró Rose.

La atrajo hacia él y ella aspiró su olor, memorizó la sensación de sus brazos en torno a ella, presionó la cabeza contra el pecho de él y deseó no tener que separarse nunca, pero entonces regresó Jean Michel y la alejó con suavidad de Jacob, diciéndole en voz baja que tenían que irse antes de que fuera demasiado tarde. Lo único que ella sabía era que Jean Michel, que era católico, la conduciría hasta otro hombre que pertenecía a la resistencia, un musulmán llamado Alí. Era el tipo de situación —la colaboración entre católicos, judíos y musulmanes— que, si el mundo no se hubiese estado desmoronando alrededor, la habría hecho sonreír.

Jacob la atrajo hacia él una vez más para darle otro largo beso de despedida. Cuando ya se marchaba con Jean Michel, se alejó de él.

—¿Jacob? —llamó en voz baja hacia la oscuridad.

—Aquí estoy —dijo él y reapareció de entre las sombras.

Ella respiró hondo.

—Ve a buscarlos, por favor. A mi familia. No puedo perderlos. No puedo vivir conmigo misma si ellos mueren porque no me he esforzado lo suficiente.

Jacob la miró fijamente a los ojos y por un instante Rose deseó poder retirar lo dicho, porque se dio cuenta de lo que le estaba pidiendo, pero no quedaba tiempo. Él asintió con la cabeza y se limitó a decir:

—Iré a buscarlos, te lo prometo. Te quiero.

Y desapareció en la oscuridad impenetrable. Rose se quedó paralizada, clavada en el sitio por lo que

le pareció una eternidad, aunque solo fueron unos cuantos segundos.

«No —murmuró para sus adentros—. ¿Qué he hecho?»

Dio un paso para seguir a Jacob, con la intención de detenerlo, de advertirle, pero Jean Michel la abrazó y la retuvo.

—No —dijo—. No. Ahora está todo en manos de Dios. Tienes que venir conmigo.

—Pero... —protestó ella, tratando de soltarse.

—Está en las manos de Dios —repitió Jean Michel, mientras Rose estallaba en sollozos.

La estrechó con más fuerza y susurró en la oscuridad:

—Por ahora, lo único que podemos hacer es rezar y esperar que Dios nos oiga.

Fue una tortura, a partir de entonces, vivir en París en secreto, sabiendo que, a uno o dos kilómetros, su familia o Jacob tal vez estuvieran escondidos también. Saber que no podía salir a buscarlos, que su única responsabilidad en aquel momento era proteger al niño que llevaba en sus entrañas la hacía llorar de impotencia todas las noches.

La familia que la acogió, los Haddam, eran amables, aunque ella sabía que la madre y el padre no querían que estuviera allí. Después de todo, ella era un lastre y tenía claro que su mera presencia suponía un peligro para ellos. De no ser por el bebé que había jurado proteger, se habría marchado hacía mucho tiempo, por cortesía. De todos modos, eran hospitalarios y, con el tiempo, parecieron aceptarla. Su hijo, Nabi, le recordaba a Alain y eso era lo que la mantenía cuerda muchos días: que podía hablar con él como hablaba antes con su hermanito y, de aquella forma, aquel nuevo hogar se parecía un poco más al que había dejado atrás.

Ella y *madame* Haddam pasaban muchas horas en la cocina y, al cabo de un tiempo, Rose se atrevió a enseñarle algunas de las recetas de la panadería askenazí de su familia. A su vez, la señora Haddam enseñó a Rose a hacer muchos dulces deliciosos de los que jamás había oído hablar.

—Tienes que aprender a cocinar con agua de rosas —le había dicho un día la señora Haddam—. Hace juego con tu nombre.

Así fue como Rose se aficionó a los cuernos de gacela hechos de almendras, al *baklava* con agua de azahar y a las galletas con agua de rosas que se le deshacían en la boca como por arte de magia y con aquellos alimentos nutría al bebé que llevaba en el vientre. Su padre a menudo había hablado mal de los musulmanes, pero Rose se dio cuenta entonces de que estaba tan equivocado en cuestiones religiosas como lo había estado con respecto a las intenciones de los nazis. Los Haddam habían arriesgado su propia vida para salvar la de ella. Eran de las mejores personas que había conocido en su vida.

Además, Rose sabía que, para hacer dulces como los que confeccionaban los Haddam, había que ser bueno y amable. Siempre se pone el corazón en lo que se cocina y, si alguien tiene el alma sombría, habrá oscuridad también en su repostería; en cambio, en los pasteles de los Haddam había luz y bondad. Rose lo captaba y esperaba que, en su interior, el bebé también.

Algunas veces, la señora Haddam dejaba que Rose la acompañara al mercado, siempre que se comprometiera a no abrir la boca y se cubriera con un pañuelo. Le gustaba el anonimato que aquello le proporcionaba y allí, aunque los Haddam iban a comprar a un barrio musulmán, Rose escudriñaba la multitud con desesperación, con la esperanza de entrever a alguien de su vida anterior. Un día vio por la calle a Jean Michel, pero no pudo llamarlo a gritos, porque de pronto se le hizo un nudo en la garganta.

Cuando logró volver a articular algún sonido, hacía rato que él había desaparecido.

Una noche, después de decir el azalá en árabe con los Haddam, Rose estaba en su habitación rezando en hebreo cuando, al volverse, vio a Nabi, que la observaba.

—Ven, Nabi —le dijo al niño—, y reza conmigo.

Él se arrodilló a su lado mientras ella acababa sus plegarias y se quedaron sentados en silencio.

—Rose —preguntó el niño al cabo de un buen rato—, ¿tú crees que Dios habla árabe o hebreo? ¿Puede oír tus oraciones o las mías?

Rose reflexionó un momento y se dio cuenta de que no sabía la respuesta. Últimamente había empezado a dudar de que Dios la escuchara, fuera cual fuese la lengua en la que ella hablara, porque, si Él la oía, ¿cómo podía permitir que su familia y Jacob desaparecieran de su vida?

—No lo sé —dijo finalmente—. ¿Qué te parece a ti, Nabi?

El niño se lo pensó un buen rato antes de responder.

—Creo que Dios debe de hablar todas las lenguas —dijo con voz confiada—. Creo que nos oye a todos.

—¿Te parece que todos rezamos al mismo Dios? —preguntó Rose al cabo de un momento—. ¿Los musulmanes y los judíos y los cristianos y todas las personas que creen en otras cosas?

Dio la impresión de que Nabi reflexionaba con mucha seriedad sobre aquella cuestión.

—Sí —respondió finalmente—. Sí. Hay un solo Dios que vive en el cielo y nos oye a todos. Lo que pasa es que aquí, en la tierra, estamos confundidos sobre la manera de creer en Él, pero ¿qué importa, mientras tengamos confianza en que está allí?

Rose sonrió al oírlo.

—Creo que tal vez tengas razón, Nabi.

Pensó en las palabras que le había dicho Jean Michel la última vez que ella vio a Jacob.

—Por ahora —le dijo al niño en voz baja, mientras extendía la mano para despeinarlo—, lo único que podemos hacer es rezar y esperar que Dios nos oiga.

Capítulo 17

Después de convencer al personal de la compañía aérea para que nos dejara pasar aunque se hubiese cerrado el embarque, de atravesar rápidamente el control de seguridad y de correr hasta la puerta correspondiente, Alain y yo conseguimos subir al avión cinco minutos antes de que cierren las puertas.

Con el teléfono móvil de Alain había llamado a Annie desde el taxi, pero no respondió. Tampoco lo hicieron Gavin ni Rob, aunque los llamé a los dos. En el hogar de Mamie no tenían más información sobre su estado y la enfermera que me respondió en el hospital me dijo que se encontraba estable, aunque era imposible saber cuánto más duraría así.

Mientras el avión carretea y emprende vuelo sobre París, observo el Sena, que desaparece a nuestros pies, como una cinta que corta la tierra, e imagino a Mamie oculta en una barcaza a los diecisiete años, serpenteando lentamente por el mismo río color topacio hacia la zona no ocupada. ¿Habrá conseguido salir así de París? Me pregunto si alguna vez llegaremos a saberlo.

—¿Qué crees que habrá sido de aquel bebé? —me pregunta Alain en voz baja mientras seguimos ascendiendo.

Ya estamos por encima de las nubes, la luz del sol se filtra en torno a nosotros por todas partes y no puedo por menos de pensar si así será estar en el cielo.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—No lo sé.

—Debería haber imaginado que estaba embarazada —dice Alain—. Eso explica por qué nos dejó. Nunca le encontré sentido. No era propio de ella salir corriendo y dejarnos atrás. Se habría quedado a tratar de convencernos, a tratar de protegernos, aunque eso supusiera arriesgar su propia vida.

—Pero creyó que era más importante proteger al bebé —murmuro.

Alain asiente con la cabeza.

—Y lo era. Tenía razón. En eso consiste ser padre, ¿verdad? Creo que lo mismo les ocurrió a mis padres. Ellos pensaban realmente que cumplir las normas nos protegería a todos. ¿Quién iba a decir que sus buenas intenciones nos llevarían a donde nos llevaron?

Muevo la cabeza, demasiado triste para hablar. No puedo imaginar la sensación de horror que habrá experimentado mi bisabuela cuando arrancaron a Danielle y a David de su lado. ¿Habrá podido quedarse con la mayor, Hélène, cuando separaron a los hombres de las mujeres? ¿Habrá vivido lo suficiente para padecer la angustia de saber que todos sus hijos habían desaparecido? ¿Habrá lamentado mi bisabuela no haber hecho caso de las advertencias de su hija? ¿Cómo se sentirá un padre o una madre al darse cuenta demasiado tarde de que ha cometido un error y que sus hijos morirán por eso?

Me quedo mirando por la ventanilla un buen rato y después me vuelvo hacia Alain.

—Tal vez mi abuela no se pudo ocupar del bebé. Tal vez nació y ella lo dio en adopción.

En realidad no lo creo, pero me siento mejor al decirlo.

—Me parece imposible —dice Alain y frunce el ceño—. Si el bebé era parte de ella y Jacob, me resulta inconcebible que hubiese estado dispuesta a separarse de su hijo. —Me mira de soslayo y me pregunta—: ¿Estás absolutamente segura de que no hay ninguna posibilidad de que el bebé fuese tu madre?

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—Cuando mi madre murió, hace un par de años, tuve que poner en orden sus papeles —digo—. Recuerdo que encontré su partida de nacimiento y ponía que había nacido en 1944. Además, se parecía muchísimo a mi abuelo.

Alain suspira.

—Entonces, el bebé debió de morir.

Aparto la mirada. No me puedo imaginar nada más triste.

—Pero pensar que volviera a quedar embarazada tan pronto... —añado y no acabo la frase.

Aquella pieza del rompecabezas no acaba de encajar.

—No es tan extraño como parece —dice Alain con suavidad. Vuelve a suspirar y se pone a mirar por la ventanilla—. Después de la guerra, muchos supervivientes de la Shoah se casaron y trataron de tener hijos enseguida, incluso los que estaban desnutridos y no tenían dinero.

Miro a Alain, sorprendida:

—¿Y por qué lo hacían?

—Para crear vida, cuando alrededor todo era muerte —se limita a decir—. Para volver a formar parte de una familia, después de haber perdido a todos sus seres queridos. Cuando Rose conoció a tu abuelo, debió de pensar que todos nosotros, Jacob incluido, estábamos muertos y, si también había perdido al bebé, debió de sentirse muy pero que muy sola. Es posible que simplemente quisiera formar una familia para poder volver a ocupar un lugar en el mundo.

Tardamos siglos en recuperar las maletas, pasar por la aduana y retirar mi coche del aparcamiento, pero finalmente nos dirigimos hacia el cabo Cod. Salimos de Boston justo antes de que empiece la hora punta y, mientras vamos a toda velocidad hacia el sur por la Ruta 3, me arriesgo a ir zigzagueando entre el tráfico a treinta kilómetros por encima de la velocidad máxima permitida.

Llamo a Annie por el camino y esta vez sí que responde. Su voz suena apagada, pero me dice que está en el hospital y que no ha habido variaciones en el estado de Mamie.

—¿Está tu padre contigo? —pregunto.

—No —dice, sin entrar en detalles.

Siento que me sube la presión.

—¿Dónde está?

—No lo sé —dice—. Tal vez en la oficina.

—¿Le has pedido que fuera contigo al hospital?

Annie vacila.

—Estuvo aquí antes, pero se ha tenido que marchar para acabar un trabajo.

Me duele literalmente el corazón oírle decir esto. Lo que más quiero es proteger a mi hija y me da la impresión de que la última persona del mundo de la que cabría esperar que le hiciera daño es su padre.

—Perdona, cielo —digo—. Estoy segura de que tu padre debe de estar muy ocupado, aunque tendría

que haberse quedado contigo.

—No pasa nada —murmura Annie—. Estoy con Gavin.

Me da un vuelco el corazón.

—¿Otra vez?

—Sí. Llamó para saber si yo estaba bien y le dije que mi padre se había marchado. No le pedí que viniese, pero ha venido igual.

—Ajá —digo.

—¿Quieres hablar con él?

Estoy a punto de decirle que sí, pero me doy cuenta de que llegaremos dentro de una hora.

—Salúdalo de mi parte y dale las gracias. No tardaremos en llegar.

Annie guarda silencio por un minuto.

—¿Quiénes? ¿Ahora tú también tienes novio o algo así?

Echo a reír a mi pesar.

—No —digo y echo una ojeada a Alain, que contempla Pembroke por la ventanilla—, pero tengo una sorpresa para ti.

Al cabo de una hora llegamos a Hyannis y atravesamos corriendo las puertas corredizas del Hospital de cabo Cod. La enfermera del mostrador de recepción nos envía al tercer piso, donde veo a Annie sentada en la sala de espera, con la cabeza gacha. A su lado, Gavin hojea una revista. Los dos alzan la vista al mismo tiempo.

—¡Mamá! —exclama Annie, olvidando por un momento, parece, que últimamente se ha vuelto demasiado impasible para saludarme con entusiasmo.

Se pone de pie de un salto y me abraza. Gavin me saluda con la mano y me hace una mueca. Por encima de la cabeza de Annie, le digo «gracias» moviendo los labios.

Finalmente, Annie se aparta y repara por primera vez en Alain, que se ha quedado de pie a mi lado, paralizado, mirándola fijamente.

—Hola —dice Annie, tendiéndole la mano—, soy Annie. ¿Quién es usted?

Alain le estrecha la mano lentamente y después abre y cierra la boca sin decir nada. Le apoyo una mano en la espalda, sonrío a mi hija y le digo con suavidad:

—Annie, este señor es hermano de Mamie. Es tu tío bisabuelo.

Annie me mira boquiabierta.

—¿Hermano de Mamie? —Vuelve a mirar a Alain—. ¿De verdad es usted hermano de Mamie?

Alain asiente y, esta vez, encuentra las palabras.

—¡Cómo se nota que eres de la familia, querida! —dice.

Annie me mira a mí y otra vez a Alain.

—¿Es que, o sea, me parezco a Mamie cuando tenía mi edad?

Alain mueve la cabeza lentamente de un lado a otro.

—Tal vez un poco, pero no es a ella a quien te pareces.

—¿Y a una tal Leona? —pregunta Annie, ansiosa—. Es que Mamie me sigue llamando así.

Alain arruga la frente y lo niega con la cabeza.

—Me parece que no conozco a ninguna Leona.

Annie frunce el ceño y, cuando alzo la mirada, veo que Gavin ha cruzado la sala y está de pie unos

pasos detrás de mi hija. Durante una fracción de segundo, me muero de ganas de abrazarlo, pero, en cambio, parpadeo y doy un paso atrás.

—Gavin —digo—, te presento a Alain, el hermano de mi abuela. Alain, te presento a Gavin —hago una pausa y al final añado—, un amigo mío.

Gavin abre mucho los ojos. Se acerca y estrecha la mano de Alain.

—No puedo creer que usted y Hope se hayan encontrado.

Alain me mira a mí y después otra vez a él.

—Tengo entendido que usted la ha ayudado y apoyado mucho, joven.

Gavin se encoge de hombros.

—No, señor. Lo ha hecho todo ella sola. Yo solo le he contado lo poco que sabía sobre la investigación del Holocausto.

—No reste importancia a su intervención —dice Alain—. Ha contribuido a reunir a nuestra familia.

—Parpadea unas cuantas veces y pregunta a Gavin—. ¿Podemos verla ahora? ¿A mi hermana?

Gavin vacila.

—En teoría, el horario de visitas ha finalizado, pero conozco a varias enfermeras. A ver si puedo hacer algo.

Observo que se acerca a una enfermera guapa y rubia que parece tener poco más de veinte años. Ella ríe y juguetea con su pelo mientras habla con él. Me sorprende al notar que observarlos juntos me pone un poco celosa. Parpadeo unas cuantas veces, me doy la vuelta y apoyo una mano en el brazo de Alain.

—¿Estás bien? —le pregunto—. Debes de estar agotado.

Asiente.

—Simplemente necesito ver a Rose.

Annie se dedica a descargar un fuego graneado de preguntas. —¿Cuándo fue la última vez que vio a Mamie? ¿Cómo es que pensó que estaba muerta? ¿Cómo huyó de aquellos nazis? ¿Qué sucedió con sus padres?— que Alain responde con paciencia. Sonríe al ver que Annie acerca la cabeza a la de él y sigue parlotando con entusiasmo.

Al cabo de un momento regresa Gavin y, cuando me apoya una mano en el brazo, siento una extraña sensación que me recorre todo el cuerpo. Me aparto enseguida, como si me hubiese quemado.

Gavin frunce el ceño y carraspea.

—He hablado con Krista, la enfermera. Dice que puede hacernos volver a entrar a hurtadillas, aunque solo por unos minutos, porque aquí son bastante estrictos con los horarios de visita.

Asiento.

—Gracias —le digo.

Curiosamente, no me decido a agradecerle a Krista, que nos conduce a los cuatro por un pasillo estrecho, moviendo con desparpajo la coleta rubia mientras sus caderas estrechas se balancean de un lado a otro. Juraría que lo hace por Gavin, pero él no le presta atención: tiene una mano apoyada en el hombro de Alain y conduce al anciano con suavidad hacia una puerta situada al fondo del pasillo.

—Cinco minutos —susurra Krista cuando nos detenemos delante de la última puerta a la derecha— o tendré problemas.

—Muchísimas gracias —dice Gavin—. Te debo una.

—Puedes invitarme a cenar alguna vez —dice Krista.

Eleva el final de la oración como si fuese una pregunta y, cuando le hace unas caídas de ojos, me

recuerda a un personaje de dibujos animados. No espero a escuchar la respuesta de él: me digo para mis adentros que no tiene ninguna importancia. Sigo a Annie y a Alain cuando entran en la habitación y doy un respingo al ver la figura que yace inmóvil en la cama de hospital, casi oculta entre el montón de sábanas.

Mamie parece diminuta, pálida y consumida y noto que Alain se estremece a mi lado. Quiero decirle que la última vez que la vi no estaba así —en realidad, apenas la reconozco sin su característico pintalabios color burdeos y el delineador de ojos de kohl—, pero me he quedado tan estupefacta como él. Los dos nos acercamos, con Annie a la zaga.

—Tiene muy mal aspecto, ¿verdad? —murmura Annie.

Me vuelvo y la rodeo con un brazo y ella no se aparta. Apoyo la mano derecha sobre la izquierda de Mamie, que está fría. No se mueve.

—Parece que, como no bajó a cenar, la encontraron desplomada sobre su escritorio —dice Gavin en voz baja. Me vuelvo y lo veo de pie en la entrada—. Llamaron enseguida al teléfono de emergencias.

Asiento con la cabeza, porque tengo un nudo en la garganta que me impide hablar. Siento que Annie tiembla un poquito a mi lado y, al bajar la mirada, veo que parpadea para disimular las lágrimas. Cuando la acerco un poco más a mí, me rodea con los brazos y me estrecha. Observamos a Alain, que se acerca a la cama y se arrodilla, hasta que su rostro queda a la misma altura que el de Mamie. Le susurra algo y después extiende la mano y le acaricia el rostro. En sus ojos brillan las lágrimas.

—Pensé que no volvería a verla nunca más —murmura—. Han pasado casi setenta años.

—¿Se pondrá bien? —pregunta Annie a Alain.

Lo mira fijamente, como si todo dependiera de su respuesta.

Alain vacila y mueve la cabeza.

—No lo sé, Annie, pero no puedo creer que Dios haga que nos reencontremos para llevársela sin que podamos despedirnos. Tengo que creer que todo esto tiene algún motivo.

Annie asiente con brío y dice:

—Yo también.

Antes de que podamos añadir nada más, la enfermera alegre reaparece en la puerta.

—Se ha acabado el tiempo —dice—. Mi supervisora viene hacia aquí.

Gavin y yo nos miramos.

—De acuerdo —dice Gavin—. Gracias, Krista. Ya nos vamos.

Me hace un gesto con la cabeza y poco a poco alejo a Annie de Mamie. Miro por encima del hombro cuando estoy cerca de la puerta y veo a Alain otra vez con la cabeza agachada junto a la de Mamie. Le besa la frente y, cuando se vuelve, las lágrimas le corren por las mejillas.

—Lo siento —dice—. Me cuesta mucho.

—Lo sé —le digo.

Le cojo la mano y, juntos, Annie, Alain y yo salimos de la habitación, dejando atrás a Mamie en la penumbra.

Gavin y yo nos despedimos a la entrada del hospital. Él tiene que trabajar mañana a las siete y yo tengo que abrir la panadería. La vida ha de continuar. Annie coge mis llaves y va con Alain a esperarme en el coche.

—No sé cómo agradecértelo —digo a Gavin, mirándome los pies.

—No he hecho nada —dice. Alzo la mirada justo a tiempo para verlo encogerse de hombros. Me sonrío—: Me alegro mucho de que encontrases a Alain.

—Lo he encontrado gracias a ti —digo con suavidad—. Y Annie ha estado bien durante mi ausencia gracias a ti.

Vuelve a encogerse de hombros.

—¡Bah! Solo hice lo que hubiera hecho cualquiera. —Hace una pausa y añade—: Tal vez esté fuera de lugar, pero tu ex es bastante impresentable.

Trago saliva.

—¿Por qué lo dices?

Mueve la cabeza de un lado a otro.

—No parecía preocuparse mucho por Annie, la verdad. Ella estaba muy alterada por lo de tu abuela y en realidad necesitaba estar acompañada.

—Y tú le hiciste compañía —le digo—. Ni siquiera sé qué decir.

—Ah, ¿no? Pues dime que mañana me pondrás una taza de café cuando vaya a la casa de Joe Sullivan para hacerle el trabajo de reparación en el porche y quedamos en paz.

Me echo a reír.

—Claro, por supuesto, una taza de café equivale, sin duda, a ocuparse de mi hija y contribuir a reunir a mi familia.

Gavin se me queda mirando un buen rato con tanta intensidad que el corazón me empieza a latir con fuerza.

—Lo he hecho porque quería ayudar —dice.

—¿Por qué? —pregunto y, antes de poder contenerme, me doy cuenta de que parezco grosera e ingrata.

Me vuelve a mirar fijamente y se encoge de hombros.

—A ver si aprendes a valorarte, Hope —dice.

Y se marcha sin decir nada más. Lo observo subirse a su viejo Wrangler y saludar a Annie con la mano cuando sale del aparcamiento.

—Mamá, tenemos que encontrar a Jacob Levy —anuncia Annie a la mañana siguiente, cuando ella y Alain se presentan juntos en la panadería, cogidos del brazo.

Preocupada por que no hiciera demasiado esfuerzo, le había sugerido a Alain que se quedara durmiendo hasta más tarde, pero él y Annie se han vuelto inseparables desde que se conocieron en el hospital, la noche anterior, y debí suponer que ella lo traería a la panadería.

»Alain me lo ha contado todo acerca de él —añade, orgullosa.

—Annie, mi vida —le digo, mirando a Alain, que se está arremangando la camisa y pasea la mirada por la cocina—, ni siquiera sabemos si Jacob sigue vivo.

—Pero ¿y si lo estuviera, mamá? —pregunta Annie y su voz adopta un tono desesperado—. ¿Y si estuviera por ahí, en alguna parte, y hubiese estado buscando a Mamie todos estos años? ¿Y si viniera y eso la hiciera despertar?

—Eso es muy poco probable, cielo.

Annie me fulmina con la mirada.

—¡Vamos, mamá! ¿No crees en el amor?

Suspiro.

—Creo en el chocolate —digo, señalando los *pains au chocolat* que esperan para entrar en el horno— y creo que, si no apretamos el paso, no vamos a poder abrir a las seis.

—Es igual —refunfuña. Coge un par de agarradores y mete en el horno los cruasanes de chocolate. Pone en marcha el reloj y se vuelve hacia Alain, poniendo los ojos en blanco—. ¿Lo ves? Ya te había dicho yo que por la mañana es un mal bicho.

Alain ríe entre dientes.

—No creo que tu madre sea mala, querida —dice—. Me parece, más bien, que trata de ser realista y también, tal vez, de cambiar de tema.

—¿Y por qué cambias de tema, mamá? —me interpela Annie, con las manos apoyadas en las caderas.

—Porque no quiero que te hagas demasiadas ilusiones —le digo—. Lo más probable es que Jacob Levy ni siquiera esté vivo y, aunque lo estuviese, no hay ninguna garantía de que podamos encontrarlo.

Además, tampoco hay ninguna garantía de que haya estado esperando a mi abuela todos estos años. No quiero decirle a Annie que, incluso si, milagrosamente, consiguiéramos localizarlo, lo más probable es que esté casado con su cuarta esposa o algo por el estilo. Seguro que ha seguido adelante y ha superado lo de Mamie hace como setenta años, como suelen hacer los hombres. Aparte de que no da la impresión de que Mamie tardara mucho en superarlo de él.

Alain me mira con detenimiento y aparto la mirada, porque me da la incómoda sensación de que sabe exactamente lo que estoy pensando.

—¿Te puedo ayudar en algo, Hope? —pregunta al cabo de una pausa—. De niño solía trabajar en la panadería de mis padres.

Sonrío.

—Annie te puede enseñar a preparar la masa para las magdalenas de arándanos —le digo—, pero no te sientas obligado a ayudar. Me las puedo arreglar perfectamente yo sola.

—Nunca he dicho que no pudieras —dice Alain.

Enarco una ceja, pero ya se ha dado la vuelta para que Annie le ayude a ponerse un delantal.

—Entonces, o sea, si Mamie estaba tan enamorada de Jacob, ¿cómo es que se casó con mi bisabuelo? —pregunta Annie a Alain, cuando él se da la vuelta y agarra una bolsa de azúcar y la caja de arándanos regordetes que Annie ha retirado de la nevera—. No es posible que lo amara a él también, ¿no? —añade Annie—. Al menos no si Jacob era el único amor de su vida.

Pongo los ojos en blanco, pero, en realidad, a mí también me gustaría seguir creyendo que en la vida hay un único amor verdadero. Da la impresión de que Alain reflexiona sobre la pregunta mientras coge un bol grande y una cuchara de madera y se pone a mezclar el azúcar con la harina. Lo observo cuando incorpora la sal y la levadura en polvo. Annie le entrega cuatro huevos y se dispone a romperlos y añadirlos.

—Hay muchos tipos diferentes de amor en este mundo, Annie —dice por fin. Me mira a mí y después otra vez a mi hija—. No me cabe duda de que tu bisabuela también amaba a tu bisabuelo.

Annie se lo queda mirando fijamente.

—¿Qué quieres decir? Si Mamie estaba enamorada de Jacob, ¿cómo es posible que, o sea, también amara a mi bisabuelo?

Alain se encoge de hombros y echa en el bol un poco de leche y de nata agria. Lo bate enérgicamente con la cuchara de madera y después Annie lo ayuda a incorporar los arándanos.

—Algunas clases de amor son más fuertes que otras —responde Alain finalmente—, pero todas son reales. Hay amores que tratamos de aprovechar, aunque nunca acaban de quedar bien.

Me mira y yo aparto la mirada.

—También existe el amor entre buenas personas que se admiran mutuamente y, con el tiempo, llegan a quererse —continúa.

—¿Te parece que eso era lo que sentían Mamie y mi bisabuelo? —pregunta Annie.

Alain empieza a rellenar con cuidado los moldes de las magdalenas.

—Puede ser —dice—. No lo sé, Annie. Y también está el amor que todos tenemos la oportunidad de sentir, pero que pocos tenemos la inteligencia de ver o la valentía de aceptar: el tipo de amor que te cambia la vida.

—¿Es así como se querían Jacob y Mamie? —pregunta Annie.

—Creo que sí —dice Alain.

—Pero ¿qué quieres decir con que hay que ser inteligentes para verlo? —pregunta Annie.

Alain me vuelve a mirar y yo finjo que estoy ocupada llenando una bandeja de pequeños Star Pies. Me tiemblan un poco los dedos cuando doy la forma estrellada a la retícula de masa.

—Quiero decir que el amor nos rodea por todas partes —dice Alain—, pero que, a medida que nos hacemos mayores, nos resulta menos claro. Cuantas más veces nos han hecho daño, más nos cuesta ver el amor que tenemos delante o aceptar el amor en nuestro corazón y creer en él de verdad. Y, si no puedes aceptar el amor o no te decides a creer en él, nunca puedes llegar a sentirlo de verdad.

Annie parece confundida.

—¿Quieres decir que Mamie y Jacob se enamoraron porque eran jóvenes?

—No, creo que tu bisabuela y Jacob se enamoraron porque estaban hechos el uno para el otro —responde Alain— y porque no salieron corriendo. No le tuvieron miedo. No dejaron que sus propios temores se interpusieran. Muchas personas de este mundo nunca se enamoran así, porque ya tienen el corazón cerrado y ni siquiera lo saben.

Introduzco una bandeja de Star Pies en el horno más pequeño, a la izquierda, y hago un gesto de dolor porque, sin querer, me golpeo la mano con la puerta del horno. Suelto una palabrota entre dientes y pongo en marcha el temporizador.

—Mamá —pregunta Annie—, ¿tú querías así a papá?

—Claro que sí —respondo rápidamente, sin mirarla.

No quiero decirle que, si ella no hubiese sido concebida, jamás me habría casado con su padre. No fue mi amor por él lo que me hizo formar una familia, sino el amor por la vida que crecía en mis entrañas.

Pero ¿qué habrá pensado Mamie cuando conoció a mi abuelo? Debió de creer —supongo— que ya había perdido a Jacob y, en algún lugar del camino, también a su bebé. Su vida debió de parecerle tremendamente vacía. ¿La habrá empujado la soledad a los brazos de mi abuelo? ¿Cómo habrá podido acostarse con él por la noche, sabiendo que ya había conocido —y perdido— al gran amor de su vida?

—Entonces, si tanto querías a papá, ¿cómo es que os habéis divorciado? —pregunta Annie.

—A veces las cosas cambian —respondo.

—Pero no para Mamie y Jacob —dice Annie con confianza—. Apuesto a que siempre se han querido.

Apuesto a que se siguen queriendo.

En aquel momento, siento una gran tristeza por mi abuelo, un hombre cariñoso y amable, siempre dedicado a su familia. Me pregunto si se habrá dado cuenta de que su esposa, aparentemente, había entregado el corazón mucho antes de conocerlo.

Alzo la mirada y veo que Alain me observa pensativo.

—Nunca es demasiado tarde para encontrar el amor verdadero —dice, clavándome los ojos—. Lo único que hace falta es mantener el corazón dispuesto.

—Sí, claro —replico—, lo que pasa es que algunos no tenemos tanta suerte.

Alain mueve la cabeza arriba y abajo lentamente.

—O a veces tenemos mucha suerte, pero estamos demasiado asustados para darnos cuenta.

Pongo los ojos en blanco.

—Claro, como los hombres salen de quién sabe dónde para cortejarme...

Annie me observa a mí y después a Alain.

—Tiene razón. Nadie la invita a salir, salvo Matt Hines, que es, o sea, algo raro.

Siento que me ruborizo y carraspeo.

—Ya está bien, Annie —digo con brusquedad—. ¡Manos a la obra! Necesito que prepares el *strudel*, ¿de acuerdo?

—Es igual —murmura.

Aquella mañana abrimos mejor de lo que esperaba: con la ayuda de Alain, estamos listos para recibir a los clientes a las seis. Gavin pasa a eso de las 6.40, pero la tienda está llena, de modo que apenas tenemos tiempo para hablar mientras le doy el café, le agradezco otra vez su ayuda y le deseo un buen día de trabajo en la casa de Joe Sullivan.

Alain se queda conmigo cuando Annie se marcha a la escuela y, después de la hora punta de la mañana y de responder lacónicamente a las preguntas de una docena de clientes chismosos que querían saber dónde me había metido los tres últimos días, me quedo sola con él en la panadería.

—¡Uf! —dice Alain—. Llevas bien el negocio, querida.

Me encojo de hombros.

—Podría ir mejor.

—Puede ser —dice Alain—, pero creo que deberías estar agradecida por lo que tienes.

Lo que tengo es una deuda cada vez mayor y una hipoteca que no tardarán en reclamarme, con lo cual me quedaré sin negocio. Pero no se lo digo: no hay motivo para cargar a Alain con mis problemas, que imagino insignificantes en comparación con las preocupaciones de su vida, de todos modos. Me da la impresión de que algo debe de estar muy mal en mí para que me deje abrumar con tanta facilidad por pequeñeces.

El día pasa volando y Annie llega de la escuela con un montón de papeles en la mano.

—¿Cuándo vamos a ver a Mamie? —pregunta, mientras saluda a Alain con un abrazo.

—En cuanto cerremos —le digo—. ¿Por qué no empiezas a lavar los platos en el obrador? Tal vez hoy podamos cerrar un poco antes.

Annie frunce el ceño.

—¿Puedes lavar tú los platos? Tengo que hacer unas llamadas telefónicas.

Dejo de retirar los trozos de *baklava* del exhibidor y frunzo el ceño.

—¿Llamadas telefónicas?

Annie me muestra el fajo de hojas que tiene bien agarradas y pone los ojos en blanco.

—Ajá. A Jacob Levy.

Abro mucho los ojos.

—¿Has encontrado a Jacob Levy?

—Sí —dice Annie y baja la vista—. Bueno, vale, he encontrado a un montón de personas que se llaman Jacob Levy y, o sea, ni siquiera he contado a los que figuran como «J. Levy», pero los voy a llamar a todos hasta que encontremos al bueno.

Suspiro.

—Annie, cielo... —empiezo.

—¡Para, mamá! —dice con brusquedad—. ¡No seas negativa, como siempre! Lo voy a encontrar y no me lo puedes impedir.

Abro y cierro la boca, impotente. Espero que esté en lo cierto, pero me da la impresión de que tiene delante centenares de números de teléfono. No me extraña: seguro que Jacob Levy es un nombre bastante corriente.

»¿Vale? ¿Puedo usar el teléfono de atrás?

Hago una pausa y asiento.

—De acuerdo, siempre que todos los números sean de Estados Unidos.

Annie me sonrío y se va brincando al obrador.

Alain me mira risueño y se pone de pie para seguirla.

—Echo de menos ser joven y hacerme ilusiones —dice—. ¿Tú no?

Desaparece en el obrador detrás de mi hija y, allí de pie, me siento como Ebenezer Scrooge. ¿Cuánto hace que he dejado de ser joven y de hacerme ilusiones? No pretendía aguarle la fiesta a Annie; solo quiero que aprenda a ser un poco más realista. Cuando uno espera demasiado, se hace daño: lo tengo comprobado.

Suspiro y sigo guardando los productos de la panadería en recipientes herméticos para congelarlos durante la noche. El *baklava* hecho a última hora de la mañana aguantará un par de días más; las magdalenas y las galletas irán al congelador y calculo que mañana por la mañana podría aprovechar al menos uno de los *strudel*. Nuestros donuts caseros solo se conservan frescos un día y por eso suelo hacer una sola variedad todas las mañanas; los de azúcar y canela de hoy han desaparecido casi todos y, a menos que aparezca otro cliente en los próximos minutos, es probable que los tres que quedan acaben en la cesta que llevo todos los días al refugio para mujeres.

Oigo a Annie en la habitación contigua hablando por teléfono; supongo que pregunta a una persona tras otra si conocen a un Jacob Levy que vino de Francia después de la Segunda Guerra Mundial. Oigo que Alain le comenta cosas en voz baja entre una llamada y otra y me pregunto qué le dirá. ¿Le contará historias de Jacob para que no pierda la confianza? ¿O será responsable y le recordará que esta podría ser una misión imposible y que no debería hacerse demasiadas ilusiones?

Acabo de vaciar los exhibidores de la panadería y empiezo a llevar los pasteles al congelador industrial. Me pongo a lavar las fuentes de horno, las bandejas para magdalenas y los moldes de los pastelillos, mientras Annie habla con voz más alta, para que no la tape el ruido del agua corriente.

—Hola, me llamo Annie Smith —la escucho decir alegremente en el teléfono— y estoy buscando a un tal Jacob Levy que tendría que tener, o sea, ochenta y siete años. Es francés. ¿Hay allí algún Jacob Levy con estas características? Vale, gracias de todos modos. Sí, adiós.

Cuelga y Alain le murmura algo. Ella ríe, coge el teléfono y repite exactamente las mismas palabras en la siguiente llamada.

Cuando, después de atender a una clienta de última hora —Christina Sivrich, del grupo de teatro local, que me pidió dos docenas y media de galletas para llevar mañana a una fiesta de la clase de su hijo de seis años, Ben—, me dispongo a marcharme de la panadería para ir al hospital, Annie ha hecho tres docenas de llamadas.

—¿Estás lista? —le digo, mientras me seco las manos en un paño de cocina y cojo las llaves del gancho que hay junto a la puerta de la cocina.

—¿Puedo hacer una más, mamá? —pregunta Annie.

Miro el reloj y asiento con la cabeza.

—Una sola. Mira que hemos de llegar al hospital dentro del horario de visitas, ¿de acuerdo?

Me apoyo en la encimera y la oigo soltar su rollo una vez más. Parece afligida cuando cuelga.

—Aquí tampoco —murmura.

—Annie, solo has llegado a la tercera página —le recuerda Alain—. Tenemos muchos más Jacob Levy para probar mañana y, además, mira a todos los J. Levy que tienes en la lista.

—Supongo que sí —dice Annie.

Suspira, se baja de la encimera de un salto y deja la lista junto al teléfono.

—No te preocupes, Annie —le digo, tratando de contagiarme de su optimismo—. Tal vez lo encuentres.

Por la mirada fulminante que me dirige, me doy cuenta de que empieza a perder las esperanzas.

—Es igual —dice—. Vamos a ver a Mamie.

Alain y yo intercambiamos miradas de preocupación y salimos tras ella.

Capítulo 18

Durante varios días, nada cambia. Mamie permanece inmóvil. Gavin pasa todas las mañanas a buscar una taza de café y una pasta y pregunta por el estado de mi abuela. Alain viene temprano con Annie, me ayuda a mí durante el día y después le hace compañía por la tarde, cuando mi hija arremete con una serie de llamadas telefónicas infructuosas. Cuando cerramos la tienda, los tres acometemos el trayecto de treinta minutos hasta el hospital, en Hyannis, para pasar noventa minutos junto al lecho de Mamie. Lo único bueno de todo esto es que, gracias a Dios, se ha acabado la temporada turística, de modo que hay muy poco tráfico en la Ruta 6 que nos conduce hasta el extremo sudoccidental del cabo Cod y de vuelta a casa.

En la habitación del hospital, Alain coge la mano de Mamie y le murmura cosas en francés, mientras Annie y yo nos sentamos en sendas sillas delante de la cama. De vez en cuando Annie se levanta para situarse junto a Alain y acaricia el cabello de Mamie mientras él le habla despacio. No me decido a participar. Me siento extrañamente vacía. La última persona en la que puedo confiar se me está escurriendo y no puedo hacer nada para impedirlo.

El domingo cierro temprano, a la una, y Alain me pide que lo lleve al hospital.

—¿Quieres venir tú también? —pregunto a Annie.

Se encoge de hombros.

—Tal vez más tarde, pero hoy quiero seguir llamando a más Levy de mi lista. ¿Me puedo quedar en casa mientras tú llevas al tío Alain?

Vacilo.

—De acuerdo, pero no le abras la puerta a nadie.

—Por Dios, mamá, ya no soy una cría —dice Annie, mientras coge el teléfono.

En el coche, en el camino hacia Hyannis, Alain me habla de un restaurante de París que les gustaba mucho a él y a Mamie, antes de la guerra. Él no era más que un niño y Mamie ni siquiera era adolescente. El propietario siempre se acercaba a las mesas después de la comida y preparaba unas creps especiales para los niños, con chocolate, azúcar moreno y plátanos. Mamie y Alain reían y señalaban con el dedo, mientras el dueño flambeaba las creps frente a ellos y después simulaba que no las podía apagar.

—Era una época hermosa —dice Alain—, cuando no importaban las preferencias religiosas de cada cual, antes de que todo cambiara. —Hace una pausa y añade—: La noche que se llevaron a mi familia, pasé corriendo por delante de aquel restaurante. El propietario estaba fuera, observando a toda la gente que conducían por la calle hacia la muerte. ¿Y sabes una cosa? Sonreía. A veces, todavía veo aquella sonrisa en mis pesadillas.

Se queda mirando por la ventanilla el resto del trayecto.

En el hospital, me siento un rato con Alain junto a la cama de Mamie, mientras él le susurra.

—¿Te parece que te oye? —le pregunto antes de marcharnos.

Sonríe.

—No lo sé, pero me siento mejor si hago algo que si no hago nada. Además, le cuento historias de nuestra familia, unas historias que no me permito recordar desde hace setenta años. Si algo la puede hacer volver, seguro que será esto. Quiero que sepa que el pasado no se ha perdido, que no se ha olvidado, aunque ella haya venido aquí y haya tratado de borrarlo.

Cuando regreso a casa una hora más tarde, después de dejar a Alain en la biblioteca, como me ha pedido, Annie está sentada con las piernas cruzadas en medio del salón, con el teléfono inalámbrico en la oreja y diciendo:

—Ajá... ajá... ajá... De acuerdo.

Por un momento se me iluminan los ojos: ¿Habrá encontrado a Jacob Levy? Después de todo, lo que dice no acaba con la típica disculpa por haber llamado a un Levy equivocado, pero entonces se vuelve y le veo la cara.

—Pues sí, de acuerdo —la escucho decir—. Es igual.

Corta la comunicación y arroja el teléfono al suelo.

—¿Cielo? —le pregunto tímidamente. Me he detenido en la puerta entre la cocina y el salón y la miro con preocupación—. ¿Hablabas con alguno de los Levy?

—No —dice.

—¿Era una de tus amigas?

—¡No! —dice, esta vez con voz más tensa—. Era papá.

—Vale —digo—. ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

Permanece en silencio un buen rato, mirando la alfombra, y me doy cuenta de que hace millones de años que no le paso el aspirador. Las tareas domésticas no son uno de mis fuertes. Sin embargo, cuando alza la mirada hacia mí, parece tan enfadada que doy un paso atrás sin querer.

—¿Me puedes decir por qué nos has metido en esto? —me interpela.

Se pone de pie en un santiamén y los puños cerrados quedan junto a sus piernas largas y delgadas, que aún no han dejado de ser las de una niña para convertirse en las de una mujer joven.

Parpadeo, sorprendida.

—¿En qué nos he metido? —pregunto, antes de que se me ocurra que, en calidad de madre, debería decirle que no me puede hablar de aquella manera.

Sin embargo, ya se ha disparado.

—¡En todo! —grita.

—¿A qué te refieres, cielo? —pregunto con cautela.

—¡A que no vamos a encontrar nunca a Jacob Levy! ¡Es imposible! ¡Y ni siquiera te importa!

Me da un poco de pena. Le he vuelto a fallar, por no haberla preparado mejor para la probabilidad de que aquello sea como buscar una aguja en un pajar, que Jacob podría estar muerto o que tal vez haya desaparecido porque no quiere que nadie lo encuentre. Sé que Annie prefiere creer en el amor verdadero que dura para siempre —es probable que necesite un antídoto contra el asiento de primera fila que ha ocupado durante el desmoronamiento de mi matrimonio—, pero yo había esperado no tener que abrirle los ojos y decirle la verdad tan pronto. Cuando yo tenía doce años, también creía en el amor verdadero. Hasta que fui mayor no me di cuenta de que todo era una patraña.

Trago saliva.

—Claro que me importa, Annie —empiezo—, pero cabe la posibilidad de que Jacob no esté...

Me interrumpe antes de que las palabras salgan de mi boca.

—¡No es solo eso! —exclama. Sigue agitando los brazos largos y delgados y no se da cuenta de que la correa rosa de su reloj de pulsera se le queda enganchada en el pelo un minuto. Se limita a pegar un tirón para soltarlo y pone un breve gesto de dolor antes de continuar—: ¡Es todo! ¡Lo arruinas todo!

Suspiro.

—Annie, si me lo dices por los días que estuve en París, ya te he dicho lo mucho que aprecio que fueses tan responsable durante mi ausencia.

Pone los ojos en blanco y golpea con fuerza el pie izquierdo contra el suelo.

—¡Ni siquiera sabes de lo que estoy hablando! —dice y me fulmina con la mirada.

—De acuerdo, ¡supongo que soy imbécil! —digo. Finalmente siento que pierdo los estribos. Hay un límite estrecho entre afligirme por mi hija y molestarme por su comportamiento y siento que en este momento estoy flotando por encima de ese límite—. ¿Qué es lo que he hecho mal esta vez?

—¡Todo! —grita.

Se le enrojece el rostro y, por una fracción de segundo, en un *flash-back* extraño y fugaz, me veo con ella en brazos, cuando era bebé y tenía retortijones, tratando de calmarla en plena noche para que Rob —él siempre tenía entre manos algún caso importante para el que tenía que descansar— pudiera dormir. ¿Por qué le permití que me tratara así? Creo que, durante los tres primeros meses, no dormí más de dos horas seguidas, mientras que él siempre parecía conseguir como mínimo seis horas de sueño. Muevo la cabeza de un lado a otro y vuelvo a centrarme en mi hija.

—¿Todo? —pregunto con cautela.

—¡Todo! —repite enseguida—. ¡No querías a papá lo suficiente para que vuestro matrimonio funcionara! ¡No lo querías como Mamie y Jacob! ¡Y ahora mi vida es un desastre! ¡Por culpa tuya!

Me siento como si me hubiera pegado un puñetazo en el estómago y por un momento me quedo sin aire. La miro fijamente.

—Pero ¿qué dices? —pregunto, cuando por fin recupero la voz—. ¿Ahora me vas a echar a mí la culpa del divorcio?

—¡Claro que sí! —chilla. Se lleva las manos a las caderas y vuelve a golpear el pie contra el suelo—. ¡Todo el mundo sabe que la culpa es tuya!

Tampoco estoy preparada para lo duras que me resultan sus palabras.

—¿Cómo?

—Si hubieses querido a papá, ¡él no estaría viviendo del otro lado del pueblo ni tendría una novia boba que me detesta! —dice Annie.

Entonces lo comprendo: esto no tiene que ver con Rob y conmigo, sino con la manera en que la nueva novia de Rob hace sentir a Annie y, aunque mi hija me está causando mucho daño en este momento, estoy más dolida por ella que por mí misma.

—¿Por qué dices que su novia te detesta? —pregunto con suavidad.

—¿Y a ti qué te importa? —farfulla Annie, desinflándose de pronto.

Arquea la espalda hacia delante y cruza los brazos sobre el pecho, mientras encorva los hombros. Mira al suelo.

—Me importa, porque te quiero —digo al cabo de un momento—, y tu papá te quiere y, sea quien sea esta mujer, si se comporta como si no le cayeras bien, es obvio que está chiflada.

—Es igual —murmura Annie—. A papá no le parece que esté chiflada. Según él, Sunshine es perfecta.

Respiro hondo. Muy propio de Rob. Es como un niño pequeño: se extasía por un tiempo con cosas nuevas y brillantes. Coches, casas, ropa, barcos y, en otro tiempo, yo. Sin embargo, yo sé la verdad —que estos caprichos siempre son pasajeros—, pero Annie es lo único en su vida que —se supone— ha de ser permanente.

—Seguro que tu papá no la considera perfecta —le digo—. Él te quiere, Annie. Si ella hace algo que te molesta, díselo a tu padre. Él lo arreglará.

No espero demasiado de Rob en estos momentos, pero como mínimo espero eso.

Sin embargo, Annie se queda mirando al suelo.

—Es que se lo he dicho —dice en voz baja.

Ya no hay ira en su voz y los brazos le caen flácidos e inertes. Agacha la cabeza y no me mira a los ojos.

—¿Y qué ha dicho él? —pregunto.

—Ha dicho que tengo que aprender a respetar más a las personas mayores —dice Annie y suspira— y que tengo que aprender a llevarme mejor con Sunshine.

Me hierve la sangre y cierro los puños. Annie no es perfecta y no me extrañaría nada que se las haga pasar canutas a la nueva novia de su padre, pero aquello no es excusa para que Rob se ponga del lado de su novia y en contra de su hija, sobre todo cuando es probable que a Annie le provoque confusión que su padre tenga una nueva pareja tan pronto.

—¿Qué es exactamente lo que hace Sunshine para hacerte pensar que no le caes bien? —pregunto con cautela.

Annie se carcajea y eso la hace parecer mayor y más fuerte de lo que es.

—Qué es lo que no hace, más bien —dice con desdén y aparta la mirada. Cuando vuelve a hablar, lo hace con tristeza—: Jamás me dirige la palabra. Habla con papá, como si yo fuera invisible, ¿no? A veces se ríe de mí. El otro día me dijo que la ropa que llevaba era estúpida.

—¿Te dijo que tu ropa era estúpida? —repito, incrédula—. ¿De verdad dijo que era estúpida?

Annie asiente con la cabeza.

—Pues sí y el otro día, cuando ella se marchó y traté de hablarlo con papá, me pareció que él lo entendía. Me pareció, o sea, que se había enterado, pero esa noche, cuando volví a casa después de la panadería, fui al cuarto de baño, ¡a mi cuarto de baño!, y allí, encima de la repisa, había un collar de plata que él le había comprado a Sunshine con una nota que él le había escrito, que decía: «Lamento que Annie te haya hecho sentir mal con lo que te dijo. Me encargaré de eso. No quiero que te haga sufrir».

Me la quedo mirando fijamente.

—¿Le contó a ella lo que le dijiste? —pregunto.

Annie asiente.

—Y, encima, va y la compra un regalo —dice y escupe la última palabra como si le diera asco—. ¡Un regalo! Para que se sienta mejor. ¿Y entonces qué hace ella? Lo deja en mi cuarto de baño, como si fuera un error, pero yo sé que lo hizo adrede: para demostrarme, o sea, que papá siempre la elegiría a

ella antes que a mí.

—Estoy segura de que no es así —murmuro.

Pero claro que lo es. Me da la impresión de que Sunshine es una arpía manipuladora. A mí no me importa, si lo que pretende es manipular a mi ex —ya no me corresponde ocuparme de él y, para ser sincera, pienso que ya era hora de que alguien lo manipulara y lo usara a él—, pero lo que no soporto es una mujer que se toma la molestia de hacer daño a una niña de doce años y, si la niña de doce años es hija mía, me pongo hecha un basilisco.

—¿Y qué dijo tu padre? —le pregunto a Annie—. ¿Le dijiste que habías encontrado el collar?

Asiente lentamente y mira hacia abajo.

—Me dijo que no debía hurgar en las cosas de Sunshine. Traté de decirle que ella lo había dejado bien a la vista en mi cuarto de baño, pero no me creyó. Pensó que yo, o sea, que había fisgado en su bolso, ¿no?

—Entiendo —digo, tensa, y respiro hondo—. De acuerdo. Vamos a ver, cielo, es evidente que a tu padre se le ha ido la olla. No hay absolutamente ningún motivo para poner a nadie por delante de una hija y menos a una zorra como Sunshine.

Annie me mira impresionada.

—¿La has llamado «zorra»?

—La he llamado «zorra» —confirmo—, porque es evidente que lo es. Ya hablaré con tu padre al respecto. Comprendo que te cueste entenderlo así, pero esto no tiene nada que ver contigo. Lo que pasa es que él es inseguro e insensato. Te garantizo que, dentro de seis meses, Sunshine habrá desaparecido del mapa. Los intereses de tu padre son efímeros. Créeme. Mientras tanto, no tiene ninguna excusa para tratarte de esta manera ni para dejar que ninguna imbécil te trate de esta manera y me voy a ocupar de eso. ¿De acuerdo?

Annie me mira fijamente, como si no estuviera segura de si creerme o no.

—De acuerdo —dice por fin—. ¿De verdad vas a hablar con él?

—Sí —le digo—, pero basta ya de echarme a mí la culpa de todo, ¿eh, Annie? Esto no puede seguir así. Ya sé que estás disgustada, pero no me puedes usar a mí como cabeza de turco.

—Ya lo sé —murmura.

—Y el divorcio no ha sido culpa mía —digo—. Tu padre y yo hemos dejado de querernos. La cosa ha sido bastante pareja, ¿vale?

En realidad, no había sido pareja en absoluto. Daba la impresión de que me había dejado pisotear durante una década hasta que por fin me di cuenta y decidí hacer valer mis derechos y entonces resultó que a la persona que me había estado pisoteando no le gustó que su felpudo mostrara un poco de dignidad. Sin embargo, no hace falta que Annie sepa todo esto. Quiero que ella siga queriendo a su padre, aunque yo ya no lo quiera más.

—Eso no es lo que dice papá —musita Annie, mirando hacia abajo—. Ni papá ni Sunshine.

Muevo la cabeza de un lado a otro, incrédula.

—¿Y qué es lo que dicen tu padre y Sunshine?

—Que has cambiado —dice—, que has dejado de ser la misma y que, cuando cambiaste, dejaste de quererlo.

Desde luego que su padre tiene razón, en cierto modo: sí que he cambiado. Aunque eso no significa que el divorcio sea culpa mía. Sin embargo, no se lo explico a Annie, sino que me limito a decir:

—Ajá, pero creer lo que dicen un par de idiotas es una idiotez, ¿no te parece?

Ríe:

—Pues sí.

—De acuerdo —le digo—. Hablaré con tu padre. Lamento que él y su novia te hagan daño y lamento que estés disgustada por lo de Mamie en este momento, pero, Annie, ninguna de estas cosas te da derecho a decirme cosas horribles.

—Perdona —murmura.

—Está bien —le digo.

Respiro hondo. No me gusta hacer el papel de mala, sobre todo cuando está recibiendo de todos lados, pero, por ser su madre, no puedo pasar por alto su conducta.

—Chicuela, lamento comunicarte que estarás castigada dos días. Y tampoco podrás usar el teléfono.

—¿Me vas a castigar? —dice, incrédula.

—Ya sabes que no me tienes que hablar de esa manera —le digo— ni cabrearte conmigo. La próxima vez que algo te aflija, vienes y me lo cuentas, Annie. Siempre puedes contar conmigo.

—Ya lo sé. —Hace una pausa y me mira con angustia—: Oye, ¿eso significa que no puedo seguir llamando a los Levy?

—Durante los próximos dos días, no —le digo—. Puedes volver a comenzar el martes por la tarde.

Se queda boquiabierta.

—¡Qué mala eres! —dice.

—Ya me lo han dicho.

Me fulmina con la mirada.

—¡Te odio!

Suspiro.

—Vale y tú también eres un encanto —respondo—. Ve a tu habitación. Me voy a hablar con tu padre.

Cuando llego a la casa en la que vivía, lo primero que advierto es que las rosas japonesas rosadas del jardín delantero, que durante ocho años cuidé con tanto esmero y ternura, han desaparecido. Todas. Estaban allí la última vez que vine, hace pocas semanas.

Lo segundo que advierto es que en el jardín hay una mujer vestida con la parte superior de un bikini rosado y unos pantalones vaqueros cortos, aunque al aire libre no debe de hacer más de trece grados. Es por lo menos una década más joven que yo y lleva el largo cabello rubio recogido en una coleta alta que —da la impresión— debe de producirle un dolor de cabeza brutal. Ojalá. No puedo por menos de suponer que aquella ha de ser Sunshine, la reciente torturadora de mi hija. De repente, lo que quiero más que nada en el mundo es acelerar a fondo y aplastarla contra el suelo. Afortunadamente, no soy una asesina, de modo que me abstengo. Sin embargo, reconozco que, como mínimo, me gustaría tirarle de la coleta desenfadada hasta hacerla chillar.

Aparco y quito la llave de contacto. Cuando me apeo del coche, se pone de pie y me mira.

—¿Y tú quién eres? —pregunta.

«¡Guau! —pienso—. Se merece un sobresaliente por sus modales».

—Soy la madre de Annie —respondo con decisión— y tú debes de ser... ¿Cómo era? ¿Raincloud^[1]?

—Sunshine —me corrige.

—Ah, es verdad —digo—. ¿Está Rob?

Se pone la coleta sobre el hombro derecho y después sobre el izquierdo.

—Sí —dice finalmente—. Está, o sea, dentro.

¡Ajá! Conque habla como si tuviera doce años. No me extraña que quiera competir con mi hija: es obvio que tienen el mismo grado de madurez. Suspiro y me dirijo hacia la puerta.

—¿Ni siquiera me vas a dar las gracias? —me grita.

Me vuelvo y le sonrío:

—Pues no.

Toco el timbre y Rob sale a la puerta al cabo de un momento, vestido solo con un traje de baño. ¿Acaso será el día de andar desnudos? ¿No se dan cuenta de que está previsto que las temperaturas bajen de diez grados esta noche? He de reconocer que se pone algo nervioso al verme.

—Ah, hola, Hope —dice. Retrocede unos pasos, coge una camiseta de la cesta de ropa para lavar que hay junto al lavadero, al lado del pasillo de la entrada, y se la pone enseguida—. No te esperaba. Ejem, ¿cómo está tu abuela?

Su preocupación, fingida o no, me sorprende por un momento.

—Bien —digo rápidamente, pero después muevo la cabeza—: No, no está bien; no sé por qué te he dicho lo contrario. Sigue en coma.

—Lo lamento —dice Rob.

—Gracias.

Nos quedamos allí de pie un momento, mirándonos el uno al otro, hasta que Rob recuerda sus modales.

—Perdón, ¿quieres entrar?

Asiento con la cabeza y se hace a un lado para dejarme pasar. Al entrar en mi antigua casa tengo la impresión de ingresar en una versión de mi vida anterior al estilo de *En los límites de la realidad*. Todo es igual, pero diferente. La misma vista de la bahía por los ventanales de atrás, aunque con cortinas distintas. La misma escalera en curva que conduce al primer piso, pero con el bolso de otra mujer en el rellano. Muevo la cabeza de un lado a otro y lo sigo hacia la cocina.

—¿Quieres tomar algo? ¿Té frío o un refresco? —me ofrece.

—No, gracias —digo y muevo la cabeza—. No me voy a quedar mucho. Tengo que ir a ver a Mamie, pero antes tengo que hablar de algo contigo.

Rob suspira y se rasca la coronilla.

—Oye, ¿es otra vez por lo del maquillaje? Creo que exageras, pero he intentado ser estricto sobre eso, ¿vale? El otro día vino a casa con pintalabios e hice que se lo quitara y me diera la barra.

—Te lo agradezco —le digo—, pero no he venido a hablar de eso.

—Entonces, ¿de qué? —pregunta, abriendo mucho los brazos.

Nos quedamos allí de pie un momento, mirándonos fijamente, sin que ninguno dé ningún paso para sentarnos o relajarnos.

—De Sunshine —digo con voz inexpresiva.

Parpadea unas cuantas veces y sé, tan solo por aquella sencilla reacción, que sabe lo que le voy a decir y sabe que tengo razón. Es curioso que haber vivido una docena de años con alguien te permita

conocer todas sus tretas.

Ríe, incómodo.

—Vamos, Hope, si ya no hay nada entre tú y yo —dice—. No estarás celosa de que haya encontrado a alguien.

Me limito a mirarlo fijamente.

—Vamos, Rob, ¿crees en serio que he venido por eso?

Me sonrío un momento con suficiencia, pero, cuando no bajo la mirada, cambia de expresión y se encoge de hombros.

—No lo sé. ¿Por qué has venido?

—Mira —le digo—, me da igual con quién salgas, pero lo que me afecta es que eso tenga consecuencias negativas para Annie, y estás saliendo con una mujer que, aparentemente, piensa que tiene que competir con Annie por tu afecto.

—No compiten por mi afecto —dice Rob.

Sin embargo, por la ligera elevación de las comisuras de sus labios, me da la impresión de que es plenamente consciente de lo que pasa y que aquello le produce una euforia egoísta y enfermiza. Me arrepiento por enésima vez de no haber advertido, a los veinte años, que tener una hija con un egoísta supondría que la criatura siempre tendría que sobrellevar su egoísmo. Entonces era demasiado ingenua para darme cuenta de que no se puede cambiar a un hombre y mi hija está pagando por ese error.

Cierro los ojos un instante y trato de armarme de paciencia.

—Annie me ha hablado de un collar de plata que encontró a la vista en su cuarto de baño, donde es evidente que Sunshine lo dejó, junto con tu nota, para refregarle por las narices que la prefieres a ella.

—Yo no prefiero a nadie —protesta Rob, pero parece incómodo.

—Es que ese es el problema —le digo—. Tú eres el padre de Annie y eso es muchísimo más importante que lo que seas para la chavala con la que sales hace como treinta y cinco segundos. Tendrías que preferir a Annie. Siempre. En cualquier situación. Y si Annie se equivoca, claro que se lo tienes que hacer saber, pero no haciéndola sentir que prefieres a otra persona antes que a ella. Eres su padre, Rob, y, si no empiezas a comportarte como tal, la vas a destrozar.

—No pretendo hacerle daño —dice y, por el tono quejumbroso de su voz, sé que lo dice de verdad, aunque no sirva para nada.

—También tienes que prestar atención a la manera en que la tratan las personas que dejas entrar en tu vida —prosigo— y si sales con alguien que se esfuerza por hacerle daño a tu hija, ¿no te parece que algo no está bien? ¿En varios niveles distintos?

Rob mira hacia abajo y mueve la cabeza de un lado a otro.

—Tú no conoces toda la situación.

Se rasca la nuca, se vuelve y se queda mirando por el ventanal un buen rato. Sigo su mirada hasta un grupo de veleros blancos que se mecen sobre el horizonte perfectamente azul y me pregunto si estará pensando, como yo, en aquellos primeros días de nuestro matrimonio, cuando él y yo solíamos salir con la barca cerca de Boston sin ninguna preocupación.

Pero pienso también en que por aquel entonces yo estaba embarazada y me mareaba a menudo y en que Rob se limitaba a apartar la vista cuando yo vomitaba por la borda. Él siempre conseguía lo que quería —una esposa sumisa y servicial a su lado para dar la impresión de una pareja perfecta— y yo siempre dibujaba una sonrisa y le hacía caso. ¿Habría sido así durante todo nuestro matrimonio? ¿Se

podría resumir tan fácilmente como yo vomitando por la borda de un velero y Rob fingiendo no darse cuenta?

Nos volvemos el uno hacia el otro al mismo tiempo y me pregunto si, en algún nivel, será consciente de lo que pienso. Me sorprende porque inclina la cabeza y me dice:

—Lo siento. Tienes razón.

Me deja tan atónita que no sé qué decir. Creo que es la primera vez que reconoce algo desde que lo conozco.

—De acuerdo —digo, por fin.

—Me ocuparé de esto —dice—. Lamento haberle hecho daño.

—De acuerdo —repito.

Realmente estoy agradecida; no a él, que fue quien metió la pata y le hizo daño a mi hija, sino por que Annie no tenga que sufrir más y porque todavía tenga un padre que la quiera, aunque sea un poco y aunque haya que empujarlo en la dirección correcta para que actúe correctamente.

También estoy agradecida —y más de lo que había advertido aún— por haber dejado de convivir con mi ex. Mi error no consistió en dejar que el matrimonio acabase, sino en engañarme al pensar que me convenía casarme con él.

De pronto me pongo a pensar en todo lo que Alain me ha contado acerca de Mamie y Jacob y, con una claridad apabullante, me doy cuenta de que jamás —ni con Rob ni con nadie— he tenido nada que se pareciera ni remotamente a eso. Ni siquiera sé si creía en eso antes y por eso nunca me había dado cuenta de que me faltaba. Las historias de Alain me ponen triste, no solo por Mamie, sino también por mí misma.

Sonríó a Rob y advierto entonces que también estoy agradecida por algo más: me alegro de que me haya dejado ir; me alegro de que sintiera la necesidad de tener una aventura con una chica de veintidós años; me alegro de que se le ocurriera poner fin a nuestro matrimonio, porque eso significa que existe una pequeña posibilidad —de lo más remota— de que no sea demasiado tarde para mí, después de todo. Ahora solo tengo que encontrar la manera de creer en la clase de amor que menciona Alain.

—Gracias —le digo a Rob.

Sin decir nada más, me vuelvo y me dirijo hacia la puerta. Al salir, encuentro a Sunshine de pie en el jardín delantero, con las manos en las caderas y cara de enfadada. Me pregunto si habrá estado allí todo el tiempo, tratando de hilvanar una frase para decirme. En ese caso, no debo olvidarme de felicitar a Rob por haber escogido a aquella lumbrera.

—¿Sabes? No me puedes faltar al respeto en mi propia casa —dice Sunshine y vuelve a sacudir su larga coleta de atrás hacia delante, lo que le da el aspecto de un caballo testarudo que agita mucho la cola.

—Lo tendré en cuenta, si es que alguna vez voy a tu casa —le respondo, vivaracha—, pero, puesto que esta no es tu casa, sino la casa en la que he vivido la última década, te sugiero que te guardes tus comentarios.

—Vale, pues parece que ya no vives más aquí —dice y después menea las caderas de una forma extraña y me mira con suficiencia, como si hubiese dicho algo terriblemente demoledor, cuando en realidad no ha hecho más que reforzar mi sensación recién descubierta de fantástica libertad.

Le sonrío.

—Tienes razón —respondo—. Así es, gracias a Dios.

Atravieso el jardín, cruzando por donde solían estar mis adorados rosales, hasta quedar de pie frente a ella.

—Una cosa más, Sunshine —le digo con calma—: si haces algo, cualquier cosa, que haga daño a mi hija, dedicaré el resto de mi vida a asegurarme de que lo lamentes.

—Estás loca —murmura y da un paso atrás.

—¿Ah, sí? —le pregunto alegremente—. Pues, como me busques las cosquillas, te enterarás.

Mientras me alejo, la escucho murmurar a mis espaldas. Me subo al coche, enciendo el motor y salgo a la calle principal. Me dirijo al oeste, hacia Hyannis, porque pienso pasar el resto del día con Mamie, mientras empiezo a comprender las lecciones sobre el amor que no me había dado cuenta que me faltaban hasta ahora.

Capítulo 19

MAGDALENAS DE ARÁNDANOS ESTRELLA POLAR

Magdalenas

INGREDIENTES

Streusel para la cobertura (véase la receta a continuación)

½ taza de mantequilla

1 taza de azúcar granulado

2 huevos grandes

2 tazas de harina

2 cucharaditas de levadura química

½ cucharadita de sal

¼ de taza de leche

¼ de taza de nata agria

1 cucharadita de extracto de vainilla

2 tazas de arándanos

PREPARACIÓN

1. Precalentar el horno a 190 grados. Forrar con papel 12 moldes para magdalenas.
2. Preparar el streusel según las indicaciones que se dan a continuación y reservar.
3. En un bol grande, batir la mantequilla y el azúcar con la batidora eléctrica. Añadir los huevos, batiendo bien.
4. En otro bol, mezclar la harina, la levadura química y la sal. Añadir poco a poco los ingredientes secos a la mezcla de mantequilla y azúcar, alternando con la leche, la nata agria y el extracto de vainilla. Mezclar hasta conseguir una masa homogénea.
5. Incorporar con cuidado los arándanos.
6. Para hacer magdalenas extragrandes, llenar cada molde hasta arriba. Espolvorear con bastante streusel.
7. Hornear de 25 a 30 minutos o hasta que, al insertar en el centro de una magdalena la punta de un cuchillo, esta salga limpia. Dejar enfriar 10 minutos en la bandeja del horno y después pasar a una rejilla hasta que se enfríen por completo.

EL *STREUSEL* PARA LA COBERTURA

INGREDIENTES

½ taza de azúcar granulado

¼ de taza de harina

¼ de taza de mantequilla muy fría, cortada en cubitos

2 cucharaditas de canela

PREPARACIÓN

- Combinar todos los ingredientes en un robot de cocina e ir encendiendo y apagando rápidamente el aparato hasta que adquieran la consistencia de migas gruesas. Espolvorear sobre las magdalenas antes de hornearlas según las indicaciones anteriores.

Rose

Durante años, en la oscuridad de la noche de aquel pueblo idílico del cabo Cod, tan alejado de su lugar de procedencia, las imágenes volvían siempre a la cabeza de Rose. Espontáneas. Innecesarias. Imágenes que nunca había visto en persona, pero que, de todos modos, quedaban grabadas a fuego en su memoria. A veces, la imaginación pinta con más fuerza que la realidad.

Niños llorando a los que separan de sus madres de ojos inexpresivos.

Grupos de personas sucias que chillan mientras las lavan con mangueras.

El terror en el rostro de los padres en el preciso instante en el que se dan cuenta de que no hay vuelta atrás.

Largas filas de niños a los que arrean hacia la muerte de forma sistemática.

Y siempre, en aquellas imágenes que se representaban como una película interminable en su cabeza, las personas tenían la cara de sus familiares, sus amigos, sus seres queridos.

Y Jacob, Jacob, que la había amado. Jacob, que la había salvado. Jacob, a quien ella había enviado, como una tonta, a una muerte espantosa.

En el infierno oscuro de su estado de coma, las imágenes de sus seres queridos flotaban frente a ella como una película. Tantas veces había imaginado lo que les podía haber ocurrido que ahora lo visualizaba como si lo hubiese visto con sus propios ojos.

A la deriva en aquel mundo oscuro y submarino entre la vida y la muerte, veía cuando separaban violentamente a Danielle y a David de su madre —sus caritas surcadas de lágrimas, los ojos como platos por la confusión— y sus alaridos le resonaban en los oídos. Se preguntaba cómo habrían muerto. ¿Allí mismo, en el Vel' d'Hiv, a pocas manzanas de la torre Eiffel, a cuya sombra habían vivido toda su corta vida? ¿O después, apiñados en los vagones de tren donde faltaba el aire, de camino a campos como Drancy, Beaune-la-Rolande o Pithiviers? ¿O habrán llegado incluso hasta Auschwitz, para ser conducidos enseguida, en una fila ordenada, a una cámara de gas, donde, sin duda, habrán exhalado, aterrorizados, los últimos suspiros? ¿Habrán gritado? ¿Habrán comprendido lo que les estaba ocurriendo?

Maman y papa. ¿Los habrán separado en el Vel' d'Hiv o habrán seguido juntos hasta que los deportaron de Francia? ¿Cómo habrá aguantado *papa* que lo separasen violentamente de la familia que siempre había protegido con uñas y dientes? ¿Los habrá defendido? ¿Lo habrán golpeado los guardias

para castigar su obstinación? ¿O se habrá marchado voluntariamente, resignado ya al ver que todo era inútil? ¿Habrá quedado sola *maman*, con los niños apiñados alrededor y consciente de la terrible verdad: que ya no podría protegerlos? ¿Qué sentiríamos si nos diésemos cuenta de que ya no podemos controlar nuestro destino, que ya no está en nuestras manos proteger a los hijos por los que estaríamos dispuestos a morir?

Hélène. A Rose se le partía el corazón cada vez que pensaba en su hermana mayor. ¿Y si se hubiese esforzado más para tratar de hacerla entrar en razón? ¿Habría podido salvarla, si hubiese logrado convencerla de que el mundo había perdido toda lógica y se había vuelto loco? ¿Se habrá arrepentido Hélène en sus últimos momentos de no creer lo que le decía Rose? ¿O se habrá aferrado hasta el final a la esperanza de que tal vez solo se los llevaban para trabajar, en lugar de para morir? En cierto modo, Rose siempre se la imaginaba yéndose mientras dormía, sola y en paz, aunque por los «fantasmas» sabía que su fin había sido, probablemente, muy diferente. Cada vez que pensaba que, según lo que le habían contado, la habían matado a golpes solo porque estaba demasiado enferma para trabajar, Rose tenía que ir corriendo al cuarto de baño para vomitar y después tardaba días en volver a retener los alimentos.

Claude. Aunque solo tenía trece años, se había esforzado mucho por parecer un adulto, por aparentar que comprendía como un adulto, pero era un crío la última vez que Rose lo vio. ¿Se habrá vuelto el adulto que quería ser en los pocos días que pasó en el Vel' d'Hiv? ¿Se habrá visto obligado a comprender cosas que no debería haber sabido hasta muchos años después? ¿Habrá tratado de proteger a sus hermanos menores, a su hermana mayor o a su madre? ¿O habrá seguido siendo un crío, aterrorizado por lo que estaba ocurriendo? ¿Habrá llegado a ser trasladado a Auschwitz? ¿Habrá sobrevivido allí por un tiempo o lo habrán puesto en fila en cuanto llegó, por considerarlo demasiado joven o demasiado menudo para trabajar, y lo habrán enviado enseguida a la cámara de gas? ¿Qué habrá dicho con su último suspiro? ¿Qué habrá sido lo último que pensó?

Alain. El que Rose más quería y el que lo comprendía todo, aunque solo tenía once años. Era el que más pena le daba, porque, sin el manto de negación con el cual los demás habían logrado involucrarse, no había manera de aliviar el dolor. Lo habrá sentido en todo momento, porque se daba cuenta de todo, comprendía lo que estaba ocurriendo y creía en las advertencias apremiantes de Jacob. ¿Habrá tenido miedo? ¿O habrá madurado de golpe y habrá podido acomodarse con valentía para hacer frente a su destino? Era más fuerte que Rose, más fuerte que todos ellos. ¿Habrá aprovechado su valor para sobreponerse al terror? Rose estaba segura de que no había vivido mucho tiempo: era mucho más bajo que Claude, muy menudo para su edad, y ningún guardia en su sano juicio habría escogido a un niño tan pequeño para hacerlo trabajar. Cuando Rose cerraba los ojos por la noche, a menudo veía la carita de Alain, sus ojos sombríos, sus mejillas sonrosadas amarillentas, su hermoso cabello rubio afeitado, mientras esperaba el destino que sabía que lo aguardaba entre un millar de niños más, en la fría oscuridad de una cámara de gas en algún lugar de Polonia.

Además, estaba Jacob. Aunque habían pasado casi setenta años desde la última vez que lo vio, todavía conservaba nítido el recuerdo de su rostro, como si se hubiesen separado el día anterior. Con frecuencia lo imaginaba como lo vio el día que lo conoció, en los Jardines de Luxemburgo, en invierno. Sus alegres ojos verdes, su espesa cabellera castaña, la manera en que se habían mirado el uno al otro y habían sabido al instante lo que habían encontrado. Ella podía imaginar, en sus momentos más oscuros, el rostro de él, decidido y valiente, soportando la tortura en el Vel' d'Hiv, subiendo a algún transporte a un campo de tránsito o ingresando en Auschwitz. Sin embargo, a diferencia de los demás, no podía

visualizarlo muriendo. Era extraño, pensaba, pero tal vez fuera la manera que tenía su mente de protegerla, aunque ella no quería que la protegieran. Quería sentir el dolor de su muerte, porque se lo merecía.

Sin embargo, no eran aquellos los únicos momentos de la vida de Rose que le volvían a la cabeza mientras ella se alejaba cada vez más del mundo. Pensaba también en los momentos transcurridos después, los escasos momentos felices a lo largo de los años, cuando su corazón se había llenado de amor y felicidad, como le ocurría cuando era niña. Entonces, flotando en la oscuridad en lo profundo del coma, su pensamiento regresó a una mañana fría de mayo de 1975, uno de sus momentos preferidos.

Aquella mañana, cuando Rose despertó, vio que Ted ya se había ido a trabajar. Por lo general, ella se levantaba mucho antes del amanecer, pero aquella noche las pesadillas la habían arrastrado —a veces le pasaba— y la habían mantenido cautiva casi hasta las seis de la mañana. Cuando dormía hasta tarde, Ted la dejaba descansar y avisaba a Josephine para que fuera a abrir la panadería en lugar de su madre. Él no comprendía que ella no descansaba, sino que se tambaleaba en medio de un terror del cual nunca encontraba la salida y, como ella amaba a su esposo, no se lo decía. Él pensaba que, al casarse con ella y darle una buena vida, había contribuido a hacer desaparecer su pasado, como ella quería. A Rose ni se le ocurría decirle que, en los treinta y tres años transcurridos desde la última vez que vio a sus seres más queridos, los recuerdos, tanto los reales como los imaginarios, no se habían desvanecido en absoluto.

Rose se había mirado al espejo aquella mañana. A los cincuenta seguía siendo hermosa, aunque ella no se había visto así desde la última vez que la había mirado Jacob. Sabía que, para él, ella era algo especial y, sin él, se había marchitado como una flor privada de la luz del sol.

«Cincuenta años», pensó, mirando su imagen reflejada. Era su cumpleaños, pero nadie lo sabía. Según el visado con el que había llegado a Estados Unidos y que le proporcionó una identidad que no era la suya, había nacido dos meses después, en julio. El 16 de julio, en realidad, una ironía que no olvidaría jamás, porque aquel fue el día en el que se llevaron a su familia. Sabía que el 16 de julio Ted y Josephine le prepararían un pastel, una buena cena y le cantarían el feliz cumpleaños y ella sonreiría y desempeñaría bien su papel. Sin embargo, aquel día era solo para ella. Era el día en que había nacido Rose Picard, aunque Rose Picard había muerto en 1942.

A Rose no le gustaban los cumpleaños. No podía ser de otra manera. Cada uno la alejaba más del pasado, de la vida que llevaba antes de que se acabara el mundo, y durante los últimos años la había consumido la tristeza al advertir que se hacía mayor de lo que había llegado a ser ningún miembro de su familia. Su padre tenía cuarenta y cinco años cuando se lo llevaron. Aunque hubiese vivido dos años más en Auschwitz —ella sabía que era muy poco probable—, no habría pasado de los cuarenta y siete. *Maman* tenía apenas cuarenta y uno en 1942, la última vez que Rose la vio. A Rose, su madre le parecía muy mayor, pero ahora cuarenta y un años le parecían juveniles. Nunca había pensado que a su madre la habían arrancado en la flor de la vida, pero así era. Rose lo sabía entonces.

En aquel momento, la propia Rose tenía cincuenta años. Había vivido más que sus padres y había pasado casi el doble de tiempo en Estados Unidos que en Francia —diecisiete años en su tierra natal y treinta y tres en su país de adopción—, aunque había dejado de vivir hacía mucho tiempo. El resto había sido como un sueño, por el cual había pasado en trance, limitándose a cubrir las formas.

Aquella mañana se vistió y, en el trayecto a pie hasta la panadería, observó que la primavera había llegado pronto. Los árboles estaban verdes y por todo el cabo Cod se empezaban a abrir las flores. El

cielo azul celeste estaba despejado; era el tipo de cielo que anticipaba los días hermosos y Rose sabía que no tardarían en llegar los turistas y que su negocio tendría mucho trabajo. Aquello, supuestamente, debería alegrarla.

Se detuvo un momento fuera de la panadería y miró por el cristal a su hija, entretenida en introducir en el exhibidor una bandeja de minúsculos Star Pies. Tenía el cabello espeso y oscuro como su padre y el vientre redondo y grávido, como había estado el de Rose en una ocasión, hacía mucho. Dentro de un mes, Josephine también sería madre y comprendería que un hijo es lo más importante del mundo y que había que protegerlo a toda costa.

Rose nunca había podido contarle a su hija lo sucedido. Lo único que Josephine sabía era que su madre se había marchado de París cuando murieron sus padres, que se había casado con Ted y que al final se habían establecido allí, en el cabo Cod. Rose había querido contarle la verdad miles de veces, pero después reflexionaba y miraba alrededor, a la vida que tenía allí: su panadería, su preciosa casa y, sobre todo, su marido abnegado, que había sido un padre maravilloso para Josephine. Y todas las veces se había contenido para no echarlo todo a perder. Le daba la impresión de estar viviendo en una pintura preciosa y de ser la única que sabía que el mundo era fino como el papel y estaba hecho de pinceladas y sueños.

Por eso, durante toda su infancia, le había contado a Josephine cuentos de hadas: historias de reinos, príncipes y reinas con los que pretendía mantener vivo el pasado, aunque Rose fuera la única que lo supiera. Imaginaba que también le contaría los mismos cuentos a la hija de Josephine y eso la reconfortaba, porque era su forma de vivir en el pasado sin destruir el presente. Que siguieran creyendo que los cuentos eran la ficción y que todo lo demás era real: mejor así.

Rose estaba a punto de entrar en la panadería cuando, de pronto, vio que su hija se doblaba en dos, agarrándose la barriga, y que su hermoso rostro, tan parecido al de su padre, de golpe se retorció de dolor. Rose irrumpió en el local por la puerta principal.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó.

Cruzó la habitación volando, pasó detrás del mostrador y apoyó las manos en los hombros de su hija.

Josephine gimió:

—Mamá, es el bebé. Ya viene.

Rose abrió mucho los ojos, presa del pánico.

—Pero es demasiado pronto.

A Josephine le faltaban aún un mes y tres días.

Josephine volvió a doblarse en dos del dolor.

—Me parece que el bebé no lo sabe. Ya viene, mamá.

Rose experimentó una sensación de terror que ya conocía. ¿Y si le ocurría algo al bebé?

—Ahora llamo a tu padre —dijo—. Vendrá enseguida.

Rose sabía que era necesario llevar a su hija al hospital, pero nunca había aprendido a conducir, porque no le hacía falta: vivía a pocas manzanas de la panadería y, por lo general, no tenía que ir a ninguna otra parte.

—Dile que se dé prisa —le pidió Josephine.

Rose asintió con la cabeza, cogió el teléfono y llamó a Ted. Le explicó lo que ocurría rápidamente y con todo detalle y él prometió que saldría de la escuela y llegaría en diez minutos.

—Dile que la quiero y que estoy impaciente por conocer a mi nieta —dijo Ted antes de colgar.

Rose no transmitió su mensaje, aunque no sabía por qué.

Mientras esperaban, Rose trajo una de las sillas de la panadería para que Josephine se sentara y puso el cartel de «cerrado» en la puerta del frente. Vio a Kay Sullivan y Barbara Koontz, que la miraban desde fuera con cara rara, pero se limitó a señalar a Josephine, que respiraba con dificultad y tenía la cara roja y brillante, y ellas comprendieron. Sin embargo, no le ofrecieron ayuda, sino que se limitaron a apartar la vista y salir corriendo.

—Todo irá bien, *chérie* —dijo Rose, mientras se sentaba en una silla junto a su hija y le ponía una mano en la rodilla—. Tu padre no tardará en llegar.

Le habría gustado poder hacer algo más, confortarla mejor, pero hacía años que existía un abismo entre ellas, creado por la propia Rose, que no había sabido superar la frialdad de su corazón para llegar hasta su hija.

Josephine asintió, mientras jadeaba.

—Tengo miedo, mamá —dijo.

Rose también tenía miedo, pero no podía reconocerlo.

—Todo irá bien, cielo —dijo—. Tendrás un bebé sano y hermoso. Ya verás.

A continuación, aun sabiendo que lo lamentaría, Rose dijo algo que había de decirse:

»Mi querida Josephine, tendrás que avisar al padre del bebé.

Josephine levantó la cabeza de golpe y miró a su madre con ojos centelleantes.

—Eso no es asunto tuyo, mamá.

Rose respiró hondo, imaginó la vida que tendría aquel bebé sin un padre y no pudo soportarlo.

—Cielo, la criatura tiene que tener un padre, como lo tuviste tú. Piensa en lo importante que ha sido tu padre para ti.

Su hija la fulminó con la mirada.

—De ninguna manera, mamá. No es como papá. No quiere tener nada que ver con la vida de este bebé.

Rose, afligida, apoyó la mano en el vientre de su hija.

—Nunca le dijiste que estabas embarazada —dijo en voz baja—. Tal vez no sentiría lo mismo si lo supiera.

—No tienes ni idea —dijo Josephine. Hizo una pausa y se dobló en dos: otra contracción sacudió su cuerpo delgado. Cuando se enderezó, tenía el rostro rojo y transido de dolor—. Ni siquiera sabes quién es. Me abandonó.

Los ojos de Rose se llenaron de lágrimas inesperadas y tuvo que mirar hacia otro lado. Era culpa suya y lo sabía. A pesar de todas las cosas que tanto se había esforzado por hacerle llegar a su hija, de las lecciones que había tratado de recordar de su propia madre, en realidad solo había conseguido transmitirle frialdad, ¿no es cierto? Su corazón había dejado de existir —así de simple— aquel día oscuro y vacío de 1949, cuando Ted regresó y le dijo que Jacob había muerto. Josephine era pequeña entonces, demasiado pequeña para saber que aquel día había perdido a su madre.

En aquel momento, Rose se dio cuenta de que había fracasado en lo más importante de todo: había vuelto a su hija tan hermética y tan fría como ella.

—Necesitas a alguien que te cuide, que te quiera y que quiera al bebé —susurró Rose—, como tu padre nos quiere a ti y a mí.

Josephine miró a su madre con acritud.

—Mamá, ya no estamos en la década de 1940. Estoy muy bien sola y no necesito a nadie.

Entonces se produjo otra contracción y de pronto Ted llamó a la puerta principal, con la camisa arrugada y la corbata retorcida a un lado. Rose se puso de pie y atravesó la habitación para hacerlo entrar. Él dio un beso rápido a su mujer y le sonrió:

—¡Vamos a ser abuelos! —dijo.

Después cruzó la habitación hasta Josephine, se arrodilló a su lado y susurró:

—Estoy tan orgulloso de ti, cielo. Vámonos al hospital. Aguanta un poquito más.

El parto fue rápido y, a pesar de que el bebé había nacido con un mes de adelanto, el doctor salió a comunicarles que la niña era sana, aunque pesaba menos de lo normal, y que no tardaría en ir a conocer a sus abuelos. Rose y Ted oían pasar los minutos en la sala de espera y, mientras Ted caminaba de un lado a otro, Rose cerró los ojos y se puso a rezar: rezó para que aquella criatura que había nacido el día en que ella cumplía cincuenta años no fuera tan fría como ella ni como ella había hecho que fuera su propia hija; rezó para que los errores que había cometido con Josephine no se transmitieran al nuevo bebé, que era una tábula rasa, una nueva oportunidad, y rezó para que pudiera demostrarle al bebé que la quería, algo que nunca había podido hacer con su propia hija.

Transcurrió otra hora hasta que acudió una enfermera para hacerlos pasar. Josephine estaba en la cama, agotada pero sonriente, con su hija recién nacida en brazos. A Rose se le derritió el corazón al ver a aquella niña tan pequeña que dormía apaciblemente con una de sus manitas cerrada en un puño junto a la mejilla.

—¿Quieres cogerla en brazos, mamá? —preguntó Josephine.

Con lágrimas en los ojos, Rose asintió. Se situó al lado de su hija, que le entregó a la criaturita dormida. La cogió en brazos y de inmediato recordó lo natural que parecía abrazar a alguien tan pequeño que era parte de sí misma, parte de todo lo que ella quería. Sintió que la invadía el impulso de proteger a aquella criatura con tanta intensidad como la primera vez que tuvo en brazos a su propio bebé.

Rose bajó los ojos para mirar a su nieta y vio tanto el pasado como el futuro. Cuando la niña abrió los ojos, Rose dio un respingo. Por un momento, habría jurado que veía algo sabio y antiguo en los ojos de la recién nacida, pero después desapareció y Rose supo que solo lo había imaginado. Meció al bebé con suavidad y advirtió que ya la había enamorado. Rogó que se le concediera la fuerza suficiente para hacer las cosas bien aquella vez.

—Espero que... —murmuró Rose y se quedó mirando fijamente a la niña, sin acabar la frase.

Y no la acabó, porque no sabía qué podía esperar. Había millones de cosas que quería para aquella criatura, un millón de cosas que ella misma no había tenido nunca. Tenía todas las esperanzas del mundo para ella.

—¿Y ya sabes cómo la vas a llamar, cielo? —preguntó Ted.

Rose alzó la mirada y vio que su hija la observaba con extrañeza y que después, poco a poco, se le iba dibujando en el rostro una sonrisa.

—Pues sí —dijo Josephine—: la llamaré Hope.

Capítulo 20

El miércoles por la noche, Annie ha llamado a más de un centenar de números de su lista, pero todavía no ha encontrado ni rastro del Jacob Levy de Mamie. Cada vez me da más la impresión de que podríamos estar persiguiendo un fantasma. Cuando se ha ido a dormir, selecciono de la lista una docena de nombres de la costa oeste y los llamo, pero no tengo más suerte que ella. Todas las personas con las que consigo hablar me dicen que jamás han oído hablar de un Jacob Levy llegado de Francia en la década de 1940 o en la de 1950. Ni siquiera da resultado una búsqueda en internet de los registros de pasajeros que pasaron por Ellis Island.

A la mañana siguiente, Annie entra en la panadería con aspecto solemne unos minutos antes de las seis, mientras voy incorporando arándanos secos, trozos de chocolate blanco y nueces de macadamia fileteadas a un montón de masa dulce para hacer galletas.

—Tenemos que hacer más —anuncia, mientras arroja la mochila al suelo, donde cae con un ruido seco que hace que me pregunte fugazmente acerca del daño que le debe de estar haciendo a su espalda llevar de un lado a otro varios libros de texto pesados todos los días.

—¿Con respecto a Jacob Levy? —deduzco y, antes de que pueda responder, añado—: ¿Puedes empezar a sacar los pasteles descongelados, por favor? Voy un poco retrasada.

Asiente y se dirige al fregadero a lavarse las manos.

—Pues sí, con respecto a Jacob —dice; sacude las manos, se las seca en el paño de cocina con un *cupcake* azul que hay junto al fregadero y se vuelve—: Tenemos que encontrar alguna manera mejor de dar con él.

Suspiro.

—Annie, ya sabes que lo más probable es que resulte imposible.

Pone los ojos en blanco.

—¡Qué negativa eres siempre!

—Lo que pasa es que soy realista.

La observo, mientras empieza a sacar con cuidado los cuernos de gacela del recipiente hermético. Separa cada pasta de su envoltura de papel parafinado y la coloca en una bandeja para llevar al exhibidor.

—Creo que, si queremos encontrarlo, tenemos que investigar más.

Enarco una ceja.

—¿Investigar? —pregunto con cautela.

Asiente, sin advertir la nota de escepticismo en mi voz.

—Pues sí. Ya que no sirve de nada limitarnos a llamar a la gente, tenemos que, o sea, tratar de buscar en algunos documentos, ¿no?, y no solo en Ellis Island, porque podría haber llegado a cualquier parte.

—¿En qué documentos?

Me mira con irritación.

—Yo qué sé. La adulta eres tú. No me puedo ocupar yo de todo.

Se dirige con paso firme a la parte delantera de la panadería con la bandeja llena de cuernos de gacela y regresa enseguida al obrador para empezar a poner las rebanadas descongeladas de *baklava* sobre trozos de papel parafinado.

La observo por un momento.

—Lo único que quiero es que no te lleves una desilusión —le digo a Annie cuando regresa al obrador.

Me fulmina con la mirada.

—Eso no es más que el recurso que utilizas para escurrir el bulto —dice—. No puedes dejar de hacer las cosas solo porque podrías hacerte daño. —Mira el reloj—. Ya son las seis. Voy a abrir.

Asiento y vuelvo a mirarla mientras se va. Me pregunto si tendrá razón y, en ese caso, ¿cómo es que sabe tanto más que yo sobre la vida?

La escucho hablar con alguien al cabo de un momento y salgo para comenzar otro largo día de sonreír a los clientes, fingiendo que lo que más me agrada del mundo es envolver pastas para ellos.

Salgo del obrador y me sorprendo al ver a Gavin delante del mostrador, mirando los dulces que ya están en el exhibidor. Va mejor vestido de lo habitual, con pantalones caqui y una camisa de color azul claro. Annie ya se ha puesto a meter rebanadas de *baklava* en una caja para él.

—¡Hola! —le digo—. ¡Qué elegante vas hoy!

En cuanto salen las palabras de mi boca, me siento estúpida.

Sin embargo, se limita a sonreírme y dice:

—Me he tomado el día para ir al hogar de ancianos de North Shore. He venido a buscar unos pasteles para ellos. Cuando les llevo algo de comer, me reciben mejor.

Suelto una carcajada.

—Seguro que les caes bien tanto si les llevas algo de comer como si no.

Annie lanza un fuerte suspiro, como para recordarnos que sigue allí. Los dos la miramos y ella entrega a Gavin la caja, que ha dejado muy bonita, envuelta con una cinta blanca, mientras hablábamos.

—Dime, Annie —dice Gavin, dirigiendo su atención a ella—, ¿qué tal va la búsqueda de Jacob Levy?

—No demasiado bien —murmura Annie—. Nadie ha oído hablar de él.

—¿Has ido llamando a los nombres que figuran en tu lista?

—Son como centenares de nombres —dice Annie.

—Hummm... —dice Gavin—. ¿Y no habrá otra manera de buscarlo?

Annie se entusiasma.

—¿Como cuál?

Gavin se encoge de hombros.

—No lo sé. ¿Sabes su fecha de nacimiento? Si tuvieras su fecha de nacimiento, tal vez podrías buscarlo en internet.

Annie asiente, excitada.

—Pues sí, tal vez. Buena idea. —Espero que le dé las gracias, pero, en cambio, oigo que le suelta—: O sea, que eres judío.

—¡Annie! —exclamo—. No seas maleducada.

—No soy maleducada —dice ella—. Solo pregunto.

Observo a Gavin, que me guiña un ojo, lo cual hace que me sonroje un poco.

—Sí, Annie, soy judío. ¿Por?

—Es que no tengo ningún amigo judío —dice ella— y, ahora que sé que soy, o sea, judía, sentía curiosidad por saber, bueno, en qué consiste el «judeísmo».

—No se dice «judeísmo», sino «judaísmo» —le digo—. Además, tú no eres judía, Annie, sino católica.

—Ya lo sé —dice ella—, pero puedo ser las dos cosas. Mamie es las dos cosas. —Se vuelve otra vez hacia Gavin—. Entonces, o sea, ¿vas a la iglesia judía una vez a la semana?

Gavin sonríe.

—Se llama «templo» y no, no voy todas las semanas, aunque debería, supongo. Algunos viernes trabajo y otros, pues tengo muchas cosas que hacer. Eso no está bien, ¿verdad?

Annie se encoge de hombros.

—No lo sé. Nosotras, o sea, nunca vamos a ninguna iglesia, tampoco.

—Pues pensaba ir al templo mañana —prosigue él—. Puedes venir conmigo, Annie, si sientes curiosidad y si tu madre está de acuerdo.

Annie me mira con entusiasmo.

—¿Puedo ir, mamá?

Vacilo y miro a Gavin.

—¿Estás seguro? —le pregunto.

—Desde luego —dice—. Siempre voy solo. Estaría bien tener compañía. En realidad, voy a una sinagoga que queda en Hyannis. Si mañana vais a ver a tu abuela, puedo pasar a buscar a Annie por el hospital cuando acabe el horario de visita.

Annie me mira sonriente y me encojo de hombros.

—Por mí, no hay problema —digo—, si estás seguro de que no te molesta.

—En absoluto —dice Gavin—. Pasaré a buscarte mañana por la noche, ¿vale?

—Ideal —dice Annie—, gracias. Será genial, o sea, tener dos religiones al mismo tiempo.

Me la quedo mirando fijamente.

—¿Cómo has dicho?

Se siente incómoda.

—Quiero decir que es, o sea, como otra faceta mía, ¿no? —Como no digo nada, hace una pausa y pone los ojos en blanco—. Por Dios, mamá, ya sé que soy católica. No te subas por las paredes.

—No es eso —digo, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Quiero decir que me acabas de dar una idea sobre cómo podemos buscar a Jacob.

—¿Cómo? —pregunta Annie.

Ella y Gavin me miran con curiosidad.

—A través de organizaciones interconfesionales —digo con lentitud—. Si Jacob confió en un amigo cristiano para llevar al amor de su vida a una mezquita durante la guerra, evidentemente, se trata de alguien que respeta las demás religiones, ¿verdad?

Gavin asiente con la cabeza, pero Annie parece confundida.

—¿Y qué? —pregunta.

—Que podría ser que viniera a Estados Unidos y continuara con esa tradición, ¿no? —digo—. Tal vez pertenezca a una organización interconfesional en alguna parte.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Annie.

Gavin responde en mi lugar:

—Creo que lo que tu madre quiere decir es que tal vez Jacob se haya vinculado con alguna de esas organizaciones en las que las personas colaboran para el entendimiento interreligioso —dice—. Algo así como cuando personas de distintas religiones colaboraron en París para ayudar a salvar a tu bisabuela.

Annie no parece convencida.

—No lo sé —dice—. Parece una tontería, aunque supongo que vale la pena probar.

—Voy a llamar a algunas organizaciones interconfesionales —le digo a Annie.

—Y yo probaré a llamar a algunas sinagogas —dice Gavin—. Vosotras tratad de averiguar la fecha de nacimiento de Jacob, ¿vale?

Annie y yo asentimos con la cabeza. Gavin agradece a Annie las pastas con amabilidad, me sonrío y se vuelve para marcharse.

—Si averiguáis algo, me llamáis por teléfono, ¿vale? —dice Gavin, mientras se dirige a la puerta—. ¡Os veo a las dos mañana!

—¡Adiós! —dice Annie alegremente, saludándolo con la mano.

—Adiós —repito—. Y conduce con cuidado.

Sonríe una vez más, se vuelve y sale de la panadería.

—¡Qué majo es! —dice Annie, cuando se ha marchado.

—Pues sí —coincido. Carraspeo y reanudo los preparativos para la jornada—. Es majo.

Como Annie va a dormir a la casa de Rob esta noche y no he tenido demasiado trabajo, le envío un mensaje de texto para decirle que no hace falta que se moleste en venir después de la escuela, ya que puedo limpiarlo todo yo sola. Me llama desde la casa de su padre, en cuanto baja del autobús, y me cuenta, toda entusiasmada, que él le ha dejado una nota para decirle que estarán ellos dos solos y preguntándole si puede llevarla a cenar a un lugar especial.

—¡Qué estupendo, cielo! —le digo.

Me alegro, porque me da la impresión de que Rob se está esforzando por hacerla sentir importante. Tal vez lo que le dije el otro día sirva para algo, después de todo.

—Cuando vayas al hospital, ¿puedes saludar a Mamie de mi parte y decirle que iré a verla mañana? —pregunta Annie—. Por si te pudiera oír...

—Claro que sí, mi vida —le digo.

Después de cerrar, paso por casa a recoger a Alain y conversamos durante todo el trayecto hasta el hospital. Me doy cuenta de lo mucho que disfruto teniéndolo cerca: encaja a la perfección en nuestra vida. Algunos días me ayuda en la panadería; otras veces se pasa el día junto a la cama de Mamie, y en ocasiones —hoy, por ejemplo— se queda en casa y me sorprende haciendo tareas domésticas. Hace unos días, a mi regreso, encontré colgados en las paredes todos los cuadros enmarcados que tenía en el ático y hoy descubrí que había vaciado y ordenado la despensa y el congelador, que estaban casi vacíos, y había comprado más provisiones.

—Es lo menos que puedo hacer —respondió Alain, cuando lo encaré, incrédula—. No ha sido nada. Fui al supermercado en taxi.

En el hospital, sentados los dos junto a la cama de Mamie, Alain me coge la mano. Él le murmura un rato en francés y yo cumplo mi promesa y le transmito el mensaje de Annie, aunque no creo que Mamie pueda oírme a través de la niebla del coma. Sé que tanto Alain como Annie están convencidos de que ella sigue estando allí, pero yo no estoy tan segura. Me reservo mi impresión.

Mientras Alain le susurra a Mamie, me pongo a pensar en Gavin, sin saber muy bien por qué. Supongo que es solo porque ha sido tan servicial y porque me siento más sola que nunca.

Finalmente, Alain se echa atrás en su silla: parece que ha acabado de contarle lo que quería decirle. Mamie sigue durmiendo y su pecho estrecho sube y baja poco a poco.

—Parece tan plácida —dice Alain—, como si estuviera en algún sitio en el que fuese más feliz que aquí.

Asiento con la cabeza y parpadeo para hacer desaparecer las lágrimas que me asoman de pronto a los ojos. Parece estar en paz, sin duda, pero eso no hace más que confirmar mi idea de que ya no está aquí y me dan ganas de llorar.

—Alain —digo al cabo de un momento—, tú no sabrás la fecha de nacimiento de Jacob, ¿verdad?

Alain sonríe y mueve la cabeza de un lado a otro. Por un momento, pienso que me está diciendo que no la sabe, pero al final dice:

—En realidad, sí que la sé. Rose y yo lo conocimos la víspera de su decimosexto cumpleaños.

Me inclino hacia delante con interés:

—¿Cuándo?

—El día de Nochebuena de 1940. —Alain cierra los ojos y sonríe—. Rose y yo íbamos caminando por los Jardines de Luxemburgo. Yo la había acompañado a visitar a una amiga en el barrio latino y teníamos prisa por llegar a casa antes del toque de queda, porque los alemanes querían que todos los parisinos estuviéramos en casa con las cortinas opacas echadas.

»Pero a Rose siempre le había gustado aquel parque y, como al atravesar el sexto distrito pasábamos cerca, sugirió que lo cruzáramos —continúa Alain—. Fuimos, como siempre, a ver la estatua del parque que más le gustaba: la estatua de la Libertad.

—¿La estatua de la Libertad? —repito.

Sonríe.

—El modelo original que utilizó el artista Auguste Bartholdi. Hay otra en medio del Sena, cerca de la torre Eiffel. Vuestra estatua, la que está en el puerto de Nueva York, fue, como sabes, un regalo de Francia a Estados Unidos.

—Lo recuerdo de la escuela —digo—, pero no sabía que hubiera otras estatuas parecidas en Francia. Alain asiente con la cabeza.

—La estatua de los Jardines de Luxemburgo era la preferida de Rose cuando éramos pequeños y aquella noche, cuando llegamos frente a ella, empezaba a nevar. Los copos eran tan diminutos y ligeros que daba la impresión de que estábamos dentro de una de esas bolas de nieve navideñas. A pesar de la guerra, reinaban la paz y la tranquilidad y, en aquel momento, el mundo parecía mágico.

Su voz se pierde y mira a Mamie. Extiende la mano para tocarle la mejilla, donde le han quedado grabados tantos años de vida sin él.

»Solo cuando nos acercamos a la estatua —prosigue, tras una larga pausa—, nos dimos cuenta de que no estábamos solos. Justo del otro lado había un muchacho moreno con un abrigo oscuro que se volvió cuando llegamos a pocos metros de distancia. Rose se detuvo en seco, como si se hubiera quedado sin aire.

»Pero el muchacho no se acercó a nosotros ni nosotros a él —continúa Alain— y ellos se miraron fijamente un rato muy largo, hasta que por fin tiré de la mano de Rose y le pregunté: “¿Por qué nos hemos detenido?”

Alain hace una breve pausa para recuperarse. Mira a Mamie y se vuelve a apoyar en el respaldo de su asiento.

»Rose se agachó y me dijo: “Nos hemos detenido porque es muy importante que entiendas que el lugar donde se encuentra la verdadera estatua de la Libertad es un sitio donde la gente puede ser libre” —dice Alain, con ojos soñadores—. No comprendí lo que me quería decir. Me miró a los ojos y me dijo: “En Estados Unidos, la religión no define a las personas. Solo es una parte de ti y no juzgan a nadie por eso. Algún día iré allí, Alain, y te llevaré conmigo.”

»Aquello ocurrió antes de que empezaran las peores restricciones contra los judíos. Rose estaba muy enterada y por eso creo que ya sabía que estaban persiguiendo a los judíos en otros países. Vio venir el problema, aunque nuestros padres no. Yo, por mi parte, con nueve años, no entendía qué tenía que ver la religión con nada.

»Sin darme tiempo a preguntárselo, el muchacho se acercó a nosotros. Nos había estado observando todo el rato y, cuando Rose se enderezó para hablar con él, me di cuenta de que se había sonrojado. Le pregunté: “Rose, ¿por qué te has puesto colorada? ¿Te sientes mal?” —Ríe al recordarlo y mueve la cabeza de un lado a otro—. Con eso solo conseguí que se ruborizara aún más. Sin embargo, él también tenía las mejillas rojas. Se quedó mirando a Rose un buen rato y después se agachó hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos y me dijo: “Su amiga tiene razón, *monsieur*. En Estados Unidos la gente puede ser libre. Yo también iré allí algún día.” Hice una mueca y le dije: “¡No es mi amiga! ¡Es mi hermana!”

»Los dos se rieron mucho con eso —continúa Alain, sonriendo apenas— y después se pusieron a hablar, como si yo ya no estuviera presente. Nunca había visto así a mi hermana: lo miraba a los ojos como si quisiera perderse en ellos. Por fin, el muchacho se volvió nuevamente hacia mí y me dijo: “Jovencito, me llamo Jacob Levy. ¿Y usted?” Le dije que me llamaba Alain Picard y que mi hermana se llamaba Rose Picard y él la miró otra vez y murmuró: “Me parece el nombre más hermoso que he oído en mi vida”.

»Estuvieron charlando mucho rato, Rose y Jacob, hasta que empezó a oscurecer —dice Alain—. Yo no les hacía demasiado caso, porque su cháchara me aburría. Con nueve años, me gustaba hablar de historietas y de monstruos, pero ellos conversaban de política, de libertad, de religión y de Estados Unidos. Finalmente tiré otra vez de la mano de Rose y le dije: “Tenemos que irnos. ¡Está oscureciendo y *maman* y *papa* se van a enfadar!”

»Rose asintió, como si saliera de un sueño —continúa Alain—, y le dijo a Jacob que teníamos que marcharnos. Empezamos a alejarnos deprisa hacia el lado oeste del parque, pero él nos gritó: “Mañana es mi cumpleaños, ¿saben? ¡Cumpló dieciséis años!” Rose se volvió y le preguntó: “¿El día de Navidad?” Él dijo que sí y ella hizo una pausa y después le prometió: “Entonces vendré a verlo aquí

mañana, junto a la estatua, para festejarlo”. Y nos fuimos juntos, a toda prisa, conscientes de que se hacía de noche rápidamente y que tendríamos problemas si no estábamos en casa.

»Al día siguiente, ella fue sola al parque y regresó con los ojos llenos de estrellas —concluye Alain— y a partir de entonces fueron inseparables. Fue amor a primera vista.

Me reclino en el asiento.

—Qué historia más bonita —digo.

—Todo lo que tiene que ver con Rose y Jacob es una historia de lo más bonita —dice Alain—. Hasta el final. Sin embargo, es posible que la historia no haya acabado.

Me quedo mirando a lo lejos.

—Si es que él aún anda por ahí.

—Si es que anda por ahí —repite Alain.

Suspiro y cierro los ojos.

—Conque el día de Navidad —digo—. Nació el día de Navidad de 1924, supongo, si cumplió dieciséis en 1940, ¿no?

—Correcto —coincide Alain.

—El día de Navidad de 1924 —murmuro—. Antes de Hitler, antes de la guerra, antes de que muriera tanta gente sin motivo.

—¿Quién podía saber —dice Alain en voz baja— lo que iba a pasar?

Aquella noche, como Annie está en casa de su padre, Alain y yo nos quedamos bebiendo té en la cocina y, cuando él se va a la cama arrastrando los pies, me quedo sentada a la mesa un buen rato, observando el segundero del reloj de pared que da vueltas y vueltas y más vueltas. Reflexiono sobre cómo pasa el tiempo sin que nadie pueda detenerlo y eso me hace sentir impotente, insignificante. Pienso en la cantidad aparentemente infinita de segundos transcurridos desde que mi abuela perdió a Jacob.

Son casi las once cuando cojo el teléfono para llamar a Gavin y, aunque sé que la hora no es apropiada, de pronto me asalta la sensación de que, si no le digo la fecha de nacimiento de Jacob ahora mismo, en este preciso instante, podría ser demasiado tarde. Sé que es absurdo, desde luego. Han pasado setenta años sin que ocurriera nada, pero ver a Mamie en el hospital, yéndose cada día un poco más, me hace tomar conciencia del avance implacable del segundero.

Gavin responde al tercer timbrado.

—¿Te he despertado? —le pregunto.

—No, acabo de terminar de ver una película —dice Gavin.

De pronto me siento ridícula.

—Vaya, si estás acompañado, puedo llamar...

Echa a reír.

—Estoy solo, sentado en el sofá, a menos que cuentes como compañía el mando a distancia.

No estoy preparada para la sensación de alivio que me inunda. Carraspeo, pero vuelve a hablar él primero.

—Hope, ¿estás bien?

—Sí —hago una pausa y le suelto—: He averiguado la fecha de nacimiento de Jacob Levy.

—¡Fantástico! —dice Gavin—. ¿Cómo la has averiguado?

Le expongo una versión resumida de la historia que Alain me ha contado antes a mí.

—¡Qué historia más bonita! —dice Gavin cuando acabo—. Es como si de verdad estuvieran hechos el uno para el otro.

—Pues sí —coincido.

Transcurre un momento en silencio y vuelvo a levantar la vista hacia el reloj. Tictac, tictac. Me da la impresión de que el segundero se burla de mí.

—¿Qué pasa, Hope? —pregunta Gavin.

—Nada —digo.

—Puedo tratar de adivinar —dice Gavin— o me lo puedes decir, simplemente.

Le sonrío al teléfono al ver lo seguro que está de conocerme. La cuestión es que así es.

—¿Tú crees en eso? —pregunto.

—¿Sí creo en qué?

—Pues en eso —farfallo—: en el amor a primera vista o, bueno, en las almas gemelas o lo que sea que todos decimos que había entre mi abuela y Jacob.

Gavin hace una pausa y, en el silencio, me siento como una estúpida. ¿Cómo le voy a preguntar una cosa así? Seguro que piensa que me le estoy insinuando. Abro la boca para retractarme, pero se me adelanta:

—Sí —dice.

—¿Sí?

—Que sí, que creo en ese tipo de amor. ¿Tú no?

Cierro los ojos. De pronto me duele el corazón, al advertir que yo no.

—No —digo—, me parece que no.

—Hummm... —dice Gavin.

—¿Te has sentido así con alguien?

Hace una pausa y responde:

—Sí.

Quiero preguntarle con quién, pero me doy cuenta de que no lo quiero saber. Siento una leve punzada de celos, pero la descarto enseguida.

—Ah, qué bien —digo.

—Pues sí —dice Gavin con voz queda—. ¿Y tú por qué no crees en eso?

Nunca me lo había preguntado, de modo que me detengo un momento a analizar la pregunta.

—Tal vez porque tengo treinta y seis años y nunca lo he sentido. ¿No debería haberlo sentido ya, si fuese real?

Las palabras penden entre nosotros y barrunto que Gavin está tratando de hallar una respuesta que no me ofenda.

—No necesariamente —dice con cautela—. Creo que te han hecho mucho daño.

—¿Lo dices por el divorcio? —pregunto—. Pero eso es reciente. ¿Qué me dices de antes?

—Has estado con tu marido desde que tenías... ¿Cuántos años? ¿Veintiuno? ¿Veintidós?

—Veintitrés —murmuro.

—¿Te parece que ha sido el amor de tu vida?

—Pues no —digo—, pero no se lo digas a Annie.

Gavin ríe con suavidad.

—Jamás haría una cosa así, Hope.

—Lo sé.

El silencio vuelve a quedar suspendido entre nosotros por un momento.

—Creo que, probablemente, hayas pasado una docena de años con un hombre que no te quiso como nos merecemos que nos quieran —dice Gavin— y al que tal vez no quisiste como se tiene que querer y que te acostumbraste a acomodarte.

—Puede ser —concedo con voz queda.

—Y creo que, cada vez que nos lastiman, se forma una capa más en torno a nuestro corazón, ¿no? Como una especie de escudo o algo así. Te han hecho mucho daño, ¿verdad?

No digo nada por un momento.

—Perdona —dice Gavin—. ¿Me he metido donde no me llaman?

—No —respondo—, creo que tienes razón. Me daba la impresión de que no hacía nada bien y no solo para Rob, sino también para mi madre.

Me callo. Nunca se lo había dicho a nadie.

—Lo lamento —dice Gavin.

—Ya ha pasado —murmuro.

De pronto, la conversación me hace sentir incómoda: me molesta contarle a Gavin estas cosas y revelarles mis intimidades.

—Lo que quiero decir es que, en mi opinión, cuantas más capas tiene alguien en torno a su corazón, más le cuesta reconocer a una persona de la que podría enamorarse —dice con lentitud.

Asimilo sus palabras durante un rato y, curiosamente, siento que me quedo sin aire.

—Puede ser —reconozco— o puede que, cuando te han hecho mucho daño, te limites a abrir los ojos a la realidad y a dejar de soñar con lo que no existe.

Gavin guarda silencio.

—Puede ser —dice—, aunque tal vez te equivoques: tal vez sí que exista. ¿Estás de acuerdo en que tu abuela ha sufrido mucho a lo largo de los años?

—Desde luego.

—¿Y en que es probable que Jacob Levy también?

—Pues sí, es probable —digo.

Me pongo a pensar en todo lo que han perdido los dos: su familia, la vida como ellos la conocían, el uno al otro. ¿Qué podría hacer más daño que ver que todo el mundo te da la espalda mientras se llevan a todos tus seres queridos para acabar con ellos?

»Sí —repito.

—Entonces, a ver si podemos encontrarlo —dice Gavin—, a Jacob, y se lo preguntamos, a él y a tu abuela.

—Si es que ella despierta.

—Cuando despierte. No pierdas el optimismo.

Miro el reloj. ¿Cómo se puede conservar el optimismo cuando el tiempo sigue su marcha? Suspiro.

—De acuerdo —concedo—, entonces simplemente les preguntaremos si el amor existe.

No me gusta dar la impresión de que me estoy burlando de él, pero lo que dice me parece absurdo.

—¿Y por qué no? —responde Gavin—. Lo peor que puede pasar es que digan que no.

—Vale, de acuerdo —acepto y muevo la cabeza de un lado a otro, dispuesta a acabar con esta conversación fútil—. ¿Y te parece que podremos encontrarlo, ahora que tenemos la fecha de nacimiento?

—Creo que aumenta nuestras probabilidades —dice Gavin—. Tal vez siga aún por ahí.

—Tal vez —coincido.

«O tal vez murió hace mucho tiempo y toda esta búsqueda es inútil», pienso.

»Oye, gracias —añado y no estoy segura de si le agradezco la conversación que acabamos de tener o solo que nos ayude a tratar de encontrar a Jacob.

—De nada, Hope. Mañana llamaré a un montón de sinagogas. Tal vez descubramos algo. Te veo mañana por la noche en el hospital.

—Gracias —le vuelvo a decir.

Cuelga y me quedo con el teléfono en la mano, preguntándome por lo que acaba de pasar. ¿Será posible que, simplemente, me haya vuelto vieja y amargada y que este tío que aún no ha cumplido los treinta sepa más que yo sobre la vida y el amor?

Aquella noche me quedo dormida deseando fervientemente y por primera vez —que yo recuerde— no ser más que una idiota y que todas las cosas que me he acostumbrado a creer no sean verdad en absoluto.

Capítulo 21

Annie y Alain acompañan a Gavin al templo la noche siguiente, mientras yo me quedo con Mamie después de que finalice el horario de visitas, tras sobornar a las enfermeras de la planta con una tarta de queso con limón y uvas y una caja de galletas de la panadería.

—Mamie, necesito que te despiertes —le susurro, cuando se atenúan las luces de la habitación.

Le cojo la mano y miro hacia la ventana, que está del otro lado de su cama de hospital. El crepúsculo casi se ha convertido en noche cerrada y han salido las estrellas que Mamie tanto quiere. Parecen titilar con menos intensidad que antes y me pregunto si se estarán apagando, como yo, ahora que Mamie no les presta atención.

—Te echo de menos —le susurro al oído.

Los aparatos que la controlan siguen emitiendo señales acústicas a un ritmo tranquilizador, pero no le devuelven la conciencia. La doctora nos ha dicho, a Alain y a mí, que a veces solo es cuestión de tiempo y que el cerebro se cura a sí mismo cuando llega el momento. Lo que no ha dicho —aunque lo vi en sus ojos— es que también es posible que la persona jamás se recupere. Poco a poco voy cayendo en la cuenta de que tal vez no vuelva a ver los ojos de mi abuela nunca más.

No me consideraba el tipo de persona que necesita a los demás. Mi madre siempre fue muy independiente y, cuando murió mi abuelo —yo tenía diez años—, Mamie siempre estaba ocupada con la panadería, demasiado ocupada para seguir contándome cuentos de hadas y para que yo le hablara de la escuela y de mis amigos y de todo lo que me pasaba por la imaginación y, como a mi madre nunca le habían interesado demasiado aquellas historias, poco a poco me acostumbré a no contarlas.

«No necesito a nadie», me decía a mí misma a medida que iba creciendo. No hablaba con mi madre ni con mi abuela sobre las notas, los chicos, las decisiones académicas ni nada. Las dos parecían demasiado absortas, cada una en su propio mundo, y yo me sentía como una intrusa en los dos, de modo que creé mi propio mundo.

Solo cuando nació Annie aprendí a dejar entrar a otra persona y, ahora que mi hija ronda la edad a la que tuve que aprender a valerme por mí misma, me he dado cuenta de que me aferro a ella con más fuerza: no quiero que las circunstancias la alejen de mi universo y la metan en uno exclusivamente suyo, como me pasó a mí, y eso —me doy cuenta— es lo que me diferencia de mi abuela y de mi madre.

Sin embargo, ahora que Mamie ha experimentado una regresión y se ha vuelto casi como una niña, a medida que el *alzheimer* le roba la vida, he visto que va volviendo también a mi universo y me he dado cuenta de que no estoy dispuesta a quedarme solo con Annie, sino que necesito aquí a Mamie un poco más de tiempo.

—Regresa, Mamie —le susurro a mi abuela—. Vamos a tratar de localizar a Jacob, ¿vale? Pero tú tienes que volver con nosotros.

Cuatro días después, el estado de Mamie no ha cambiado y, cuando acabo de abrir la panadería, pasa Matt con un montón de papeles en la mano. Me invade la desesperación. Después de acontecimientos tan dramáticos como el derrame cerebral de Mamie y el descubrimiento de la existencia de Alain y de Jacob, casi me había olvidado de que mi negocio estaba en apuros.

—Voy a ir directamente al grano —dice Matt, cuando hemos intercambiado unos saludos tensos—: a los inversores no les gustan las cifras.

Me lo quedo mirando fijamente.

—De acuerdo... —digo.

—Y, para serte sincero, que te marchases y te fueses a París justo cuando se estaban planteando la decisión de invertir ha sido... digamos que... bastante insensato.

Suspiro.

—Tal vez lo sea, desde una perspectiva comercial...

—¿Y qué otra cosa está en juego justo ahora?

Bajo la vista a la bandeja de Star Pies que tengo en las manos desde que Matt ha entrado.

—Todo —digo con suavidad.

Sonríó a los pasteles por un momento, antes de introducirlos en el exhibidor.

Matt me mira como si yo hubiese perdido el juicio.

—Se echan atrás, Hope. Han echado cuentas y han llegado a la conclusión de que eres poco rentable, en el mejor de los casos. Estaban indecisos y he hecho todo lo posible por hablarles en tu favor, pero, cuando se dieron cuenta de que habías cerrado así, de improviso... pues... aquella fue la gota de agua que colmó el vaso.

Asiento con la cabeza y advierto que el corazón me late con fuerza. Me doy cuenta de lo que me está diciendo —que tal vez haya perdido la panadería— y me invade una sensación que se parece un poco al pánico, pero no estoy tan inquieta como habría pensado y eso me preocupa un poco. ¿No debería estar más afligida al ver que están a punto de arrebatarme el negocio familiar, en el que he trabajado toda mi vida? Por el contrario, tengo la extraña sensación de que las cosas se van a resolver de alguna manera, aunque no sé muy bien cómo.

—¿Me estás escuchando, Hope? —pregunta Matt y me doy cuenta de que ha seguido hablando, mientras yo pensaba.

—Perdona, ¿qué decías? —pregunto.

—Te estaba diciendo que no puedo hacer mucho más. ¿Te haces una idea de lo mucho que me he esforzado para conseguir que vinieran hasta aquí? Pero no van a invertir, Hope. Lo lamento.

Matt no dice nada mientras acomodo en silencio los dulces en el exhibidor. Suena la campanilla de la puerta y entra Lisa Wilkes, que trabaja en la papelería de la esquina, acompañada de Melixa Carbonell, dependienta de la tienda de animales de Lietz Road. Las dos iban unos cuantos años después que Matt y yo en el instituto y vienen juntas como mínimo una vez a la semana.

Matt guarda silencio mientras Lisa pide un café y Melixa un té verde, que tardo unos minutos en preparar, porque tengo que enchufar el hervidor. Mientras tanto, discuten sobre si se partirán un trozo de *baklava* o una porción de tarta de queso. Para solucionarlo, me ofrezco a cobrarles el trozo de *baklava* y a regalarles una porción de tarta de queso.

—Por eso te van mal los negocios, ¿te das cuenta? —dice Matt cuando se han marchado.

—¿Cómo?

—No puedes ir dándole a todo el mundo pasteles gratis. Se estaban quedando contigo.

—No se estaban quedando conmigo —respondo, indignada.

—Claro que sí. Eres demasiado generosa. Sabían que, si lo discutían delante de ti, serías amable y les darías las dos cosas, que es lo que hiciste.

Suspiro. Ni siquiera me molesto en explicarle que hoy no me acabaré el resto de la tarta de queso, de todos modos.

—Mi abuela siempre llevó esta panadería como si fuera su cocina y los clientes, sus invitados —le digo.

—No es un buen modelo de negocio —dice Matt.

Me encojo de hombros.

—Nunca he dicho que lo fuera, pero estoy orgullosa de esa tradición.

Vuelve a sonar la campanilla de la puerta y, cuando alzo la vista, veo entrar a Alain arrastrando los pies. Le ha dado por venir a pie él solo por las mañanas. Me preocupa que lo haga, a su edad —es una caminata de más de un kilómetro y medio—, pero él parece estar muy sano y me asegura que todos los días, en París, camina mucho más.

Pasa detrás del mostrador y me da un beso cariñoso en la mejilla.

—Buenos días, querida —me dice y entonces advierte la presencia de Matt. Lo saluda—: Hola, joven. —Se vuelve hacia mí y me dice—: Veo que tienes un cliente.

—Matt estaba a punto de marcharse —le digo.

Fulmino a Matt con la mirada: a ver si entiende —espero— que no quiero que hable de negocios delante de Alain. Evidentemente, ni se da cuenta.

—Soy Matt Hines —dice y extiende una mano hacia Alain por encima del exhibidor—. ¿Y usted es...?

Alain vacila antes de estrechar la mano de Matt.

—Alain Picard, el tío de Hope.

Matt parece confundido.

—¿Cómo puede ser? Conozco a Hope desde que somos niños y no tiene ningún tío.

Alain le sonrío con frialdad.

—Pues se equivoca, joven. En realidad, soy su *arrière-oncle*, su tío abuelo, como dirían ustedes.

Matt frunce el ceño y me mira.

—Es hermano de mi abuela —le explico— y ha venido de París.

Matt mira fijamente a Alain por un segundo y después se vuelve hacia mí.

—Esto no tiene ningún sentido, Hope. ¿Me estás diciendo que te has ido a París porque sí, que estás a punto de perder el negocio por eso y que, de golpe y porrazo, has vuelto con un pariente que ni siquiera sabías que tenías?

Siento que me arden las mejillas y no sé si es porque da la impresión de que me está insultando o porque acaba de anunciar delante de Alain que estoy a punto de perder la panadería. Me vuelvo lentamente y miro a Alain, con la esperanza de que no lo haya entendido, pero clava en mí una mirada gélida.

—¿Qué ha dicho, Hope —pregunta en voz baja—, sobre perder el negocio? ¿Tienes problemas con la

panadería?

—No te preocupes por eso —le digo.

Miro a Matt con irritación y al menos tiene el detalle de parecer ligeramente avergonzado. Carraspea y se vuelve, como para concedernos, a Alain y a mí, un poco de privacidad.

—Hope, somos de la familia —dice Alain—. ¿Cómo no me voy a preocupar, si algo va mal? ¿Por qué no me lo has dicho?

Respiro hondo.

—Porque ha sido culpa mía —digo—. He tomado algunas decisiones financieras equivocadas. Mi capacidad crediticia se ha ido al garete y eso está vinculado con el crédito de mi negocio.

—Pero eso no justifica que no me lo hayas dicho —dice Alain. Da un paso al frente y me apoya en la mejilla una mano cálida y nudosa—. Soy tu tío.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

—Perdona. Es que no quería preocuparte. Con todo esto de mi abuela...

—Razón de más para apoyarte en mí —dice. Me roza la mejilla con la palma de la mano y se vuelve para llamar a Matt—: ¡Joven!

—¿Sí?

Matt se vuelve, con los ojos como platos, como si no hubiese estado prestando atención a cada palabra.

—Ya se puede marchar. Mi sobrina y yo tenemos que hablar.

—Pero yo... —empieza a decir Matt.

Alain lo interrumpe también.

—No sé quién es usted ni qué tiene que ver con todo esto —dice Alain.

—Soy el vicepresidente del Bank of Cape Cod —dice Matt, envarado, y se yergue un poco más—. Hemos concedido un préstamo a Hope y, lamentablemente, ahora tenemos que reclamarle que lo devuelva. La decisión no ha sido mía, señor. Es una cuestión comercial.

Trago saliva y miro a Alain, que ha enrojecido.

—Conque así es, ¿no? —le dice a Matt—. ¿Y los sesenta años de tradición? Mi familia ha cocinado para este pueblo durante sesenta años y, de pronto, ustedes deciden que ya está bien. ¿Y ya está?

—No es nada personal —dice Matt y me mira—. En realidad, he tratado de colaborar. Hope se lo dirá, pero los inversores que había logrado interesar se echaron atrás cuando Hope se fue a París. Lo lamento, pero creo que la tradición ha llegado a su fin.

Bajo la mirada hacia el suelo y cierro los ojos.

—Joven —dice Alain al cabo de un momento—, el legado no consiste en esta panadería, sino en la tradición familiar que representa. Eso no tiene precio. Hace setenta años, unos hombres que no entendían nada de familias ni de conciencias, sino que solo sabían de órdenes y de riqueza, nos quitaron nuestra primera panadería y, gracias a mi hermana, a su hija y a su nieta, la tradición ha sobrevivido.

—No entiendo qué tiene que ver esto con un préstamo —dice Matt.

Alain me coge la mano y me la aprieta.

—Usted y su banco están cometiendo un error, joven —dice—, pero Hope saldrá adelante, porque es una superviviente, igual que su abuela. En eso consiste nuestra tradición y también sobrevivirá.

Siento como si el corazón se me fuera a salir del pecho. Alain me coge suavemente de la mano y me conduce hacia el obrador.

—Ven, Hope —me dice—, vamos a preparar un Star Pie para llevarle a Rose. Seguro que este joven sabe encontrar por sí mismo la salida.

Aquella tarde, provista de la fecha de nacimiento de Jacob Levy, me pongo a llamar por teléfono a las organizaciones interconfesionales que he encontrado en Google. Lo había estado postergando, porque reconozco que es una posibilidad muy remota, pero mi desilusión ha llegado al límite. Me siento como si todas las respuestas que recibo fuesen negativas.

¿Puedo salvar la panadería? No.

¿Sabemos si Mamie despertará alguna vez? No.

¿Es probable que aún esté a tiempo de darle la vuelta al follón que es mi vida? No.

Empiezo por la Alianza Ecuménica y, siguiendo mi lista, continúo con el Consejo para un Parlamento de las Religiones del Mundo, la Red Ecuménica Estadounidense, la Iniciativa de las Religiones Unidas y el Congreso Internacional de la Fe. A la persona que me atiende le cuento brevemente la historia de que Jacob llevó a Mamie con un cristiano que le buscó refugio entre musulmanes, le doy el nombre y la fecha de nacimiento de Jacob y le digo que, aunque sé que la probabilidad es remota, estoy tratando de encontrarlo y me parece posible que esté vinculado con alguna organización interconfesional en Estados Unidos. Todos reaccionan ante mi historia con exclamaciones de sorpresa y admiración y me dicen que transmitirán mi información a las personas adecuadas y que, si averiguan algo, se pondrán en contacto conmigo.

El domingo por la mañana, a eso de las ocho, Annie y yo estamos solas en la panadería, estirando la masa en silencio, cuando suena el teléfono. Annie se limpia las manos en el delantal y coge el auricular.

—Panadería Estrella Polar, habla Annie —dice. Escucha por un minuto y me extiende el auricular con una expresión curiosa—. Es para ti, mamá.

Me limpio las manos y cojo el teléfono.

—Hola, Panadería Estrella Polar, dígame —digo.

—¿Hablo con Hope McKenna-Smith?

Es una voz de mujer y tiene un ligero acento.

—Sí —digo—. ¿En qué puedo servirla?

—Me llamo Elida White —dice— y llamo de la Asociación Abrahámica de Boston. Somos un consejo interreligioso.

—Ajá —digo. No es ninguno de los grupos a los que he estado llamando últimamente. El nombre no me suena—. ¿Abrahámica? —pregunto.

—La religión musulmana, la judía y la cristiana descienden de Abraham —explica—. Nosotros pretendemos reunir estos tres grupos y trabajar a partir de nuestras similitudes, en lugar de nuestras diferencias.

—Ajá —repito—, muy bien. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Le explico —dice—: esta semana, nuestra organización recibió una llamada del Consejo Ecuménico de Estados Unidos y me la remitieron a mí. Me hablaron de su abuela y me dijeron que una familia musulmana la ayudó a huir de París.

—Así es —digo en voz baja.

—He consultado todos nuestros registros y entre nuestros miembros no figura ningún Jacob Levy cuya fecha de nacimiento coincida con la que nos ha dado —dice.

—Ajá —le digo, abatida. Otra vía muerta—. Muchas gracias por mirarlo, pero no hacía falta que llamara.

—Ya sé que no hacía falta, pero es que aquí hay alguien que quisiera conocerla y, además, nos gustaría ayudarla. Es nuestra obligación. ¿Puede venir a vernos hoy? Tengo entendido que su abuela está delicada de salud y que el tiempo es de fundamental importancia. Me doy cuenta de que no le aviso con antelación, pero veo que está usted en el cabo Cod, de modo que no tardará más de una hora o dos en llegar. Yo vivo en Pembroke.

Conozco Pembroke y sé que queda en South Shore, junto a la autopista que conduce a Boston. Tardaría menos de una hora y media en llegar hasta allá, pero no comprendo para qué tengo que ir, si no figura ningún Jacob Levy en sus registros.

—Me temo que hoy no va a poder ser —le digo—. Tengo una panadería y no cierro hasta las cuatro.

—Venga después —dice la mujer enseguida—. Venga a cenar.

Hago una pausa.

—Le agradezco la invitación, pero...

Me interrumpe.

—Por favor. Mi abuela quiere conocerla: tiene más de noventa años, es musulmana y ella también brindó refugio a judíos durante la guerra.

Se me acelera el corazón.

—¿También es de París?

—No —dice la mujer—, somos de Albania. ¿Sabe una cosa? Los musulmanes albaneses salvaron a más de dos mil de nuestros hermanos judíos. Cuando le conté la historia de su Jacob Levy, se quedó atónita, porque no sabía que en París otros musulmanes hubiesen hecho lo mismo. Por favor, a ella le gustaría que usted viniera a contarle su historia y querría contarle a usted la suya, a su vez.

Miro a Annie, que me observa esperanzada.

—¿Puedo llevar a mi hija? —pregunto.

—Desde luego —dice Elida de inmediato—. Será un gusto conocerla, igual que a usted, y, después de contarnos nuestras historias, la ayudaremos a encontrar a este Jacob, ¿le parece? Mi abuela dice que ella sabe lo importante que es encontrar el pasado aquí, en el presente.

—Aguarde un momento, por favor —le digo.

Tapo el teléfono con la mano y le explico brevemente a Annie lo que solicita Elida.

—Tenemos que ir, mamá —dice, con toda seriedad—. La abuela de esta señora es como Mamie. Con la diferencia de que viene de Albania, en lugar de venir de Francia, y que es musulmana, en lugar de judía. Tenemos que ir a hablar con ella.

Observo a mi hija por un momento y me doy cuenta de que tiene razón. Mi abuela está en coma, pero la de Elida todavía puede hablar. Es posible que nunca sepamos toda la historia de lo que le ocurrió a mi abuela, pero puede que oír la de otra mujer que vivió en la misma época y pasó por una situación similar a la de Mamie nos ayude a comprender.

—De acuerdo —le digo a Elida—. Llegaremos alrededor de las seis. Deme la dirección, por favor.

Annie invita a Alain a venir con nosotras a Pembroke, pero él dice que prefiere quedarse con Mamie. Pasamos por el hospital a verla unos minutos y después Annie y yo volvemos a partir, con la promesa de recoger a Alain a nuestro regreso. Ha logrado conquistar a las enfermeras de noche para que hagan la vista gorda con respecto a los horarios de visita y todas conocen su historia y saben que ha estado lejos de su hermana durante casi setenta años.

Unos minutos pasadas las seis, salimos de la autopista en Pembroke. Gracias a las indicaciones que nos ha dado Elida, encontramos la dirección con bastante facilidad. Es una casa de dos pisos, pintada de azul y con persianas blancas, en un barrio pequeño y bien cuidado situado justo detrás de una iglesia católica. Annie y yo nos miramos, nos apeamos del coche y tocamos el timbre.

La mujer que abre la puerta y se presenta como Elida es mayor de lo que me había imaginado: aparenta unos cuarenta y cinco años. Tiene la piel clara y una cabellera espesa y oscura que le cubre la espalda, casi hasta la cintura. Yo nunca había conocido a ningún albanés, pero presenta todo el aspecto que yo habría esperado de alguien procedente de Grecia o de Italia.

—Bienvenidas a nuestra casa —dice y nos estrecha la mano, primero a mí y después a Annie. Tiene ojos profundos y castaños y una sonrisa amable—. Esta noche solo estamos mi abuela y yo. Mi marido, Will, está trabajando. Pasen, por favor.

Le entrego la caja de pequeños Star Pies que he traído de postre; me da las gracias y entramos tras ella por un pasillo cubierto de fotografías en blanco y negro de —supongo— familiares suyos. Nos dice que en Albania la comida principal es a mediodía, pero que esta noche han preparado una cena especial.

—Espero que les guste el pescado —dice, volviéndose un poco—, porque he preparado una vieja receta familiar que mi abuela solía hacer en Albania.

—Claro que sí —digo y Annie asiente con la cabeza—, pero no tenía que tomarse tantas molestias.

—Es un placer —dice—. Son nuestras invitadas.

Damos la vuelta y entramos en un comedor iluminado por una luz tenue, donde, a la cabecera de la mesa, está sentada una mujer que parece mucho mayor que Mamie. Tiene el rostro lleno de arrugas y el cabello níveo se le ha caído en algunas partes, de modo que la cabeza le queda medio pelada y con muchas entradas. Lleva un jersey negro y una falda larga gris y sus ojos brillantes nos miran fijamente desde detrás de unas gafas de carey enormes, desmesuradas para su cara. Dice algo en una lengua que no reconozco.

—Esta es mi abuela, Nadire Veseli —nos dice Elida a Annie y a mí—. Solo habla albanés. Dice que se alegra mucho de que hayan venido y les da la bienvenida a nuestra casa.

—Gracias —respondo.

Annie y yo nos sentamos juntas a la derecha de la anciana y Elida regresa al cabo de un momento con cuatro boles en una bandeja. Coloca uno delante de cada una de nosotras y toma asiento a la izquierda de su abuela.

—Sopa de patatas y col —dice Elida, señalando los boles con la cabeza. Coge la cuchara y le guiña un ojo a Annie—. No te preocupes. Es más exquisita de lo que parece. Viví en Albania hasta los veinticinco años y este era mi plato preferido cuando tenía tu edad.

Annie sonrío y toma un sorbo de sopa y yo hago lo mismo. Elida tiene razón: es deliciosa. No sabría decir qué especias lleva, pero resulta sabrosa y natural.

—Está muy buena —dice Annie.

—Me encanta —digo—. Tendrá que darme la receta.

—Con todo gusto —dice Elida.

Su abuela dice algo en voz baja en albanés y Elida asiente con la cabeza.

—Mi abuela querría que le contara cómo se salvó su abuela, por favor —nos traduce Elida.

La anciana asiente con la cabeza y me mira esperanzada. Le dice algo más a Elida, que vuelve a traducirlo para nosotras.

—Mi abuela dice que espera no ser grosera por pedirselo.

—En absoluto —murmuro, aunque todavía no tengo claro qué hemos venido a hacer aquí.

Durante los veinte minutos siguientes, Annie y yo les explicamos lo que hemos averiguado hace poco acerca del pasado de mi abuela y de cómo huyó de París. Mientras Elida le va traduciendo lo que decimos al albanés, su abuela presta atención, nos mira de hito en hito y asiente con la cabeza. Se le empiezan a llenar los ojos de lágrimas y, en un momento dado, interrumpe a Elida en voz alta y dice varias frases en albanés.

—Me pide que le diga que la historia de su abuela es como un regalo para ella —dice Elida— y que está muy contenta de que hayan venido a nuestra casa. Dice que conviene que a las personas jóvenes, como usted y su hija, se les recuerde el concepto de unicidad.

—¿Unicidad? —pregunta Annie.

Elida se vuelve hacia mi hija y asiente.

—Nosotras somos musulmanas, Annie, pero, para nosotras, tú eres hermana nuestra, aunque seas cristiana y vengas de antepasados judíos. Yo me casé con un cristiano que viene de familia judía porque lo amo. El amor puede ir más allá de la religión. ¿Lo sabías? En el mundo actual hay demasiada división, pero ¿acaso Dios no nos ha hecho a todos?

Annie asiente con la cabeza y me mira. Sé que no está segura de cómo tiene que responder.

—Sí, supongo que sí —dice por fin.

—Por eso me puse a trabajar en la Asociación Abrahámica —explica Elida—: para tratar de promover el entendimiento entre religiones. En los años transcurridos desde la Segunda Guerra Mundial, da la impresión de que buena parte de la fraternidad que existía en otro tiempo hubiese desaparecido.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotras? —digo con suavidad.

La abuela de Elida dice algo y ella asiente y se vuelve hacia mí.

—Su llamada pidiendo ayuda me llegó a mí —dice— y, en nuestra cultura, eso quiere decir que ahora tengo la obligación de ayudarla. Es un código de honor llamado Besa.

—¿Besa? —repito.

Elida asiente.

—Es un concepto albanés que deriva del Corán. Significa que, si alguien acude a nosotros por una necesidad, no podemos rechazarlo. Por la Besa, mi abuela y yo las hemos invitado esta noche. Por la Besa, mi abuela, sus amigos y vecinos salvaron a muchos judíos, arriesgando su propia vida. Y es probable que también por la Besa se salvara su abuela, aunque los musulmanes de París no le diesen el mismo nombre que nosotros en Albania. Ahora mi abuela querría contarle su historia.

La anciana nos sonríe en silencio, mientras Elida se pone de pie para retirar los platos de sopa. Annie se ofrece a ayudar y, un instante después, las dos regresan con platos llenos de pescado y verduras.

—Esto es trucha asada al horno con aceite de oliva y ajo —explica Elida, cuando Annie y ella toman

asiento—. Es un plato común en Albania. También hay puerros asados y ensalada de patata albanesa. Mi abuela y yo hemos querido que probaran la comida de nuestra tierra.

—Gracias —decimos Annie y yo al mismo tiempo.

—*Ju lutem* —dice la abuela de Elida y añade, en inglés—: de nada.

Elida sonríe.

—Sabe algunas palabras en inglés. —Hace una pausa mientras su abuela dice algo más—. Y ahora quiere hablarles de los judíos que refugió en nuestra ciudad natal: Krujë.

La abuela de Elida empieza a contarnos, mientras Elida traduce, que ella acababa de casarse cuando empezó la guerra y que su marido era un hombre famoso y muy querido en su pueblo, donde todo el mundo se conocía.

—En 1939, los italianos ocuparon nuestro país y después, en septiembre de 1943, llegaron los alemanes. —Elida va traduciendo lo que dice su abuela—. Enseguida resultó evidente que buscaban a los judíos que vivían entre los albaneses, dice mi abuela. Es que Albania se había convertido en una especie de refugio para los judíos que habían huido de Macedonia y de Kosovo y de lugares tan remotos como Alemania y Polonia.

»En 1943, varias familias judías acudieron a nuestra pequeña ciudad, Krujë, en busca de refugio —prosigue Elida, mientras su abuela le va contando la historia en su lengua materna—. Mi abuelo fue uno de los ciudadanos que se mostró dispuesto a alojar refugiados. La familia que fue a vivir con ellos, dice mi abuela, se apellidaba Berenstein y procedía de Mati, en Alemania. Ella todavía los recuerda.

Elida hace una pausa y entonces la abuela dice en inglés, lentamente y con mucho cuidado:

—Ezra Berenstein, el padre. Bracha Berenstein, la madre. Dos hijas: Sandra Berenstein y Ayala Berenstein.

Elida asiente con la cabeza.

—Pues sí, los Berenstein. Las hijas eran muy pequeñas: apenas cuatro y seis años. La familia había huido al comenzar la guerra y poco a poco se habían ido desplazando hacia el sur, escondiéndose.

La abuela de Elida sigue hablando y ella reanuda la traducción.

»Mi abuela dice que ella y su marido eran pobres y que, a causa de la guerra, las provisiones eran bastante escasas, pero acogieron a los Berenstein en su casa. Toda la ciudad lo sabía, pero, cuando llegaron los alemanes, nadie los traicionó. En una ocasión, los alemanes fueron a su casa y el señor y la señora Berenstein se escondieron en el ático, mientras mi abuela y mi abuelo simulaban que Sandra y Ayala eran hijas suyas, niñas musulmanas. A partir de entonces, vistieron a todos los Berenstein como si fueran campesinos y mi abuelo se fue con ellos y los ayudó a trasladarse a un pueblo pequeño en las montañas cercanas. Al cabo de un tiempo, mi abuela los siguió. Vivieron allí con los Berenstein, ayudando a protegerlos, hasta 1944, cuando los Berenstein siguieron su camino hacia el sur, en dirección a Grecia.

Me doy cuenta de que, a medida que escucho la historia, los ojos se me llenan de lágrimas. Echo un vistazo a Annie y me doy cuenta de que parece igual de conmovida.

—¿Y qué fue de los Berenstein? —pregunto—. ¿Consiguieron ponerse a salvo?

—Durante mucho tiempo, mi abuela no lo supo —dice Elida—. Ella y mi abuelo rezaban por ellos todos los días. Cuando los alemanes fueron derrotados en Albania, a finales de 1944, el país cayó en manos de los comunistas y los albaneses no podían comunicarse con el exterior. En 1952, mis abuelos recibieron una carta de los Berenstein: los cuatro estaban vivos y residían en Israel; agradecían a mis

abuelos lo que habían hecho, extender la Besa, y Ezra Berenstein escribió que había jurado corresponder a mis abuelos, si ellos alguna vez necesitaban ayuda. A mis abuelos no les permitieron responder y temían que los Berenstein pensaran que habían muerto o, peor aún, que los habían olvidado.

La abuela de Elida añade algo y ella sonrío y le responde en albanés. Se vuelve hacia nosotras y nos dice:

—Le he dicho a mi abuela que conozco el resto de la historia, así que puedo contarla yo misma. Yo tenía veinticinco años cuando cayó el comunismo, en 1992, y nuestro país se volvió a abrir al mundo. Sin embargo, el comunismo nos había destruido, ¿saben? Éramos muy pobres. No teníamos futuro en Albania, pero tampoco teníamos dinero para marcharnos. Yo vivía con mi abuela y con mis padres. Mi abuelo había muerto varios años antes. Un día, llamaron a nuestra puerta.

—¿Era Ezra Berenstein? —interrumpe Annie con impaciencia.

—No —responde Elida con una sonrisa—, pero vas bien encaminada. El señor Berenstein había muerto hacía varios años, al igual que su esposa, pero las hijas, Sandra y Ayala, nunca habían olvidado el tiempo que estuvieron en la casa de mis abuelos. Para entonces ya eran cincuentonas y estaban tratando de lograr que otorgaran a mis abuelos el premio Justo entre las Naciones, que se concede a quienes han salvado judíos poniendo en peligro su propia vida. Entonces se encontraban a la puerta de nuestra casa, casi cincuenta años después de su primer viaje a Albania en busca de refugio, con el deseo de devolver a mis abuelos lo que ellos les habían dado.

»Mi abuela les explicó que la Besa no se devuelve —prosigue Elida—; en todo caso, no en la tierra. Les dijo que había sido su obligación ayudarlos, su obligación para con Dios y con la humanidad, y que estaba muy contenta de que hubieran sobrevivido y llevado una vida dichosa. Ayala vivía entonces en Estados Unidos y se había casado con un hombre muy acaudalado, un médico llamado William; se había convertido al cristianismo y tenían dos hijos varones, le dijo a mi abuela. Dijo que todo se lo debía a mi abuela, porque, sin su ayuda, ni ella ni su familia habrían sobrevivido. Dijo a mi abuela que quería ayudarnos a salir de Albania y traernos a Estados Unidos y un año después, tras conseguirnos los visados, fue lo que hizo. Mis padres decidieron quedarse en Albania, pero mi abuela y yo nos trasladamos aquí, a Boston, para emprender una nueva vida.

—¿Sigues viendo a Ayala y a su familia? —pregunta Annie.

Elida sonrío.

—Todos los días. Es que me casé con el hijo mayor de Ayala, Will, y ahora nuestras familias están unidas para siempre.

—Es increíble —musito.

Sonríó a la abuela de Elida, que parpadea unas cuantas veces y me devuelve la sonrisa. Pienso en la cantidad de vidas que cambió cuando ella y su esposo tomaron la decisión de refugiarse a una familia judía, aun a pesar de que aquello podría haberles costado la vida.

—Muchísimas gracias por contarnos su historia.

—Ah, pero miren que la historia no ha acabado —dice Elida.

Sonríó, se mete la mano en el bolsillo, extrae un trozo de papel doblado y me lo entrega.

—¿Qué es? —le pregunto, mientras empiezo a abrirlo.

—Es Besa —dice—. Ustedes buscan a Jacob Levy y su solicitud llegó hasta mí. Mi esposo, Will, el hijo de Ayala, a quien mi abuela salvó hace casi setenta años, es agente de policía. Le he pedido que

hiciera este favor y ha encontrado a su Jacob Levy, nacido en París, Francia, el día de Navidad de 1924. —Señala con la cabeza el trozo de papel que tengo en la mano—. Esa es su dirección. Hasta hace un año, vivía en la ciudad de Nueva York.

—Espere —interrumpe Annie, me arrebató el trozo de papel y lo mira fijamente—, ¿ha encontrado a Jacob Levy? ¿Al Jacob Levy de mi bisabuela?

Elida sonríe.

—Creo que sí. La información que me ha dado coincide con la que nos dio tu madre. —Se vuelve hacia mí—. Ahora tienen que ir a buscarlo.

—¿Cómo podré agradecerérselo? —pregunto con voz temblorosa.

—No hace falta —dice Elida—. La Besa es un honor para nosotros. Basta con que nos prometa que jamás olvidará lo que ha aprendido hoy aquí.

—Jamás —dice Annie enseguida. Me devuelve el trozo de papel con los ojos grandes como platos—. Gracias, señora White. No lo olvidaremos nunca, jamás. Se lo prometo.

Capítulo 22

GALLETAS DE ALMENDRAS Y CANELA

INGREDIENTES

- 2 barras de mantequilla sin sal (alrededor de 200 gramos)
- 1 ½ taza bien compacta de azúcar moreno
- 2 huevos grandes
- 1 cucharadita de extracto de almendras
- 2 ½ tazas de harina
- 1 cucharadita de bicarbonato
- 1 cucharadita de sal
- 1 taza de azúcar con canela (¾ de taza de azúcar granulado mezclado con ¼ de taza de canela)

PREPARACIÓN

1. En un bol grande, batir la mantequilla y el azúcar moreno hasta conseguir una mezcla homogénea. Incorporar los huevos y el extracto de almendras y mezclar bien.
2. Tamizar juntas la harina, el bicarbonato y la sal y añadir a la mezcla hecha con la mantequilla, más o menos media taza a la vez. Batir hasta que quede todo bien mezclado.
3. Dividir la masa en 5 partes y hacer rollos; envolver cada rollo en papel film y congelar hasta que se endurezca.
4. Precalentar el horno a 180 grados.
5. Esparcir el azúcar con canela en una fuente poco profunda. Desenvolver los rollos de masa y pasarlos por el azúcar hasta que queden bien cubiertos.
6. Cortar los rollos en rebanadas de 6 milímetros y ponerlas en bandejas de horno untadas con mantequilla. Hornear de 18 a 20 minutos.
7. Dejar enfriar 5 minutos en la bandeja y después pasar a una rejilla para que se acaben de enfriar.

Rose

Una vez, hace mucho tiempo, cuando Rose tenía cuatro años, sus padres la llevaron, con su hermana Hélène, a Aubergenville, cerca de París, a pasar una semana en el campo. Era el verano de 1929 y a su madre le faltaba poco para dar a luz: Claude nacería apenas seis semanas después. Mientras tanto, en aquellos tenues momentos estivales al sol, Rose y Hélène, con cuatro y cinco años, eran el único objeto de la atención y el afecto de sus padres.

Habían encargado a Hélène que vigilase a su hermana menor, mientras ellos bebían vino blanco en la

terrazza posterior de la casita que habían alquilado a unos amigos por una semana. No las vieron cuando Hélène condujo a Rose al otro lado de la casa, hasta el riachuelo rumoroso.

—Metámonos en el agua —dijo Hélène, que llevaba a su hermana de la mano.

Rose vacilaba: «*Maman y papa se enfadarán*», pensó, pero Hélène insistió y le recordó los cuentos que su madre les leía en la cama sobre la familia de patos que vivía a orillas del Sena.

—Los patos nadan todo el tiempo y no pasa nada —le dijo Hélène—. No seas niña, Rose.

De modo que Rose se metió en el agua detrás de su hermana, pero, bajo la calma aparente de la superficie, pasaba una corriente y, en cuanto Rose puso el pie, sintió el tirón que la arrastraba hacia abajo, llevándosela. No sabía nadar. De pronto se encontró debajo del agua, lanzada a otro mundo en el que no había aire y casi ningún sonido. Trató de gritar, pero lo único que consiguió fue que se le llenaran de agua los pulmones. Estaba oscuro bajo la superficie: oscuro y desconocido. Veía una luz a lo lejos, sobre ella, pero le daba la impresión de que no podría llegar hasta allí. Sentía las extremidades pesadas y no podía moverlas y, en aquellas profundidades extrañas y acuosas, sintió que el tiempo se detenía. Hasta el instante en que la sacó su padre, atraído justo a tiempo por los chillidos de su hermana, había estado segura de que desaparecería para siempre en aquel mundo turbio y apagado.

Así se sentía Rose en aquel momento, inmersa en el coma desde hacía dos semanas. Era consciente de la existencia de una superficie: voces y sonidos, lejanos y apagados; luz y movimiento, muy, muy lejos. Sentía las extremidades pesadas, como aquel día en el riachuelo de Aubergenville, y sabía que su padre había desaparecido hacía mucho y que no la sacaría de aquel mundo sumergido y aterrador. Estaba sola y seguía sin saber nadar.

Aquel día, en Aubergenville, había querido que la salvaran. Había querido emerger y volver a la vida; en este momento, en cambio, no estaba segura de querer lo mismo. Tal vez fuera hora de desprenderse, hora de dejarse ir. Tal vez las profundidades turbias le aportaran más que la superficie brillante apenas vislumbrada.

Sabía que allá arriba estaba Hope y también Annie, pero estarían bien. Hope era fuerte —más de lo que ella misma creía— y Annie se estaba convirtiendo en una jovencita estupenda. Rose no podía quedarse con ellas para siempre ni protegerlas eternamente.

Tal vez hubiera llegado su hora por fin. Puede que él también estuviese aquí, en algún lugar de las profundidades, en algún lugar de aquel mundo confuso que parecía existir entre la vida y la muerte. Echaba de menos mirar las estrellas, sus estrellas, y, sin el firmamento para brindarle refugio todas las noches, para recordarle a las personas que tanto había querido, se sentía fría y desamparada.

Rose tenía la certeza de que se estaba muriendo: empezaba a oír a los fantasmas de su pasado y por eso sabía que su vida estaba llegando a su fin, porque reconoció la voz de su hermano Alain, ahora madura y grave, como siempre había imaginado que llegaría a ser, si él hubiese sobrevivido durante la guerra y hubiese tenido la oportunidad de llegar a hacerse hombre.

«Fuiste tú quien me salvó, Rose —repetía una y otra vez la voz lejana en la lengua materna de los dos—, *c'est toi qui m'a sauvé, Rose*».

En la cabeza de Rose, su voz gritaba: «¡No te salvé! ¡Te dejé morir! ¡Soy una cobarde!», pero las palabras no acudían a sus labios y, aunque lo hubiesen hecho, ella sabía que se perderían en las profundidades de aquel mundo velado, de modo que se limitaba a escuchar lo que le seguía diciendo la voz de su querido hermano.

«Tú me enseñaste a creer —le susurraba él una y otra vez—. Deja de echarte la culpa a ti misma.

Fuiste tú quien me salvó, Rose».

Se preguntaba si aquella sería la absolución que había buscado toda la vida, aunque estaba segura de no merecerla. ¿O no sería más que otro resultado de la demencia que —ella se daba cuenta— le iba carcomiendo el cerebro? Ya no confiaba en sus propios ojos ni en sus propios oídos, porque a menudo no cuadraban con la realidad ni con los recuerdos.

Y, cuando él empezó a susurrarle «Tienes que despertar, Rose. Es posible que Hope y Annie hayan encontrado a Jacob Levy», se dio cuenta de que se le había ido por completo la cabeza, porque aquello era imposible. Jacob había desaparecido hacía mucho y no era posible que Hope supiera acerca de él. Rose no volvería a verlo nunca más.

Si hubiese podido derramar lágrimas en aquel mar turbio y profundo, Rose habría llorado.

Capítulo 23

En el camino de regreso desde la casa de Elida, veo los ojos de Annie que brillan en la oscuridad y destellan al reflejar la luz.

—Tienes que ir a Nueva York mañana, mamá —dice—. Tienes que ir a buscarlo.

Asiento con la cabeza. La panadería cierra los lunes, de todos modos, y, aunque no fuera así, sé que no puedo esperar ni un minuto más.

—Saldremos por la mañana —le digo a Annie—, a primera hora.

Annie se vuelve para mirarme.

—No puedo ir contigo —dice, abatida, y mueve la cabeza de un lado a otro—: mañana tengo un examen importante de estudios sociales.

Carraspeo.

—¡Qué responsable eres! —Hago una pausa—. ¿Y has estudiado?

—¡Mamá! —dice Annie—. ¡Claro que sí! ¿Cómo no?

—Bien —digo—, de acuerdo. Entonces iremos a Nueva York el martes. ¿Puedes faltar el martes?

Annie lo niega con la cabeza.

—No, tienes que ir mañana, mamá.

Le echo un vistazo y después vuelvo a concentrarme en la carretera.

—No me importa esperarte, cielo.

—No —dice de inmediato—, tienes que encontrarlo lo antes posible. ¿Y si se nos está acabando el tiempo y ni siquiera lo sabemos?

—Ahora Mamie está estable —le digo— y seguirá así.

—Vamos, mamá —dice Annie con suavidad después de una pausa—, eso no te lo crees ni tú. Sabes que puede morir en cualquier momento y por eso tienes que localizar a Jacob Levy lo antes posible, si es que anda por ahí.

—Pero, Annie... —empiezo.

—No, mamá —dice con firmeza, como si ella fuera la madre y yo la hija—. Vete mañana a Nueva York y vuelve con Jacob Levy. No defraudes a Mamie.

Después de pasar por el hospital a la vuelta, de quedarme un rato con Mamie y de mandar a Annie a la cama, me siento en la cocina con Alain a beber sorbos de café descafeinado y a contarle lo que nos han dicho Elida y su abuela.

—Besa —dice con dulzura—. Un concepto hermoso. La obligación de ayudar al prójimo. —Revuelve el café lentamente y bebe un sorbo—. ¿Irás mañana a Nueva York? ¿Tú sola?

Asiento con la cabeza y después, avergonzada, añado rápidamente:

—Bueno, pensaba preguntarle a Gavin si quiere venir conmigo. Como nos ha ayudado mucho cuando emprendimos la búsqueda, ¿no?

Alain sonríe.

—Una idea muy acertada. —Hace una pausa y añade—: Es que no tiene nada de malo que te enamores de Gavin, Hope.

Su franqueza me desconcierta tanto que me ahogo con un sorbo de café que no he llegado a tragar.

—No estoy enamorada de Gavin —protesto entre toses.

—Claro que sí —dice Alain—. Y él está enamorado de ti.

Me echo a reír, pero me arden las mejillas y de pronto siento las palmas de las manos sudorosas.

—¡Eso es absurdo!

—¿Qué tiene de absurdo? —pregunta Alain.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—Bueno, en primer lugar, no tenemos nada en común.

Alain echa a reír.

—Tenéis muchas cosas en común. He observado la forma en que habláis el uno con el otro, que te hace reír, que podéis hablar de cualquier cosa.

—Eso es porque es un buen tío —farfullo.

Alain cubre mis manos con las suyas.

—Se preocupa por ti y, aunque no quieras reconocerlo, tú también te preocupas por lo que le pase a él.

—Pero esas no son cosas que tengamos en común —respondo, testaruda.

—Se preocupa por Annie —añade Alain con suavidad— y no me puedes decir que no tengáis eso en común.

Hago una pausa antes de asentir con la cabeza.

—Sí, vale —reconozco—, se preocupa por Annie.

—Eso no es algo que se encuentre todos los días —dice Alain—. Piensa en lo que la ayudó cuando estábamos en París y llevaron a Rose al hospital. La apoyó a ella y te apoyó a ti.

Vuelvo a asentir.

—Lo sé. Es un buen tío.

—Es más que eso —dice Alain—. Dime, ¿por qué no te lo crees?

Me encojo de hombros y miro al suelo.

—Tiene siete años menos que yo, en primer lugar —farfullo.

Alain echa a reír.

—Tu abuela se casó con un cristiano, a pesar de ser judía, y acabas de llegar de la casa de una mujer que está felizmente casada con un judío cristiano, a pesar de ser musulmana. Si se puede pasar por alto algo tan importante como las diferencias religiosas, ¿crees de verdad que siete años van a cambiar mucho las cosas?

Me encojo de hombros otra vez.

—De acuerdo, pero, además, tengo una hija.

Alain se limita a mirarme.

—Claro que sí, pero no entiendo por qué lo usas como excusa.

—Pues bien, en primer lugar, él solo tiene veintinueve años y no le puedo pedir que se haga cargo de una adolescente.

—Me da la impresión de que no se lo has pedido —dice Alain— y, sin embargo, él ya ha asumido la responsabilidad. ¿No le corresponde a él tomar esa decisión?

Agacho la cabeza.

—Pero es que para mi madre los hombres siempre eran lo primero y todo el tiempo me daba la sensación de que le importaban más que yo. Su vida giraba en torno a la persona con la que estaba saliendo y me he prometido a mí misma que nunca, jamás, permitiría que mi hija sintiese lo mismo.

—Tú no eres tu madre —dice Alain al cabo de un momento.

—¿Y si llego a ser como ella? —pregunto con voz queda—. ¿Y si, ahora que me he divorciado, hago precisamente eso? No me puedo permitir seguir ese camino. Annie tiene que ser lo primero, pase lo que pase.

—Dejar entrar a alguien en tu vida no quiere decir que dejes fuera a Annie —dice Alain con cautela.

Siento las lágrimas que me ruedan por las mejillas y me sorprendo al advertir que me he echado a llorar.

—¿Y si me hace daño? —le suelto—. ¿Y si lo dejo entrar en mi vida y me parte el corazón? ¿Y si le hace daño a Annie? Después de todo lo que ha tenido que pasar con su padre, no podré soportar hacerle daño yo también.

Alain me da unas palmaditas en la mano.

—Es cierto: es un riesgo que corres —dice—, pero en la vida hay que correr riesgos. Si no, no vives.

—Pero así estoy bastante bien —le digo— y tal vez sea suficiente. ¿Cómo sabes que Gavin no lo cambiará?

—No lo sé —dice Alain—, pero hay una sola manera de averiguarlo.

Alain se pone de pie y coge mi teléfono móvil de la encimera, donde se está cargando.

—Llámallo y pídele que te acompañe mañana. No hace falta que tomes ninguna decisión por ahora, pero abre la puerta, Hope. Abre la puerta para dejarlo entrar.

Cojo el teléfono que me ofrece y respiro hondo.

—De acuerdo.

Annie se despierta conmigo a las tres de la mañana y, mientras bebo café frente a la mesa de la cocina y leo el periódico de ayer, ella come Rice Krispies y bebe un vaso de zumo de naranja, sin quitarme los ojos de encima.

—¿Entonces el señor Keyes ha dicho que sí? —pregunta—. ¿Irás contigo?

—Pues sí —le digo y carraspeo—. Pasará por aquí a las cuatro.

—Estupendo —dice ella—. El señor Keyes es muy amable, ¿no te parece?

Asiento y miro mi café.

—Efectivamente —digo con cautela.

—Se le da bien arreglar cosas.

La miro con extrañeza.

—Pues sí, claro. A eso se dedica.

Suelta una carcajada.

—No, bueno, o sea, que arregla personas y cosas. Vamos, que le gusta ayudar a los demás.
Sonrío.

—Sí, supongo que sí.

Annie no dice nada por un segundo.

—O sea, bueno, que ya sabes que le gustas, ¿no? Se nota, por la forma en que te mira.
Siento que el rubor me sube por el cuello. No estoy lista para hablar de este tema con Annie.
Pruebo a hacer un chiste malo:

—¿Como tu padre mira a Sunshine?

Annie hace una mueca.

—No, no es lo mismo.

Río y estoy a punto de añadir algo, en señal de protesta, pero ella se me adelanta.

—Papá mira a Sunshine como si tuviera miedo, me parece —dice.

—¿Miedo?

Lo piensa durante un minuto.

—Miedo de quedarse solo —dice—. En cambio, Gavin te mira de otra forma.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con suavidad.

Me doy cuenta de que me apetece mucho oír su respuesta.

Se encoge de hombros y baja la vista a sus cereales.

—No lo sé. Como si simplemente quisiera estar contigo. Como si le parecieras fantástica. Como si quisiera hacer cosas para facilitarte la vida.

Guardo silencio por un minuto. No sé qué decir.

—¿Y eso te molesta? —me atrevo a preguntar por fin.

Annie parece sorprendida.

—No. ¿Por qué?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Ha sido difícil para ti ver a tu padre con otra pareja tan pronto. Supongo que me gustaría que supieras que yo no voy a hacer lo mismo, que tú eres mi prioridad absoluta, ahora y siempre.

La miro con detenimiento mientras se lo digo. Quiero que sepa que lo digo en serio.

Parece incómoda.

—Ya lo sé —dice—, pero eso no quiere decir que no puedas, o sea, salir con el señor Keyes.

Echo a reír.

—Cariño, no me ha invitado a salir.

—Aún no —dice y hace una pausa—. Y seguro que no lo ha hecho, porque tú te comportas como si él no te gustara. Pero, o sea, es que no puedes quedarte sola para siempre.

Mis pensamientos de la noche anterior acuden en tropel.

—No estoy sola —digo con voz queda—. Te tengo a ti y a Mamie y ahora también a Alain.

—Mamá, no voy a estar aquí siempre —dice con seriedad—. Me tendré que ir a la universidad, ¿no?, o sea, dentro de unos años y es probable que Alain tenga que regresar a París, ¿verdad? Y Mamie se va a morir algún día.

Doy un respingo, porque yo no había sabido sacar el tema con Annie.

—Pues sí, aunque espero que todavía podamos disfrutarla un poco más. —Hago una pausa—. ¿No te

afecta la idea de que, probablemente, la perdamos dentro de poco?

Se encoge de hombros:

—La echaré mucho de menos, ¿no?

—Yo también.

Nos quedamos en silencio un buen rato. Me da mucha pena por mi hija, que ya ha tenido que experimentar demasiadas pérdidas.

—No quiero que te quedes sola, mamá —dice Annie al cabo de un momento—. Nadie debería estar solo.

Asiento y parpadeo para suprimir unas lágrimas inesperadas.

—Pero encuentra a Jacob, ¿vale? —musita—. Tienes que encontrarlo.

—Ya lo sé. Yo también quiero encontrarlo. Te prometo que haré todo lo posible.

Annie asiente, muy seria, y se pone de pie para vaciar el resto de la leche en el fregadero y poner el tazón y el vaso de zumo en el lavavajillas.

—Me vuelvo a la cama. Solo quería levantarme para desearte buena suerte —dice. Se dirige hacia la puerta de la cocina y se detiene—. ¿Mamá?

—Dime, cielo.

—La forma en que te mira el señor Keyes... —dice. Su voz se pierde y ella baja la mirada—. Creo que tal vez podría ser algo así como Jacob Levy solía mirar a Mamie.

Cuando Gavin me pasa a buscar a las cuatro con su Jeep Wrangler, lleva una taza de café comprada en la gasolinera para mí.

—Ya sé que tú estás acostumbrada a levantarte antes del amanecer —dice, mientras espera a que me abroche el cinturón de seguridad. Me entrega la taza de café y añade—: Pero yo tuve que pasar a buscar un café, porque, en mi mundo, yo seguiría durmiendo.

—Perdona —farfallo.

Echa a reír.

—No seas tonta. Me alegro de estar aquí, pero la cafeína ayuda.

—En realidad, no tienes que conducir —le digo—. Podemos ir en mi coche.

—Que no —dice—. El mío ya tiene gasolina y está listo para salir. Conduzco yo. —Hace una pausa y añade—: A menos que quieras conducir tú, pero me parece más fácil así. Tú vas de copiloto.

—Si estás seguro de que no te molesta...

Viajamos en silencio los primeros treinta minutos, salvo algún comentario sobre la ruta que seguiremos para llegar a Nueva York y la posibilidad de toparnos con tráfico a las afueras de Manhattan. Gavin bosteza y sube el volumen de la radio cuando suena *Livin' on a Prayer* de Bon Jovi.

—Me encanta esta canción —dice y se pone a cantar el estribillo con tanto entusiasmo que me hace reír.

—No sabía que la conocieras —le digo cuando acaba.

Me dirige una mirada rápida.

—¿Quién no conoce *Livin' on a Prayer*?

Siento que me sonrojo.

—Quería decir que pareces demasiado joven para conocerla.

—Tengo veintinueve —dice Gavin— y eso significa que estaba tan vivo como tú cuando apareció esta canción.

—¿Qué edad tenías entonces? ¿Tres años?

Yo tenía casi once en 1986. Vivíamos en dos mundos diferentes.

—Cuatro —dice Gavin, y me vuelve a mirar—. ¿Por qué te pones así?

Me miro el regazo.

—Es que eres tan joven. Mucho más joven que treinta y seis.

Se encoge de hombros.

—¿Y?

—Bueno, que... ¿No te parezco algo mayor? —pregunto y reprimo el impulso de añadir «para ti».

—Sí, claro, y un día de estos recibirás por correo la tarjeta de miembro del Club de la Tercera Edad

—dice Gavin. Parece advertir que no me río—. Oye, Hope, que ya sé tu edad y no entiendo qué tiene que ver.

—¿No te da la impresión de que venimos de dos mundos totalmente distintos?

Vacila.

—Vamos a ver, Hope, no puedes ir por la vida cumpliendo todas las normas y haciendo lo que los demás esperan de ti, en lugar de usar tu propia cabeza, ¿no te parece? Si no, un día nos despertamos y resulta que tenemos ochenta años y nos damos cuenta de que no hemos vivido.

Me pregunto si así se sentirá Mamie. ¿Habrá hecho lo que se esperaba que hiciera? ¿Se habrá casado y habrá sido madre solo porque eso era lo establecido para las mujeres en aquella época? ¿Se habrá arrepentido?

—Pero ¿cómo lo sabes? —pregunto, tratando de contener mi corazón, que se ha disparado—. Quiero decir, ¿cómo sabes qué normas tienes que cumplir y cuáles no?

Gavin me echa un vistazo.

—En realidad, no creo que tenga que haber normas. Me parece que cada uno tiene que ir tomando decisiones sobre la marcha, aprender por experiencia y seguir adelante para tratar de corregir los errores. ¿Qué opinas tú?

—No lo sé —digo en voz baja.

Puede que tenga razón, pero, en tal caso, significa que he estado viviendo de forma incorrecta todos estos años. He tratado de ceñirme a las normas en todo momento. Me casé con Rob porque estaba embarazada. Me mudé al cabo Cod porque mi madre me necesitaba. Me hice cargo de la panadería porque era el negocio familiar y no podía dejarlo desaparecer. Renuncié a mis sueños de ser abogada porque ya no encajaba dentro de lo que supuestamente debía hacer.

Empiezo a darme cuenta de que, al ir siempre sobre seguro, al hacer lo que se esperaba de mí, tal vez haya renunciado a más de lo que pensaba. ¿Habré dejado atrás también a la persona que debía llegar a ser? ¿Habré renunciado a ser yo misma a lo largo de aquel camino por hacerlo todo bien? Me pregunto si aún estaré a tiempo de tomar decisiones y empezar a regirme por mis propias normas. ¿Podré rescatar la vida que tengo que tener?

—Puede que sea demasiado tarde —murmuro con voz audible.

Gavin me echa un vistazo.

—Nunca es demasiado tarde —se limita a decir.

Guardamos silencio mientras cruzamos el puente de Sagamore, que atraviesa en forma de arco el canal de cabo Cod. Todavía faltan un par de horas para que amanezca y, al llegar a la zona continental en medio de la oscuridad, me da la impresión de que estamos solos en el mundo. No hay más coches en la carretera. Sobre la superficie oscura del agua que hay debajo, las luces del puente y de las casas de las dos orillas se reflejan hacia el cielo, señalando las estrellas. Las estrellas de Mamie. Creo que nunca más podré volver a mirar el cielo nocturno sin pensar en mi abuela y en todas las tardes que se ha pasado esperando a que salieran las estrellas.

Gavin no vuelve a hablar hasta que enfilamos la I-195 hacia Providence.

—¿Qué pasa con la panadería? —pregunta.

Le clavo la mirada.

—¿A qué te refieres?

Me mira rápidamente y vuelve la atención a la carretera.

—Annie me ha dicho que le parece que hay algún problema. Te ha oído hablar con Matt Hines.

Me invade el desaliento. No me había percatado de que Annie supiese que algo iba mal. No quería que se enterara.

—No pasa nada —le digo, eludiendo el tema.

Gavin asiente con la cabeza y mira directamente al frente.

—No quiero meterme donde no me llaman —dice— y sé que eres una persona reservada. Solo quiero que sepas que, si quieres hablar de algo, puedes contar conmigo. Sé lo importante que es la panadería para ti.

Miro por la ventanilla mientras empezamos a atravesar Fall River, que, envuelta en la neblina matutina, parece una ciudad industrial fantasma.

—Estoy a punto de perderla —le digo a Gavin al cabo de un rato—. A la panadería. Por eso Matt ha venido tantas veces. Existía la posibilidad de que la salvaran unos inversores, pero supongo que lo eché todo a perder cuando me fui a París.

—¿Eso te dijo Matt?

Asiento con la cabeza y vuelvo a mirar por la ventanilla.

—Qué absurdo —dice Gavin—. Si alguien quiere invertir de verdad, no dejará pasar una buena oportunidad comercial porque una persona se haya tenido que marchar unos cuantos días por un asunto familiar urgente. Si Matt te ha dicho eso, es que es idiota... O está tratando de hacerte sentir culpable.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

Gavin se encoge de hombros.

—Tal vez no sea tan buena persona.

—Tal vez —murmuro.

Da la impresión de que todos los hombres que he dejado entrar en mi vida a lo largo de los años pertenecen a esta categoría.

—¿Y cómo te sientes con respecto a la posibilidad de perder la panadería? —pregunta Gavin después de una pausa.

Me lo pienso.

—Siento que soy un fracaso —respondo.

—Si pierdes la panadería, Hope, no es porque tú hayas fracasado —dice Gavin—. No conozco a

nadie que trabaje más que tú. No es un fracaso, sino que es la situación económica, que está fuera de nuestro control.

Manifiesto mi desacuerdo con la cabeza.

—La panadería ha pertenecido a mi familia durante sesenta años. Mi madre y mi abuela la mantuvieron a flote a pesar de un montón de vicisitudes; cuando me la pasan a mí, yo la destruyo.

—Tú no has destruido nada —dice Gavin.

Muevo la cabeza de un lado a otro y me miro el regazo.

—Lo destruyo todo.

—Eso es absurdo y tú lo sabes. —Gavin carraspea—. ¿Es esto lo que siempre has querido hacer?

¿Encargarte de la panadería de tu familia?

Echo a reír.

—No, claro que no. Quería ser abogada. Iba por la mitad de la carrera, en Boston, cuando descubrí que estaba embarazada de Annie, de modo que dejé la universidad, me casé con Rob y al final volvía a vivir al cabo Cod.

—¿Y por qué dejaste la universidad?

Me encojo de hombros.

—Me pareció que era lo que tenía que hacer.

Gavin asiente con la cabeza y parece reflexionar durante un minuto.

—¿Te gustaría reanudarla? —pregunta—. ¿Todavía quieres ser abogada?

Me lo pienso.

—Me siento muy frustrada por haber abandonado los estudios —digo—, pero, al mismo tiempo, tengo la extraña sensación de que tal vez no era mi destino llegar a ser abogada. Tal vez mi destino sea encargarme de la panadería. Es que ya no me imagino la vida sin ella y más ahora que sé lo que supone para mi familia, ahora que sé que es, prácticamente, lo único que trajo mi abuela de su pasado.

—¿Sabes una cosa? No creo que vayas a perder la panadería —dice Gavin al cabo de un minuto.

—¿Por qué lo dices?

—Porque pienso que en la vida las cosas se suelen resolver cuando más las necesitamos.

Lo miro.

—¿Y eso es todo? ¿Que las cosas pasan como tienen que pasar?

Gavin echa a reír.

—De acuerdo, pues sí, parezco una de esas tarjetas de Hallmark.

Guardo silencio unos instantes.

—Annie te considera una suerte de «arreglatodo» para personas —digo con un hilo de voz.

Ríe otra vez.

—¿En serio?

Lo miro de reojo.

—¿Sabes qué? No hace falta que me arregles ni que me salves ni nada de eso.

Me mira y mueve la cabeza de un lado a otro.

—No creo que me necesites para eso, Hope —dice—. Me da la impresión de que subestimas tu capacidad de salvarte a ti misma.

Sus palabras me envuelven y miro fijamente por la ventanilla para que no vea mis lágrimas, repentinas e inesperadas. Tal vez esto sea lo que estaba necesitando: ni el dinero de Matt ni el de sus

inversores, ni alguien que me rescate, sino, simplemente, alguien que crea que puedo hacerlo por mí misma.

—Gracias —susurro, pero tan bajo que no sé si Gavin me habrá oído.

Pero lo ha hecho. Siento su mano en mi hombro y, cuando me vuelvo hacia él, aprieta una vez, con suavidad, y después vuelve a poner la mano en el volante. La piel me arde donde la ha tocado.

—Todo va a salir bien —dice.

—Lo sé —digo.

Y, por primera vez, lo digo de verdad.

Capítulo 24

Nos detenemos en una salida de la I-95 en Connecticut para repostar, desayunar e ir al lavabo. Cuando salgo del McDonald's haciendo malabarismos con dos cafés y dos zumos de naranja sobre una bandeja, además de una bolsa con varios McMuffins, miro al otro lado de la calle, a la luz tenue de la mañana, y veo un cartel enorme que anuncia una clase de estudios bíblicos llamada «El árbol genealógico del Antiguo Testamento». Estoy a punto de apartar la mirada cuando me llama la atención un nombre familiar y, de repente, algo encaja en su sitio en mi cabeza. Me quedo boquiabierta.

—¿Qué miras? —pregunta Gavin. Vuelve a enroscar la tapa del tanque de combustible y se coloca a mi lado, junto al coche. Coge las bebidas y la bolsa del McDonald's y las pone encima del coche—. Te has quedado como si hubieses visto un fantasma.

—Mira aquel cartel —le digo.

—«El árbol genealógico del Antiguo Testamento» —lee en voz alta—. «De Abraham a Jacob, José, etcétera». —Hace una pausa—. Vale. ¿Y?

—José era el hijo de Jacob en la Biblia, ¿verdad? —pregunto.

Gavin asiente.

—Pues sí y, de hecho, también en la Tora y creo que en el Corán, me parece. Diría que todo lo que se remonta a Abraham en el Antiguo Testamento es lo mismo en las tres religiones.

—Las tres religiones abrahámicas —murmuro, recordando las palabras de Elida—: el islamismo, el judaísmo y el cristianismo.

—Exacto —dice Gavin. Vuelve a mirar el cartel y después a mí—. Pero ¿qué te pasa, Hope? ¿Por qué te has quedado tan alucinada?

—Mi madre se llamaba Josephine —digo en voz baja—. ¿Será casualidad que le pusieran el nombre del hijo de Jacob?

Observo en el rostro de Gavin que él también se da cuenta.

—Según la historia, José era el encargado de transmitir el legado de sus padres y, por ese motivo, había que protegerlo. —Hace una pausa—. ¿Piensas que tu madre podría ser hija de Jacob?

Trago saliva y miro fijamente el cartel. Después muevo la cabeza de un lado a otro.

—¿Sabes qué te digo? Que no, es absurdo. No es más que un nombre. Además, los años no cuadran. Mi madre nació en 1944, mucho después de la última vez que mi abuela vio a Jacob Levy. No puede ser.

Levanto la vista y miro a Gavin, sintiéndome una tonta, y me sorprendo al ver que se ha quedado muy serio.

—Pero ¿y si tienes razón? —pregunta—. ¿Y si tu madre nació un año antes? ¿Y si tus abuelos sobornaron a alguien para que falsificara su partida de nacimiento? No habrá sido difícil en aquella época. Fue durante la guerra. Cualquier funcionario de poca monta pudo haber cambiado los papeles y destruido los originales. Se podía hacer fácilmente antes de que todo estuviese informatizado.

—Pero ¿por qué harían mis abuelos algo así?

—Para que pareciera que tu abuelo era el padre —dice Gavin. Se pone a hablar rápidamente y le brillan los ojos—. Para que a tu madre jamás se le ocurriera dudarle. Para que tu abuela no tuviera que hablarle de Jacob a nadie. Dices que no se trasladaron al cabo Cod hasta que tu madre cumplió cinco años. A esa edad, habría sido casi imposible determinar si habían hecho trampas con una diferencia de un año, sobre todo si decían que era alta para su edad. ¿Y si en realidad hubiese tenido seis años?

Siento que, de pronto, me he quedado sin aire.

—No puede ser —susurro—. Mi madre hasta se parecía a mi abuelo: tenía el cabello castaño y liso, ojos marrones, los mismos gestos.

—El cabello castaño y los ojos marrones son rasgos bastante comunes —señala Gavin— y, de todos modos, no sabemos el aspecto que tenía Jacob, ¿verdad?

—Supongo que no —murmuro.

—Tienes que reconocer que, si tu madre fuese hija de Jacob, tendríamos resueltas muchas cosas, como lo que sucedió con el bebé y por qué tu abuela siguió adelante con su vida tan rápido después de perder a Jacob.

—Pero ¿por qué habrá seguido adelante tan rápido? —pregunto.

Esa es la parte que no entiendo.

—Debió de pensar que Jacob ya había muerto. Puede que tu abuelo fuese amable y le brindase la oportunidad de sobrevivir y de dar a su hija una vida de verdad y tal vez aprovechó esa oportunidad, porque le pareció que era lo que tenía que hacer.

—¿Quieres decir que nunca quiso a mi abuelo? —pregunto, porque me duele pensar algo así—. ¿Que él solo fue un medio para alcanzar un fin?

—No, seguro que lo quiso —dice Gavin—. Tal vez de una forma diferente a como quería a Jacob, pero él le brindó, a ella y a tu madre, una buena vida.

—El tipo de vida que Jacob habría querido que tuvieran —digo.

Gavin hace un gesto de asentimiento.

—Pues sí.

—Pero, si eso es cierto, ¿qué consiguió mi abuelo? —pregunto, abrumada de golpe por la tristeza—. ¿Una esposa que nunca lo quiso como él merecía que lo quisieran?

—Puede que él supiera todo el tiempo que las cosas serían así —dice Gavin— y que la quisiera tanto que no le importara. Puede que tuviera esperanzas de que ella se enamorase de él. Puede que le bastara con tenerla allí, con saber que la protegía, con hacer de padre para su hija.

Miro hacia otro lado. Ojalá pudiese preguntarle a mi abuelo qué era lo que había sentido y cómo lo había racionalizado, suponiendo que Gavin tenga razón. Lo malo es que se ha ido hace tiempo. Me pregunto si las respuestas y los secretos que guardaban seguirán ocultos para siempre. Sé que así será, si Mamie no despierta nunca más. En realidad, incluso aunque despierte, no hay ninguna seguridad de que recuerde algo.

—¿Crees que mi madre lo llegó a saber? —pregunto y me apresuro a añadir—: Suponiendo que sea verdad, claro.

—Apostaría a que no —dice Gavin con voz suave—. Da la impresión de que lo único que tu abuela quería era dejarlo todo atrás para siempre.

Cuando volvemos a subir al coche, me doy cuenta de que me he puesto a llorar. No sé cuándo he empezado, pero el hueco de mi corazón parece haberse agrandado más y más. Hasta hace poco, mi abuela había sido, simplemente, una mujer algo triste que, por casualidad, procedía de Francia y tenía una panadería. Ahora, mientras voy pelando una capa tras otra de la persona que es en realidad, me doy cuenta de que su tristeza debía de ser mucho más profunda de lo que yo pensaba y que se ha pasado la vida disimulando, envuelta en secretos y mentiras.

Ahora quiero más que nunca que despierte, para poder decirle que no está sola y que la comprendo. Quiero escuchar la historia de su propia boca, porque, a estas alturas, tenemos demasiadas conjeturas. Me doy cuenta de que ya no sé de dónde procedo. No tengo ni idea. Nunca he conocido a la rama paterna de mi familia —ni siquiera sé quién es mi padre— y ahora resulta que todo lo que sabía de la parte materna era mentira.

—¿Estás bien? —pregunta Gavin con suavidad.

Aún no ha puesto en marcha el motor. Solo está sentado a mi lado, observándome llorar.

—Ya no sé quién soy —digo al cabo de un rato.

Asiente, como si lo comprendiera.

—Yo sí lo sé —se limita a decir—: eres Hope y eso es lo único que importa.

A pesar de lo incómodo que resulta, con la consola central del coche entremedias, cuando me atrae hacia él y me estrecha entre sus brazos, me resulta lo más natural y agradable del mundo.

Cuando por fin me suelta y murmura: «Será mejor que volvamos a la carretera para que no se nos haga demasiado tarde», me da la impresión de que solo han transcurrido unos segundos, aunque, según el reloj, el abrazo ha durado varios minutos. No me ha parecido suficiente.

Al llegar a la autopista, veo una bandeja de vasos que pasa volando por la ventanilla y me doy cuenta de que hemos dejado la comida del McDonald's sobre el techo. Las carcajadas nos ayudan a aliviar la tensión triste.

—En fin, no tenía hambre, después de todo —dice Gavin, mirando por el espejo retrovisor el lugar donde supongo que el resto del desayuno que no hemos tomado se ha esparcido por toda la calzada.

—Yo tampoco —coincido.

Me sonrío.

—¿A Nueva York?

—¡A Nueva York!

Son poco más de las diez cuando acabamos de lidiar con el tráfico y salimos de la FDR Drive para entrar en Houston Street, en Manhattan. Gavin va siguiendo las indicaciones del GPS y yo miro alrededor, mientras él zigzaguea de una calle a otra, esquivando por poco a los transeúntes y los taxis detenidos.

—Detesto conducir en Nueva York —dice, sonriendo.

—Pues lo haces de maravilla —le digo.

Trabajé aquí en prácticas un verano, en mi época de estudiante, y después he vuelto unas cuantas veces, pero ha pasado más de una década desde la última vez que estuve y todo me resulta diferente. La ciudad parece más limpia de lo que recordaba.

—Según el GPS, casi hemos llegado —anuncia Gavin al cabo de unos minutos—. A ver si podemos aparcar.

Encontramos un garaje y caminamos hasta la salida. Mientras Gavin guarda el comprobante que le da el encargado, yo, nerviosa, apoyo el peso del cuerpo en una pierna y después en la otra. Estamos a apenas unas manzanas de la última dirección conocida de Jacob Levy. Puede que en menos de diez minutos nos encontremos frente a él.

Gavin me entrega un plano que ha impreso de una página web. Hay una estrella marcada cerca del extremo sur de Battery Place y doy un respingo al ver lo cerca que vive Jacob de la zona cero. Me pregunto si habrá sido testigo de la tragedia del 11 de septiembre. Parpadeo unas cuantas veces y me tranquilizo. Miro hacia el norte, hacia el hueco en la silueta de los edificios en el que solía levantarse el World Trade Center, y me da una punzada de tristeza.

—Esta era la parte de la ciudad que más me gustaba —le digo a Gavin cuando emprendemos la marcha—. Trabajé aquí un verano, cuando estaba en la universidad, para un bufete situado en la periferia del centro. Los fines de semana tomaba la línea N o la R hasta el World Trade Center, allí me compraba una Coca-cola en la zona de restaurantes y me iba caminando por Broadway hasta Battery Park.

—¿De verdad? —dice Gavin.

Sonrío.

—Miraba hacia la estatua de la Libertad y pensaba en lo inmenso que era el mundo, allá fuera, más allá de la costa este. Pensaba en todas las posibilidades que tenía y todas las cosas que podía hacer en la vida.

Me interrumpo y miro hacia abajo.

—Qué bien —dice Gavin con suavidad.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—Era una niñata estúpida —farfullo al cabo de un momento—. Resulta que la vida no es tan inmensa como yo pensaba que podía ser.

Gavin se detiene y me pone una mano en el brazo, de modo que paro yo también.

—¿Qué quieres decir?

Me encojo de hombros y miro alrededor. Me siento estúpida, en una acera en pleno Manhattan, con Gavin mirándome con tanto detenimiento. Sin embargo, como me observa fijamente, esperando una respuesta, por fin alzo la cabeza y lo miro a los ojos.

—Esta no es la vida que yo esperaba tener —digo.

Gavin mueve la cabeza de un lado a otro.

—Nunca lo es, Hope. Ya lo sabes, ¿no? La vida nunca resulta como la planeamos.

Suspiro. No espero que me entienda, pero trato de explicárselo:

—Mira, Gavin: tengo treinta y seis años y en la vida no me ha ocurrido ninguna de las cosas que yo quería. Algunos días, cuando me despierto, pienso: «¿Cómo he llegado hasta aquí?». Como que un día simplemente te das cuenta de que ya no eres joven, ya has elegido y es demasiado tarde para cambiar nada.

—Nunca es demasiado tarde —dice Gavin—, aunque sé a qué te refieres cuando describes lo que sientes.

—¿Y cómo lo sabes? —Mi voz suena más brusca de lo que pretendía—. Tienes veintinueve años.

Suelta una carcajada.

—No hay una edad mágica en la que se te acaban todas las opciones, Hope. Tú tienes tantas

posibilidades de cambiar tu vida como yo de cambiar la mía. Lo que quiero decir es que a nadie la vida le sale como esperaba. Sin embargo, lo que determina que seas feliz o no es tu manera de enfrentarte a la adversidad.

—Tú eres feliz —le digo y me doy cuenta de que, más que una afirmación, parece una acusación—. Quiero decir que pareces tener todo lo que quieres.

Vuelve a reír.

—Hope, ¿de verdad piensas que, cuando era niño, soñaba con dedicarme a hacer reparaciones?

—No lo sé —farfallo—. ¿Era así?

—¡Pues no! Quería ser artista. Era el niño más extravagante del mundo. Le pedía a mi madre que me llevara al Museo de Bellas Artes de Boston para poder contemplar las pinturas y le decía que me iría a vivir a Francia y que sería pintor, como Degas o Monet: los que más me gustaban.

—¿Querías ser artista? —le pregunto, incrédula.

Reanudamos la marcha hacia la dirección de Jacob Levy que nos han dado.

Gavin ríe entre dientes y me mira.

—Hasta traté de ingresar en la EBAB...

—¿La EBAB?

—Vaya, ya veo que no eres aficionada al arte. —Gavin me guiña un ojo—. Es la Escuela del Museo de Bellas Artes de Boston. —Hace una pausa y se encoge de hombros—. Tenía las notas y cumplía los requisitos técnicos, pero no pude conseguir suficientes becas para pagarme los estudios. Mi madre no podía hacerse cargo y no quise pedir millones de préstamos y endeudarme para el resto de mi vida, de modo que aquí estoy.

—¿Entonces no fuiste a la universidad?

Gavin ríe.

—No es eso. Fui a la Estatal de Salem con una beca y me especialicé en educación, porque pensé que, si no podía ser artista, sería profesor de arte.

—¿Has sido profesor de arte? —pregunto.

Gavin asiente con la cabeza y yo prosigo:

—Pero ¿qué ocurrió? ¿Cómo es que no lo sigues siendo?

Me muerdo la lengua cuando estoy a punto de añadir algo acerca de limitarse a trabajar de manitas. Se encoge de hombros.

—Es que no me hacía feliz. No como me hace el hecho de trabajar con las manos. Me di cuenta de que, si no podía ser artista en el sentido tradicional... y he de reconocer que, con o sin la Escuela de Bellas Artes, no soy Miguel Ángel... podía crear arte de alguna forma, si podía hacer algo por los demás... y eso es lo que hago.

—Pero arreglas cañerías y cosas así —le digo, con un hilo de voz.

Ríe.

—Pues sí, porque forma parte del trabajo, pero también construyo plataformas de madera, pinto casas, instalo ventanas y persianas y reformo cocinas. Hago cosas que quedan bonitas y eso me hace feliz. Para mí es como convertir la ciudad en una obra de arte inmensa, casa por casa.

Lo miro fijamente y no me lo puedo creer.

—¿Lo dices en serio?

Se encoge de hombros.

—No es lo que soñaba cuando era niño —dice—, pero me he dado cuenta de que nunca me había sentido yo mismo hasta que vine a parar al cabo Cod. La vida no sale como la planeamos, pero es posible que, al final, salga como tiene que ser, ¿no te parece?

Asiento lentamente.

—Creo que sí.

Tomó la decisión de encontrarse a sí mismo y está contento con lo que ha encontrado. Me pregunto si algún día seré capaz de hacer lo mismo. He llegado a tomarme la vida como una serie de puertas cerradas y no se me había ocurrido hasta ahora que, en algunos casos, lo único que tengo que hacer es abrirlas.

—No sabía todo esto acerca de ti —digo en voz baja, después de una pausa.

Gavin vuelve a encogerse de hombros.

—Nunca me lo habías preguntado.

Miro hacia abajo y trago saliva.

Finalmente llegamos a la dirección de Battery Place. Alzo la vista para contemplar el edificio: tiene una fachada de ladrillo que le da un aspecto más antiguo y tendrá como una docena de pisos. Parece pequeño en comparación con los que están situados más al norte, pero hay algo que, en mi opinión, le da un toque encantador y tradicional. Al cabo de un momento advierto con sorpresa que me recuerda un poco a Francia.

—Hemos llegado —dice Gavin y me sonrío—. ¿Estás lista?

Asiento con la cabeza. El corazón me late a mil por hora. Me cuesta creer que tal vez estemos a punto de localizar a Jacob.

—Estoy lista.

Según la nota de Elida, Jacob vive en el apartamento 1004, de modo que llamamos allí primero. Como nadie responde, Gavin se encoge de hombros y empieza a llamar a otros al azar, hasta que alguien nos abre.

—*Voilà* —dice y aguanta la puerta para dejarme pasar.

Dentro, el vestíbulo está iluminado por una luz tenue y justo al frente hay una escalera estrecha. Miro alrededor.

—¿No hay ascensor? —pregunto.

Gavin se rasca la cabeza.

—Parece que no. Vaya, ¡qué extraño!

Empezamos a subir las escaleras y, cuando llegamos al quinto piso, me avergüenza reconocer que me cuesta respirar.

—Supongo que tendría que hacer más ejercicio —observo—. Estoy jadeando y sin aire, como si en toda mi vida no hubiese subido jamás una escalera.

Gavin, que viene detrás de mí, suelta una carcajada.

—No lo sé. Dejando aparte el jadeo y que no tengas aire, no me da la impresión de que necesites hacer ejercicio.

Me vuelvo a mirarlo, con el rostro arrebolado, y se limita a sonreír. Muevo la cabeza de un lado a otro y sigo subiendo, pero me siento halagada.

Por fin llegamos al décimo piso y tengo tanta prisa por saber si Jacob sigue viviendo allí que ni me

molesto en recuperar el aliento antes de llamar a la puerta del número 1004.

Todavía respiro con dificultad cuando se abre y aparece una mujer más o menos de mi edad.

—¿Qué desean? —pregunta, mirándonos a los dos.

—Estamos buscando a Jacob Levy —dice Gavin, supongo que al darse cuenta de que no me salen las palabras.

La mujer mueve la cabeza de un lado a otro.

—Aquí no hay nadie con ese nombre. Lo siento.

Se me cae el alma a los pies.

—Tendrá como noventa años y es de origen francés.

La mujer se encoge de hombros.

—Ni idea.

—Nos parece que antes vivía aquí —dice Gavin—, por lo menos hasta hace un año.

—Mi esposo y yo nos hemos mudado en enero —dice la mujer.

—¿Está segura? —le pregunto con un hilo de voz.

—Me da la impresión de que me daría cuenta si tuviéramos aquí a un abuelete —dice la mujer y pone los ojos en blanco—. De todos modos, el portero vive en el apartamento 102, por si quieren preguntarle a él.

Gavin y yo le damos las gracias y emprendemos el descenso.

—¿Te parece que hemos venido hasta aquí en vano? —le pregunto, mientras bajamos.

—No —dice Gavin con firmeza—. Creo que Jacob se ha trasladado a otro sitio y que hoy lo vamos a encontrar.

—¿Y si ha muerto? —me atrevo a decir.

No había querido considerar esa posibilidad, pero sería absurdo no hacerlo.

—El marido de Elida no ha encontrado una partida de defunción —dice Gavin—. Tenemos que pensar que aún sigue vivo en alguna parte.

Cuando llegamos a la planta baja, Gavin llama a la puerta del apartamento 102. Nadie contesta y nos miramos. Gavin vuelve a golpear, esta vez más fuerte, y siento alivio cuando, poco después, oigo pasos que se acercan a la puerta. Abre una mujer de mediana edad, con rulos y bata.

—¿Qué pasa? —pregunta—. No me digan que se han vuelto a estropear las cañerías del séptimo. No me puedo ocupar.

—No, señora —dice Gavin—. Buscamos al portero.

La mujer resopla.

—Es mi marido, pero no vale para nada. ¿Qué quieren?

—Estamos buscando al señor que vivía en el apartamento 1004 —digo—: Jacob Levy. Creemos que se mudó hace cosa de un año.

Frunce el ceño.

—Pues sí. ¿Y qué?

—Tenemos que encontrarlo —dice Gavin—. Es muy urgente.

Entorna los ojos.

—No serán ustedes de Hacienda o algo así, ¿no?

—¿Cómo? Claro que no —digo—. Somos...

Pero no sé cómo continuar. ¿Cómo le digo que soy nieta de la mujer de la que estaba enamorado hace

setenta años y que hasta podría ser su nieta?

—Somos familiares —informa Gavin con soltura. Me señala con la cabeza—. Ella es familiar. Las palabras me llenan de aflicción.

La mujer me escudriña un instante más y se encoge de hombros.

—Es igual. Ahora les doy la dirección que dejó para que le enviásemos la correspondencia.

Se me acelera el corazón mientras ella vuelve a entrar en el apartamento arrastrando los pies. Gavin y yo volvemos a mirarnos, pero estoy demasiado nerviosa para decir nada.

La mujer reaparece enseguida con una hoja de papel.

—Jacob Levy. El año pasado se cayó y se rompió la cadera —dice—. Llevaba aquí veinte años, ¿saben?, pero no hay ascensor y, cuando volvió del hospital, no podía subir las escaleras, con la cadera así y todo eso, de modo que el propietario le ofreció el apartamento vacío que está aquí, al final del vestíbulo. El apartamento 101. Pero el señor Levy dijo que quería tener buena vista. Difícil de contentar, diría yo. Así que se mudó a finales de noviembre.

Me entrega la hoja de papel con una dirección en Whitehall Street, junto con un número de apartamento.

—Nos pidió que le enviáramos allí la última factura —dice la mujer—. No tengo ni idea de si sigue allí, pero de aquí se fue allí.

—Gracias —dice Gavin.

—Gracias —repito.

Está a punto de cerrar la puerta cuando alargo la mano.

—Espere —digo—. Una cosa más.

—¿Sí?

Parece inquieta.

—¿Estaba casado?

Contengo la respiración.

—Que yo sepa, no había ninguna señora Levy —dice la mujer.

Cierro los ojos, aliviada.

—¿Cómo... cómo era? —pregunto al cabo de un momento.

Me mira con recelo, pero después parece ablandarse un poco.

—Era agradable —dice por fin—. Siempre muy amable. Algunos de los demás inquilinos que viven aquí nos tratan como a criados, a mi esposo y a mí. En cambio, el señor Levy siempre fue muy amable. Siempre me llamaba «señora» y siempre decía «por favor» y «gracias».

Me hace sonreír.

—Gracias —le digo—. Gracias por decírmelo.

Estoy a punto de volverme, cuando vuelve a hablar.

—Siempre parecía triste, sin embargo.

—¿Triste? —pregunto.

—Sí. Todos los días salía a dar una vuelta y siempre regresaba por la noche, cuando había oscurecido, y daba la impresión de que había perdido algo.

—Gracias —susurro y me embarga la tristeza cuando nos alejamos y salimos por la puerta.

Parece que todas aquellas noches que Mamie se sentaba a esperar a que salieran las estrellas Jacob

también salía a buscar algo.

Tardamos quince minutos en cruzar hacia el este hasta Whitehall Street y nos dirigimos hacia el sur a buscar la dirección que nos ha dado la mujer del portero. Resulta ser un edificio de aspecto moderno que se eleva por encima de los que hay alrededor. No hay portero. ¡Menos mal! No tendremos que explicar nuestra misión a nadie más.

—Es el apartamento 2232 —digo a Gavin, mientras nos dirigimos a los ascensores.

Se abren las puertas y aprieto el número 22. Doy golpes impacientes con los pies mientras se cierran las puertas.

—Vamos, vamos, vamos —murmuro cuando el ascensor comienza a subir lentamente.

Gavin me coge la mano y me la aprieta.

—Lo vamos a encontrar, Hope —dice.

—No sé cómo darte las gracias por todo lo que has hecho para ayudarme —digo y hago una pausa bastante larga para mirarlo a los ojos y sonreír.

Por un instante, el tiempo se detiene y estoy segura de que está a punto de besarme, pero entonces suena la campanilla del ascensor y se abren las puertas. Hemos llegado.

Vamos volando por el pasillo, primero a la derecha y después a la izquierda, hasta el apartamento 2232. Es el último del lado derecho y, mientras Gavin llama a la puerta, miro por la ventana que hay al final del pasillo. Ofrece una vista hermosa sobre el extremo sur de Manhattan, por encima del agua. Sin embargo, ahora no me puedo concentrar en eso. Me vuelvo hacia la puerta y deseo que se abra.

Pero nadie contesta. No se oyen pasos en el interior.

—Vuelve a probar —digo.

Gavin asiente con la cabeza y llama de nuevo, esta vez más fuerte. Nada. Trato de no sentirme totalmente abatida. ¿Y ahora qué?

—Otra vez —digo con voz débil.

Gavin aporrea la puerta con tanta fuerza que se abre la que está enfrente, al otro lado del pasillo. Aparece una anciana que nos mira fijamente.

—¿A qué viene tanto jaleo? —pregunta, molesta.

—Perdón, señora —dice Gavin—. Estamos tratando de localizar a Jacob Levy.

—¿Y no pueden golpear como personas normales? —pregunta—. ¿Tienen que echar la puerta abajo?

—Es que no contesta —le digo, abatida. Respiro hondo—. ¿Sigue viviendo aquí? ¿Sigue...?

Se me pierde la voz, pero lo que quiero preguntarle es si sigue vivo. Es espantoso querer saber algo así.

—Cálmese —dice la mujer—. No sé dónde está. Ni siquiera lo conozco. Por favor, tengan la bondad de no armar tanto jaleo, que quiero ver la televisión.

Cierra de un portazo antes de que podamos añadir nada más. Me tiemblan las rodillas y me tengo que apoyar en la pared. Gavin se coloca a mi lado y me pasa el brazo por los hombros.

—Lo vamos a encontrar, Hope. Está aquí. Lo sé.

Asiento, aunque no consigo creérmelo. ¿Y si, después de tanto esfuerzo, descubrimos que hemos llegado demasiado tarde por unos meses? Otra vez me pongo a mirar por la ventana situada al final del pasillo y contemplo la hermosa vista, mientras las lágrimas me empañan la visión. A nuestros pies se

extienden unas cuantas manzanas cortas de Manhattan que acaban en el extremo verde de Battery Park. Más allá, al otro lado de las aguas de color azul intenso del puerto de Nueva York, aparecen Governors Island, a la izquierda, y Ellis Island, a la derecha. Me pregunto si allí habrán estado Jacob y mi abuela cuando llegaron por primera vez al país. Detrás de Ellis Island está Liberty Island, donde veo la estatua de la Libertad, con la antorcha en alto. Brilla a la luz del sol y por un instante pienso en la libertad que representa. ¿Cómo habrá sido entrar por primera vez en este país a través de Ellis Island y pasar junto a un símbolo tan poderoso de todo lo que representa esta nación?

Entonces, de pronto, algo encaja en su sitio y me quedo boquiabierta.

—Gavin —le digo, cogiéndolo del brazo—, ya sé dónde está.

—¿Cómo dices? —pregunta, sorprendido.

—Sé dónde está Jacob —digo—. La reina. La reina con la antorcha. ¡Dios mío! ¡Ya sé dónde está!

Capítulo 25

MERENGUES DE COCCIÓN LENTA

INGREDIENTES

- 2 claras de huevo
- 1/2 taza de azúcar blanco
- 1 cucharadita de extracto de vainilla
- 1/2 taza de pepitas de chocolate

PREPARACIÓN

1. Precalentar el horno a 180 grados.
2. En un bol grande, batir las claras de huevo con la batidora eléctrica a alta velocidad hasta que se formen picos blandos.
3. Añadir el azúcar, un octavo de taza a la vez, sin dejar de batir. Seguir batiendo hasta que los picos queden duros y se mantengan solos.
4. Reducir al mínimo la velocidad de la batidora e incorporar la vainilla.
5. Ir agregando poco a poco las pepitas de chocolate con una cuchara de madera.
6. Echar a cucharaditas sobre bandejas de horno cubiertas con papel vegetal. Procurar que en cada montículo quede, como mínimo, una pepita de chocolate. Conviene que los montículos conserven bien la forma.
7. Colocar la bandeja en el horno y apagarlo enseguida.
8. Dejar la bandeja en el horno toda la noche. ¡No vale abrirlo para echar un vistazo! A la mañana siguiente, cuando nos levantemos y abramos el horno, los merengues estarán hechos y listos para comer.

Rose

Era julio de 1980 y estaba sentada, con los ojos cerrados, en el salón del hogar que Ted había creado para ella. Fuera hacía tanto calor que ni la brisa salada del mar que entraba por las ventanas bastaba para refrescarla. En días como aquel añoraba París, por la manera en que, incluso en la canícula, la ciudad parecía resplandecer. Allí no resplandecía nada, salvo el agua, y eso le parecía a Rose una tentación cruel. La provocaba, al recordarle que, si se embarcaba y se dirigía hacia el este, acabaría por llegar a su casa, a las costas lejanas de su país de origen.

Sin embargo, jamás podría regresar. Lo sabía.

Oía voces acaloradas en la habitación que daba al frente. Habría querido levantarse y decirles que

dejaran de pelear, pero no podía hacerlo. No correspondía. A los treinta y siete años, Josephine ya era mayor para que su madre le dijera lo que tenía que hacer. Rose no había sabido proteger a su hija, no le había inculcado las cosas que tiene que inculcar una buena madre. Si pudiera volver a comenzar, tomaría otras decisiones. No se había dado cuenta, cuando era más joven, de que el destino se podía decidir en un momento y de que las decisiones más nimias nos pueden cambiar la vida. Lo sabía entonces, cuando ya era demasiado tarde para cambiar nada.

En aquel momento, Ted entró en la habitación. Rose oyó sus pasos firmes y seguros y olió el aroma suave y dulce de los cigarros que le gustaba fumar en el porche, mientras escuchaba por radio los partidos de los Red Sox.

—Jo ha vuelto a las andadas —dijo él. Ella abrió los ojos y vio que la miraba fijamente, preocupado—. ¿La oyes?

—Sí —se limitó a decir Rose.

Ted se rascó la nuca y suspiró.

—No lo entiendo. Le encanta pelearse con ellos.

—No le he enseñado a amar —dijo Rose con suavidad—. Es culpa mía.

Por eso —Rose lo sabía—, Josephine apartaba a los hombres que la querían: porque ella siempre había guardado las distancias con su hija, porque le aterraba confiar en la persona que más quería y porque sabía que a las personas que uno quiere un buen día se las pueden llevar sin previo aviso. No había sido su intención enseñarle aquello a Josephine, pero lo había hecho.

—No es culpa tuya, querida —dijo Ted.

Se sentó a su lado en el sofá y la acercó a él. Ella respiró hondo y se dejó abrazar. Lo quería. No como había amado a Jacob o a su familia en Francia, porque a todos ellos los había querido con el corazón abierto. Cuando a uno se le cierra el corazón, ya no puede sentir lo mismo. Sin embargo, lo quería como mejor sabía y era consciente de que él la quería a su vez con intensidad. Se daba cuenta de que él ansiaba cruzar la línea divisoria que los separaba. Ojalá ella pudiera decirle cómo hacerlo, pero lo malo era que lo ignoraba.

—Claro que es culpa mía —dijo Rose al cabo de un momento.

Guardaron silencio, mientras Josephine le gritaba a su novio que él acabaría dejándola algún día, de modo que no tenía sentido que ella le diera otra oportunidad.

»Óyela —añadió poco después—. Lo que dice podría haber salido de mi boca.

—Eso es absurdo. Tú nunca me echaste así. No es el ejemplo que le diste.

—No —se limitó a decir Rose.

Sin embargo, lo que quería decir era que nunca lo había echado, porque jamás lo había dejado entrar. Ella era un castillo rodeado por muchas defensas. Ted solo había llegado hasta el montículo de hierba situado después del primer foso; quedaban muchas más murallas por escalar y había que librar muchas más batallas para llegar a su corazón. Sin embargo, Ted no lo sabía. Mejor así.

Los dos vieron por la ventana que Hope se acercaba a la casa desde el patio de atrás, donde había estado jugando en la arena, al borde de las dunas. Rose la había estado vigilando —solo tenía cinco años— y esperaba que tardara lo suficiente para no oír a su madre discutiendo con el último hombre que había hecho entrar en la vida de la niña.

—Iré a entretenerla —dijo Ted y se dispuso a ponerse en pie.

—No —dijo Rose—, iré yo.

Besó a Ted en la mejilla y se dirigió hacia la puerta. Hope se volvió y se le iluminaron los ojos cuando su abuela salió al porche de atrás. A Rose se le hizo un nudo en la garganta y estuvo un rato sin poder hablar: Hope se parecía tanto a como era Danielle hacía mucho tiempo que a veces a Rose le costaba contemplarla sin ver el pasado, sin ver a su hermana pequeña, cuyo destino no quería imaginar del todo.

—¡Mamie! —exclamó Hope con alegría. Sus rizos castaños, muy similares a los largos que la propia Rose lucía en su juventud, se mecían con la brisa marina y sus extraordinarios ojos verdes, del color del mar y con motas doradas, brillaban de entusiasmo—. ¡He cogido un cangrejo, Mamie! ¡Muy grande! ¡Tenía pinzas y todo!

—¿Un cangrejo? —Rose sonrió a su nieta—. ¡Qué barbaridad! ¿Y qué has hecho con él?

Hope sonrió y elevó la mirada hasta su abuela, pestañeando.

—Mamie, ¡lo dejé ir! ¡Como tú me dijiste!

—¿Yo te he dicho eso?

Hope asintió con la cabeza una sola vez, con seguridad.

—Me dijiste que nunca hiciera daño a nada ni a nadie, si podía evitarlo, y el cangrejo es alguien.

Rose sonrió y se agachó para abrazar a la niña.

—Lo has hecho muy bien, mi vida.

Del interior le llegaron las voces airadas de Josephine y su novio, que se chillaban el uno al otro. Carraspeó, con la esperanza de disimular el ruido.

—Quedémonos aquí fuera un ratito —dijo a su nieta—. ¿Qué te parece si te cuento un cuento?

Hope sonrió y se puso a saltar.

—¡Me encantan tus cuentos, Mamie! ¿Me puedes contar el del príncipe que le enseñaba a la princesa a ser valiente?

—Claro que sí, cielo.

Rose se sentó en una tumbona de cara al mar y Hope se encaramó a su regazo, dejó colgando sobre el borde de la silla las piernas morenas por el sol y se acurrucó sobre su pecho. Pronto sería demasiado grande para seguir haciéndolo. Rose deseaba que aquellos momentos duraran para siempre, porque, mientras pudiera sostener a su nieta en el regazo y contarle cuentos, podría mantenerla a salvo y protegida.

»Había una vez, en un país muy lejano, un príncipe y una princesa que se enamoraron —empezó y, a medida que su boca pronunciaba las palabras conocidas, el corazón se le partía y amenazaba con saltársele del pecho.

Por eso había hecho lo que hizo y ella lo sabía. Por eso había salido corriendo, había huido de París, le había dado la espalda a todo. Aquella niña que tenía en los brazos no habría estado allí si Rose se hubiese quedado y hubiese aceptado su destino. En eso sabía que había hecho bien. Lo que pasa es que en la vida las decisiones no estaban tan claras. Al menos, no las trascendentales. Para dar vida a Josephine y después a Hope, ella había tenido que renunciar a otras vidas. No había manera de justificar un precio así, ¡ninguna manera!

—¡Más, Mamie, cuéntame más! —reclamó Hope, saltando sobre el regazo de su abuela, mientras Rose hacía una pausa en el cuento conocido.

Rose alborotó el cabello de su nieta y le sonrió.

—Pues bien, el príncipe le dijo a la princesa que tenía que ser fuerte y valiente y que tenía que hacer lo que estuviera bien, aunque fuera difícil.

—¡Eso es lo que me dices siempre, Mamie! —interrumpió Hope—. ¡Que haga lo que esté bien! ¡Aunque cueste!

Rose asintió con la cabeza.

—Eso es. Siempre tienes que hacer lo correcto. El príncipe le dijo a la princesa que él tenía que salvarla, porque eso era lo correcto. Lo que pasa es que, para salvarla, tenía que enviarla lejos, muy lejos, a las costas de un reino mágico; pero la princesa no había estado nunca en aquel reino mágico, porque quedaba muy, muy lejos, al otro lado del inmenso mar, aunque a menudo había soñado con él. Ella sabía que en aquel gran reino había una reina que iluminaba con su luz el mundo entero.

—¿De noche también? —preguntó Hope, aunque ya había oído la historia cientos de veces.

—De noche también —la tranquilizó Rose.

—Como una lámpara de noche —dijo Hope.

—Pues sí, algo muy parecido a una lámpara de noche —dijo Rose, sonriendo—, porque la lámpara hacía que todo el mundo se sintiera a salvo, como tú te sientes segura con tu lámpara de noche.

—Me gusta esa reina.

—Era una reina muy amable —aseguró Rose a su nieta—, muy buena y muy justa. La princesa sabía que, si podía llegar hasta el reino de aquella reina, estaría a salvo y que, algún día, el príncipe iría a reunirse con ella allí.

—Porque se lo había prometido —dijo Hope.

—Sí, porque se lo había prometido —dijo Rose en voz baja—. Le había prometido que se reuniría con ella al otro lado del foso que rodeaba el gran trono de la reina, donde brillaba la luz. Entonces la princesa cruzó el mar para llegar al reino de la reina sabia y allí estuvo, por fin, a salvo. Mientras la princesa esperaba al príncipe, conoció a un mago fuerte y amable, que se dio cuenta de que ella era una princesa, aunque iba vestida de pobre. Le dijo a la princesa que la quería y que la protegería todos los días de su vida.

—Pero ¿y el príncipe? —preguntó Hope—. ¿No va a venir?

Rose sabía que Hope le haría aquella pregunta, porque siempre se la hacía. Hope había nacido en un país que creía en lo de vivir felices y comer perdices y cinco años no bastaban para aprender que aquello solo pasaba en los cuentos de hadas. Sin embargo, aquello era, efectivamente, un cuento de hadas, se recordó Rose, de modo que respondió de la única forma que sabía, porque, de vez en cuando, ella también necesitaba creer en los cuentos de hadas.

—Claro que sí, cielo —dijo Rose, parpadeando para disimular las lágrimas y estrechando a su nieta—. El príncipe vendrá y, algún día, la princesa lo volverá a ver.

Capítulo 26

—¿Adónde vamos? —pregunta Gavin mientras me sigue a la calle.

Cuando echo a correr por Whitehall, despierto la curiosidad de los transeúntes. Una pareja —son turistas con camisetas «I Love New York» y cámaras colgadas del cuello— me señala y me fotografía. Paso de todos ellos y llego como una flecha a State Street. Gavin se pone a mi lado.

—¿Qué haces, Hope?

—Jacob está en Battery Park —le digo, sin dejar de correr.

Pasamos junto a un edificio colonial de ladrillo, a la derecha, y observo que es una iglesia católica. Me pregunto fugazmente si Jacob habrá imaginado que Mamie se había puesto en la piel de una musulmana y, después, en la de una católica, y que todas las imágenes que tenía de la divinidad habían quedado amontonadas en un hermoso enredo.

—¿Cómo sabes que está allí? —pregunta Gavin.

Nos detenemos para dejar pasar el tráfico, antes de cruzar como flechas State Street para llegar al espacio verde brillante de Battery Park.

—Por los cuentos de mi abuela —le digo.

Me muero por cruzar la calle, pero Gavin, tal vez porque lo presiente, me pone una mano en el brazo hasta que se interrumpe la circulación.

Parece confuso, pero cruza delante de mí y después frena un poco y me sigue. Pasamos corriendo junto a los turistas que pasean, los retratistas callejeros y los vendedores ambulantes de comida, en dirección a la gruesa barandilla oscura que separa del agua el borde de la isla. Apoyo las manos en el metal frío y, por encima de las aguas turbulentas, clavo la vista en la estatua de la Libertad, que mira hacia el sudeste, a la entrada del puerto de Nueva York. Supongo que el suyo habrá sido el primer rostro que veían los inmigrantes cuando divisaban la isla de Manhattan.

»Jacob siempre ha estado presente en los cuentos que me contaba mi abuela —murmuro, mientras miro fijamente a la reina con su antorcha, la que yo había contemplado tantas tardes durante el verano que pasé en Nueva York, sin darme cuenta de que debería haberla reconocido por los cuentos de Mamie.

Aparto la vista de la estatua de la Libertad y escudriño toda la barandilla, primero hacia la izquierda y después hacia la derecha. A pesar del frío otoñal y del viento que nos azota desde el agua, cubre la acera un mar de turistas. Estoy a punto de sumirme en la desesperación. Tal vez sea imposible encontrarlo entre tanta gente.

Gavin no dice nada; parece darse cuenta de que estoy absorta en mi propio mundo. Sin embargo, cuando el pánico empieza a apoderarse de mí y empiezo a pensar que tal vez me haya equivocado, siento que su mano se cierra con suavidad sobre la mía y la sujeto con una fuerza que me sorprende. No quiero que me suelte.

Cuando me dispongo a decir: «Tal vez me he equivocado», lo veo. Sin soltar la mano de Gavin,

empiezo a desplazarme hacia la derecha, siguiendo la hilera de bancos, a lo largo de la barandilla resplandeciente. No sé cómo de pronto tengo la certeza de que es él, de que es Jacob, pero estoy segura antes, incluso, de verle la cara. A su lado hay apoyado un bastón y tamborilea con los dedos de la mano izquierda sobre la barandilla, como suele hacer mi hija, distraída.

»Es él —le digo a Gavin.

El hombre está de cara a la estatua de la Libertad y la observa con fijeza, como si no pudiera apartar la vista. Tiene el cabello blanco como la nieve, aunque la coronilla se le está quedando calva, y lleva un abrigo largo y oscuro que a mí me parece que tiene algo de majestuoso.

»El príncipe —murmuro, más para mí misma que para Gavin.

Cuando estamos a pocos metros de él, de pronto vuelve la cabeza y me mira de frente. En aquel instante desaparece cualquier duda. Es él.

Se queda inmóvil, con la boca apenas entreabierta, y yo también y nos miramos sin pestañear. Se parece muchísimo a Annie: en su rostro se dibujan todos los rasgos cuyo origen Rob ha cuestionado alguna vez. La misma nariz estrecha y aguileña. El mismo hoyuelo en la barbilla. La misma frente alta y majestuosa. Y, mientras nos observamos fijamente el uno al otro, reconozco algo más: detrás de las gafas de armazón oscuro, tiene mis mismos ojos, los ojos verde mar con motas doradas que, como Mamie siempre me decía, eran la cosa que más le gustaba observar del mundo.

—Jacob Levy —digo en voz baja y, más que una pregunta, es una afirmación, porque ya lo sé.

A mi lado, siento que la mano de Gavin aprieta la mía y advierto que se da cuenta, un minuto después que yo, de lo mucho que se parece Jacob a mi hija y de lo que eso significa.

Jacob asiente lentamente, sin apartar la vista.

—Me llamo Hope —le digo con dulzura y doy un paso más— y soy nieta de Rose.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Ha sobrevivido —murmura.

Asiento lentamente y Jacob se me acerca, con la mirada clavada en mí. Aparto la mano de Gavin y me aproximo a Jacob, hasta que quedamos a un paso el uno del otro. Extiende la mano y lenta y tímidamente la dirige hacia mi rostro. Me adelanto un poco más, hasta que siento su mano en la mejilla: es áspera y nudosa, pero nunca había sentido nada tan suave.

»Ha sobrevivido —repite.

Entonces me estrecha entre sus brazos y noto que tiembla cuando se pone a sollozar. Lo abrazo a mi vez y me doy cuenta de que las lágrimas también asoman a mis ojos. Siento que abrazo un trozo del pasado, la pieza que faltaba para completar el rompecabezas. Estoy abrazando, con setenta años de retraso, a quien fue el amor de la vida de mi abuela y, a menos que esté loca, a menos que haya imaginado en este hombre los rasgos de mi hija y mis propios ojos, estoy abrazando al abuelo que nunca supe que tenía.

»¿Está viva aún? —pregunta, cuando al fin deshace el abrazo—. ¿Sigue viva Rose?

Hay rastros de acento francés en sus palabras; se parece mucho a la manera de hablar de Mamie. Sigue aferrándose a mis brazos, como si temiera caer si me suelta. Las lágrimas le ruedan por las mejillas y yo también tengo húmedo el rostro.

Asiento con la cabeza.

—Ha tenido un derrame cerebral y está en coma, pero está viva.

Da un respingo, pestañea unas cuantas veces y me dice:

—Tienes que llevarme a verla, Hope. Llévame a ver a mi Rose.

Capítulo 27

Jacob no quiere que pasemos por su apartamento para preparar un bolso, sino que insiste en que vayamos al cabo Cod lo antes posible, sin perder ni un minuto más.

—Tengo que verla —dice y nos mira con apremio a Gavin y a mí—. Tengo que verla lo antes posible.

Me quedo con él mientras Gavin va corriendo a buscar el Jeep, porque, con la cadera reconstruida, Jacob no puede caminar muy deprisa. Mientras aguardamos en el extremo septentrional de Battery Park, junto a la calle, Jacob me mira fijamente, como si hubiese visto un fantasma. ¡Tengo tantas cosas que preguntarle! Pero prefiero esperar a Gavin, para que él también escuche las respuestas.

—Eres mi nieta —dice Jacob en voz baja, mientras esperamos—, ¿verdad?

Asiento lentamente.

—Creo que sí.

Todo me resulta tan extraño. No puedo por menos de pensar en la persona a la que toda la vida llamé «abuelo». Todo es tan injusto para él. Aunque, sin duda, él lo sabía perfectamente: seguro que era muy consciente cuando tomó la decisión de aceptar a mi madre como hija suya, aunque no lo fuese.

—Se parece usted tanto a mi hija —le confieso.

—¿Tienes una hija?

Asiento.

—Annie. Tiene doce años.

Jacob me coge la mano y me mira a los ojos.

—¿Y tu padre o tu madre? ¿Qué fue lo que tuvo Rose? ¿Un niño o una niña?

Por primera vez reparo en la desgracia de que mi madre haya muerto sin conocer a Jacob y, probablemente, sin saber que existía. Se me parte el corazón cuando pienso que, a su vez, Jacob nunca podrá ver a la hija por la que lo perdió todo.

—Una niña —digo en voz baja—. Josephine.

«La hija de Jacob, a la que había que salvar para que pudiera transmitir el legado». Pienso en el cartel que había delante de la iglesia junto a la I-95 y siento un escalofrío. La verdad siempre había estado allí.

—Josephine —repite Jacob lentamente.

—Murió hace dos años —añado al cabo de un momento—. De cáncer de mama. Lo siento.

Jacob emite un sonido como el de un animal herido y se encorva un poco, como si algo invisible le hubiese pegado un puñetazo en las tripas.

—¡Vaya por Dios! —murmura al cabo de un momento y se vuelve a enderezar—. ¡Cuánto lo lamento por ti!

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Y yo lo lamento por usted —digo—. No sé cómo decirle cuánto lo lamento.

Los setenta años perdidos, que nunca llegara a conocer a su hija y que —hasta ahora— ni siquiera hubiese sabido que había nacido.

Gavin aparca y se apea de un salto. Intercambiamos miradas, mientras ayudamos a Jacob a subir al asiento trasero. Me siento al lado de Gavin y, después de mirar por los espejos retrovisores, se aleja rápidamente del bordillo.

—Vamos a llevarlo al cabo Cod lo antes posible, señor —dice Gavin, observando por el retrovisor a Jacob, que levanta la vista para mirarlo.

—Gracias, joven —dice Jacob—. Y tú ¿quién vienes a ser?

Entonces echo a reír, aliviando la tensión, al darme cuenta de que ni siquiera le he presentado a Gavin. Lo hago rápidamente y le explico que fue quien puso en marcha todo aquello y me ayudó a dar con él hoy.

—Gracias por todo, Gavin —dice Jacob cuando acabo de explicárselo—. ¿Eres el marido de Hope? Gavin y yo nos miramos, incómodos y me doy cuenta de que me ruborizo.

—Ejem, pues no, señor —digo—. Solo somos buenos amigos.

Echo un vistazo a Gavin, que mira fijamente hacia delante, concentrado en la carretera.

Viajamos en silencio hasta que acabamos de subir por la West Side Highway, atravesamos el norte de Harlem por la I-95, cruzamos el puente y llegamos a la zona continental.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Levy? —digo, volviéndome.

—Por favor, llámame Jacob —dice— o, desde luego, también me puedes llamar abuelo, aunque supongo que es demasiado pronto para eso.

Trago saliva. Me da pena por el hombre al que toda la vida llamé abuelo. Ojalá hubiese sabido la verdad antes de que muriera. Ojalá hubiese podido darle las gracias por todo lo que hizo para salvar a mi abuela y a mi madre. Ojalá hubiese sabido antes todo lo que —probablemente— él había perdido.

—Jacob —le digo al cabo de un momento—. ¿Qué sucedió en Francia durante la guerra? Mi abuela nunca ha hablado de eso y hasta hace unas semanas ni siquiera sabíamos que era judía.

Jacob parece sorprendido.

—¿Cómo puede ser? ¿Qué creáis?

—Cuando llegó de Francia —le digo—, vino con el nombre de Rose Durand y durante toda mi vida ha ido a una iglesia católica.

—*Mon Dieu* —murmura Jacob.

—Nunca supe nada de lo que ocurrió en el Holocausto —prosigo—, ni de su familia ni de ti. Lo mantuvo todo en secreto hasta hace pocas semanas, cuando me dio una lista de nombres y me pidió que fuera a París.

Le hago un resumen de mi viaje a París, de mi encuentro con Alain y de que él vino conmigo. Sus ojos se encienden.

—¿Está aquí Alain? —pregunta—. ¿En Estados Unidos?

Asiento.

—Es probable que esté con mi abuela en este momento. —Se me ocurre que tengo que llamarlos, a él y a Annie, para contarles que hemos encontrado a Jacob, pero ahora mismo estoy desesperada por conocer su historia—. Por favor, ¿nos puedes contar lo que ocurrió? Hay tantas cosas que no sé.

Jacob asiente con la cabeza, pero, en lugar de hablar, se pone a mirar por la ventanilla. Permanece en silencio un buen rato y yo sigo retorcida en el asiento, mirándolo fijamente. Gavin me echa un vistazo.

—¿Estás bien? —me pregunta en voz baja.

Asiento y le sonrío y después vuelvo a concentrar mi atención en el asiento trasero.

—¿Jacob? —digo con suavidad.

Parece salir bruscamente de un trance.

—Ah, sí, perdona; es que estoy abrumado. —Carraspea—. ¿Qué es lo que quieres saber, Hope, querida?

Me mira con tanto cariño que me lleno de tristeza y de felicidad al mismo tiempo.

—Todo —murmuro.

De modo que Jacob empieza a contar su historia. Nos cuenta que conoció a mi abuela y a Alain en los Jardines de Luxemburgo el día de Nochebuena de 1940 y que desde el primer momento supo que mi abuela era el amor de su vida. Nos dice que participó en la resistencia desde muy pronto, porque su padre también estaba en ella y porque creía que los judíos tenían que empezar a salvarse por sí mismos. Nos cuenta que él y mi abuela hablaban de un futuro juntos en Estados Unidos, donde estarían a salvo y serían libres, donde no se perseguía a nadie por su religión.

—Parecía un lugar de ensueño —dice, mirando por la ventanilla—. Ya sé que ahora, en el mundo actual, los jóvenes dan la libertad por descontado. Todas las cosas que tenéis, todas las libertades de las que gozáis, están presentes desde vuestro nacimiento. En cambio, durante la Segunda Guerra Mundial, no teníamos derechos. Bajo la ocupación alemana, a los judíos nos consideraban lo peor de lo peor, indeseables para los alemanes y también para muchos franceses. Rose y yo soñábamos con vivir en un lugar donde eso no ocurriera jamás y, para nosotros, ese lugar era Estados Unidos. Estados Unidos era el sueño. Hicimos planes para venir juntos y formar una familia.

»Pero entonces llegó aquella noche espantosa. La familia de Rose no quería creernos, se negaban a creer lo de la redada. Insistí en que viniera conmigo, en que debía mantener a salvo a nuestro hijo. Ella estaba embarazada de dos meses y medio. El médico lo había confirmado. Ella sabía entonces, igual que yo, que lo más importante era salvar a nuestro hijo, nuestro futuro, y por eso Rose tomó la decisión más difícil de todas, aunque, a decir verdad, no podía hacer otra cosa: esconderse.

Siento que me estremezco, porque, entre las palabras de Jacob, el tono francés de su voz y la emoción de la historia, casi la veo representarse ante mis ojos, como si fuera una película.

—¿En la Gran Mezquita de París?

Jacob parece sorprendido.

—Ya veo que te has informado bien. —Espera un momento—. Fue idea de mi amigo Jean Michel, que trabajaba conmigo en la resistencia. Él ya había ayudado a varios niños huérfanos a huir a través de la mezquita, después de que hubiesen deportado a sus padres. Sabía que los musulmanes estaban salvando judíos, aunque sobre todo se ocupaban de los niños, pero Rose estaba embarazada y ella misma era bastante joven, de modo que, cuando Jean Michel habló con los jefes y les pidió que la ayudaran, ellos accedieron.

»El plan consistía en llevarla a la mezquita, donde la esconderían como musulmana durante un tiempo, tal vez unas cuantas semanas o un mes, hasta que fuera seguro sacarla de París. Entonces la llevarían clandestinamente, con dinero que entregué a Jean Michel, a Lyon, donde l'Amitié Chrétienne, la

Amistad Cristiana, le proporcionaría documentación falsa y la enviaría más al sur, posiblemente a un grupo llamado Oeuvre de Secours aux Enfants, la Obra para la salvación de la infancia. Aunque se encargaba, sobre todo, de ayudar a niños judíos a llegar a países neutrales, sabíamos que probablemente aceptarían a Rose y la ayudarían, porque solo tenía diecisiete años y estaba embarazada. Después de eso, no sé lo que ocurrió ni cómo escapó. ¿Sabéis cómo salió?

—No —le digo—, pero creo que conoció a mi abuelo cuando él estaba en el ejército, en Europa. Me parece que él la trajo a Estados Unidos.

Jacob parece dolido.

—Se casó con otro —dice en voz baja y carraspea—. Bueno, supongo que, a esas alturas, me habrá dado por muerto. Le dije que, pasara lo que pasase, tenía que sobrevivir y proteger al bebé. —Hace una pausa y pregunta—: ¿Es un buen hombre, el hombre con el que se casó?

—Era un hombre estupendo —le digo con suavidad—. Murió hace tiempo.

Jacob asiente y baja la vista.

—Lo siento mucho.

—¿Y qué te sucedió a ti? —pregunto, después de una larga pausa.

Jacob se queda un buen rato mirando por la ventanilla.

—Regresé a buscar a la familia de Rose. Ella me pidió que lo hiciera, aunque, a decir verdad, yo habría ido de todos modos. Soñaba con que algún día pudiéramos estar todos juntos, sin la sombra de los nazis. Pensaba que podría salvarlos, Hope. Era joven e ingenuo.

»Llegué en plena noche. Todos los niños dormían. Llamé con suavidad a la puerta y abrió el padre de Rose. Me echó un vistazo y se dio cuenta.

»—Ya se ha marchado, ¿verdad? —me preguntó.

»Le dije que sí, que la había llevado a un lugar seguro. Puso cara de que yo lo había defraudado. Todavía recuerdo su rostro cuando me dijo:

»—Eres idiota, Jacob. Si la has conducido a la muerte, no te lo perdonaré jamás.

»Durante la hora siguiente, traté de explicarle lo que sabía, pero fue en vano. Le hablé de la redada que empezaría al cabo de unas horas. Le dije que el periódico de *l'Université Libre* había informado que alrededor de treinta mil judíos residentes en París habían sido entregados a los alemanes algunas semanas antes. Le avisé de las advertencias de los comunistas judíos, que hablaban de los exterminios, y le dije que teníamos que evitar a toda costa que nos capturasen.

»Movié la cabeza de un lado a otro y volvió a decirme que era un idiota. Aunque los rumores fuesen ciertos, dijo, solo se llevarían a los hombres y, probablemente, solo a los inmigrantes. Por eso, su familia no corría peligro, dijo. Según lo que había oído, le respondí, en aquella ocasión no solo se llevaban a los hombres ni solo a los inmigrantes. Además, como la madre de Rose había nacido en Polonia, en algunas instancias podrían considerar también no franceses a sus hijos. No podíamos correr ese riesgo. Pero él no quiso escucharme.

Jacob suspira y hace una pausa en su relato. Miro a Gavin y, cuando él me echa un vistazo, veo que tiene el rostro pálido y triste y lágrimas en los ojos. Antes de ponerme a pensar en lo que hago, alargo la mano y le cojo la derecha, que tiene apoyada en el muslo. Por un instante parece sorprendido, pero después sonrío, entrelaza los dedos con los míos y me los aprieta con suavidad. Parpadeo unas cuantas veces y me vuelvo otra vez hacia el asiento trasero.

—No podías hacer nada más —le digo—. Seguro que mi abuela sabía que lo intentarías y eso hiciste.

—Lo intenté —coincide Jacob—, pero no lo suficiente. Estaba convencido de que habría redadas, pero no estaba tan seguro de poder persuadir al padre de Rose. Es que yo tenía dieciocho años. No era más que un crío y en aquella época un crío no podía convencer a un hombre mayor para que viera su punto de vista. Pienso a menudo que, si me hubiese esforzado más, habría podido salvarlos a todos, pero, a decir verdad, también cabía la posibilidad de que los rumores fueran infundados y por eso no hablé con suficiente convicción. Nunca me perdonaré por no haberme esforzado más.

—No es tu culpa —murmuro.

Jacob mueve la cabeza de un lado a otro y mira hacia abajo.

—Es que lo es, Hope, querida. Dije a Rose que los mantendría a salvo, pero no lo hice.

Se le ahoga la voz y se vuelve a mirar otra vez por la ventanilla.

»Eran otros tiempos —continúa Jacob después de un buen rato—, pero yo tenía la responsabilidad de hacer más. —Lanza un suspiro largo y profundo y continúa con la narración—: Cuando me marché de la casa de Rose, fui a la mía. Allí encontré a mis padres y a mi hermana pequeña, que solo tenía doce años. Mi padre sabía, igual que yo, la que se nos venía encima y por eso estaba preparado. Fuimos al restaurante de un amigo, en el barrio latino, cuyo propietario aceptó escondernos en el sótano. Podría haber llevado allí también a Rose, pero era demasiado arriesgado. No tardaría en notarse su estado y yo sabía que, si la capturaban, la enviarían directamente a la muerte. Por eso tenía que sacarla de Francia y conseguir que llegara a algún lugar seguro donde los alemanes no pudieran encontrarla.

»Mi padre y yo coincidíamos también en que la mejor solución para nuestra familia era esperar ocultos a que pasara la redada y después seguir adelante con nuestras vidas, manteniéndonos siempre atentos para saber cuándo vendrían los alemanes. Pasamos esa noche y buena parte del día siguiente y el día después escondidos en una habitación estrecha en el sótano del restaurante, preguntándonos si nos descubrirían. Al final del tercer día, salimos, hambrientos y agotados, convencidos de que lo peor había pasado.

»Me moría de ganas de ir a la Gran Mezquita de París, porque sabía que allí habían llevado a Rose, pero mi padre me lo impidió. Me recordó que, si iba, la pondría en peligro a ella y a todos los demás, de modo que conseguí enterarme, a través de mi amigo Jean Michel, de que seguía estando a salvo. Le pedí que le dijera que yo también estaba a salvo y que no tardaría en reunirme con ella, pero nunca supe si mi mensaje le llegó. Tan solo dos días después, la policía francesa se presentó en casa para llevarnos a mi padre y a mí. Sabían que habíamos formado parte de la resistencia y aquel era nuestro castigo.

»También se llevaron a mi hermana y a mi madre y en Drancy, el campo de tránsito situado a las afueras de París, nos separaron; nos llevaron a barracones distintos y ya no volví a verlas nunca más, aunque después me enteré de que las habían deportado a Auschwitz, como a mi padre y a mí.

Los tres guardamos silencio por un momento y observo que, fuera, el sol proyecta sombras largas sobre los campos a ambos lados de la carretera interestatal. Se me revuelve el estómago cuando pienso en que se llevaron a Jacob y a su familia a un campo de exterminio. Trago saliva.

—¿Y qué le ocurrió a su familia? —pregunta Gavin a Jacob con suavidad.

Vuelve a apretarme la mano y me mira con preocupación.

Jacob respira hondo.

—Mi madre y mi hermana no sobrevivieron a la primera selección en Auschwitz. Mi madre era delicada y endeble y mi hermana era menuda, para sus doce años, y la habrán considerado incapaz de

trabajar. Las llevaron directamente a la cámara de gas. Ruego que no comprendieran lo que pasaba, aunque temo que mi madre, al menos, sabía lo suficiente para darse cuenta. Supongo que debió de estar muy asustada.

Hace una pausa para serenarse. Como no me veo capaz de articular palabra mientras tanto, aguardo.

»A mi padre y a mí nos enviaron a los barracones —prosigue—. Al principio nos levantábamos el ánimo el uno al otro lo mejor que podíamos, pero él no tardó en caer gravemente enfermo. En Auschwitz había una epidemia de tifus. En el caso de mi padre, comenzó con escalofríos por la noche y después debilidad y una tos tremenda. Los guardianes lo obligaban a salir a trabajar de todos modos y, aunque los demás prisioneros y yo tratábamos de facilitarle la faena lo más posible, la enfermedad era una condena a muerte. Estuve con él la última noche, mientras la fiebre hacía estragos en su cuerpo. Murió en el otoño de 1942. Fue imposible determinar el día, la semana o el mes, porque en Auschwitz el tiempo dejaba de existir como algo normal. Murió antes de las nevadas, sin embargo, eso sí que lo sé.

—Cuánto lo siento —consigo decir por fin.

Me da la impresión de que las palabras resultan lamentablemente inadecuadas.

Jacob asiente con lentitud y se queda un rato mirando por la ventanilla, antes de volverse otra vez hacia nosotros.

—Al final, alcanzó la paz. Los que morían en los campos casi parecían niños dormidos, inocentes y despreocupados por fin, y lo mismo pasó con mi padre. Me alegré al ver el rostro de mi padre así, porque sabía que por fin era libre. En el judaísmo, la idea del cielo no está tan bien definida como en el cristianismo, pero yo creía, y lo sigo creyendo, que, de alguna manera, mi padre volvió a encontrarse con mi madre y mi hermana y eso me conforta, incluso hasta el día de hoy: la idea de que se reunieran, de que volvieran a estar juntos. —Sonríe y su sonrisa es triste y amarga—. Hay un cartel en Auschwitz que dice «El trabajo nos hace libres», pero la verdad es que lo único que nos liberaba era la muerte. Así, por fin, mi familia estaba libre.

—¿Y cómo consiguió sobrevivir? —pregunta Gavin—. Porque debió de estar en Auschwitz... ¿Cuánto tiempo? ¿Más de dos años?

Jacob asiente con la cabeza.

—Casi dos años y medio. Pero la cuestión es que no tenía otra alternativa. Le había prometido a Rose que volvería a buscarla y no podía, no quería, romper aquella promesa. Después de la liberación, volví a buscarla. Estaba tan seguro de que volvería a estar con ella, de que nos reuniríamos, de que podríamos criar juntos a nuestro hijo, de que tal vez tendríamos más hijos y escaparíamos de la sombra de la guerra.

Gavin y yo escuchamos embelesados mientras Jacob nos cuenta que regresó a París, que buscó a Rose por todas partes y que, en el fondo de su alma, estaba convencido de que ella había sobrevivido. Nos habla de la desesperación que sintió al no encontrarla y de las conversaciones que mantuvo con Alain, que estaba solo y desorientado —había perdido a toda su familia—, al cuidado de una organización internacional de refugiados.

—Finalmente vine a Estados Unidos —dice—, porque Rose y yo nos habíamos prometido que nos reuniríamos aquí. Trataba de cumplir mi parte de la promesa, ¿entienden? Por eso, todos los días de los últimos cincuenta y nueve años, he esperado en el extremo de Battery Park, que es donde habíamos quedado en encontrarnos. Siempre convencido de que ella vendría.

—¿Has ido allí todos los días? —pregunto.

Jacob sonríe.

—Casi todos los días. Trabajaba, desde luego, pero iba antes y después de trabajar. Los únicos días que no fui a esperar en el parque fueron el día que me rompí la cadera y los días posteriores, además de los días que siguieron al 11 de septiembre, en los que era imposible llegar. En realidad, yo estaba en el parque cuando el primer avión chocó contra el World Trade Center. —Guarda silencio un momento y añade en voz baja—: Fue la segunda vez en mi vida en la que vi al mundo desplomarse ante mis ojos.

Lo asimilo por un momento.

—¿Y cómo estabas tan seguro de que mi abuela vendría a reunirse contigo? ¿No habías llegado a pensar que tal vez hubiese muerto?

Reflexiona por un momento.

—No. Lo habría sentido. Me habría dado cuenta.

—¿Cómo? —pregunto con suavidad.

No pretendo faltarle al respeto, pero no me puedo imaginar que alguien aguante setenta años por una sensación. Jacob mira un momento fijamente por la ventanilla y después se vuelve hacia mí con una sonrisa leve y triste.

—Lo habría sentido en mi alma, Hope —dice—. ¿Comprendes? No ocurre a menudo en la vida, pero, cuando dos personas encuentran esa clase de conexión, la conexión que tenemos tu abuela y yo, están ligados el uno al otro para siempre. Si ella hubiese desaparecido, yo habría sentido que me faltaba una parte de mi alma. Cuando Dios nos unió, nos hizo dos mitades de un mismo todo.

De pronto, la mano de Gavin se tensa sobre la mía y me mira con los ojos bien abiertos.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

En lugar de responderme, lo mira por el espejo retrovisor.

—¿Jacob? —pregunta—. ¿Qué quiere decir con eso de que Dios los unió?

En aquel momento, antes de que Jacob responda, entiendo a dónde quiere llegar Gavin y sé lo que Jacob está a punto de decir.

—El día que Rose y yo nos casamos —dice Jacob— nos convertimos en uno a los ojos de Dios.

Trago saliva.

—¿Estabais casados mi abuela y tú? —repito.

Jacob me mira sorprendido.

—Desde luego —dice—. Nos casamos en secreto, ¿comprendéis? Ni su familia ni la mía se enteraron. Para ellos, éramos demasiado jóvenes. Ansiábamos que llegara el día en que pudiéramos celebrar la ceremonia en su presencia, con las personas que más queríamos, pero nunca tuvimos la oportunidad.

Me esfuerzo por comprender y de pronto me doy cuenta de lo que significa: si mi abuela estaba casada con Jacob, su matrimonio con mi abuelo nunca fue legítimo. Siento otra punzada de tristeza por él, por las pérdidas que no conoció.

¿O lo sabría? En 1949, cuando fue a París, ¿se habrá enterado mi abuelo de que Jacob Levy había sobrevivido y de que su mera existencia anulaba su matrimonio con mi abuela? ¿Será posible que, por este motivo, le haya dicho a mi abuela que Jacob había muerto? Se me revuelva el estómago solo de pensarlo y caigo en la cuenta de que, posiblemente, nunca sepa la respuesta.

—¿Te casaste con mi abuela porque estaba embarazada? —me atrevo a preguntar.

—No. —Jacob mueve la cabeza de un lado a otro con vehemencia—. Nos casamos porque nos

queríamos. Nos casamos porque temíamos que la guerra nos separara violentamente. Nos casamos porque sabíamos que estábamos hechos el uno para el otro. Creo que el bebé fue concebido la noche de nuestra boda, la primera vez que estuvimos juntos de esa manera.

Cierro los ojos para asimilarlo. Mi madre no había sido el producto de una aventura entre adolescentes, sino que había sido concebida en el matrimonio. Había sido fruto de la consumación del amor entre Mamie y Jacob. Ella y, por lo tanto, yo y, por lo tanto, Annie éramos todo lo que quedaba de la malhadada unión de dos almas gemelas.

—¿Te das cuenta? —pregunta Jacob después de un silencio prolongado—. Yo tenía razón todo el tiempo: Rose estaba viva. Me lo decía el corazón y ahora, por fin, volveré a verla.

Jacob se queda dormido en cuanto pasamos Providence y, a la pálida luz crepuscular, Gavin y yo guardamos silencio, cada uno abstraído en su propio mundo.

No sé lo que pasa por la cabeza de Gavin, pero su rostro parece triste y así me siento yo también. No sé por qué, cuando faltan pocas horas para un encuentro que ha tardado casi setenta años en producirse, siento vacío en lugar de júbilo. Supongo que es porque da la impresión de que se perdió mucho más de lo que se ganó. Pues sí, Mamie gozó de una vida de libertad y seguridad, dio a luz a mi madre y ella me tuvo a mí, continuando así la familia que había prometido a Jacob que protegería. Y sí, Jacob había sobrevivido todos aquellos años, todos aquellos kilómetros. Sin embargo, cada uno había llevado su carga solo, cuando no hacía falta. Como consecuencia de malentendidos o tal vez de mentiras, los dos habían perdido la clase de amor en la que yo nunca había creído.

Pero ahora sí que creo y eso me aterra, porque sé que nunca he conocido un amor semejante, ni siquiera por aproximación.

Gavin se detiene para repostar justo después de Fall River y, mientras Jacob sigue durmiendo en el asiento de atrás, me alejo del coche y llamo a Annie. Le digo que hemos encontrado a Jacob y que estamos regresando con él en el coche. Sonríe cuando se pone a chillar y corre a decírselo a Alain. También oigo, de lejos, su exclamación de entusiasmo. Le aseguro que llegaremos en dos horas o algo menos y que Jacob le contará entonces toda la historia.

—Mamá, no puedo creer que lo hayas conseguido —dice.

—No lo he hecho yo sola —digo—. Has sido tú, cielo. Y Gavin también. —Miro hacia el coche, donde está cargando gasolina, de espaldas a mí. Distraído, se rasca la coronilla. Sonríe y repito—: También Gavin.

—Gracias, mamá —dice Annie, de todos modos. En su voz advierto un cariño que hace mucho que no me llegaba y me siento agradecida por él—. ¿Y cómo es?

Le cuento que hemos encontrado a Jacob en Battery Park, que es amable y gentil y que ha seguido enamorado de Mamie todos estos años.

—Lo sabía —dice con voz queda—. Estaba segura de que no había dejado de quererla.

—Tenías razón —le digo—. Te veo en un par de horas, cielo.

Cuelgo y, mientras regreso poco a poco al coche, miro hacia arriba, donde las primeras estrellas del crepúsculo empiezan a agujerear el firmamento. Pienso en todas las noches en las que he visto a Mamie sentada junto a la ventana, esperando a aquellas mismas estrellas, y me pregunto si será esto lo que buscaba: el amor de su vida, que había estado allí todo el tiempo.

Cuando llego junto a Gavin, me mira y me sonrío con dulzura.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Lo observo mientras retira la manguera del depósito del coche, la vuelve a dejar en la palanca y enrosca la tapa.

—Sí —le digo.

Miro el asiento de atrás, donde Jacob duerme profundamente, y de pronto me embarga la emoción y me echo a llorar a lágrima viva.

—Es verdad —digo—. Todo es cierto.

No espero que me comprenda, pero lo hace.

—Ya lo sé —murmura.

Me acerca a él y me abraza; apoyo la cabeza en su pecho, lo rodeo con los brazos y siento que me desahogo. Llora mientras me estrecha y no estoy muy segura de si llora por Jacob y Mamie o por mí.

Nos quedamos allí de pie un buen rato, sin hablar, porque no hacen falta las palabras. Ahora sé que el príncipe existe, que las personas que más te quieren te pueden salvar y que tal vez el destino tenga un plan más grande de lo que podemos comprender. Ahora sé que los cuentos de hadas se pueden volver realidad, si tenemos el valor de seguir creyendo.

Capítulo 28

STAR PIE

INGREDIENTES

- 3 tazas de harina
- 1 cucharadita de sal
- 3 cucharadas de azúcar granulado
- 1 taza de materia grasa (margarina o mantequilla)
- 1 huevo batido
- 1 cucharadita de vinagre blanco
- 1 taza + 4 cucharadas de agua, por separado
- 1 taza de higos secos picados
- 1 taza de ciruelas secas picadas
- 1 taza de uvas moradas o verdes, sin semillas, cortadas en rebanadas y por separado
- 6 cucharadas de azúcar moreno
- 1 cucharadita de canela
- 1/2 taza de almendras fileteadas
- 1 cucharada de semillas de amapola
- azúcar con canela para espolvorear (3 partes de azúcar mezcladas con 1 parte de canela)

PREPARACIÓN

1. Para preparar la tapa de masa, tamizar la harina, la sal y el azúcar granulado. Con dos cuchillos o un robot de cocina, cortar y añadir la materia grasa hasta que la mezcla adquiera la consistencia de migas gruesas. Añadir el huevo, el vinagre y 4 cucharadas de agua a la mezcla seca y mezclar con un tenedor y después con las manos enharinadas hasta formar una bola de masa.
2. Dejar enfriar la masa en la nevera 10 minutos y después dividirla en dos partes. Estirar una mitad en forma de círculo y apretarla en un molde para pasteles de 23 centímetros. Reservar la otra mitad.
3. Precalentar el horno a 180 grados.
4. En un cazo mediano de fondo grueso, mezclar los higos, las ciruelas, media taza de uvas cortadas, el azúcar moreno, la canela y una taza de agua. Revolver a fuego entre mediano y alto hasta que el azúcar se disuelva y la mezcla empiece a hervir. Bajar a fuego medio bajo, tapar y cocinar 20 minutos. Destapar y cocer entre 3 y 5 minutos más, sin dejar de revolver, hasta que se haya evaporado casi todo el líquido y la mezcla adquiera la consistencia de una mermelada espesa. Retirar del fuego.
5. Mientras se enfría el relleno, esparcir una capa fina de almendras sobre una bandeja y tostarlas en el horno entre 7 y 9 minutos, hasta que se doren un poco.

6. Retirar del horno las almendras tostadas e incorporarlas a la mezcla de frutas. Añadir las semillas de amapola y la otra media taza de uvas cortadas. Revolver bien para mezclar todo.
7. Echar la mezcla de frutas sobre la base de masa ya preparada. Estirar el resto de la masa formando un cuadrado de 25 × 25 centímetros. Cortarla en tiras de 1,25 centímetros de ancho y distribuir las tiras en forma de estrella, entrecruzándolas por encima de la masa. Espolvorear con abundante azúcar con canela.
8. Hornear 30 minutos o hasta que la tapa de masa se dore. Retirar del horno y dejar enfriar del todo. Se conserva en la nevera hasta 5 días. Se puede servir frío o a temperatura ambiente.

Rose

El agua en la que nadaba Rose había empezado a llenarse de colores: unos colores apagados y lechosos que le recordaban las pinturas de Claude Monet que tanto le gustaban cuando era niña. En las profundidades turbias había nenúfares y sauces llorones y, de vez en cuando, unos álamos proyectaban sombras sobre la superficie, muy por encima de ella.

Cuando era niña, Rose siempre había querido ir a Giverny, el lugar donde Monet había pintado muchas de sus obras famosas; le parecía que tenía que ser el lugar más maravilloso del mundo. Solo cuando se hizo mayor comprendió que el lugar en sí no era más hermoso que cualquier otro que ella hubiese visto, sino que lo era por la forma en que Monet lo había captado con sus pinturas y sus lienzos. En una ocasión, ella y Jacob habían estado en Argenteuil, a las afueras de París, donde Monet había vivido y pintado por un tiempo, y Rose se llevó una desilusión al ver que la población, a pesar de ser bonita, no era tan extraordinaria como la había hecho parecer Monet.

Entonces se dio cuenta de que la belleza depende por completo de quien la percibe. Después de la guerra había descubierto —y eso la perturbó bastante— que ya no encontraba esa clase de belleza en ninguna parte. Aunque tenía una vaga noción de que el mundo seguía siendo hermoso, era como si, de pronto, los bordes fueran más borrosos y hubiese desaparecido toda la luminosidad.

En aquel momento, a medida que los colores suaves se le arremolinaban alrededor en las profundidades misteriosas de las que, aparentemente, no podía salir, ella flotaba y escuchaba. Volvía a oír voces lejanas por encima de la superficie de aquel mar inmenso y sereno. Trató de impulsarse hacia arriba, porque de pronto le pareció muy importante saber quién estaba allí. ¿No había oído algo diferente aquella vez?

Mientras flotaba lentamente hacia arriba, acercándose a la superficie, mecida por las aguas serenas, los colores le recordaron de pronto el vestido que se había hecho para su boda secreta. El martes 14 de abril de 1942. Jamás olvidaría aquella fecha. Le había conseguido las telas su amiga Jacqueline, la única que sabía lo que ella y Jacob planeaban. Sin embargo, a Jacqueline se la habían llevado la primera semana de marzo: la arrestaron por el atrevimiento de ser extranjera y judía. No era más que una señal de los horrores que estaban por venir, aunque Rose no lo sabía, aún, el día dichoso de su matrimonio.

El vestido llevaba muchas capas de una tela como de gasa y ella había tardado más de un mes en coserlo en la oscuridad de su cuarto por la noche. Cuando su hermana Hélène le preguntaba qué hacía, ella escondía el vestido bajo las sábanas e inventaba alguna excusa. Siempre había pensado que, en

cierto modo, Hélène se daba cuenta y, aunque le molestaba que su hermana desaprobara a Jacob sin decir palabra, Rose sentía también que, en la oscuridad en la que se sumía la ciudad por la noche, Hélène se alegraba de que al menos una de ellas hubiese encontrado una manera de huir de la tristeza que las rodeaba.

Rose no había querido vestirse de blanco para su boda, aunque, desde luego, seguía siendo pura, pero el blanco representaba la inocencia y en París ya no quedaba nada inocente.

Por eso había llegado con un vestido de muchos colores, todos en tonalidades que le recordaban el cielo al amanecer, que era la hora del día que más le gustaba. Azul lechoso. Rosa pálido. Amarillo mantecoso. Albaricoque claro. Lavanda nebuloso. Mil capas, aparentemente, que giraban en torno a Rose con una levedad que le recordaba a las nubes.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida —le dijo Jacob cuando ella entró en el salón.

Y por su manera de mirarla ella supo que lo decía de todo corazón. Sus miradas se cruzaron entonces y en los ojos de él ella vio todo lo que les depararía el futuro: una vida juntos en algún lugar lejos de París y, desde luego, niños, muchos niños. Reirían y contarían cuentos y envejecerían cada uno en los brazos del otro. La vida se extendía ante ellos, infinita y dichosa, en aquel momento. Y Rose se permitió creerlo.

—Te quiero —le murmuró.

Entonces, mientras flotaba en aquel mar, se dio cuenta de que no se trataba de ningún mar, sino, más bien, de las mil capas de su vestido de boda, que la mecían con delicadeza. Vio los colores que había solapado con tanto cuidado y advirtió que podía ver tan solo un poquito a través de cada uno de ellos. Sintió su suavidad en la piel, como aquel día de abril, hacía tanto tiempo.

Prestó más atención, mientras subía flotando lentamente a través de las capas, hasta que, de pronto, se dio cuenta: ya debía de estar muerta. Le sorprendió que no se le hubiese ocurrido antes: era tan evidente. ¡Claro! Por eso llevaba días oyendo la voz de Alain, que la llamaba para que se reuniera con él, indicándole el camino a través de aquel territorio lechoso y desconocido hasta el lugar donde había permanecido su familia todo el tiempo. No habían estado en el cielo, sino en aquel mundo extraño y solapado. Aunque puede que aquello fuera el cielo, después de todo. ¿Cómo iba ella a saber lo que se sentía entre las nubes? Tal vez aquello fuera el amanecer. Puede que, de un momento a otro, aquel extraño mar se encendiese desde dentro.

Entonces Rose tuvo la seguridad de que había muerto y de que el cielo era real, porque oyó que la llamaba la voz de su amado.

«*Reviens à moi* —descendía la voz de Jacob desde lo alto—. *Reviens à moi, mon amour!* Vuelve a mí, amor mío».

Rose quiso responder. Trató de contestar —«¡Ya voy, Jacob!»—, pero los sonidos se extinguieron en su garganta.

Entonces sintió que la mano de él rodeaba la suya. De inmediato supo que era Jacob: por el tacto lo habría reconocido en cualquier parte, aunque ya habían pasado casi setenta años desde la última vez que lo sintió. La mano de él envolvió la de ella como siempre lo había hecho: cálida, fuerte, familiar. Aquella mano la había salvado hacía mucho tiempo.

Notó que la atraía hacia él, después de tantos años, y que aquello debía de querer decir que la había perdonado por haberlo enviado a la muerte. Con el corazón rebosante, sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Era todo lo que había esperado a lo largo de los años.

Respiró hondo y se dio cuenta de que el mar olía a lavanda, el mismo aroma que había aspirado el día de su boda. Al final había llegado a casa. Se aferró a la mano de Jacob y empezó a nadar, por fin, hacia la superficie.

Capítulo 29

Annie es la primera en advertirlo.

—¡Mamá! —murmura entre dientes y me tira del brazo con desesperación, mientras contemplo a Jacob, que, inclinado sobre Mamie, le susurra en francés.

Hace una hora que hemos llegado al hospital y, desde entonces, Jacob ha estado concentrado en ella.

—¿Qué pasa, cielo? —le pregunto.

No puedo apartar los ojos de lo que está ocurriendo, que me parece inútil y lamentable.

—¡Se ha movido, mamá! —dice Annie—. ¡Mamie se ha movido!

Me sobresalto al advertir que tiene razón. Observo anonadada que la mano izquierda de Mamie se mueve apenas y se cierra en torno a la de Jacob. Él sigue susurrándole, cada vez con más insistencia.

—¿Acaso se ha...? —empieza a decir Alain, pero su voz se apaga y se queda mirando.

—Está volviendo en sí —murmura Gavin a mi lado.

Todos observamos mientras Mamie empieza a parpadear y después, aunque parezca increíble, abre los ojos. Me consta que alguno de nosotros debería ir a buscar a un médico o a una enfermera, pero siento que estoy clavada en el suelo, totalmente paralizada.

Exhala con fuerza, como si hubiese estado conteniendo la respiración mucho tiempo, y sus ojos recorren rápidamente la habitación, hasta que se posan en Jacob y se agrandan. Dice algo ininteligible con una voz que no parece la suya. Da la impresión de que trata de recordar cómo se usa la boca.

—Mi Rose —dice Jacob—. Te he encontrado.

Ella mueve los labios por un momento, emite otro gemido y después dice:

—Tú... aquí.

Su voz suena áspera y ronca, pero inconfundible. Alza la mirada a Jacob, que llora al agacharse para besar a mi abuela una vez y con suavidad en los labios.

—Sí, aquí estoy, Rose —murmura él.

Se miran fijamente, bebiéndose el uno al otro.

—Nosotros... —Mamie deja que las palabras se pierdan y lo vuelve a intentar—. ¿Estamos en el cielo?

Sus palabras llegan lentas como tortugas, pero parece decidida a hablar.

Jacob toma aire y se estremece.

—No, mi amor. Estamos en el cabo Cod.

Mamie parece confundida un momento y después escudriña la habitación. Posa los ojos empañados primero en mí, después en Annie y Gavin y, por último, en su hermano.

—¿Alain? —susurra.

—Sí —dice él con sencillez—. Sí, Rose. Soy yo.

Vuelve a mirar a Jacob atónita, sin poder creérselo.

—Alain... ¿vivo? Tú, Jacob... ¿estás vivo? —le susurra.

—Sí, amor mío —dice Jacob—. Tú me salvaste.

A Mamie se le arrasan los ojos de lágrimas que se derraman por sus mejillas como torrentes.

—Yo no... Yo no te salvé —susurra—. ¿Cómo puedes decir...? —Hace una pausa, toma aire y se estremece—. Te pedí... que regresaras. Es... culpa mía.

—No —dice Jacob—. Nada de eso fue culpa tuya, querida Rose. Sobreviví porque siempre creí que te volvería a ver. Has sido tú, durante setenta años, la que me ha mantenido con vida. Nunca dejé de buscarte.

Ella sigue mirándolo fijamente.

—Alguien debería ir a buscar al médico —susurra Gavin a mi lado.

—Ajá —digo, distraída.

Sin embargo, ninguno de nosotros se mueve.

Al cabo de un momento, Mamie mueve un poco la cabeza hasta que centra su atención en mí.

—¿Hope?

—Sí, Mamie —digo y doy un paso hacia ella.

—¿Por... por qué lloras? —pregunta con voz entrecortada.

—Porque... —Me doy cuenta de que no sé cómo explicárselo, pero al final me decido—: Porque te he echado tanto de menos.

En aquel momento me doy cuenta de que así lo siento de verdad.

Mira otra vez a Jacob.

—¿Cómo...? —pregunta.

Él la comprende y asiente.

—Hope me encontró —dice—. Hope y Annie y su amigo, Gavin.

—¿Gavin? —pregunta.

Vuelve a hacer el esfuerzo de mirarnos a todos y escruta el rostro de Gavin, confundida.

—¿Quién es Gavin? ¿Tú?

—Sí, señora —responde él—. Nos hemos visto un par de veces. Hago trabajos de reparación en la zona. Soy... soy amigo de su nieta.

—Sí —murmura Mamie—. Ahora recuerdo.

Cierra los ojos un momento y, cuando vuelve a abrirlos, mira fijamente a Jacob un buen rato, antes de volver a mirarme a mí.

—¿Cómo... cómo has hecho para encontrar a mi Jacob? —susurra.

—Por la lista que me diste —le digo—. La que me hizo ir a París.

Parece confundida y me doy cuenta de que no sabe a qué me refiero. Con la emoción del momento, casi me olvido de su *alzheimer*.

—Pero estaba en los cuentos de hadas —añado, al ver que me mira fijamente—. Fueron tus cuentos de hadas los que finalmente nos condujeron hasta él. No sabía que eran de verdad.

—Son de verdad —murmura Mamie, pero, cuando lo dice, mira a Gavin—. Desde luego. Siempre de verdad.

Posa los ojos en Alain y se le vuelven a llenar de lágrimas.

—¿Alain? —dice en voz baja.

—¿Cómo me has reconocido, después de tantos años? —pregunta él.

—Tú... mi hermano —dice con claridad. Va recuperando un poco el ritmo de su discurso, como si fuera recordando las palabras a medida que vuelve en sí—. Te reconocería... en cualquier sitio.

—Lamento no haberte encontrado antes —dice él—. No sabía... No sabía que estabas viva. Tantos años perdidos.

Mamie cierra los ojos un instante. Se ha puesto a llorar otra vez.

—Te creí... muerto —dice ella—. En Auschwitz. Aquel lugar. Lo imaginé... millones de veces.

—Yo también creí que habías muerto —murmura Alain.

A continuación, Mamie vuelve la mirada hacia Annie.

—¿Leona? —pregunta.

Annie deja caer los hombros y se le parte el corazón: sé que sufre cuando su bisabuela no la reconoce.

—No, Mamie —dice Annie—. ¿Quién es Leona?

Esta vez es Jacob el que responde.

—Leona era mi hermana pequeña. —Mira a Annie de hito en hito—. Dios mío, Annie, te pareces tanto a ella.

Annie vuelve a mirar a Mamie con los ojos bien abiertos.

—Hace meses que me llamas Leona —dice—. ¿Te referías a ella?

Mamie parece confundida.

Annie se vuelve hacia Jacob.

—¿Qué ha sido de Leona?

Jacob me echa un vistazo y yo hago un leve movimiento de cabeza. Annie ya tiene edad para saberlo.

—Ha muerto, querida —dice él—, en Auschwitz. Creo que no sufrió demasiado, Annie. Me parece que se fue plácidamente.

Los ojos de Annie se llenan de lágrimas.

—Lo siento —le murmura a Jacob—. Lamento mucho lo de su hermana.

Él le sonríe con cariño.

—La veo en ti —dice— y me alegro.

Se vuelve hacia Mamie y se inclina otra vez hacia ella.

—Rose, Leona murió hace muchos años. Esta jovencita que ves aquí es Annie, tu biznieta. —Hace una pausa y añade—: Bueno, nuestra biznieta.

Annie me mira de golpe y caigo en la cuenta de que aún no se lo he dicho. No le he dicho que Jacob se casó con Mamie hace mucho y que era el verdadero padre de mi madre. Alargo la mano y aprieto la suya.

—Después te lo explico todo —susurro.

Parece confundida y un poco asustada, pero asiente con la cabeza.

Mamie se ha puesto a examinar a Annie.

—Annie —dice por fin y en sus ojos veo despuntar el reconocimiento—, la más pequeña.

—Sí, señora —murmura Annie.

—Tú eres... buena —dice Mamie—. Estoy orgullosa... Tienes... brío. Me recuerda a... algo que he perdido. Nunca... lo pierdas.

Annie se apresura a expresar su conformidad.

—De acuerdo, Mamie.

Por último, Mamie se vuelve otra vez hacia Jacob, que sigue inclinado hacia ella.

—Amor mío —dice en voz baja—, no llores.

Advierto que los sollozos convulsionan el cuerpo de Jacob y que las lágrimas le ruedan por las mejillas.

—Ahora estamos juntos —prosigue Mamie—. Te he... esperado.

Se miran fijamente en silencio el uno al otro y tardo un rato en darme cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

Observo que Jacob se inclina hacia delante, lentamente y con suavidad, besa a Mamie en los labios y se queda así, con los ojos cerrados, como si no quisiera volver a moverse. El tiempo se detiene y recuerdo otro cuento de hadas. Él se parece mucho al príncipe que besa a la bella durmiente y la despierta al cabo de cien años. Me doy cuenta, sobresaltada, de que, en cierto modo, ella ha estado dormida casi la misma cantidad de años: durante setenta años, ha vivido algo así como una media vida.

—Para siempre, amor mío —dice Jacob.

Mamie le sonrío y lo mira a los ojos.

—Para siempre —murmura.

Capítulo 30

Pasadas las tres de la mañana, algunas horas después de que Annie, Alain, Gavin y yo la dejáramos a solas con Jacob, Mamie se fue serenamente de este mundo mientras dormía.

Jacob permaneció junto a su cama las horas siguientes y, justo después de que amaneciera, cuando se apeó de un taxi frente a la panadería que Mamie había fundado tantos años antes, parecía otra persona. Pensé que estaría triste, frustrado, después de esperar tantos años solo para ver partir al amor de su vida. Por el contrario, sus ojos tenían un brillo diferente al de la primera vez que lo vi en Nueva York y parecía diez años más joven.

Después las enfermeras me dijeron que Jacob había estado hablándole a Mamie toda la noche y que, cuando finalmente entraron para ver cómo estaba y se dieron cuenta de que había muerto, ella sonreía y Jacob seguía cogiéndole la mano y susurrándole en una lengua que ellas no conocían.

Gavin llamó a su rabino, que vino a reunirse con Jacob, Alain y conmigo, y juntos planeamos un entierro según la costumbre judía. Ya me había hecho a la idea de que Mamie siempre había sido judía, que eso no había cambiado nunca. Tal vez, como ella decía, había sido católica y también musulmana, pero, si podíamos encontrar a Dios en todas partes, como me había dicho en una ocasión, me pareció que lo más sensato era enviarla a casa por el mismo camino por el que había venido.

Nos turnamos para acompañarla —Gavin me explicó que, según la fe judía, no hay que dejar solo al difunto— y un día después la enterraron en un ataúd de madera junto a mi madre y mi abuelo. Me había costado decidir qué hacer al respecto, después de enterarme de que, al estar casada con Jacob, se anulaba de hecho su matrimonio con mi abuelo, pero Jacob rodeó con sus manos las mías y me dijo con delicadeza:

—A Dios le da igual dónde descansa cada uno y creo que Rose querría que la enterraran aquí, donde vivió su vida, junto al hombre que le proporcionó una vida nueva y junto a su hija. Nuestra hija.

Durante varios días me hice cargo de la panadería mecánicamente, pero con el corazón en otra parte. Me daba la impresión de que se había abierto un gran agujero en mi vida. Me había quedado sola frente al mundo: yo era la responsable de aquella panadería, la responsable de mi hija y la responsable de mantener una tradición familiar que solo entonces comenzaba a comprender.

La sexta noche después de la muerte de Mamie, Alain sale con Annie a dar un paseo y yo me siento con Jacob junto a la chimenea a escuchar lo que me cuenta, vacilante, sobre los años posteriores a la guerra.

—Lamento mucho no haber estado aquí para verte crecer, Hope —me dice, mientras me estrecha las manos. Siento que las tuyas tiemblan—. Daría cualquier cosa por haber estado aquí. Pero eres una mujer estupenda, una buena mujer. Me recuerdas mucho a Rose, a la mujer que siempre supe que llegaría a ser de mayor. Y tú también has criado a una buena hija con buen corazón.

Le doy las gracias y clavo la mirada en el fuego, mientras pienso en cómo hacerle la pregunta que me atormenta desde que lo conocí.

—¿Y qué pasa con mi abuelo? —pregunto por fin, en voz baja—. Con Ted.

Jacob agacha la cabeza y se queda un buen rato mirando la chimenea.

—Tu abuelo debió de ser un hombre extraordinario —dice por fin—. Crio una familia estupenda, Hope. Ojalá yo hubiese tenido oportunidad de agradecerérselo.

—No se merece nada de todo esto —digo en voz baja. Hago una pausa y añado—: Perdón. No es mi intención ofenderte.

—Claro que no —se apresura a comentar—. Y tienes razón. —Se detiene y mira fijamente el fuego durante un buen rato—. Él siempre seguirá siendo tu abuelo, Hope. Ya lo sé. Sé que nunca me querrás como lo quieres a él, porque lo conoces de toda la vida.

Abro la boca para protestar, porque Jacob tampoco se merece aquello, pero levanta la mano para impedírmelo.

—Siempre lamentaré no haber estado aquí para ocuparme de las cosas que hizo él, pero así es la mano que nos ha tocado y debemos aceptarla. En la vida solo se puede mirar hacia delante. Podemos cambiar el futuro, pero no el pasado.

Vacilo y asiento con la cabeza.

—Lo lamento —digo, pero las palabras suenan huecas y vanas—. ¿Te habló de él mi abuela antes de morir? —le pregunto.

Asiente y aparta la mirada.

—Me lo explicó todo lo mejor que pudo. Creo que ella pensaba que me lo tenía que hacer entender, pero la verdad es que siempre lo he entendido, Hope. La guerra nos separa violentamente y algunas cosas ya no se pueden volver a juntar.

—¿Qué te contó?

Se vuelve hacia mí.

—Consiguió llegar a España a finales del otoño de 1942. Allí conoció a tu abuelo. Él viajaba en un avión militar estadounidense que fue abatido y cayó en Francia y, al igual que tu abuela, había entrado en España de forma clandestina, con la ayuda de las redes francesas que colaboraban con los aliados. Tu abuela y él estaban escondidos en la misma casa y así fue como se conocieron. Él se enamoró de ella, a la que le faltaba poco para dar a luz. Más o menos por aquella época hubo una afluencia de judíos que habían huido de París, personas que Rose conocía de antes, que le dijeron que yo había muerto. Al principio no les creyó, pero algunos le dijeron que me habían visto morir en las calles de París y otro le dijo que había visto como me llevaban a la cámara de gas en Auschwitz.

—Dios mío —murmuro, sin saber qué más decir.

Jacob mira por la ventana: el hielo que ha empezado a acumularse contra el cristal nos impide ver la oscuridad exterior.

—Al principio no se lo creyó —repite—. Dijo que no lo sentía en su alma, pero, a medida que más personas le iban diciendo que yo había desaparecido, más se fue convenciendo de que, efectivamente, yo había muerto y su sentir tenía que ver con que yo vivía en la criatura que llevaba en sus entrañas. Supo entonces que había de proteger a nuestra hija a toda costa. Por eso, cuando Ted le pidió que se casara con él y le prometió traerla a Estados Unidos antes de que naciera el bebé, se dio cuenta de que aquello

brindaría a nuestra hija la oportunidad de nacer como estadounidense, como siempre habíamos soñado juntos, y de criarse en un país donde siempre podría ser libre.

»Vino a Estados Unidos con tu abuelo, que se casó con ella —prosigue Jacob poco a poco—. En la partida de nacimiento, él figura como el padre de Josephine, para que no hubiera ninguna complicación. Después, pagaron para modificar el año, para que nadie pudiera echar cuentas y ponerlo en duda. Tu abuelo le pidió a tu abuela una sola cosa: que le permitiera criar a Josephine como propia y nunca le hablara de mí.

—Entonces, ¿ella nunca le habló a mi madre de ti?

Jacob mueve la cabeza de un lado a otro.

—Aquella fue, por lo que me dijo, una de las cosas que más lamentó en la vida, pero Ted fue un padre estupendo y le pareció que tenía que cumplir la promesa que le había hecho. Ella había canjeado una vida por otra y jamás olvidó el trato. Sin embargo, Rose me dijo que trató de mantenerme vivo para Josephine de otras maneras.

—En sus cuentos de hadas —murmuro—. Tú aparecías todo el tiempo en los cuentos que mi abuela nos contaba a mi madre y a mí. —Hago una pausa y de pronto recuerdo algo que Mamie me dijo—. Pero mi abuelo fue a París en 1949, ¿verdad?, para averiguar qué había sido de ti y de la familia de mi abuela.

Jacob respira hondo y asiente con la cabeza.

—Esa es la única parte de la historia que tu abuela no podía explicar y no tuve valor para decirle que tal vez Ted lo supiera. En aquella época, yo figuraba en los registros. Todavía no me había trasladado a Estados Unidos. No vine hasta 1952. Estaba haciendo todo lo posible para asegurarme de que pudieran encontrarme, porque no creía que Rose hubiese fallecido. Estaba convencido de que había sobrevivido y de que volveríamos a encontrarnos.

»Me imagino que nunca llegaremos a enterarnos de lo ocurrido —prosigue—, pero supongo que, cuando tu abuelo volvió a casa y le dijo a tu abuela que yo había muerto, sabía que le estaba diciendo una mentira.

—Para salvaguardar la vida que había iniciado con ella —digo.

De pronto siento escalofríos y me acerco un poco más al fuego.

Jacob asiente con la cabeza.

—Sí, eso creo, pero ¿cómo le voy a echar la culpa? Quería a Rose, quería a Josephine y la consideraba hija suya. Llevaba una vida agradable con ellas. Si Rose se hubiese enterado de que yo había sobrevivido, tal vez él se habría quedado sin nada. Hizo lo que pudo para proteger a su familia y no puedo censurarlo por eso. ¿Acaso yo no había hecho lo mismo? Tomé decisiones para proteger a las personas que más quería. Todos decidimos y nos sacrificamos por lo que nos parece que será lo mejor.

Trago saliva, a pesar del nudo que tengo en la garganta.

—Pero, si eso es lo que ocurrió, impidió que mi abuela y tú estuvierais juntos. Os mantuvo alejados durante setenta años.

—No, querida —dice Jacob—. Fue la guerra la que nos mantuvo alejados. El mundo se volvió loco y tu abuelo no fue más responsable que yo o que Rose de lo ocurrido. Todos tomamos decisiones y todos hemos tenido que vivir con nuestros pesares.

—Lo siento mucho —digo.

Me da la impresión de que me disculpo ante Jacob por lo que hizo mi abuelo y porque no se merecía la mano que le tocó. Él se limita a mover la cabeza de un lado a otro.

—No lo sientas —dice—. Justo antes de expirar, tu abuela me pidió que la perdonara: le parecía que, al casarse con Ted, me había traicionado. Le dije que no había nada que perdonar, porque no había hecho nada malo. Nada en absoluto. Hizo lo que hizo porque creyó que era lo mejor para nuestra hija. Lo importante es que Rose vivió y Josephine también. Y tú y Annie. Dejando aparte lo ocurrido, Rose salvó al ser que habíamos creado juntos, la máxima declaración de nuestro amor, y le brindó la vida que siempre habíamos soñado: una vida de libertad.

—Pero tú te pasaste la vida esperándola.

Sonríe.

—Y ahora que la he encontrado, estoy en paz. —Me vuelve a coger las manos y se queda un buen rato mirándome a los ojos—. Vosotras, Annie y tú, sois nuestro legado. Debéis hacer honor a vuestra procedencia, ahora que la conocéis.

—Pero ¿cómo?

—Haciendo lo que os dicte el corazón —dice Jacob—. La vida se vuelve más difícil, las circunstancias nos separan, las decisiones marcan nuestro destino, pero tu corazón nunca dejará de mostrarte el verdadero norte. Tu abuela siempre lo supo.

Agacho la cabeza.

—Pero ¿cómo sé lo que tengo que hacer?

No sé cómo explicarle que mi corazón no ha hecho más que acarrearle problemas.

—Lo sabrás —dice Jacob—. Limitate a prestarle atención. Las respuestas están en tu interior.

A la mañana siguiente, cuando me estoy preparando para marcharme a la panadería, entro en el salón y encuentro a Jacob mirando por la ventana, exactamente donde lo había dejado la noche anterior. Me pregunto si estará mirando las estrellas, como hacía Mamie.

—Hola, Jacob —le digo y cojo las llaves de la mesa de la cocina—. Me voy. Si te apetece, pásate después por la panadería y te haré un Star Pie.

Como no responde, me acerco a la silla y me arrodillo a su lado.

—¿Jacob?

Tiene los ojos cerrados y en su rostro se dibuja una sonrisa plácida, como si estuviera en mitad de un sueño del que no quisiera salir. Me pregunto si estará pensando en mi abuela.

—¿Jacob? —repito.

Le toco el brazo con suavidad y así me doy cuenta.

—Jacob —murmuro en voz baja y las lágrimas me empiezan a surcar las mejillas.

Tiene el brazo frío y la mejilla también, cuando se la toco con suavidad. Se ha ido. En cierto modo, no me sorprende lo más mínimo. Se ha pasado la vida tratando de encontrar a Mamie y ahora dispone de toda la eternidad para recuperar todos aquellos años.

No lo muevo. No despierto a Annie ni a Alain. No me marcho a la panadería. Me limito a sentarme a su lado, junto a aquel hombre cuyo valor me dio la vida hace tantos años, mucho antes de nacer siquiera, y lloro. Llora por todo lo perdido y lo hallado. Llora por mi abuela y por mi madre, que nunca supo la historia de sus orígenes. Llora por Annie, que ha tenido que sufrir más pérdidas de lo que uno debería soportar a tan tierna edad. Y llora también por mí misma, porque no sé cómo salir adelante. No sé cómo

encontrar las respuestas que, según cree Jacob, aparentemente están en mi corazón.

Tras pensárnoslo con mucho detenimiento, Alain y yo decidimos enterrar a Jacob junto a mi abuela. Después de todo, no tiene familiares en ninguna parte y no se nos ocurre otro lugar en el mundo en el que preferiría estar, si no es junto al amor de su vida.

«Ahora que la he encontrado, estoy en paz», me dijo la última noche antes de morir.

Elida White y su abuela vienen desde Pembroke para asistir al funeral y todos juntos —musulmanes, cristianos y judíos— escuchamos las palabras del rabino en el cementerio. Miro hacia el este, porque hacia allí mirará la lápida de Jacob, cuando nos la entreguen. La de Mamie también mirará hacia allí. Dentro de pocas horas empezarán a asomar en el firmamento las primeras estrellas vespertinas, como siempre lo han hecho. Mientras haya estrellas en el firmamento —advierto—, perdurará la promesa de Jacob de amar a Mamie. Las estrellas que ella buscaba en otro tiempo la vigilarán en silencio a ella y al amor de su vida, que, finalmente, ha vuelto a su lado.

Capítulo 31

El invierno en el cabo Cod es largo y solitario y este año, cuando estoy a punto de perder la panadería, da la impresión de que el tiempo se ha quedado paralizado. No hay posibles compradores. ¿Quién querría un lugar así en pleno invierno? Sin embargo, el banco pretende quitármela igual. Matt no hace nada para impedirselo ni yo se lo pido. Todas las mañanas, mientras mi aliento queda suspendido en el aire como bocanadas de humo congeladas, me pregunto si aquel será el día en que desaparezca el legado de Mamie. Hasta entonces, mantendré la panadería en marcha, porque es lo único que sé hacer.

Cualquiera diría que esta tendría que ser la estación que menos me gustara, por la lentitud, la desolación y la falta de trabajo, pero siempre he hallado paz en los meses de invierno. Los atardeceres son tan serenos, justo antes de la puesta del sol, que, cuando suena sobre el mar el graznido de una sola gaviota, lo oigo desde el interior de mi casita. Cuando camino por la playa, a veces cruje el hielo bajo mis botas gastadas. Antes de Navidad, Main Street parece una ciudad fantasma. Cuando llego a la panadería por la mañana, a veces pienso que soy la única persona en aquel paraíso invernal y me imagino lo que haría si nadie pudiera verme.

La tercera semana de noviembre, Gavin me invita a cenar y a ir al cine con él y, aunque le digo que no, unos días después nos invita a Annie, Alain y a mí a ir a la casa de su familia, cerca de Boston, para el día de Acción de Gracias. Aquel día echo de menos a Mamie más de lo habitual y, como la cuestión de la panadería me ha puesto los nervios de punta, exploto con él, sin querer.

—Oye, te agradezco todo lo que has hecho por mí y por mi familia —le digo y se me hace un nudo en el estómago—, pero no puedo hacerle esto a Annie.

Parece perplejo y dolido.

—¿Hacerle qué?

—Arriesgarme con alguien como tú.

Se me queda mirando fijamente.

—¿Alguien como yo?

Me siento fatal, pero, así como Mamie había antepuesto la vida de su hija y descuidado lo que ella necesitaba, sé que tengo que hacer lo mismo. Se lo debo a mi hija.

—Eres fantástico, Gavin —trato de explicarle—, pero Annie ha perdido demasiado últimamente y ahora necesita estabilidad, no alguien más que pueda desaparecer de su vida.

—No pienso desaparecer, Hope.

Miro al suelo.

—Pero no me puedes prometer hoy que estarás aquí para siempre, ¿verdad? —pregunto y, como no responde, continúo—: Claro que no puedes y yo jamás te lo pediría, pero no voy a permitir que nadie entre en mi vida si existe siquiera la posibilidad de que le haga daño a mi hija.

—Yo jamás... —empieza.

—Lo siento —digo con firmeza y me detesto.

Observo que aprieta la mandíbula.

—Está bien —dice y se marcha sin decir ni una palabra más.

—Perdón —murmuro, mucho después de que se haya marchado.

Este año, la Janucá coincide con Navidad y Alain decide quedarse para que podamos celebrar las fiestas juntos. Annie pasa las dos primeras semanas de diciembre con Rob, pero la tengo conmigo la segunda quincena, mientras Rob y su novia van a las Bahamas. De ese modo, Alain puede enseñarle a Annie las tradiciones de la festividad judía e intercambiamos regalos y encendemos las velas de la menorá, como debió de hacer Mamie hace setenta años, cuando creía que la aguardaba una vida de felicidad con Jacob. La tristeza de su muerte perdura —es una niebla que nos envuelve—, aunque algunos días me pregunto si no será que lloramos por su vida, en lugar de por su muerte, porque murió con una sonrisa en los labios y no tardó en reunirse con ella la única persona que podía completar el rompecabezas que nunca supimos que trataba de armar.

Ha pasado más de un mes desde la última vez que hablé con Gavin.

«Mejor así —me digo a mí misma—. Annie y yo nos estamos llevando mejor otra vez y empieza a confiar en mí. No puedo meter a un hombre en esta combinación. Por ahora no. Quiero que sepa que ella siempre será lo primero».

Alain trata de hablar de esta cuestión conmigo el último día de Janucá, la víspera de su regreso a París, pero no lo entiende.

—Gavin te quiere —me dice Alain—. Te ha ayudado a encontrarme a mí y a Jacob. Ha sido amable con tu hija. No tenía ninguna obligación.

—Ya lo sé —respondo—. Es un hombre fantástico, pero estamos bien sin él.

—De acuerdo, pero ¿es que tú quieres estar sin él? —pregunta Alain y me mira con detenimiento, de una forma que me indica que ya sabe la respuesta.

Me encojo de hombros.

—No necesito a nadie. Nunca he necesitado a nadie.

—Siempre necesitamos que nos quieran —dice Alain.

—Tengo a Annie —respondo.

—Y a mí —dice con una sonrisa.

Le sonrío a mi vez.

—Ya lo sé.

—¿No crees en el amor? —pregunta después de un buen rato—. ¿Acaso no lo has visto con toda claridad entre tu abuela y Jacob?

Me encojo de hombros por toda respuesta.

La verdad —que no puedo explicarle a Alain— es que ahora creo en el amor, en la clase de amor que puede existir entre un hombre y una mujer. Tengo que agradecerse a Mamie, porque es una lección que no esperaba aprender. Supongo que, en ese sentido, soy digna hija de mi madre.

Sin embargo, tengo el corazón recubierto de hielo, como el comedero para pájaros que se nos ha congelado en el porche de atrás. Que el amor exista no significa que yo sea capaz de sentirlo. Algunas veces me pregunto, en la oscuridad de la noche, si puedo querer incluso a Annie de la forma adecuada o si habré heredado para siempre la frialdad de mi madre. Annie es mi hija y sé que daría la vida por ella

sin pensármelo o que renunciaría a lo que fuera de mi vida para que la suya fuera mejor, pero ¿es eso amor? No tengo manera de saberlo. Y, si ni siquiera tengo la seguridad de ser capaz de querer a mi hija adecuadamente, ¿cómo voy a creer que puedo amar a otra persona?

Además, me da la impresión de que Mamie se aferró a su amor por Jacob como si fuera una cuerda que pudiera salvarla de morir ahogada, pero, con los años, la cuerda que la salvó empezó a apretarla cada vez más, a medida que pasaba el tiempo. Me temo que en eso puede llegar a convertirse el amor, si lo dejamos.

Gavin tenía razón: hay capas y más capas de defensas en torno a mi corazón y no sé cómo alguien podría atravesarlas. Ya no creo que quede nadie dispuesto a intentarlo. Bastó una sola conversación para disuadir a Gavin, que desapareció del todo, lo cual me demostró que nunca había tenido demasiado interés. ¡Qué tonta fui cuando pensé que era diferente! ¡Qué absurdo es que esto me parta el corazón!

El 30 de diciembre, el día después de la partida de Alain de vuelta a París, Annie se presenta en la puerta de la panadería a las dos de la tarde, cuando yo suponía que estaba en casa con su amiga Donna, cuya madre había aceptado que las niñas tenían edad suficiente para dejarlas solas unas cuantas horas.

—¿Pasa algo? —pregunto al instante—. ¿Dónde está Donna?

—Se ha ido a su casa —dice Annie sonriendo—. Has recibido una llamada.

—¿De quién?

—Del señor Evans —dice, refiriéndose al único abogado del pueblo especializado en sucesiones—.

Mamie dejó un testamento.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—No, no puede ser. Ya nos habríamos enterado. Mamie murió hace un mes.

Annie inclina la cabeza a un lado.

—Conque piensas que miento.

Abro la boca para responder, pero ella prosigue:

—Dijo que, o sea, Mamie le pidió que no te llamara hasta el 30 de diciembre, porque hay una carta que ella no quería que recibieras hasta la víspera de Año Nuevo.

Me la quedo mirando fijamente.

—Me estás tomando el pelo.

Annie se encoge de hombros.

—Eso es lo que ha dicho el señor Evans. Si no me crees, llámalo tú.

De modo que telefono a Thom Evans, uno de los numerosos hombres del pueblo que había salido y dejado de salir con mi madre cuando yo era pequeña. Con aquel tono suyo acartonado y escrupuloso, me dice que, efectivamente, hay un testamento y que, efectivamente, hay una carta y que puedo pasar al día siguiente, en cualquier momento, a recogerlos, aunque sea sábado y, por si fuera poco, festivo.

—La ley nunca duerme —me dice.

Casi se me escapa una carcajada, porque todo el pueblo sabe que, si alguien pasa por el despacho de Thom Evans, es tan probable encontrarlo sentado ante su escritorio sin conocimiento y con una botella de *whisky* en la mano como trabajando de verdad.

La tarde siguiente cierro temprano la panadería y me dirijo al despacho de Thom, situado a pocas manzanas por Main Street. Brilla el sol con intensidad, aunque sé que dentro de pocas horas

desaparecerá en el mar por última vez este año. Annie se queda a pasar la noche con su padre, que ha aceptado llevarla a ella, a Donna y a dos amigas más a la gran fiesta de Nochevieja que se celebra en Chatham. Yo pienso pasar la velada sola en la playa, aunque necesitaré varias capas de lana gruesa para resistir el viento frío de la bahía. Últimamente he estado pensando en todas las noches que Mamie pasaba escudriñando el cielo y me parece bien despedir el año haciendo lo mismo, desde el lugar donde se tiene la visión más clara.

Me quito el abrigo y el sombrero y asomo la cabeza en el despacho de Thom, donde parece haberse quedado dormido delante del escritorio, aunque no hay ninguna botella de alcohol a la vista. Espero antes de llamar. Debe de tener casi setenta años. Sé que acabó el instituto el mismo año que mi madre y, por un momento, verlo me recuerda el pasado y anhelo verla a ella.

Llamo con suavidad a la puerta y se despierta al instante, revuelve unos papeles y carraspea, aparentemente para simular que no estaba durmiendo.

—¡Hope! —exclama—. ¡Pasa!

Entro en su oficina y me indica una de las sillas que tiene delante del escritorio. Se pone de pie y busca en su archivador, mientras hablamos de cosas generales, como lo grande que está Annie y lo mucho que le han gustado a su sobrina nieta, Lili, las galletas de jengibre que él compró en mi panadería en Nochebuena, antes de ir a Plymouth, donde viven la hermana de Thom y su familia.

—Me alegro de que tuvieran éxito —digo—. Eran una de las cosas que más le gustaba hacer a mi abuela para Navidades.

Cuando yo tenía la edad de Annie, me tomaba muy en serio mi trabajo como la encargada oficial de escarchar las galletas de jengibre de la panadería y vestía las pequeñas figuras con sombreros y guantes de azúcar y a veces hasta con el traje de Papá Noel.

—Lo recuerdo —dice Thom, sonriéndome. Por fin extrae una carpeta del archivador y regresa a sentarse ante su escritorio—. Lili me ha dicho que te haga un pedido para el año que viene. Quiere saber si puedes hacer a los hombres de jengibre con patines de hielo.

Echo a reír.

—¿Ahora le ha dado por el patinaje sobre hielo?

—A lo largo del último año, ha estado obsesionada con montar a caballo, el *ballet* y, ahora, con el patinaje sobre hielo —dice—. ¿Quién sabe lo que querrá el año que viene a estas alturas?

Sonrío y le explico con delicadeza:

—Lo malo es que, probablemente, la panadería no esté abierta las próximas Navidades.

Thom me mira y enarca una ceja.

—¿Cómo es eso?

Asiento con la cabeza y miro el suelo.

—El banco me exige la devolución inmediata del préstamo y no dispongo del dinero. Han sido unos años difíciles, entre la economía y todo lo demás.

Thom no dice nada durante un momento. Se pone las gafas y estudia uno de los papeles que ha sacado de la carpeta.

—Si esto fuera *Qué bello es vivir*, ahora vendría la parte en la que te anuncio que todos los habitantes del pueblo echarán una mano para contribuir a salvar la panadería.

Suelto una carcajada.

—Exacto. Y Annie correría por ahí diciéndole a todo el mundo que cada vez que suena una campanilla un ángel consigue sus alas.

Es mi película preferida y Annie y yo la vimos en Nochebuena, con Alain, precisamente la semana pasada.

—¿Quieres de verdad salvar la panadería? —pregunta Thom al cabo de un momento—. Si pudieras elegir, ¿preferirías dedicarte a otra cosa?

Me lo pienso un minuto.

—No. Sí que quiero salvarla. No sé lo que habría dicho al respecto hace unos meses, pero ahora representa algo diferente para mí. Ya sé que es mi legado. —Río con ironía y vuelvo a pensar en la película—. ¿Dónde están los vecinos generosos cuando los necesitas, verdad?

—Hummm —dice Thom. Sigue estudiando el documento que tiene en la mano un momento más y después alza la vista y me mira, con un atisbo de sonrisa en la comisura de los labios—. ¿Y si te dijera que no necesitas a los vecinos para salvar la panadería?

Lo miro fijamente.

—¿Qué me dices?

—Te lo diré de otra manera —dice—. ¿Cuánto dinero te hace falta para cubrir todos los gastos, sanearla y ponerla en marcha otra vez?

Resoplo y aparto la mirada. Si me lo hubiese preguntado cualquier otra persona, lo habría considerado de mal gusto, pero conozco a Thom desde siempre y sé que no lo hace por entrometido, sino que es su forma de ser.

—Mucho más del que tengo —digo por fin—. Mucho más del que llegaré a tener jamás.

—Ajá. —Thom se pone un par de gafas para leer y mira la hoja, entornando los ojos—. ¿Y te alcanzaría con tres millones y medio?

Se me escapa la tos.

—¿Cómo dices?

—Tres millones y medio —repito con calma y me mira detenidamente por encima del borde superior de las gafas—, ¿resolverían tu problema?

—¡Ostras! Diría que sí —río, nerviosa—. ¿Qué pasa? ¿Es que me has comprado un billete de lotería de Navidad o algo así?

—Pues no —responde—: es la cantidad que tenía Jacob Levy en ahorros y en varias inversiones. El mes pasado, cuando viniste a verme por los arreglos para su funeral, me puse en contacto con su abogado en Nueva York, ¿recuerdas? Su nombre aparecía en sus documentos de propiedad.

—Desde luego —murmuro.

Aunque Jacob no se había vuelto a casar y no tenía ningún familiar, que nosotros supiéramos, me pareció que había que avisar a alguien de su muerte, sobre todo si pensábamos enterrarlo aquí, en el cabo Cod. Gavin me había ayudado a localizar a un abogado que figuraba en algunos de sus viejos documentos.

—Bueno, pues resulta que, en su testamento, Jacob Levy lo deja todo a tu abuela o a sus descendientes directos —prosigue Thom—. Parece que él siempre creyó que ella estaba viva y que la encontraría. Eso es lo que me dijo su abogado.

—Espera, entonces...

No acabo la frase, mientras trato de entender lo que me está diciendo.

—Como tú eres la descendiente directa más próxima de Rose Durand McKenna, de la cual sabemos, claro está, que antes se llamaba Rose Picard —prosigue Thom—, los bienes de Jacob te pertenecen.

—Espera —vuelvo a decir, mientras me esfuerzo por comprender—, ¿me estás diciendo que Jacob tenía tres millones y medio de dólares?

Thom asiente con la cabeza.

—Y ahora te digo que la que tiene tres millones y medio de dólares eres tú, aunque antes habrá que hacer un montón de trámites, desde luego. —Vuelve a consultar los papeles—. Parece que, cuando llegó a Estados Unidos, se fue abriendo camino y pasó de ser ayudante de camarero en la cocina de un hotel a dirigir un hotel y al final fue uno de los inversores en un hotel. Así me lo explicó su abogado. Parece que ya era millonario en 1975 y entonces fundó una institución benéfica a favor de los supervivientes del Holocausto. Convirtió aquel primer hotel en siete propiedades con las que ganó mucho dinero. Vendió sus acciones hace tres años. Parte de su fortuna irá a una anualidad que financiará la institución benéfica y el resto, tres millones y medio, te corresponde a ti.

—Pero él nunca dijo nada —digo.

Thom se encoge de hombros.

—Dice su abogado que era muy modesto y siempre vivió por debajo de sus posibilidades. Utilizó el dinero para contratar a detectives privados para tratar de localizar a tu abuela, pero, como no sabía el nombre que ella había adoptado, nunca pudo encontrarla.

—¡Dios mío! —murmuro.

Todavía no he acabado de hacerme a la idea.

Thom mueve la cabeza.

—Eso no es todo —dice—. Tu abuela también deja un pequeño patrimonio. Ya sabes que la institución de vida asistida ha consumido la mayor parte de sus fondos, pero queda un poco, que vienen a ser unos setenta y cinco mil dólares, después de todo. Alcanza para liquidar el préstamo de la casa de tu madre.

Muevo la cabeza.

—Es increíble —murmuro.

—Además —añade Thom—, hay una carta. Me la envió tu abuela en septiembre y está sellada. En la nota que la acompañaba, me pedía que te la entregara el último día del año de su muerte.

Tengo un nudo en la garganta que me impide responder. Parpadeo para contener las lágrimas, mientras Thom desliza sobre el escritorio un sobre estrecho hacia mí.

—¿Sabes lo que dice? —le pregunto, cuando recupero el habla.

Thom lo niega con la cabeza.

—¿Por qué no te vas a casa a leerla? Ahora solo me hace falta tu firma en un par de cosas y haré que transfieran a tu cuenta el dinero de tu abuela. El abogado de Jacob Levy ya se está ocupando de hacerte llegar también el suyo. No creo que tardes en recibirlo. Mientras tanto, si quieres, puedo hablar con Matt en el banco.

Asiento con la cabeza.

—Dile que compraré la panadería enseguida —le digo—. Se acabaron los pagos al banco. Quiero que pertenezca a mi familia para siempre.

—Recibido —dice Thom y, después de una pausa, añade, tanteando el terreno—. ¿Hope?

—¿Sí?

Suspira y mira por la ventana.

—Tu madre estaría orgullosa de ti, ¿sabes?

Muevo la cabeza.

—Lo dudo —digo—. Siempre la decepcioné. Creo que deseaba no haberme tenido.

Nunca se lo había dicho a nadie y no sé por qué se lo estoy diciendo a Thom Evans.

—No es cierto, Hope —dice Thom con suavidad—. Tu madre, ya lo sabes, era una persona muy estricta, pero tú eras lo más importante del mundo para ella, aunque no te dieras cuenta.

—Pues no —digo—. Lo más importante eras tú. Y todos los hombres que entraron y salieron de su vida. Sin ánimo de ofender.

—Faltaría más —dice Thom.

—Daba la impresión de que siempre estaba buscando algo que no podía encontrar —digo.

—Al final de su vida, creo que lo encontró —dice—, aunque tal vez fuera demasiado tarde para comunicártelo como corresponde.

Alzo la mirada.

—¿A qué te refieres?

Suspira.

—Se pasaba el tiempo diciendo lo fría que era para querer a nadie.

—¿Te dijo eso a ti?

Nunca pensé que mi madre se conociera tan bien. Además, no tenía ni idea de que hubiera mantenido la relación con Thom. Pensaba que, cuando la gente desaparecía de su vida, desaparecía para siempre. Me sorprende enterarme de que lo había dejado acercarse otra vez. Él se encoge de hombros.

—Hablabamos de montones de temas, sobre todo al final. Creo que, cuando se dio cuenta de que se estaba yendo, empezó a lamentar muchas cosas. Hasta el final de su vida no se dio cuenta de que tenía delante lo que había estado buscando.

Parpadeo.

—¿A qué te refieres?

—Te quería más de lo que había podido comprender de verdad cuando era joven. Creo que se pasó la vida buscando amor y dudando de su capacidad de sentirlo y al final se dio cuenta de que había estado allí todo el tiempo: en ti. Si lo hubiese reconocido antes, tal vez todo habría sido diferente.

Me lo quedo mirando. No sé qué decir.

—Ve a leer la carta de tu abuela, Hope —dice Thom con suavidad—, y, si aprendes algo de tu madre, que sea que no tienes que ir tan lejos como crees para encontrar lo que tienes delante.

Por la noche llamo a Annie para contarle lo de la herencia de Jacob, que alcanzará para cubrir la panadería y sus estudios universitarios y mucho más. Cuando escucho el jolgorio que monta al otro lado del teléfono, sonrío y me prometo que me esforzaré más con ella. Todo irá mejor. Es buena chica y sé que tengo que perseverar para llegar a ser mejor como madre. Tal vez pueda ser mejor de lo que creo.

Le digo a Annie que espero que se divierta en la fiesta de Nochevieja y ella promete que me llamará después de medianoche, cuando Rob las lleve, a ella y a sus amigas, a la casa de él, donde se quedarán a

dormir.

Poco después de las once, me instalo por fin delante de la chimenea y me dispongo a leer la carta de Mamie. Me tiemblan las manos cuando la abro: me doy cuenta de que es lo último que me queda de ella. Podrían ser incoherencias, fruto del *alzheimer* —yo qué sé—, o podría ser algo que atesore para siempre. En cualquiera de los dos casos, ella se ha ido. Jacob se ha ido. Mi madre se ha ido. Annie crecerá y se irá de casa dentro de seis años. Me envuelvo en una manta que mi abuela tricotó cuando yo era pequeña y trato de no sentirme tan sola.

Extraigo la carta. Está fechada el 29 de septiembre: el día que la llevamos a la playa, el día que me dio la lista de nombres, la primera noche del Rosh Hashaná, la noche en la que comenzó todo. Me da un vuelco el corazón y respiro hondo.

La carta comienza así: «Queridísima Hope». La leo durante los diez minutos siguientes. La leo por encima una vez y después, con los ojos llenos de lágrimas, la vuelvo a leer, ahora más despacio, y la voz de Mamie me resuena en la cabeza mientras pronuncia cada palabra con su acento esmerado y cadencioso.

Capítulo 32

Rose

Queridísima Hope:

Me siento hoy a escribirte estas líneas, sabiendo que tal vez sea la última oportunidad que me queda de expresarme con claridad. Sé que se me acaban los días. Recibirás esta carta cuando me haya ido y quiero que sepas que estaba dispuesta. He tenido una vida larga, con muchas partes maravillosas, pero, en el ocaso de mi vida, ha regresado el pasado y ya no puedo soportarlo más.

Esta noche, si consigo mantenerme lúcida, te daré la lista de los nombres que han estado grabados en mi corazón y escritos en el cielo; por eso, cuando leas esta carta, sabrás que la mayor parte de mi vida fue mentira, pero una mentira que tuve que contar, al principio para proteger a tu madre y, después, para protegerme a mí.

No sé si averiguarás la verdad por ti misma. Espero que sí. Mereces saberla y debería habértela contado hace mucho. Sabía que tenía que cumplir la promesa que le hice a tu abuelo mientras él viviera, pero, después, si os lo decía, a ti o a tu madre, me daba la impresión de que lo habría estado traicionando a él, que fue un hombre extraordinario, buen esposo y un padre y abuelo cariñoso. No quiero traicionarlo, pero, a lo largo de los últimos meses, cuando más partes del pasado han acudido a verme en la oscuridad de mis recuerdos, me he dado cuenta de que no puedo llevarme conmigo mis secretos. Tienes derecho a saber quién soy y quién eres tú.

Soy cobarde. Eso es lo primero que debes saber: que soy cobarde, porque hui del pasado. Me hizo falta menos valor para convertirme en otra persona que para enfrentarme a los defectos de la persona que era. Soy cobarde porque elegí perderme a mí misma en esta vida nueva.

Si fuiste a París, ya sabes que soy una Picard. Esa era mi familia. Me críe en el seno de un hogar judío progresista. Mi padre era médico. Mi madre era una inmigrante polaca cuyos padres regentaban una panadería, como tú ahora. Tenía dos hermanas y tres hermanos. Todos fallecieron. Todos. He logrado aceptarlo, pero me culpo por no haberlos salvado y esa culpa me acompaña todos los días.

También hay un hombre que debes conocer: un hombre llamado Jacob Levy. No pronuncio su nombre desde 1949, el año en que tu abuelo regresó para decirme que Jacob había muerto en Auschwitz. Desde entonces, todos los días lo busco en el firmamento, pero no lo encuentro.

Jacob, mi querida Hope, fue el gran amor de mi vida. También quise a tu abuelo —no lo dudes ni por un instante—, pero creo que en la vida solo se puede tener un gran amor y el mío fue Jacob. Muchas personas no encuentran ni siquiera eso. Y me he dado cuenta, a medida que me he hecho mayor, de que, al cerrar mi propio corazón, tal vez te he quitado la oportunidad de encontrar ese tipo de amor, como se la

quité a tu madre. Si no te enseñan a amar, cuesta aprender a hacerlo por ti misma. No permitas que este sea mi legado para ti.

Sé que lo hice todo mal. Cerré mi corazón cuando me enteré de que Jacob había muerto y no supe —tal vez no quise— volver a abrirlo; por ese motivo, no quise a tu madre como debía y eso cambió el curso de su vida y el de la tuya. Nunca podré decirte lo mucho que lo lamento. Os fallé a las dos. Solo espero que no sea demasiado tarde para que tú corrijas esos errores en tu propia vida.

Jacob murió sin tener ocasión de conoceros a tu madre, a ti o a Annie y en eso creo que el destino nos jugó a todos una mala pasada. Es que tu madre es hija suya y tú eres su nieta. Ted, a quien siempre conociste como tu abuelo, lo sabía y, sin embargo, os crio a las dos como tuyas. Cuando me conoció, ya sabía que, por una herida de guerra, no podría tener hijos. Me brindó una nueva vida y yo le proporcioné una familia. Fue un intercambio que los dos hicimos a sabiendas y nunca me he arrepentido. Era un hombre extraordinario, mejor de lo que me merecía. Te ruego que no permitas que lo que te revelo le haga perder importancia ante ti, porque, si eso ocurre, habré fracasado en mi última misión importante. Ha sido y siempre seguirá siendo tu abuelo.

Hasta 1949, no supe con seguridad que Jacob había muerto, aunque, antes de que me casara con tu abuelo, muchas personas me habían dicho que lo habían matado en Auschwitz. De todos modos, no lo creía. Me negaba a creerlo. Estaba convencida de que lo habría sabido en el fondo de mi corazón y no era así. Entonces, te preguntarás, si creía que Jacob todavía podía regresar, cómo pude casarme con tu abuelo.

Eso es lo más cruel que he hecho en la vida. Tu abuelo nunca supo que Jacob y yo nos habíamos casado en secreto, unos meses antes de que me marchase de París. Nunca supo que tu madre había sido concebida en nuestra noche de bodas. Cuando tu abuelo me pidió que me casara con él, no entendía que, si Jacob hubiese vuelto, nuestro matrimonio habría sido nulo. Yo estaba dispuesta a hacerle eso a tu abuelo y eso es algo con lo que siempre he tenido que vivir. Si Jacob hubiese vuelto, lo habría abandonado en un santiamén y eso, desde luego, era tremendamente injusto para con él. Sin embargo, si me casaba con Ted antes de dar a luz a tu madre, ella nacería como estadounidense y sería libre. Nadie podría llevársela a un campo de concentración. Aquella, por encima de todo, era mi mayor responsabilidad. No podía darme el lujo de rechazar la proposición de matrimonio de un estadounidense. Tenía que salvar a tu madre, porque era hija mía y, además, porque era lo último que me quedaba de Jacob.

Tu abuelo y yo fuimos felices juntos y lo quise mucho, aunque de forma diferente a como quise a Jacob. Lo quería sobre todo por la clase de padre que fue para Josephine y, después, por la clase de abuelo que fue para ti. Os mostró a las dos la clase de amor del cual yo era incapaz. Creo que, si no lo hubiese tenido totalmente congelado desde hacía tantos años, se me habría partido el corazón cada vez que lo veía contigo. Sin querer, me abstuve de quererlo a él, a tu madre, a ti y a Annie.

Y me temo que este sea el legado que dejo: la frialdad de corazón.

Sé que solo me has conocido de esta forma, pero quiero que sepas que no siempre he sido así. Hubo un tiempo en el que era feliz y libre, una época en la que amaba sin reservas, porque no sabía cuánto daño podía hacer el amor. Ojalá me hubieses conocido entonces y ojalá hubieses conocido a Jacob, porque él también te habría querido con la misma intensidad. Estaría muy orgulloso de ti. Yo, en cambio, he cometido todos los errores posibles y, al final, me voy de este mundo sin nada.

Lo que más deseo para ti es un destino diferente del mío. Deseo que aprendas a abrir tu corazón. He

mantenido el mío cerrado durante tantos años porque tenía miedo y eso ha sido un error. La vida es una sucesión de oportunidades y hay que tener valor para aprovecharlas antes de que pasen los años y nos quedemos sin nada más que lamentos.

Todavía tienes la vida por delante, lo mismo que Annie. Aprende a dejarte querer, querida Hope, porque te lo mereces. Aprende a querer sin trabas. El amor es mucho más poderoso de lo que crees. Ahora lo sé, aunque para mí es demasiado tarde.

Lo que te deseo, querida Hope, es que vivas con plenitud en este país que te permite ser lo que eres y sabiendo que, dondequiera que estés, Dios existe, que vive entre las estrellas. Te deseo que seas feliz y que comas perdices, como en los cuentos de hadas que te contaba cuando eras pequeña, pero tienes que luchar por conseguir esa clase de vida con toda la fuerza de tu corazón, porque solo amando y teniendo el valor de dejarte amar podrás encontrar a Dios, que existe sobre todo en tu corazón.

Siempre te querré,

Mamie

Capítulo 33

Cuando acabo de leer la carta, tengo los ojos llenos de lágrimas. La dejo y, envuelta aún en la manta, me dirijo sin hacer ruido a la puerta de atrás y salgo a la terraza a respirar el aire frío de la noche. Me arrebujó más en la manta de Mamie y me imagino que son sus brazos, que me envuelven en un último abrazo.

—¿Estás allá arriba? —murmuro hacia la nada.

A lo lejos, tal vez desde el otro lado de la bahía, que está a una manzana de distancia, me llegan apenas los ruidos de los que festejan la última hora del año que está a punto de finalizar. Pienso en todas las cosas que se pueden volver a comenzar y en todas las cosas que no se pueden deshacer.

Miro el firmamento y trato de localizar las estrellas que Mamie siempre buscaba. Las encuentro —son las de la Osa Mayor— y sigo la línea que forman las dos estrellas de la cacerola, como ella me había enseñado, hasta encontrar la Estrella Polar, Polaris, que resplandece en las alturas, hacia el norte. Me pregunto si la morada de Dios quedará por allí. Me pregunto qué habrá estado buscando ella todos estos años.

No sé cuánto tiempo llevo mirando al cielo cuando advierto un leve movimiento entre la Osa Mayor y la Estrella Polar. Entorno los ojos y parpadeo unas cuantas veces y entonces los veo.

Contra el fondo oscuro, tan tenues que apenas alcanzo a distinguir las, dos estrellas atraviesan el cielo, justo al lado de Polaris, y se adentran cada vez más. No es la primera vez que veo una estrella fugaz: después de todo, las noches en el cabo Cod son tan negras y profundas que desde aquí se aprecia mejor la oscuridad que en muchos otros lugares de la costa este. Durante mi adolescencia, he pasado muchas noches contando estrellas y pidiendo deseos a las fugaces.

Sin embargo, estas estrellas son distintas. En lugar de caer del cielo, viajan por el manto nocturno, brillantes y relucientes, y atraviesan alegremente la oscuridad, la una junto a la otra.

Me quedo boquiabierta mientras contemplo su huida. Se pierden los sonidos terrenales —las risas lejanas, el suave murmullo de una televisión distante, las olas que besan la orilla— y, envuelta en una burbuja de silencio, observo las estrellas, que se vuelven cada vez más pequeñas hasta que al fin desaparecen.

—Adiós, Mamie —susurro cuando se han ido—. Adiós, Jacob.

Y creo que, en cierto modo, el viento, que ahora silba en torno a mí, les lleva mis palabras.

Me quedo escudriñando el cielo un minuto más, hasta que siento el frío que me penetra en los huesos; entonces regreso al interior de la casa, donde cojo el teléfono móvil que he dejado en la mesa de la cocina. Llamo primero a Annie y sonrío cuando ella contesta.

—¿Estás bien, mamá? —me pregunta y escucho de fondo el ruido de los festejos en Chatham.

Hay música, risas, alegría.

—Muy bien —digo—. Solo quería decirte que te quiero.

Permanece en silencio un momento.

—Lo sé —dice por fin—. Yo también te quiero, mamá. Te llamo después.

Le digo que se divierta y, cuando cuelgo, me quedo mirando fijamente el teléfono durante treinta segundos y después me voy desplazando por mi lista de contactos y hago otra llamada.

—¿Hope? —responde Gavin, con su voz profunda y cálida.

Respiro hondo.

—Mi abuela me ha dejado una carta —digo sin rodeos— y acabo de leerla.

Permanece en silencio un minuto y me maldigo por no saber hacerlo mejor.

—¿Estás bien? —pregunta por fin.

—Estoy bien —digo y sé que es verdad.

Estoy bien ahora y sé que seguiré estándolo, pero falta algo más. No quiero esperar toda la vida para montar las piezas, como hizo Mamie y como mi madre nunca tuvo oportunidad de hacer.

—Perdón —le suelto de repente—. Perdóname por todo: por alejarte, por fingir que no me importabas...

No dice nada y, en medio del silencio, se me llenan los ojos de lágrimas.

—Gavin —le digo y respiro hondo—, quiero verte.

Lo oigo respirar y, en la pausa que se prolonga entre nosotros, estoy segura de haberlo perdido.

—Perdón —digo por fin y miro el reloj: son las 23.42—, es muy tarde.

—Hope —dice Gavin por fin—, nunca es demasiado tarde.

Quince minutos después, escucho su Jeep a la entrada de mi casa y llega a mi puerta justo antes de que el reloj dé la medianoche. Ya lo estoy esperando con la puerta abierta de par en par, sin importarme que se cuele el frío de la noche. ¡Qué más da!

—Hola —dice Gavin cuando llega a mi lado, junto a la puerta.

—Hola —respondo.

Nos miramos fijamente y Gavin me coge la mano. No lleva guantes y yo tampoco y, sin embargo, hay calor entre nosotros y siento que, a pesar del frío exterior, hasta la última célula de mi cuerpo está que arde. Desde algún lugar lejano nos llega la vaga tensión de una cuenta atrás y después una aclamación apagada cuando comienza el nuevo año.

—Feliz año nuevo —dice Gavin y se acerca un paso más.

—Feliz año nuevo —murmuro.

—Por los nuevos comienzos —dice.

Y, antes de que pueda responderle, me rodea con los brazos y apoya sus labios en los míos.

Por encima de nuestras cabezas, las estrellas titilan y bailan y nos hacen guiños desde el cielo infinito.

Agradecimientos

Hace años que quería escribir este libro y llevarlo a cabo me ha enseñado varias lecciones importantes sobre lo que significa hacer lo que me dicta el corazón y rodearme de personas buenas y extraordinarias a las que aprecio y en las que puedo confiar de verdad. Tanto mi agente, Holly Root, como mi editora, Abby Zidle, son increíblemente amables, trabajadoras, prudentes y talentosas y no tengo palabras para expresar lo mucho que valoro sus esfuerzos, su perspicacia, su amistad y su estímulo. Creo que soy la mujer más afortunada del mundo por poder trabajar con ellas.

El agente Farley Chase ha sido un as para los derechos en el extranjero y, gracias al encantador Andy Cohen, tengo llena la agenda de la costa oeste. También estoy muy agradecida a Lindsey Kennedy, Beth Phelan, Parisa Zolfaghari, Jane Elias, Susan Zucker, Jennifer Bergstrom y Louise Burke por contribuir a hacer realidad esta novela. Creo que sería imposible encontrar un equipo más amable y que me hubiese apoyado más.

La novelista Wendy Toliver ha estado increíble como caja de resonancia, amiga, primera editora y para intercambiar ideas. También quiero manifestar mi agradecimiento a Anna Haze —que murió demasiado joven, con apenas diecinueve años— porque gracias a ella conocí a Wendy. Un regalo extraordinario. Henri Landwirth, el primer superviviente del Holocausto que conocí, fue una gran inspiración. Lauren Elkin, mi gran amiga y antigua compañera de piso en París, volvió a alojarme durante un viaje de investigación a la ciudad de la luz. Su primera novela, *Cités flottantes*, se publicó en Francia en abril del 2012 y me alegró muchísimo por ella.

También quisiera agradecer a tantas personas que se han desvivido por responder a preguntas sobre hechos relacionados con este libro. Darlene Shea, de Brewster Fire & Rescue, me ayudó con un primer borrador y Danielle Ganung respondió a todas las preguntas relacionadas con la pastelería. Karen Taieb, del Mémorial de la Shoah en París, me brindó una ayuda increíble en mi investigación sobre el Holocausto en Francia. Bassem Chaaban, director de operaciones de la Asociación Islámica del centro de Florida, y el rabino Rick Sherwin, de la Congregación Beth Am de Orlando, tuvieron la amabilidad de ayudarme a comprobar algunas de mis referencias religiosas y culturales. Los errores que haya cometido son responsabilidad mía.

Un enorme agradecimiento también a Kat Green, Tia Maggini, Vanessa Parise, Nancy Jeffrey, Megan Crane, Liza Palmer, Sarah Mlynowski, Jane Porter, Alison Pace, Melissa Senate, Lynda Curnyn, Brenda Janowitz, Emily Giffin, Kate Howell, Judith Topper, Betsy Hansen, Renee Blair, G. K. Sharman, Alex Leviton, Kathleen Henson, Anna Treiber y Jen Schefft Waterman, que a lo largo de los años me han brindado inspiración profesional, ideas y su amistad. Agradezco también al equipo de *The Daily Buzz*, sobre todo a Brad Miller, Andrea Jackson, Andy Campbell, Mitch English, Kia Malone, KyAnn Lewis, Michelle Yarn y Troy McGuire.

Gracias también a tantos otros amigos extraordinarios, como Marcie Golgoski, Kristen Milan Bost,

Chubby Checker (y los encantos de su esposa e hijos), Lisa Wilkes, Melixa Carbonell, Scott Moore, Courtney Spanjers, Gillian Zucher, Amy Tan, Lili Latorre, Darrell Hammond, Krista Mettler, Christina Sivrich, Pat Cash, Kristie Moses, Lana Cabrera, Ben Bledsoe, Sanjeev Sirpal, Ryan Moore, Wendy Jo Moyer, Amy Green, Chad Kunerth, Kendra Williams, Tara Clem, Megan Combs, Amber Draus, Michael Ghegan, Dave Ahern, Jean Michel Colin, John y Christine Payne, Walter Caldwell, Scott Pace, Ryan Provencher y Mary Parise. Tengo la inmensa fortuna de contar en mi vida con personas tan extraordinarias como ellos.

Un agradecimiento especial a Jason Lietz, por todo.

Además, tengo la suerte de contar con la mejor familia del mundo, que incluye a mi madre, Carol (la persona que más me ha apoyado en todo el universo); mi hermana, Karen; mi hermano, Dave, y mi padre, Rick. Doy las gracias también a mi cuñado, Barry Cleveland, mi tía Donna Foley, mi madrastra, Janine, mi prima Courtney Harmel, mis abuelos y todos los demás, incluidos Steve, Merri, Derek, Janet, Anne, Fred, Jess y Greg. Os quiero muchísimo a todos.



KRISTIN HARMEL, es un novelista cuyos libros han sido traducidos a numerosos idiomas y se venden en todo el mundo.

Periodista veterana de la revista People y colaboradora de otras revistas (Ladies Home Journal, Womans Day, American Baby, Salud Mens, American Way y Runners World) también aparece regularmente como experta en viajes en un programa televisado a nivel nacional.

Kristin se graduó summa cum laude en Periodismo y Comunicación en la Universidad de Florida. Ha vivido en París, Los Ángeles, Nueva York, Boston y Miami y ahora reside principalmente en Orlando, Florida.

Lista de libros editados en España:

Cómo ligar con una estrella de cine (2007), *La teoría de las rubias* (2012), *El arte de besar en la boca* (2013) y *La lista de los nombres olvidados* (2013).

<http://epubgratis.me/taxonomy/term/5638>

Notas

[1] Como la joven se llama Sunshine, que en inglés quiere decir «sol», Hope, para fastidiarla, la llama Raincloud, que significa «nube de lluvia». [N. de la T.] <<

Table of Contents

La lista de los nombres olvidados	3
Capítulo 1	7
Capítulo 2	15
Capítulo 3	23
Capítulo 4	29
Capítulo 5	40
Capítulo 6	47
Capítulo 7	52
Capítulo 8	60
Capítulo 9	66
Capítulo 10	78
Capítulo 11	82
Capítulo 12	96
Capítulo 13	105
Capítulo 14	110
Capítulo 15	120
Capítulo 16	131
Capítulo 17	137
Capítulo 18	148
Capítulo 19	158
Capítulo 20	165
Capítulo 21	175
Capítulo 22	186
Capítulo 23	189
Capítulo 24	198
Capítulo 25	208
Capítulo 26	212
Capítulo 27	215
Capítulo 28	224
Capítulo 29	228
Capítulo 30	232
Capítulo 31	237
Capítulo 32	245
Capítulo 33	248
Agradecimientos	250
Autor	252
Notas	253